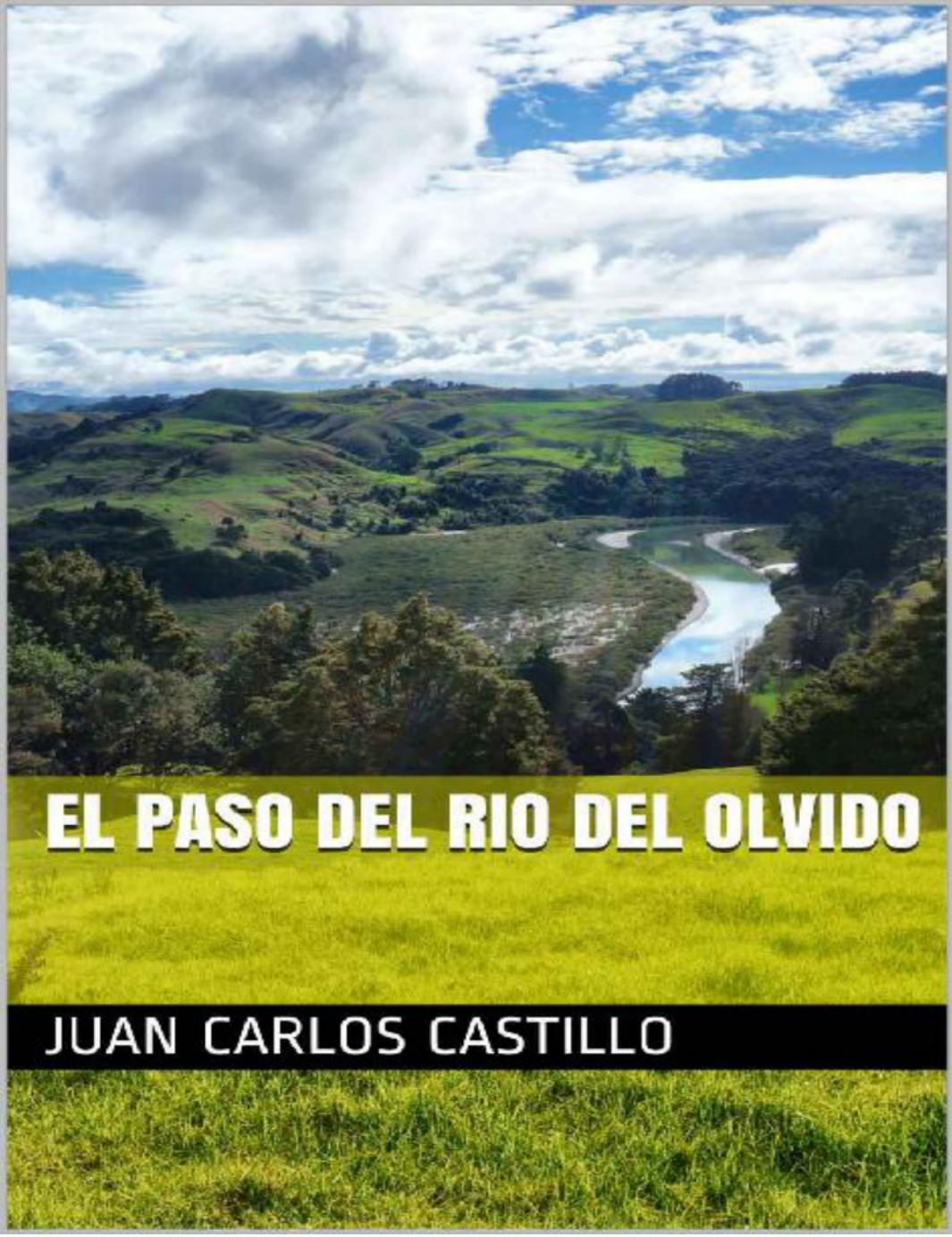

EL PASO DEL RIO DEL OLVIDO
JUAN CARLOS CASTILLO

EL PASO DEL RÍO DEL OLVIDO

Juan Carlos Castillo

Para Victoria, siempre a mi lado

EL PASO DEL RÍO DEL OLVIDO

Índice

1.- EL VIENTO DEL OESTE

2 .- EL RÍO

3 .- LA MISIÓN

4.- EL VIEJO DEL BOSQUE

5.- EL HADA

6.- EL VIAJE

7.- EL FIN DEL MUNDO

8.- NUEVA VIDA

9.- EL POZO DE LAS BRUMAS

10.- LA MONTAÑA DE ORO

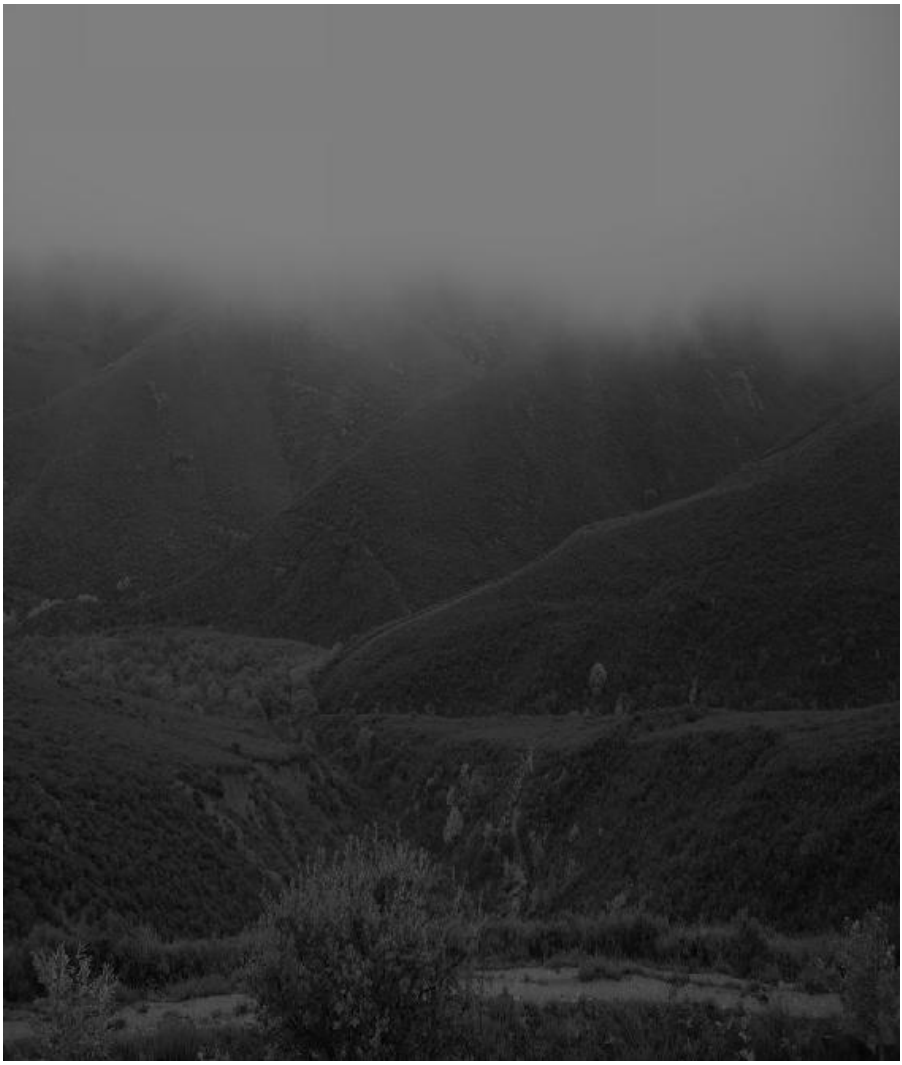
11.- LA GUERRA DE LOS GIGANTES

12.- LA PARTIDA DEL HADA

13.- EL VIENTO DEL ESTE

14.- EL RUMOR DEL TIEMPO

Nota del autor



1.- EL VIENTO DEL OESTE

Annus DCLIX[1]

Claudio nunca quiso llegar tan lejos de su casa. El viento azotaba sus ropas y escupía gotas de lluvia a su cara mientras renegaba de la suerte que le había arrojado hasta aquél rincón del mundo. Añoraba ahora, después de dos años de campaña, el calor del sol del Mediterráneo que bañaba la finca de su familia junto a la orilla del mar, mientras sus ojos únicamente veían la extensión de unos prados que se empeñaba en sacudir un aire furioso que arreciaba en las laderas bajo sus pies, donde parecía que los dioses habían decidido cambiar la faz del mundo. Sin embargo, quizá ni siquiera los dioses supieran de estas lejanas tierras que, aunque pobladas por hombres, tan hostiles le parecían para la vida. Hombres feroces y esquivos, casi invisibles, con los que Claudio y su compañero Junio habían tenido agrios desencuentros en estos dos últimos largos años.

De nuevo Claudio miró a Junio y de nuevo volvió a admirar en silencio la tenacidad en su gesto, la fuerza con que luchaba contra el vendaval que les castigaba en la cara y el cuerpo. Habían sido largos años de complicidad y de compañerismo, primero en los juegos infantiles de los años pasados en el patio de las casas de sus padres en el Esquilino y en las calles de Roma, y más tarde, en los tiempos de cuartel y de aprendizaje militar, hasta tener la fortuna de ser asignados a la misma legión gracias a la intercesión del padre de Junio, senador del pueblo de Roma y cabeza de una de las más importantes familias romanas, emparentada con el héroe que expulsó a los antiguos reyes del poder doce generaciones atrás. Su perfil delataba su noble origen –se le ocurrió en ese momento a Claudio- y recordó que su amigo había sido el objetivo de numerosas hijas de la aristocracia romana y por qué no decirlo, también de sus madres, en los años en que ambos comenzaban su vida pública. Por otra parte, él mismo, recordó, formaba parte también de una de las familias de más alto abolengo de Roma, razón por la que ambos gozaban de un estatus de privilegio dentro de la legión romana.

Su situación era ahora muy distinta, y todo eso no servía ya de nada.

Él, Claudio Marcelo, se encontraba herido, enfermo y lejos de su hogar, desesperado de encontrar curación en este oscuro rincón del mundo al que sus vidas de soldado les habían llevado. Su única esperanza de salvación se basaba en la ayuda de su gran amigo Junio, que le había embarcado en este loco viaje hacia un futuro incierto del que el final más probable sería la muerte. El médico de la legión no les daba ya confianza alguna. Aquella flecha maldita que el destino le había guardado sería con toda probabilidad la que le indicara el camino hacia la eternidad. La herida no había parecido grave, justo debajo del hombro, sin dañar vena alguna, pero tras dos días de cuidados poco responsables, la fiebre le había postrado de nuevo en el lecho, y después de otros tres días de sufrimientos, la inmovilidad de su brazo, el aspecto entumecido de su hombro y la alta fiebre, habían decidido a su amigo Junio a tomarle prácticamente en volandas y llevarle en busca de la última oportunidad para salvar su vida. Habían visto muchos casos parecidos, y lo que era un rasguño a veces terminaba en una plegaria a los dioses familiares ante una pira funeraria, y al parecer Junio no estaba en absoluto dispuesto a volver solo a Roma.

El viejo del bosque, le dijeron unos mercenarios de primera línea de la segunda cohorte, de esos celtíberos que gustan de la guerra y que los romanos alquilan en sus campañas a lo largo del interior de Hispania para luchar contra lo que sea. *El viejo es el único que podría salvar a tu amigo. Tiene tratos con la muerte y dicen que ha sido perdonado por los dioses, que han prolongado su vida a cambio de fundir su espíritu con el del bosque, del que le han hecho su guardián*. Es por esta vieja leyenda que los guías habían evitado acercarse a aquél extenso bosque dando un rodeo que les había llevado un día más de camino. Estos guerreros, zafios y supersticiosos, parecían ser los únicos que conocían esta región del extremo occidental del mundo, donde la bruma parecía hacer crecer la fantasía en las mentes de los hombres.

El caballo de Claudio se había detenido en medio del brezo de aquella ladera, forzado sin duda por el viento que ahora les soplaba

directamente de cara.

- ¿Qué tal estás? ¿puedes seguir?

- ¿Tengo otro remedio? – respondió Claudio intentando tranquilizar a su compañero, a pesar de los pinchazos en su hombro en los tramos de subida, cuando tenía que agarrarse con más fuerza al estribo.

Miraron ante sí y vieron al final de la cuesta, ya muy cerca, los primeros árboles del bosque hacia el que dirigían sus pasos y todas sus esperanzas. Los erráticos senderos dibujados en el brezo por el paso de los animales salvajes les iban indicando el mejor camino para ascender, aunque en muchas ocasiones los cascos de sus caballos resbalaban sobre las piedras cubiertas de líquenes que se intercalaban entre aquel manto verde y morado.

Fue un extraño alivio adentrarse entre los árboles y dejar de sentir el flagelo del agua y del aire enfurecido en plena cara, aunque el ruido del viento en las hojas de los árboles aún les aturdía. El sendero que se adivinaba entre la espesura era ahora especialmente estrecho, y muy a menudo sus caras, sus piernas y sus caballos sufrían los arañazos de las ásperas ramas de los robles y de los espinos. Tras dos horas más de penosa cabalgadura bajo la lluvia, decidieron parar a descansar un poco, a pesar de la premura con que el estado de Claudio les hacía avanzar. Era sin embargo su propia debilidad la que aconsejaba realizar una parada, ya que la fiebre y su creciente estado de postración sobre el lomo del caballo hicieron que Junio desestimara la posibilidad de avanzar sin descanso hasta la noche.

Tras un tiempo interminable aguardando cubiertos por sus sayos sentados sobre una gran piedra roma, la penumbra que les rodeaba fue remitiendo, dando paso a una tenue claridad a la vez que la lluvia cesaba y la violencia de su golpeteo comenzaba a ser soportable. Poco a poco, una incierta claridad fue abriéndose paso en el cielo

transformando el bosque que les rodeaba en un espacio plácido y quieto, como un ser vivo agotado tras el esfuerzo causado por la tormenta.

Mientras las hojas de los árboles seguían goteando aún de forma intensa el agua acumulada en sus ocultas copas, Junio pensó en reanudar la marcha cargando de nuevo a su compañero en los lomos de su montura. Sin embargo, un ruido le hizo detener a medias el ademán de levantarse. Era el crujido de una rama cercana, a la que siguió de inmediato una voz grave que sin duda se dirigía hacia ellos.

- ¿Qué hacéis aquí, tan al norte, soldados? Algún problema, es evidente.

Junio no podía creer el no haber detectado antes al intruso. La voz procedía de una figura cuyo contorno dibujaba la claridad que ahora se abría tras la espesura de los árboles. Se sorprendió no sólo del porte del hombre del que provenía la voz, alto incluso para un celta, sino sobre todo de que éste se expresase en un correcto latín, culto, anticuado incluso, por la elegante manera de dirigirse a ellos, lo cuál no era nada corriente en esa latitud, y menos aún en aquel maldito despoblado.

- ¿Quién eres?, preguntó torpemente Junio. A su lado, Claudio miraba sin hablar intentando aparentar ante el extraño una presencia que su estado febril delataba en realidad como frágil.

- No te alarmes, soldado- respondió serena y casi afablemente el hombre. No pienso haceros daño, sino ayudaros, y probablemente no encuentres a nadie más que pueda ayudarte en muchas millas a la redonda. Ni siquiera tengo intención de recriminaros el que estuvierais sentados sobre una piedra sagrada.

Junio y Claudio volvieron a la vez el rostro hacia la piedra redondeada sobre la que hasta hacía un momento habían estado

sentados, y se dieron cuenta que su superficie estaba surcada por signos desconocidos: espirales, estrellas e intrincados dibujos cuyo significado se les escapaba. De hecho, se dieron cuenta a la nueva luz de la tarde de que estaban en el centro de un círculo de piedras verticales de hincadas en el terreno que parecían mudos guardianes de aquel bosque, rezumando del verdín de siglos de intemperie y del agua recién arrojada por los cielos.

— ¿Cómo sabes que somos soldados? ¿Y por qué debemos tener problemas? - Junio seguía a la defensiva. No tenía intención de llamar la atención, por lo que antes de salir del campamento, vistieron ropas comunes de los auxiliares celtíberos que les acompañaban en la campaña y cambiaron sus sandalias por las habituales botas de piel de los celtas.

— Vuestros sayos y vuestras botas no han sido usados antes. No habéis pisado demasiado barro con ellas, y además, no os quedan demasiado bien, acostumbrados a vuestras cómodas *caligas*[2]. Por otro lado, a nadie más se le ocurriría sentarse en el centro de un círculo de piedras a esperar que una tormenta amaine. No os preocupéis, yo soy un amigo, tenedlo por seguro, y aunque estáis en vuestro derecho de no decirme lo que buscáis, no encontrareis a muchos que os ayuden por aquí, ya os lo he dicho antes.

Junio miró a los ojos al desconocido, cuyo rostro se desvelaba a la luz de la tarde ya clara, puesto que éste se había adelantado hasta el borde del círculo de piedras para dejarse ver. Tras un instante de vacilación, en el que intentó aparentar mayor seguridad de la que realmente le daba esta situación, se dirigió al hombre:

— Buscamos al viejo del bosque. Necesitamos su ayuda pronto.

El gesto del desconocido se relajó en una media sonrisa, y sus ojos mostraron por un instante un brillo nuevo. Se despojó del embozo que le cubría a medias la cabeza y mostró así una melena larga recogida

en la nuca y unas largas barbas de pelo entrecano. Su rostro era firme, marcado por los años y la intemperie, pero podía decirse que sus rasgos eran serenos y hasta nobles. Dijo simplemente: - *Seguidme* -, y comenzó a andar.

Junio se descubrió a sí mismo tomando a su compañero por debajo del hombro, siguiendo al desconocido a través del camino invisible que abría aquél hombre entre los robles, hiriéndose constantemente con las ramas y con las puntas de sus hojas. Llegaron a un claro con otro círculo de piedras similar al anterior, y el hombre lo atravesó con decisión, internándose de nuevo entre los árboles por el extremo opuesto. Cruzaron el cauce de dos arroyos vadeando entre grandes rocas, y llegaron a una zona en la que los árboles eran de una clase que Junio no había visto hasta entonces, especialmente altos, que dejaban pasar una luz de un tono verdoso que impregnaba todas las cosas, como hacía el verdín que veían a retazos sobre las ramas y sobre las piedras.

Tras un largo rato siguiendo al viejo por todo el bosque, Junio llegó a sentir una especie de laxitud interior, como si todas las cosas que le hubieran ocurrido hasta ese momento, incluyendo el estado de su compañero, tuviesen de pronto una importancia sólo relativa. Se encontraba en un país extraño, siguiendo a un personaje aún más extraño, ni siquiera sabía qué iba a ser de sus vidas en las próximas horas, y sobre todo, no podía hacer nada por cambiar su destino ¿Qué podía importarle ya nada?

El extraño descorrió unas ramas que ocultaban el camino que parecía terminar allí bruscamente, se agachó con cuidado, y se internó en un espacio negro y oscuro, desapareciendo de pronto. Claudio y Junio, que le seguían a una distancia de tres pasos, se pararon a la entrada.

- Vamos, entrad dentro – se oyó la voz del desconocido desde el interior.

¿Qué puede importar ya? -, se dijo de nuevo Junio, y dio un paso al frente portando consigo a su amigo. Entró en un recinto sorprendentemente amplio y razonablemente seco para aquellas latitudes. Desde que llegó a esta infame tierra que los geógrafos llamaban *Gallaecia*[3], la ropa se le pegaba al cuerpo y tenía la sensación de estar siempre mojado; la bruma le inundaba los pulmones dificultando su respiración. La vegetación de la entrada ocultaba la boca de una cueva cuyo piso se encontraba a ras del terreno, pero con un alto techo roto a intervalos por algunos huecos que dejaban pasar retazos de luz del sol y que, pensó Junio, serían difíciles de localizar desde la superficie, no sólo por lo abrupto de la ladera, sino por estar ocultos a la vista por las ramas de los matorrales que asomaban por aquellos agujeros.

El desconocido pasó hacia el fondo y se sentó lentamente sobre un rústico asiento de piedra situado muy cerca de la vertical de una de las chimeneas del techo de la cueva, aunque a salvo del agua que caía ahora mansamente desde el exterior. La difusa claridad del lugar iluminaba su cara desde arriba y permitía ver su gesto, amistoso y confiado.

— Siéntate donde quieras, pero antes tiende a tu compañero en aquél lecho, donde yo pueda examinarle - dijo, señalando un camastro formado por pieles y hojas sobre una plataforma labrada en la roca.

Junio ayudó a sentarse a Claudio, que no había pronunciado palabra durante todo el camino, con una secreta envidia por no poder ser él mismo el que se apoyase en el lecho. Su compañero se tendió por sus propios medios emitiendo un leve quejido, demasiado evidente para un soldado y suficiente para que Junio se hiciera cargo de su gran dolor.

— Bien. Ahora debes decirme quién eres, qué haces aquí y por qué hablas nuestro idioma si aquí nadie lo conoce, y sobre todo, por qué

pareces saber tanto de nosotros.

Su interlocutor rió sonoramente y dijo:

 Poco a poco, soldado. Os conozco porque todos los soldados romanos son iguales. Conozco vuestro ánimo y vuestras costumbres, y por ello sé lo que piensas. No te preocupes, todo tiene su explicación y tu curiosidad será satisfecha a su debido tiempo. Ahora lo más importante es atender a tu amigo. Corrígeme, pero creo que la razón para adentrarse en este bosque tan desconocido vosotros dos solos, debe tener que ver con su herida, ¿no?, o más bien con su posible curación. Lo siento, pero tendrás que confiar en mí. Debes apreciarle mucho si te arriesgas tanto sabiendo el castigo que se impone a los soldados que abandonan un campamento, ¿o es que eres tan importante que no temes a tu general? Si, por tu porte creo adivinar que debes formar parte de alguna familia patricia importante: ¿julios?, ¿metelos?, ¿emilios, tal vez?

 (…)

 No contestes, da igual. Ahora vamos a ayudar a tu amigo. Tiempo habrá de sobra después para charlas – dijo el viejo poniéndose en movimiento.

El hombre se acercó a Claudio, le despojó de sus ropas de cintura para arriba con poca ayuda por su parte y miró cuidadosamente el aspecto de la herida y de la zona próxima del hombro, acercando su cara hasta casi tocarle con la nariz. Emitió un ruido que no tranquilizó en absoluto a Junio, se volvió y desapareció durante un momento al fondo de la cueva. Volvió con diversos tarros de cristal y de madera, y estuvo en ellos rebuscando y extrayendo pizcas de hojas secas, bayas y pequeñas briznas de otras cosas que Junio no consiguió identificar.

Se aproximó hacia un hogar que había junto a la entrada, algo apartado de la vertical de uno de los huecos del techo de la cueva,

rejuntó entre sí varias piedras ennegrecidas de viejas hogueras que estaban junto a la pared, y comenzó a encender un nuevo fuego con dos piedras, dos ramas secas y un puñado de lo que Junio creyó identificar como azufre, y que el hombre extrajo de un saquito de cuero que estaba en una hornacina cercana excavada en la pared. A los pocos instantes prendió una llamarada y las ramas comenzaron a chisporrotear desprendiendo un humo blanco y un olor intenso y acre. Junio sabía bien de la dificultad de encender fuego en un país como éste, donde era imposible preservar la leña de la humedad, y se asombró de la habilidad de su anfitrión para encenderla tan rápidamente y de que dispusiese de aquellos medios tan poco habituales para hacerlo. Cosas como esta, pensó, deben ser las que le dan al viejo su fama de mago ante estos simples celtas.

El hombre puso a hervir un caldero con agua e introdujo dentro una de las mezclas de extraños ingredientes que anteriormente había dejado sobre un paño seco junto al fuego. Repitió la operación varias veces y finalmente tuvo tres o cuatro calderos de cobre de diferentes tamaños sobre el fuego. El hombre de la cueva miraba atentamente la cocción de las distintas soluciones y durante un largo intervalo de tiempo actuó como si Junio no estuviese allí con él. Finalmente, destiló el contenido de dos recipientes en sendos vasos, y del más grande extrajo un jugo que aplicó a un emplasto, desechando el resto del contenido. Una vez pasado el primer hervor, se acercó a Claudio, y sin queja por su parte, sajó con mucho cuidado la parte superficial de la herida con un pequeño cuchillo aplicando dicho emplasto sobre la herida del hombro y sobre su brazo. Los otros dos vasos con los brebajes preparados fue lentamente diluyéndolos en agua de lluvia que recogía de la que caía por los huecos del techo de la cueva en otro caldero, y se los hizo beber uno tras otro a Claudio, quien los apuró sin protestar lo más mínimo, seguido lo cuál, se tumbó hacia atrás y pareció sumirse de inmediato en un pesado letargo.

Cuando se volvió hacia él, Junio se dirigió hacia el desconocido:

- ¿Eres tú entonces el viejo del bosque? Debes ser por tanto un druida de los celtas.

El viejo mostró otra vez su sonrisa franca y su cara de nuevo cambió, mostrando una jovial compostura. Se dirigió a Junio con una gran confianza.

- Son ya demasiadas preguntas. Por favor, siéntate aquí conmigo y hablemos. Hay mucho tiempo mientras esperamos si sana o no tu compañero, y la verdad es que por aquí hay pocos amigos con los que poder hablar.

2 .- EL RÍO

Annus DCXVI [4].

Mario observaba desde lo alto la extensión de verdor que se extendía bajo sus pies. La colina dominaba una vasta extensión de árboles iguales cuyas copas dibujaban el perfil del terreno que tenían debajo. Así pudo estimar la distancia a la que se encontraba el río cuyo cauce sabía que iba a suponer un obstáculo para la marcha de la legión hacia el norte, pero sobre todo para su general, que tendría que lidiar con el miedo de unos hombres acostumbrados al calor del sol y que nunca habían pasado tanto tiempo de campaña en una tierra tan agreste y fría, muy alejados de lo que para ellos era una mínima civilización.

Desde su posición podían verse los árboles casi a ras de sus últimas ramas, en las que el curso del río no era más que un rastro más o menos adivinado por la sombra de un claro en la fronda, aunque también sabía por la distancia ya recorrida que más o menos al final de esa misma jornada deberían alcanzarlo.

— Tres horas más de marcha – calculó mentalmente Mario, quizá cuatro, a juzgar por la lentitud de avance por estos desconocidos bosques, donde no hay sendas claras y las hojas de los árboles arañan la carne de los soldados.

Mario volvió junto a su general y le explicó la situación.

— Calculo que si forzamos la marcha podemos llegar a la ribera antes del anochecer. No debería haber más de tres horas de marcha, Décimo.

El general sonrió. Sabía que Mario siempre era muy optimista en sus apreciaciones, y calculó al menos cuatro o cinco horas de marcha a buen ritmo. Aún así, era imprescindible llegar a la orilla del río antes de que se extinguiese la luz del sol y la noche se les echase encima. Décimo Junio Bruto[5] era un general precavido y tenía unas órdenes muy claras del Senado. La expedición contra los celtas del norte no

debería llevarle más de un año (el número de efectivos del retén de *Brácara* no lo permitía), y en ese tiempo estos pueblos bárbaros debían conocer de primera mano el poder de Roma y de su ira antes de que pudieran organizarse mejor. Nunca antes las legiones se habían internado en campaña en territorios tan extremos, donde a decir de los sabios, acababa el mundo, por lo que él, Décimo Junio Bruto, sería capaz de llevar los estandartes del Senado del Pueblo de Roma por primera vez hasta el último confín de la tierra. Sin embargo, no quería correr riesgos, y contaba en contra con la ignorancia y el miedo de unos soldados que se encontraban muy lejos de su casa, y que además tenían que luchar contra una lluvia continua y una humedad que les pudría el cuero de las armaduras en el cuerpo y les oxidaba las espadas en su propia funda.

— Bien. Da pues la orden de forzar la marcha, contestó a Mario con autoridad.

Éste se volvió rápidamente, dio cuatro órdenes rápidas a los centuriones, y al poco, cada fila estaba formada en orden de marcha. A Décimo le gustaba como actuaba su lugarteniente Mario, un hombre joven pero decidido y eficiente, y de noble origen. Al principio, le fue impuesto desde el Senado como ayudante por su pertenencia a una de las familias más importantes de Roma, que había cobrado protagonismo con su tío carnal Marco Emilio Lépido[6], quien había sido nombrado cónsul[7] en la primera mitad de ese mismo año con rango proconsular en la Hispania Ulterior. Sin embargo, el entusiasmo y la rectitud militar de Mario le había asombrado desde un principio, ya que hizo gala de una exquisita educación, esmerada desde la cuna, de aquellas de las que muy pocos romanos podían aún presumir, con un concepto claro de los ideales y la moral tradicionales de los que siempre había hecho gala el célebre Catón, por lo que finalmente había decidido adoptarlo como ayudante personal, con rango provisional por encima de los tribunos militares, al menos a la hora de trasmitir sus órdenes directas, a pesar de que por su edad y su propia escala social únicamente le correspondería el rango de centurión.

La columna se formó ahora en tres de a fondo, dada la estrechez de la senda que seguían, y los soldados avanzaban ahora con dificultad, sumidos en una tensa calma que sin embargo Mario pudo percibir fácilmente a pesar de su silencio. Estos hombres, hechos a luchar contra cualquier tipo de enemigo, no dudaban a la hora de empuñar su espada contra un guerrero celta o germano, a pesar de los horribles aullidos que éstos proferían al entrar en combate y que hacían helar la sangre en las venas a cualquier otra persona. Sin embargo, se sentían abrumados por un ambiente que les era adverso y se encontraban inquietos por la desconfianza que habían infundido en su ánimo las leyendas de esta extraña tierra.

Llegaban así en silencio hasta la ribera del río al que antes habían adivinado desde el camino por el creciente rumor de sus aguas, aún rápidas en esta parte de su curso. Al llegar junto a la orilla se despejó la fronda que venían atravesando desde el día anterior, y se encontraron sobre una especie de prado sembrado de matorral y de rocas de mediano tamaño que asomaban sólo a intervalos, parcialmente ocultas por el manto de verdor que cubría el resto del terreno, roto únicamente en la cresta de las piedras más grandes.

El ambiente en la columna de soldados se relajó de forma notoria al salir de la espesura que les oprimía, y la tensión pareció disiparse con el duro trabajo de volver a montar un campamento provisional. En dos horas estuvieron preparadas las tiendas, cavada una zanja perimetral y dispuestos los centinelas de retén en los extremos del campamento, y con el trabajo, de nuevo las bromas y los cantos fueron volviendo a unos hombres habituados a tomar de la vida lo que les daba en ese preciso día, sin pensar sobre un mañana en el que podrían morir.

- Ya está listo el campamento, general – dijo Mario a Décimo.

- Bien, reunámonos a cenar.

Décimo y Mario se encontraron con los tribunos a cargo de cada una de las cohortes que formaban parte del destacamento y se dirigieron tranquilamente hacia la improvisada plaza central del nuevo campamento, donde algunos soldados habían encendido ya varias hogueras y se sentaban alrededor para disfrutar en compañía de la escueta ración asignada para aquella noche. Décimo no era amigo de excesivas confraternizaciones con la tropa, a no ser para celebrar alguna importante victoria, pero ese día era especial. El estado de ánimo de sus soldados hacía que le pareciese aconsejable acercarse a ellos para que se sintiesen apoyados e importantes. Su experiencia le decía que la seguridad y el arrojo de un soldado dependían del aplomo de su general. Por ello, Décimo aplazó conscientemente ese día la hora de recogerse en su tienda y anduvo entre los corros de soldados bromeando con ellos junto con Mario.

La noche transcurrió así apacible, sin más que algún que otro ruido procedente del cercano bosque que resaltaba sobre el calmo sonido de fondo del agua del río borboteando entre las rocas, roto de forma intermitente por las voces apagadas de los centinelas en cada cambio de guardia. La mañana siguiente amaneció pausada pero inquietante, con una leve bruma que parecía levantarse desde el río y cubrir con un sutil velo el campamento. Los ruidos de la noche habían cesado y el mundo parecía haberse parado en ese instante, salvo por el incesante rumor del agua.

Mario se había levantado muy temprano y había estado observando el despertar de la tropa. Décimo en cambio, se había levantado de los últimos, y aparentando de manera consciente una total tranquilidad, se había reunido a desayunar frugalmente con sus allegados, entre los que se encontraba a su derecha el propio Mario. Éste observaba su rostro y nada parecía delatar duda alguna en su mirada. Su gesto denotaba decisión y sus ademanes pausados parecían un intento premeditado de darle tiempo al tiempo y actuar de la manera más natural posible delante de sus hombres.

Llegó sin embargo el momento tantas veces aplazado en la mente de todos ellos desde que se encontraban en esas tierras. Décimo miró a todos sus mandos intermedios, lentamente se levantó y dijo:

 Mario, da la orden de partida inmediata. Levantad el campamento y preparad una cadena para vadear el río con seguridad. Que los auxiliares se encarguen de apilar y pasar la impedimenta de un lado al otro del río – Dio la orden en voz alta para que lo oyesen todos.

Bien Décimo – pensó Mario en voz baja - Ha llegado el momento de la verdad. Tendrás que poner ahora a prueba la fidelidad de tus soldados.

Mario conocía bien la leyenda: el Río del Olvido. El río del que decían que el que lo cruzase olvidaría por completo su pasado y hasta su identidad, y a su vez sería excluido del recuerdo de los demás ¿Cabía peor desdicha? Esta tierra estaba llena de leyendas que los romanos habían aprendido de sus auxiliares celtas y galos y de los habitantes de las montañas al norte de Brácara[8]. Los soldados solían reírse de la mayor parte de las supersticiones y costumbres bárbaras, pero en muchas ocasiones esta actitud era únicamente una pose, ya que el soldado era de por sí supersticioso, quizá por habitar en un espacio entre la vida y la muerte, donde a veces la menor nimiedad era la diferencia entre una y otra. Además, una cosa era conocer una leyenda y otra muy distinta, enfrentarse a ella poniendo a prueba uno mismo su veracidad. Una leyenda les inquietaba ahora, la del río *Leteo*, que por otra parte ya habían escuchado en su tierra de origen, por lo que quizá no fuese solamente una mera superstición de estos incivilizados celtas.

Como ayudante del general, Mario repitió las órdenes a cada centurión, y en cada columna, tras unos momentos sin respuesta, la tropa fue poco a poco poniéndose en movimiento. Los soldados

comenzaron a moverse, aunque su silencio delataba su desgana. Los auxiliares apilaron las provisiones y parte del equipo de los soldados junto a la ribera sin decir palabra alguna, y siempre con el rumor de fondo del ruido del agua sobre las rocas del lecho. Llegó el momento - pensó Mario - debo dar la orden.

- Adelante – y su grito volvió a oírse cien veces repetido cuando la transmitieron los centuriones.

Hubo un leve ademán inicial de movimiento a lo largo de toda la columna, pero tras un instante de indecisión, la masa humana que formaba la tropa y los auxiliares, quedó parada y en silencio, expectante.

- Adelante, soldados de Roma – repitió Mario, más alto y con mayor convicción, mencionando la patria quizá para dar a los soldados un olvidado motivo por el que avanzar.

Sin embargo, los soldados seguían sin moverse, el antebrazo prieto sobre la espada y mirando al frente o al suelo, pero nunca a los ojos de sus mandos. Los centuriones, por cierto, parecían igualmente asustados, o al menos, delegaban distraídamente la responsabilidad del movimiento de la tropa en sus superiores.

Mario decidió dar una lección de responsabilidad romana y se adentró hasta casi la mitad del río. Con el agua por las rodillas y la espada en la mano, se volvió hacia los soldados y dijo: *¿A qué tenéis miedo, hombres libres de Roma?,* mirando a los ojos de los soldados más próximos a la orilla, quienes invariablemente esquivaban su mirada.

Décimo, hasta aquél momento en un segundo plano, pasó a tomar la iniciativa como general del ejército, montó lentamente en su caballo y se dirigió hacia uno de los veteranos portaestandartes de la primera cohorte. Arrebató la enseña de las manos del *signifer*[9] y se adentró al paso hasta superar la mitad del cauce del río, más allá de donde se

encontraba Mario, con cuidado de que un traspiés de su montura no diera al traste con su golpe de efecto. Cuando estaba casi en la orilla opuesta, se volvió a su vez hacia los soldados, bajó del caballo con la dificultad que ello suponía por la pesadez de la loriga que vestía bajo el cuero de su armadura, y con el agua casi cubriéndole los muslos, gritó:

> Plácido, Tito, Servilio, ... – y en voz alta fue recitando el nombre de sus tribunos, centuriones y soldados veteranos más allegados - ..., Lucio, Marco, ¿Es este vuestro *Río del Olvido*? ¿Acaso me he olvidado yo de vosotros? ¿Qué sois vosotros? ¿Sois romanos o sois como esos celtas a los que tantas veces habéis vencido? A vosotros no os alcanzan las supercherías de los pueblos bárbaros ¿O es que no habéis demostrado cien veces en el campo de batalla vuestra superioridad?

El silencio seguía dominando a toda la tropa mientras el río seguía con su inacabable rumor. Los soldados más veteranos fueron los que antes se movieron, y casi a la vez, los mandos intermedios, que no podían ya quedarse atrás, y pronto llegaron todos juntos hasta la altura de Mario. Antes de que miraran atrás, la columna entera se había puesto en movimiento, como si se tratase de un solo cuerpo vivo que se desperezase de un pesado sueño.

Los auxiliares enseguida formaron una cadena a lo largo del cauce para pasar de unos a otros todos los bultos que formaban el equipo del ejército, y en poco más de una hora, toda la tropa se encontraba al otro lado del temido *Leteo*, o cualquiera que fuese aquél maldito río. El último en pasar fue el propio Décimo Junio Bruto, quién presenció plantado sobre su caballo en el cauce del río el paso de la legión hasta que cruzó el último soldado. Finalmente, él mismo se puso en marcha lentamente y cruzó abriéndose paso entre el grueso de la tropa, que le esperaba al otro lado, sintiendo sobre sí todas las miradas de los soldados pero sin desviar un ápice la suya del frente. El propio Décimo en persona dio la orden de partida a voz en grito, se situó a la cabeza

y marchó lentamente sobre su caballo sin mirar atrás, mientras el primer manipulo de la legión se ponía en movimiento tras él, todos en silencio y con la mirada fija en el suelo.

El ejército romano avanzó sin oposición alguna durante dos jornadas completas después del cruce del temido río, y tras una apacible marcha durante el primer día que siguió a la tensión por el episodio del cruce, de nuevo la inquietud era palpable entre todos los mandos. Se encontraban en pleno territorio de los *callaeci*, celtas feroces y desconocidos hasta ese momento, y era muy extraño un avance tan prolongado sin encontrar oposición alguna. A pesar de seguir su andadura a lo largo del cauce del río, no habían hallado ninguna fortificación de importancia en su camino, y únicamente se encontraban con algunas aldeas inmersas dentro del bosque que habían sido abandonadas a su paso. En un par de ocasiones aquellas pequeñas aldeas estaban tan mimetizadas que no se daban cuenta de su existencia prácticamente hasta encontrarse dentro. En todo caso, no habían ocurrido encuentros con guerreros celtas, avanzadillas o vigías, ni aún con persona alguna. Era evidente sin embargo que los celtas sabían de su incursión en el interior de su territorio, ya que siempre parecían anticiparse a su llegada, y era inevitable un encuentro tarde o temprano, aunque aquella incertidumbre no era buena para aquellos soldados.

Décimo conducía a sus tropas cerca de la ribera norte del río en dirección a poniente, aunque ligeramente hacia tierra adentro para evitar la penosa marcha junto al río y para aprovechar el sendero, usado sin duda por aquellos salvajes, que les llevaba hacia su último destino, desconocido para todos excepto para el general. Alcanzar de nuevo el mar para tomar contacto con los barcos de aprovisionamiento que había planeado Décimo vinieran desde Olisipo[10] a auxiliarles. Aunque obtenían bastantes viandas para unas cuantas jornadas tras los ataques a las aldeas celtas, y en los últimos días la rapiña había sido realmente provechosa, todos sabían que la base de la alimentación de un soldado romano era el trigo, y

precisaban tener acceso al preciado grano si querían mantener una larga campaña que se preveía que iba a prolongarse más de un año.

El primer enfrentamiento con los celtas fue ese mismo día al atardecer. Se dirigían ahora hacia el norte y el paso a lo largo de un camino que se deslizaba entre las rocas fue el punto elegido por los galaicos para tender una emboscada a la columna romana. Décimo, en su experiencia, había previsto ya esta eventualidad, y había situado en vanguardia varios exploradores que iban peinando la zona con la espada desenvainada mientras varias decenas de soldados les cubrían la espalda con el *pilum*[11] en ristre, previendo un ataque en masa. La prevención del general en un terreno tan desconocido previno muchas bajas, y los celtas se limitaron a lanzar un tímido ataque sorpresa que causó a los romanos poco más de un par de heridos, para salir inmediatamente huyendo entre los riscos de la ladera al comprobar su inferioridad y lo banal de su ataque. Por supuesto, Décimo no cayó en la trampa de seguir a los guerreros celtas por entre las peñas, lo que evitó nuevas bajas en la columna.

En los dos días siguientes se sucedieron un par de ataques similares, en los que los galaicos descubrieron su falta de organización militar, ya que se trataban de ataques desesperados por parte de un puñado de guerreros procedentes de cada una de las diferentes tribus cuyos territorios atravesaban, que se estrellaban una y otra vez contra la mayor preparación y capacidad militar romana. De esta manera, avanzaban con escasa dificultad hacia el poblado que las gentes del lugar llamaban *Minio*, vado del río del mismo nombre, situado en su orilla derecha y según sabían por sus auxiliares lusitanos, puerta de todos los territorios del extremo norte de *Gallaecia*. Una vez superado este punto, la idea de Décimo era ir aproximándose a la costa con el fin de tomar contacto con los barcos de aprovisionamiento y, en función de las dificultades previstas, seguir con la campaña militar. Este lugar se trataba de una importante fortificación céltica, construida en un montículo sobre el río que según sus datos contaba con una importante población, y donde a buen seguro se

concentrarían todas las fuerzas de resistencia célticas que hasta el momento parecían no encontrar.

La gran dificultad de Décimo en estas tierras consistía en su desconocimiento del territorio. Desconocimiento que por otra parte se extendía a los geógrafos griegos y romanos que habían dibujado el borde occidental del mundo, quienes cuando llegaban en sus mapas a la zona donde ahora se encontraban, la representaban siempre difuminada. Su campaña en las tierras celtíberas del interior de Hispania, e incluso en la Lusitania parecían siempre más fáciles por saber a qué atenerse. En cambio, se adentraban ahora en tierras inciertas en donde la bruma parecía rodearlo todo y nublaba el entendimiento, haciendo parecer real cualquier leyenda incluso a sus ojos, a pesar de que los pueblos que hasta ahora habían encontrado demostraban escasa competencia militar.

Las gentes de Minio se atrincheraron en su castro en altura, confiando su defensa a su situación y a la dificultad en el vadeo del río desde el sur. Tras algún tanteo por ambas partes, Décimo decidió acometer la empresa del paso hacia el otro lado por la noche, instalando en silencio y con rapidez un puente flotante que había sido construido con una tremenda discreción una milla aguas arriba del vado natural, confiando en la pericia que habían ganado sus soldados en estas tareas en los últimos tiempos. A pesar de coincidir con la época de un adelantado estío, el río fue finalmente vadeado con cierta dificultad, sobre todo por el tardío ataque de los guerreros celtas en la última etapa del paso, que cuando se quisieron dar cuenta, ya tenían casi dos tercios del ejército romano de su lado del río, y ya únicamente pudieron dificultar en parte la parte final del cruce. Sin embargo, toda la columna pudo pasar al otro lado tras un día entero de vadeo del río soportando el acicate de los ataques celtas. Fue sin embargo una operación delicada, puesto que en primer lugar hubieron de pasar un gran número de soldados para tutelar el paso de los demás, quedando en último lugar los auxiliares con el resto de equipo y las provisiones, de las que dependía en gran parte el éxito de la campaña en esta fase,

mientras esperaban el enlace de aprovisionamiento.

Décimo no pretendía ni mucho menos un asedio, dado el carácter en parte exploratorio de esta primera gran incursión romana en la ignota *Gallaecia.* Se trataba de una expedición de castigo y que mostraría el poder de Roma a todos estos pueblos bárbaros, después de la soberbia, ahora aplacada, de los celtas de *Brácara,* que habían opuesto una encarnizada resistencia en el cruce del *Durio*, el gran río del sur, el mismo que hacia Oriente bañaba las orillas de los altivos celtíberos de *Numantia*[12]. Por ello, y por la dificultad que la toma de este enclave supondría, que no podría por otro lado ser mantenida, los romanos se limitaron a quemar sus campos y las cabañas de las pequeñas aldeas que encontraron en el exterior de las murallas, tomando mientras tanto todas las provisiones posibles de sus escasas plantaciones, lo cuál valdría de momento para mostrar el poder de Roma. Aún así, permanecieron dos días más a las puertas de la ciudad, impidiendo a los celtas salir fuera del recinto del castro, y desoyendo sus provocaciones desde lo alto de los muros.

Al tercer día tras su llegada, el campamento romano fue levantado tranquila pero rápidamente, y poco después del mediodía, la columna pasó en formación alrededor de las murallas del castro, mostrando ampulosamente su capacidad militar como si no hicieran aprecio alguno de los guerreros encerrados tras las murallas, que les lanzaban gritos de odio, tras lo cuál, reanudaron la marcha hacia el noroeste, sin esperar ya oposición de importancia hasta llegar al mar, en el *finis terrae,* donde el general había fijado la cita con las naves de aprovisionamiento poco después del solsticio. De esta manera, la legión a cargo del procónsul Décimo Junio Bruto sería capaz de llevar la influencia de Roma hasta el último confín del mundo, hasta donde los geógrafos situaban el comienzo del océano que rodeaba las tierras emergidas y que lindaba con la eterna oscuridad de los infiernos, razón por la que las naves nunca perdían de vista la costa al navegar por estas aguas.

3 .- LA MISIÓN

Habían transcurrido otras dos jornadas desde la partida del ejército romano de los muros del castro del río Minio, y no habían surgido nuevas escaramuzas reseñables con las tribus celtas que habían ido encontrando los hombres de la avanzadilla que Décimo Junio Bruto siempre mandaba por delante de la columna principal. Sin embargo, en los últimos días Mario comenzó a detectar de nuevo una cierta inquietud en el inescrutable rostro de Décimo, inquietud que el propio general se encargó pronto de esclarecer en una breve reunión a la que convocó a Mario en su propia tienda de mando. Éste se presentó rápidamente, con la esperanza de despejar sus presentimientos.

 Salve, Décimo, ¿Qué se te ofrece? - Éste permaneció unos segundos callado mirándole fijamente a los ojos.

 Mario, estamos al menos a diez jornadas de marcha de la parte civilizada del mundo que conocemos – la voz de Décimo sonaba ahora solemne, como la de un senador dirigiéndose a su auditorio - Esta tierra es hostil aún a Roma y lo cierto es que, a pesar de su corta preparación e inteligencia, desconfío de estas gentes fanáticas y salvajes, que aún no saben de nuestro progreso, y a los que tenemos ya no solo delante, sino también tras nuestros pasos, y que, a poco que pensasen, pudieran estar dejándonos un pasillo delante de nuestros ojos para que nos metamos de cabeza en una trampa. He ido dejando algunos mercenarios de vigía detrás de nosotros que nos avisarían de cualquier movimiento sospechoso, pero aún no sé qué nos espera más allá. Por eso, he decidido enviar una avanzadilla de incógnito formada por un grupo escogido de soldados que puedan valorar los riesgos de avanzar más hacia el Norte. Si es posible, incluso hasta el llamado Golfo Ártabro, de donde al parecer proviene gran parte del estaño, plata y oro de estas gentes. Si logramos llevar las águilas romanas hasta aquella parte el mundo, podremos contar nuestra hazaña ante el Senado de Roma. Imagina a aquellos gordos senadores admirados ante las maravillas traídas por nosotros desde el fin del mundo, envidiando

en silencio nuestra audacia desde sus inmóviles poltronas. Mario, quiero que tú seas el jefe de esa avanzadilla y que lleves esta expedición hacia la gloria.

Mario permanecía callado ante el discurso de Décimo, sintiéndose admirado ante la resolución de sus palabras. Finalmente, sonrió agradecido. En los últimos tiempos creía haberse ganado el respeto y la confianza de su general, sobre todo desde el episodio del cruce del río Leteo.

 Será para mí un honor, general – dijo -, y espero cumplir todas tus expectativas.

 Eso espero Mario – respondió Décimo – Y espero que seas un gran general en un futuro.

Décimo pasó entonces a explicarle todos los detalles de un plan que a buen seguro, se apercibió Mario, debía haber ido fraguando a lo largo de muchos días, dada la precisión de sus ideas y la decisión con que las contaba. La idea era ir camuflados como celtas, procurando no llamar la atención de los que pudieran hallar por el camino, usando los útiles y ropas de los que habían ido despojando a los guerreros con los que se habían topado a lo largo de la expedición, y usar esos caballos grandes y lanudos que se daban por las montañas del norte de Iberia como bestias de carga. Se trataba de una estrategia que ya habían usado otros famosos generales a lo largo de la Historia de Roma, que casi siempre había funcionado, y que siempre causaba admiración entre los que era posteriormente narrada.

 Iréis avanzando despacio siguiendo la línea de unión entre los castros celtas que definen los caminos de la región, aunque evitando excesivo contacto con los nativos. Por supuesto, no deberíais entrar dentro de las fortificaciones, porque es posible que en ese caso no volváis a salir de ellas. Seguiréis hacia el norte, hasta llegar de nuevo al mar o hasta la ciudad de Brigantia, si es que

existe, que calculo no debe encontrarse a más de cinco días de marcha normal.

Mario escuchaba con atención y se limitaba a asentir cada punto del plan de Décimo, que iba encadenando un tema con otro como si hubiera preparado previamente el discurso.

- No hablareis con nadie – seguía Décimo -, a no ser que sea imprescindible. No entrareis en ninguna aldea y dormiréis fuera de los caminos evitando hacer fuego. Viajareis de incógnito sin que os vean, aunque actuando siempre con naturalidad, sin que parezca que os ocultáis en caso de que podáis ser vistos.

El plan de Décimo Junio Bruto era que su avanzadilla de exploración avanzase todo lo posible hacia el norte anotando las dificultades y volviendo hacia atrás para informar cuando fuera preciso. La legión esperaría sus informes y dado el caso, avanzaría asimismo hacia el Norte siguiendo sus pasos, cambiando su rumbo si fuera necesario en función de sus noticias. Mario estaba cada vez más entusiasmado con la idea, y finalmente, participaba con su general aportando algunas ideas para la expedición.

El día de la partida amaneció brumoso y con una cortina de fina lluvia que daba brillo a la corteza de los árboles, como tantos otros días desde que salieron desde Brácara hacia el norte. El ánimo de los siete hombres que formaban parte de la avanzadilla era muy bueno, y se despidieron de sus compañeros entre bromas, sobre todo a causa de los atuendos célticos que llevaban sobre sus cuerpos. A pesar del ya largo periodo de campaña, los soldados romanos de la pequeña expedición aún llevaban el cabello bastante más corto de cómo lo solían llevar los hombres de aquellas tierras, y aunque se habían dejado crecer la barba, su aspecto no era aún como el de un celta. Por

ello, se habían colocado un gorro de piel sobre las cabezas, e incluso intentaron teñirse las barbas con arcilla para que su aspecto fuera menos llamativo.

A pesar de sus disfraces, en los que confiaban parte de sus esperanzas de éxito, evitarían en lo posible las zonas habitadas y viajarían siempre que pudieran de noche o con poca luz. En caso de que se toparan con galaicos poco perspicaces, seguían albergando la esperanza de ser confundidos con comerciantes o arrieros astures o quizá béticos o celtíberos, para lo cuál portaban consigo algunos cacharros de cobre y utensilios domésticos y de caza que forman parte de los intercambios comerciales de estos pueblos: fíbulas, ollas, cuchillos de bronce, etc… Por otra parte, les acompañaban dos auxiliares celtíberos que les ayudarían a pasar desapercibidos y que hablarían con la gente que se encontrasen en caso necesario.

Mario no podía estar más alegre y optimista. Estaba además muy orgulloso por haberle sido encargada una misión de tanta importancia, propia en realidad de un militar de mayor experiencia, aunque, y de ello se daba también cuenta, de un altísimo riesgo. Por ello, a pesar de tener que establecer ciertas distancias con los soldados de su comando para no relajar así la disciplina en la expedición, también bromeaba con ellos y pasó gran parte del tiempo durante la primera jornada de viaje hablando, mientras su cara reflejaba una permanente media sonrisa. Se propuso desde el primer momento disfrutar en la medida de lo posible de su misión. Al fin y al cabo podría tomar sus propias decisiones, algo tan raro en el ejército romano, y se encontraba en una tierra dura pero de gran belleza, que estimulaba su corazón. Por otra parte, los guerreros celtas con los que se habían topado hasta el momento, no parecían ofrecer tanto peligro como cabría imaginar en un principio, después de la terrible batalla librada meses atrás para lograr cruzar el río *Durio* contra muchos miles de hombres que los brácaros habían opuesto con la ayuda de sus vecinos del norte. En aquella batalla, a pesar de su bisoñez, Mario había comenzado a despuntar por su valentía, lo que le había valido también para ocupar

el lugar de confianza junto a Décimo que ahora detentaba.

El segundo día de su misión cabalgaban a la luz de la luna aprovechando los cielos despejados del final de la primavera, que ese año parecía haber sido sorprendentemente suave para sorpresa de Mario, dadas las latitudes a las que se movían. Un tenue halo revestía con una aura fría a la Luna, prácticamente llena esa noche, ya que unas nubes altas se empeñaban en acompañar su recorrido, mientras que el resto del oscuro cielo aparecía totalmente despejado, y en su negrura destacaban con especial brillo el mayor número de estrellas que Mario vio jamás. Miró de reojo al resto de sus acompañantes, atentos a los ruidos del bosque que bordeaba el camino, que les llegaban amortiguados en gran medida por el sonido de los cascos de los pesados caballos sobre la gravilla.

— Lucio, ¿has estado alguna vez tan lejos de casa? – Mario se había dirigido al hombre que cabalgaba junto a él, un *Triato*[13] de la última línea que no era ni más ni menos que el soldado más experimentado de la legión comandada por Décimo Junio Bruto, veterano de todas las guerras de Hispania y que hacía una década había llegado a luchar contra Cartago al lado del gran Publio Cornelio Escipión.

— He estado en África con Escipión y en la frontera de la Galia Transalpina[14], pero este lugar me parece el más recóndito del orbe. Desde Numancia, que a mí me parecía ya el extrarradio del mundo conocido, hay al menos treinta jornadas de buena marcha, y el país se vuelve cada vez más extraño y desconocido a medida que nos adentramos en él. Los bosques, los ríos, las ciudades, y hasta el olor de aire es diferente aquí. Yo no sé como estos celtas aceptarían que Roma entrase en su mundo.

Mario se quedó reflexionando sobre las palabras del soldado veterano. Sí, ciertamente era este un mundo diferente al que hasta ahora controlaba Roma. Probablemente era la tierra más extrema y más

extravagante por su propia situación en el mundo y por su lejanía de los territorios civilizados, y sospechaba que este carácter se iba a acentuar cuanto más se aproximasen a su confín con el océano. Aquí las cosas parecían distintas: el sol y la luz parecían diferentes, el clima variaba con tremenda rapidez y sin aviso previo, los bosques parecían no terminar nunca, y cada árbol, cada arroyo y cada piedra parecían estar dotados de una magia ajena a todo lo que hasta entonces había conocido Mario. Aún así, intentaba no arredrarse ante la circunstancia que le presentaba ante sí la vida y procuraba amoldarse a este mundo diferente que, al menos provisionalmente, era ahora el suyo. Lucio siguió hablando.

 Estos dos días he presentido que muchos ojos nos observaban desde los bosques o desde el borde del camino, pero nunca he conseguido asegurar si se trataba de la realidad o de la imaginación de un viejo soldado, siempre en tensión y alerta en territorio enemigo. Este lugar me pone nervioso.

Esa noche avanzaron muchas millas aprovechando el claro de luna, en previsión de otras muchas noches oscuras a partir de aquella, y acamparon finalmente ocultos en el borde de un pequeño bosquecillo justo antes del amanecer. A mediodía, y tras comer algo de carne seca, Mario se reunió con los cuatro soldados y los dos auxiliares celtíberos de su pequeña partida.

 Si no fallan nuestros geógrafos, en un par de jornadas, o poco más, deberíamos llegar a *Brigantia.* Este importante *oppidum*[15] es la puerta del Golfo Ártabro, y por lo que nos dicen, debe ser la ciudad más importante de toda esta parte del país, si es que a lo que tienen estos celtas puede llamarse ciudad - hubo risas entre los soldados - Como sabéis o habréis oído, las tribus ártabras son gente guerrera que no conocen civilización alguna, por lo que debemos redoblar nuestra cautela. Cuando nos encontremos a tiro de flecha de Brigantia, yo me quedaré con Lucio esperando y observando sus defensas, y el resto volveréis al encuentro de la legión con Quinto al

mando. Así, si no ocurre nada, podréis ayudarles indicando el mejor camino y llevando mi informe. Es posible que hasta entonces encontremos a más gente, por lo que haremos como hasta ahora: pasaremos de largo intentando no hablar con ellos, o en todo caso, dejaremos que hablen los auxiliares celtas.

Avanzaron así tres días sin ningún incidente reseñable, caminando de noche y escondiéndose de día, con escasos y cortos contactos con algunos viajeros por el camino, casi siempre desde lejos y sin cruzar palabra, sino para confirmar la dirección del camino que les debía llevar hasta su destino. Comenzaba a decaer la tarde del tercer día cuando se encontraron al final de una alta loma que venían casi imperceptiblemente ascendiendo por su parte sur desde hacía muchas horas. El territorio era boscoso y el camino casi no se podía adivinar; no habían visto a nadie en todo aquél día ni siquiera de lejos, por lo que a Mario se le antojaba ir penetrando en un lugar fuera del dominio del hombre y que parecía no haber sido antes pisado por nadie.

Comenzaron el descenso por la ladera contraria de la gran loma, y la brisa que corría en sentido contrario al de los soldados les traía aromas que hacían adivinar la proximidad del mar en la dirección en la que se ponía el sol. Antes de que la penumbra vistiera de oscuridad todo lo que les rodeaba, pudieron ver el extremo de una lengua de marisma, ahora en marea baja, que serpenteaba hasta el borde de un promontorio, sobre el que se adivinaban los recios muros de un castro teñidos de rojo a la luz de los últimos rayos del sol de poniente.

 Si lo que nos han dicho es cierto y hemos caminado sin desorientarnos, debemos tener ante nuestra vista la legendaria Brigantia, soldados – dijo Mario con una mal contenida emoción. Mejor será que acampemos ya por aquí cerca, guardemos bien los caballos y esperemos a mañana para ver más de cerca sus fortificaciones. Tras la inspección, estimo que lo más prudente sería que la mayor parte de la partida deshaga el camino para ir al

encuentro de nuestro general e informarle – Mario intentaba mostrarse serio y decidido, pero lo cierto es que una especie de inquietud le cosquilleaba en su interior, como a un niño en la noche anterior a la fiesta de su cumpleaños, con una mezcla de desasosiego y feliz expectativa sobre lo que había de venir, ahora tan próximo.

Se internaron un poco más en el bosque que descendía hacia la marisma, baja a esa hora del día, y encontraron un pequeño claro a salvo de miradas desde el camino donde pudieron atar los caballos y disponerse a descansar hasta el siguiente día, después de montar los correspondientes relevos de guardia.

El día siguiente amaneció despejado por completo, con una luminosidad que bañaba todo con un brillo especial y que, por contraste con el tono gris habitual de estas tierras, llenaba de optimismo el ánimo de los romanos.

 De lo que podamos ver hoy dependerá el informe que debemos hacer llegar a Décimo Junio, y por tanto, el éxito de nuestra misión – arengó Mario a sus hombres – y parece que los dioses estén de nuestra parte enviándonos esta luz impropia de esta tierra oscura, que permitirá a nuestros ojos ver cosas que de otra manera sería imposible. Pero cuidado, esta luz también nos puede delatar, así que iremos rodeando el castro a lo largo de las laderas de los montes cercanos ocultándonos tras la maleza.

Una columna de humo ascendía desde el poblado cercano cuando se acercaban a él. El castro era una construcción sencilla, erigida como es normal en los celtas, sobre todo en Gallaecia, sobre un pequeño promontorio que dominaba la confluencia de dos ríos, uno de los cuales era además de cierta importancia, es decir, el emplazamiento favorito para un pueblo guerrero con el fin de una fácil defensa. Los muros, de una considerable altura, estaban formados por una simple

superposición de finos mampuestos de la piedra oscura que forma el suelo de aquél país, dispuestos en lajas poco labradas y trabadas sin argamasa alguna, y el sol, recién asomado a las lomas del Este, reflejaba por la parte del castro que daba al interior el musgo que prosperaba agarrado a sus paramentos y que hacía finalmente confundir sus cimientos con el manto de hierba sobre el que se asentaban. Los muros cerraban por completo la parte de la fortificación que daba al agua, mientras que la entrada al castro se encontraba por el lado interior, hacia tierra.

Mario y sus compañeros seguían rodeando la pequeña ciudad celta procurando no ser vistos, y se dieron cuenta de que en la entrada, que daba hacia el oeste, es decir, tierra adentro, los celtas habían construido una rampa que servía de acceso al fondo de un estrecho corredor cuyas paredes eran prolongación de los propios muros del castro, con el fin de dificultar en lo posible una eventual invasión por la entrada principal.

Los romanos observaban atentamente todos los detalles constructivos del castro, apoyándose en sus conocimientos de construcción militar: sus baluartes, el paseo de ronda sobre la muralla, a la que los defensores accedían desde el interior del recinto mediante un terraplén, el número de hombres de guardia (muy numerosos en este caso, quizá por el conocimiento de la proximidad del ejército romano), y los posibles medios de asedio e invasión. Examinaban todo procurando no ser vistos, asomados lo mínimo imprescindible entre las hojas de los matorrales de la ladera. A Mario aún no le parecía posible haber llegado hasta Brigantia, aquella ciudad prácticamente desconocida situada en el extremo del mundo, hasta donde se decía que llegaban barcos de más allá del mar del Norte cargados con el estaño y la plata de ignotas islas habitadas por otros celtas parientes de los extraños habitantes de esta tierra.

 No sería muy prudente intentar colarnos ahora en la ciudad aparentando ser comerciantes, señor – dijo Lucio, quién se había

convertido en el lugarteniente de Mario en esta misión, dado que por su experiencia, éste muchas veces pedía su consejo antes de actuar – Estos galaicos están alerta y tampoco estamos tan bien disfrazados como para que unos ojos celtas medianamente vigilantes no nos descubran.

 Si, sería quizá mejor prevenir a Décimo y ver cómo podríamos evitar que pudieran pedir ayuda a sus vecinos para defender el castro – dijo Mario intentando estar a la altura de su alta responsabilidad.

 El principal problema que plantea el asedio y el asalto, caso de que finalmente se dé, es el cruce del río y el acceso al otro lado, cosa que deberíamos intentar hacer nosotros ahora para conocer las defensas del castro desde aquél lado – siguió diciendo Lucio.

Los soldados miraron las oscuras aguas del ancho cauce, que lamía el pie de los muros del castro en el lugar en el que el río se mudaba en mar y donde, según habían ya observado, su nivel variaba en función de la hora del día. Era algo que ya habían conocido desde su campaña en Lusitania, aunque su estancia en Olisipo les había mantenido ocupados en otros menesteres muy diferentes a la observación de las aguas del mar.

 En esta olvidada tierra las cosas funcionan de diferente manera a lo que estamos acostumbrados – dijo Mario -, y según deduzco, Neptuno acerca o aleja su manto de agua a su antojo a lo largo del día, probablemente por la impiedad y el descreimiento de estos salvajes hacia los dioses, ya que en nuestro mar no he visto cosa similar en orilla alguna desde Tarraco al Ponto[16]. Como veis, el río corre en un sentido o en el otro dependiendo del empuje o laxitud del mar, lo que demuestra que las leyes de la naturaleza se encuentran en esta tierra demudadas.

Creo que lo que debemos hacer – sentenció Mario – es aguardar a que el nivel del río esté lo suficientemente bajo como para vadearlo y cruzar al otro lado únicamente Lucio y yo para proseguir nuestra exploración. Los demás deberéis regresar a las órdenes de Marco al encuentro de la legión, ya que él es el soldado de mayor rango después de Lucio. Nos encontraremos después en el lugar en el que acampamos anoche, puesto que es punto de paso obligado para alejarse de Brigantia. No deberíamos tardar más de un día en regresar; al segundo día, los que hayan conseguido volver partirán de vuelta al encuentro de Décimo. Mientras tanto, creo que será fácil que Lucio y yo podamos escabullirnos sin ser vistos en estos bosques tan espesos. En caso de que no volvamos ninguno de los dos, seríais vosotros los encargados de dar informe a Décimo. Todos hemos visto lo mismo, por lo que creo que tú Lucio, o tú Marco en último caso, seríais capaces de dar una buena información a nuestro general en caso de que yo no consiga volver.

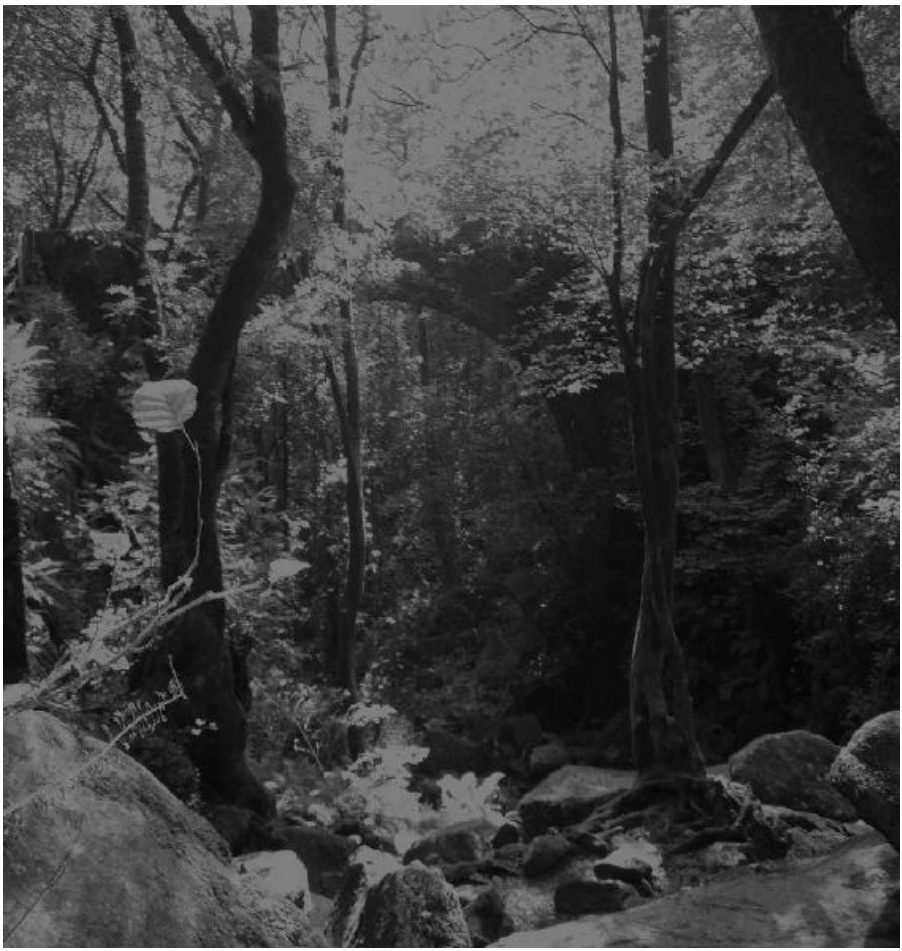
Se acordó que los soldados que regresaban ahora llegarían hasta donde habían dejado los tres caballos y el resto del escueto equipaje que portaban, y volverían hasta el campamento de la noche anterior. Mario y Lucio llevaban consigo comida para ese día y poco más, aunque no les sería difícil conseguir algo más de comer en el bosque para pasar una mañana. De esa manera evitarían regresar al punto de partida de esa mañana y ganarían un tiempo precioso, y por otro lado, Mario creía que así estarían más libres para esconderse, y en caso necesario, huir. Se despidieron allí mismo de sus compañeros con abrazos y entrelazando sus muñecas, hablando únicamente lo imprescindible.

Cuando los soldados se dieron la vuelta y dejaron de oírse sus pasos en la espesura, Mario se dirigió hacia Lucio y le miró a los ojos, viendo la resolución dibujada en el rostro del viejo soldado, que había aguantado miradas de los ojos fieros de muchos otros guerreros en largas campañas a lo largo de veinte años. Al cabo de poco más de una

hora, el nivel del agua había bajado ya de una manera ostensible, de manera que parecía ya vadeable con relativa tranquilidad.

- Ahora cruzaremos el río y veremos la fortaleza desde el otro lado. También veremos después si al otro lado existen otros caminos y otras ciudades que pudieran ayudar a los brigantinos en su resistencia.

Se dispusieron a cruzar buscando antes un vado favorable en el cuál el río se ensanchaba ligeramente y la corriente amainaba un poco frenando su ímpetu. Evitaron conscientemente el empleo de una barca hecha con ramas y cuero que se encontraba amarrada a un árbol de la ribera, y que vieron ya antes de despedirse de sus compañeros. Ese sería con toda seguridad el vehículo de paso para los habitantes de uno y otro lado y su intención era no llamar en absoluto la atención a estas alturas de la expedición, tan lejos de lugar civilizado, y sobre todo ahora que sólo quedaban dos miembros de la partida inicial. El primero en meterse en el agua fue Lucio, y una vez hubo llegado al otro lado, se dispuso a hacer lo propio Mario, evitando así que les sorprendieran por casualidad a los dos a la vez cruzando el río.



4.- EL VIEJO DEL BOSQUE

El fuego seguía crepitando en el hogar de aquél desconocido que, ahora se estaba dando cuenta Junio, le estaba contando la historia de su propia vida. De pronto, hizo una inflexión en su voz y calló por un momento, volviendo a mirar a su interlocutor, del que parecía haberse desentendido por completo desde que se sentó a su lado tras atender a su amigo Claudio, hablando al vacío o tal vez para sí mismo, mientras dejaba entrever un evidente esfuerzo en el recuerdo.

 Entonces, ¿eres romano? ¿viniste aquí en tiempos de Décimo Junio Bruto Galaico? – interrogó Junio a su interlocutor.

 Nací en Roma, ya que es eso lo que creo que preguntas. No vivo como un romano, nadie me recuerda en Roma, por lo que creo que no soy ya romano. Después de tantos años, yo creo que uno es de donde y cómo vive.

 ¿Pero es que tú te consideras entonces celta? Tú vives como un galaico, y ellos deben conocerte, puesto que los auxiliares celtas de nuestro campamento nos habían hablado de ti.

 Nunca me lo he planteado como tú lo haces ahora. Supongo que no soy un celta, como tú les llamas, puesto que no nací en esta tierra, y muchos siglos de diferente cultura me separan aún de ellos, pero por otro lado, tengo hijos galaicos, conozco bien sus costumbres y he convivido mucho tiempo con ellos, por lo tanto, algo de celta sí que tengo.

 ¿Cómo puedes vivir entre estos bárbaros, tú, un patricio romano que formabas parte del mando de aquella legendaria legión que llegó por vez primera al fin del mundo? ¿Es que no echas de menos tu tierra y tu patria? – en la voz de Junio sonaba un cierto eco de reproche.

 Vivir entre esta gente no es tan malo si te acostumbras –

contestó pausadamente el viejo – Te lo aseguro. Es como vivir entre romanos: ten en cuenta que al fin y al cabo, ellos nacen y crecen aquí, conviven entre ellos y tampoco les parece tan malo. Te aseguro que son como cualquier otro pueblo, y si te amoldas a su manera de ser, no muy especial por otra parte, también puedes ser feliz, que es lo de lo que se trata en esta vida. Como te dije, mis hijos nacieron aquí y me siento ligado a esta tierra. El destino me trajo a Gallaecia y no me pesa. Por otra parte, no tiene ya sentido volver a Roma; nadie me reconocería y no sé si yo podría adaptarme de nuevo a ese ritmo de vida. Además, si espero un poco, quizá Roma venga a mí antes: tú eres la prueba de lo que digo, ya que estás aquí y además no estás solo.

Tras este discurso, el ermitaño esbozó de nuevo una amplia sonrisa, abriéndose paso una dentadura sorprendentemente entera entre la espesura del pelo entrecano de su barba.

¿Te conformas entonces con esta vida de privación y de aislamiento en una tierra ajena? – siguió preguntando Junio.

Te repito que esta tierra no me es ya ajena – respondió el viejo - Yo ya he vivido varias vidas, tal y como las podría entender cualquier hombre, y todas han sido plenas. Yo he sido soldado de Roma, guerrero ártabro, ermitaño, padre, héroe, amante, soñador. He visto el fin del mundo, me he asomado al océano de tinieblas, he luchado contra y con gigantes de distintas razas, he cazado animales que vosotros aún no conocéis en bosques oscuros donde nadie antes había pisado y donde nunca ocurre lo que parece. He amado a diosas y a reinas. He gastado pues, más vidas que a las que a un simple mortal le corresponden sin ser un dios. Tengo ya, creo, más de 65 años, ¿cuánta gente crees tú que llega a esta edad viviendo de verdad la vida?, y no sólo una vida, sino varias, como te digo. La gente no suele pasar de los cuarenta años y yo no cambiaría un solo día de mi vida por veinte años en la piel de aquellos panzudos senadores que envían a las legiones de jóvenes

romanos lejos de sus casas desde la poltrona de sus villas o desde su puesto en el Senado, sintiéndose por ello satisfechos de sí mismos. ¿Es a eso a lo que tú aspiras? Quizá yo te parezca un loco, y no te voy a contradecir, porque puede que los últimos años de soledad me hayan hecho extraño a los ojos de los hombres, pero puedo decirte sin temor a equivocarme que a estas alturas de mi vida, miro atrás y no me arrepiento. No es que me sienta satisfecho por completo, puesto que el hombre que dijera esto sería un insensato o un mentiroso, pero el no sentir pesar frente al paso de la vida ya es suficiente, creo yo. Ahora solo aspiro a descansar y disfrutar en estos años de mis recuerdos y la belleza del mundo. Espero que a ti te pase lo mismo cuando llegues a viejo, Junio. Piénsalo.

Junio guardó silencio. Empezaba a sentir, muy a su pesar, un incipiente sentimiento de respeto y de admiración hacia aquél desconocido, que parecía saber mucho más de lo que en un principio parecía.

— Mario. ¿Te puedo llamar así?

— Es mi nombre, y nunca he renegado de él. Como te dije antes, no me pesa en absoluto mi pasado, y eso incluye mi origen y mi familia romanos – siguió diciendo Mario en el mismo tono.

— Mario, ¿Qué hizo que te quedaras aquí? Es evidente que algo te debió ocurrir para abandonar un futuro prometedor en tu carrera militar y social en Roma. A nadie se le ocurre de repente hacerse celta – Junio utilizaba un tono inquisidor, visiblemente extrañado ante la actitud estoica del anciano.

— Como te dije antes, el destino. Sé perfectamente qué es lo que pasó, pero no sé realmente cómo pasó y no soy consciente de en qué momento tomé la decisión de cambiar de vida, ni siquiera de si tomé una decisión consciente o no. Quizá los dioses lo previeran antes por mí. Debes tener ya la suficiente experiencia en la vida

para saber que las cosas nunca ocurren exactamente como tú las piensas, por mucho que lo planifiques todo al detalle y pienses en todas las posibilidades.

Claudio dio una vuelta en el lecho y se agitó, aparentemente incómodo. Los dos hombres se volvieron hacia él, y el anfitrión de la cueva se levantó a echar un vistazo al enfermo, le acercó un poco de agua a los labios y después, añadió un nuevo tronco al fuego.

 Mario, ¿de dónde has sacado tus conocimientos de medicina? – preguntó ahora Junio.

 Largos años en estas tierras han hecho que este viejo leño haya conseguido por fin aprender muchos de los secretos de la naturaleza que estos *celtas,* como tú llamas despectivamente a los hombres que viven en estas tierras, han conocido tras muchos siglos de respetuosa observación y de relación con ella. Sin embargo, tengo que decirte que mi primer contacto con la medicina en estas tierras proviene de la propia diosa Venus – dijo enigmático el ermitaño.

 ¿Como es eso? – preguntó extrañado Junio.

 Vaya, está visto que no voy a poder librarme de todas tus preguntas. De acuerdo soldado, siéntate conmigo y te contaré toda la historia – contestó sonriendo - No es bueno ser tan curioso, porque puedes llegar a conocer lo que no te conviene, y yo no sé si lo que voy a contarte te conviene.

 ¿Por qué dices eso? – preguntó de nuevo extrañado Junio.

 No puedes parar de preguntar, ¿verdad? Está bien, eres lo suficientemente mayor como para escuchar y juzgar tú mismo. En cuento a mis conocimientos de medicina, yo también he tenido heridas de guerra ¿sabes?, y en estas tierras si no conoces por ti

mismo muy bien los remedios y las drogas que nos dan las plantas, muchas veces no hay nadie que pueda socorrerte, por lo que es una buena medida para seguir viviendo ¿no?

5.- EL HADA

El río que a su paso rodeaba los muros de Brigantia parecía ahora especialmente lúgubre y extraño cuando Mario se dispuso a cruzarlo aguas arriba de la ciudad, de tan quieto y silencioso, cuya corriente únicamente podía apreciarse ahora por el sutil movimiento de la fina piel que las hojas caídas de los árboles habían formado en su superficie, como si su lecho guardase un oscuro secreto.

Mario se dio cuenta de que se enfrentaba a otro nuevo cruce de un río, y en este estaba ya casi solo. Desde que había llegado a estas tierras, cada vez que se acercaba a un río parecía extenderse un nuevo mundo al otro lado, y en cierta medida, la vida cambiaba cada vez que lo atravesaba y cada vez le parecía acercarse más y más a lo que le había preparado el destino. Hacía ya varios meses del cruce sobre el río *Durio* con una legión completa para llegar hasta Brácara. Más tarde, se enfrentó el *Leteo* y poco después al *Minio*. Ahora se encontraba cruzando un nuevo río desconocido, que a veces es mar y a veces río, sólo junto a Lucio, el único compañero de viaje que le restaba ya. Quizá la próxima vez debiera cruzar completamente solo y enfrentarse a lo que me tengan preparado los dioses.

Un soldado romano no debe sentir miedo, y lo cierto es que no sentía ningún temor al daño físico o incluso a la muerte. Sin embargo, esta tierra extraña que le embriagaba y seducía de aquél modo, le daba una sensación de misterio inquietante. Por otro lado, estaba más decidido que nunca a seguir más allá, a conocer qué es lo que había al otro lado del río, a cubrir una nueva etapa del viaje.

Mario sentía el frío del agua en el vientre. Miró hacia el frente y se encontró con la dura mirada de Lucio, que le distrajo finalmente de sus pensamientos. Cubrió los tres pasos que le separaban de la orilla contraria y tomó la mano que le tendía su compañero desde tierra firme. Al saltar a terreno seco olvidó por completo aquél ensimismamiento que le había asaltado mientras cruzaba aquél río.

 Corramos a sentarnos un poco más hacia el interior, allí nos secaremos y podremos hablar – le dijo Lucio.

Anduvieron así dos docenas de pasos y ya sentados en una roca, se atrevieron a hablar en voz baja.

 Desde luego, Brigantia es una población de importancia comparada con el tamaño de otros castros que hemos visto por el camino – dijo Mario – Es muy posible que por esta parte, la que da a tierra adentro, tengan apostados vigías e incluso podemos encontrarnos con una ronda de vigilancia. Debemos abrir los ojos, pero sobre todo, ser silenciosos y cuidarnos de no tener encuentros con estos brigantinos; nos sería muy difícil dar explicaciones de por qué estábamos fisgando.

 ¿Qué propones hacer, Mario?

 Espiaremos las defensas de la fortificación desde este lado y trataremos de encontrar si hay algún otro castro en las inmediaciones que pudiera servir de apoyo en caso de asedio. Lo malo de este territorio es lo desconocido y lo extraño que nos resulta. Sabes que según los informes de los celtas capturados y de las pocas gentes que nos hemos ido encontrando por el camino fingiendo ser comerciantes, Brigantia es el centro de una serie de castros, alguno de los cuáles podría ser también de importancia. Iremos más al norte, donde nos dijeron que se encuentra Lambre, para ver el tamaño de ese poblado y averiguar la rapidez con que se pueden comunicar entre ellos.

Estuvieron así todo lo que restaba de tarde estudiando los accesos y baluartes del recinto de Brigantia desde el lado que daba a tierra, procurando no ser vistos, puesto que ahora tenían el sol de cara y era preciso observar desde una prudente distancia en el interior de la espesura. Intentaron anotar mentalmente cada detalle que pudiera ser útil para un eventual ataque desde esa parte, estudiando asimismo la

intensidad de la vigilancia a lo largo del perímetro fortificado, sobre todo en la rampa de entrada, y los horarios del cambio de guardia, ante un eventual ataque sorpresa. Se hacían notar así el uno al otro mediante señas y susurros a media voz cada detalle que pudiera parecer de relevancia.

Cuando el sol estaba bajo, su reflejo reverberaba intensamente sobre la superficie del agua de la lengua de mar que lamía los pies de la muralla de Brigantia. Dieron por terminada la observación, dado que las condiciones eran ya demasiado desfavorables y su situación excesivamente expuesta, por lo que se alejaron ligeramente hacia el interior, para comentar con tranquilidad lo visto. Ambos habían llegado a la conclusión de que, a pesar de sus murallas, el castro no podría soportar un ataque bien organizado de una legión romana, caso de que Décimo optase finalmente por llevar a los soldados tan al norte. Brigantia era una población de importancia e incluso bien defendida en relación con otras pequeñas fortificaciones celtas que habían conocido, pero no llegaba a ser tan difícil de tomar como otros enclaves ya conquistados por el ejército romano.

Con las primeras sombras grises que se alargaban como el preludio de la oscuridad de una noche tranquila, comenzaron a moverse hacia el norte, sin saber muy bien la dirección exacta, ascendiendo una nueva colina que se oponía a su marcha a través de un claro, que parecía ser la divisoria de un nuevo río que discurría paralelo al de Brigantia y que había excavado su cauce entre dos laderas abruptas y cubiertas de vegetación. Anduvieron durante un tiempo hacia poniente por la parte alta del promontorio aprovechando las últimas luces del día. Era ya prácticamente de noche cuando comenzaban a descender lentamente hacia el fondo del valle, adivinando el cauce entre los árboles.

La caída de la tarde era plácida y ambos soldados disfrutaban sin palabras de los últimos instantes del día de riesgo y libertad que su misión les había regalado antes de sumarse de nuevo a la rigurosa disciplina de la legión romana. Mario se sentía una criatura más de

aquél bosque que aparecía ante sus ojos ameno y amable a las últimas luces del día que se empeñaba aún en prolongarse. La naturaleza toda parecía cómplice de esta placidez y a esta hora del día en que todos los pájaros se apresuran apurando sus últimos instantes de actividad, no parecía en realidad haber demasiado movimiento. De hecho, los pájaros que habían escuchado hacía unos minutos con especial estrépito levantando vuelo hacia levante parecían haberse ahora esfumado de su vista y de sus oídos. Mario sintió un repentino respingo de inquietud y de desconfianza al ver el rostro tenso de su compañero de armas.

— Lucio, ¿no sientes un extraño silencio en este bosque? – dijo Mario, dejando ver una honda preocupación.

— Justamente me estaba dando cuenta de ello. No es normal, y será mejor que nos apartemos de la senda y permanezcamos al acecho. Hemos estado antes al descubierto durante unos minutos cuando estábamos aún a la vista de Brigantia, y podemos haber delatado nuestros movimientos. Probablemente, todas las vías entre Brigantia y Lambre estarán ya vigiladas.

Súbitamente, oyeron un crujido de ramas a muy poca distancia de sus pasos, de algo que andaba muy aprisa por el bosque detrás de ellos. Sin mediar palabra, cada uno se apartó con gran rapidez de la senda por un lado diferente, ocultándose agachados entre los matorrales de los laterales con el tiempo justo para observar como cuatro guerreros galaicos con la espada desenvainada marchaban rápida pero sigilosamente a lo largo del camino, sin duda en su busca. No cabía ninguna duda: habían sido descubiertos.

Pese al miedo inicial, Mario mantuvo la suficiente calma como para pararse a pensar un momento. Los cuatro celtas que acababan de ver no debían ser más que la avanzadilla de una patrulla que debía haber partido de Brigantia en su busca. Tenía que salir pronto de allí, puesto que peinarían la zona hasta dar con ellos, ya que habían desaparecido

de delante de sus propias narices y podrían volver para buscarles. Debía alejarse del camino. Seguro que Lucio haría igual. Tenía mucha más experiencia que él, por lo que no debía preocuparse por su compañero, sino por sí mismo, y seguro que él se estaría alejando ya del camino en este mismo instante en dirección contraria. Lo malo de la parte en la que él se había ocultado es que estaba del lado del interior del bosque, no del camino de vuelta, pero confiaba en poder volver a tomarlo cuando todo pasara. Con suerte, ambos se encontrarían al día siguiente y podrían acudir al encuentro de Décimo Junio Bruto, que les acogería con trato de héroes por el éxito de tan audaz empresa cuando pudieran contarle los detalles de los baluartes de defensa de la muralla de la última ciudad del mundo.

Y Mario se alejó. Se internó hacia el corazón de la masa de robles y espinos que tan familiar le venía resultando en los últimos tiempos, y se dispuso a desaparecer por completo durante una noche. No debía permanecer escondido más que una sola noche. Una hora más y todo estaría ya a oscuras, y aunque sabía que esa noche la luna sería llena, confiaba en pasar desapercibido por completo durante solo unas horas. Al amanecer todo habría pasado y podría buscar a Lucio. Los guerreros celtas ya no le encontrarían y quien sabe si la legión romana no se aprestaría a atacar la ciudad si es que habían seguido sus pasos a lo largo del camino que ellos mismos habían trazado a través del corazón de la tierra galaica, con lo que aquellos bastante tendrían con defender sus murallas si eso ocurría. Por eso, únicamente debía esperar unas horas en este extraño bosque. No era mucho tiempo.

Caminó sin rumbo fijo, pero siempre hacia el interior de la espesura de árboles, cuyo porte iba creciendo a medida que se internaba más y más con la única intención de alejarse en lo posible de las que debían ser zonas de paso de los celtas. Tras más de una hora de marcha, mientras se difuminaban los últimos resplandores del día, divisó una hoguera en el centro de un claro rodeada de una serie de casas de madera, a las que a su vez protegía una rústica empalizada alrededor. Pensó que sería Lambre, población que les habían descrito días atrás

unos viajeros como núcleo asociado a Brigantia, pero que vista ahora le parecía mucho más insignificante de lo que había pensado. Rodeó la aldea por el sur, procurando no ser visto y no hacer ruido. Era muy posible que la patrulla que avistaron pudiera haber avisado a los habitantes de la aldea, y ya estuvieran vigilando.

El hallazgo del poblado de Lambre le indujo a avanzar más y más. Siguió durante una eternidad adentrándose en aquel bosque cada vez más denso, intentando alejarse de todo lugar habitado. La marcha era muy penosa, no solo por la escasez de luz en aquella zona tan densa del bosque, sino sobre todo, por su afán de evitar los caminos transitados, lo que le hacía discurrir por las sendas abiertas por los animales, difíciles de seguir, que desaparecían a intervalos, y tan estrechas, que las ramas de vegetación le herían sistemáticamente piernas y brazos. Finalmente, llegó a una pequeña zona despejada donde parecían converger todos los senderos que había ido encontrando por el bosque, incluidas las sendas de paso de los animales, y donde, según le parecía a Mario, también iba a parar el camino principal que debía provenir de la aldea de Lambre. Se detuvo en el límite del claro, evitando entrar en él de manera directa, se sentó sobre una piedra en un punto donde la espesura comenzaba a ralear hacia el espacio abierto, y se mantuvo así durante muchos minutos a la expectativa, con la mirada fija en la forma tan extrañamente regular que describía aquél recinto ante sus ojos.

Poco a poco sintió que se disipaba la perturbación que sobre aquél lugar él mismo había provocado con su llegada, y volvieron paulatinamente los ruidos que entendía, debían ser los habituales en aquel lugar: el ulular de aves nocturnas, un reptil arrastrándose hacia el matorral, la brisa entre las hojas, y así, él mismo comenzó a sentirse una parte integrante del bosque. El claro se encontraba iluminado por la luz de la luna, una luna enorme y cuyo perímetro debía haberse completado quizá esa misma noche. Mario pudo ahora observar con extraña exactitud todos los detalles de las cosas que le rodeaban, con la única salvedad de que la luz de la luna parecía difuminar

ligeramente los contornos con un velo que daba a todo un inquietante color plomo brillante.

Cuando sus ojos y sus oídos consiguieron adaptarse, fue capaz de apreciar lo que le rodeaba, y una inevitable placidez parecía invadirle tras la enorme tensión de la huída. Comenzó a disfrutar de la novedad de una libertad hasta entonces desconocida, más allá de la vaga sensación de poder que sintió al mando de su expedición al abandonar el cuerpo del ejército, como una independencia real sobre todas las cosas que ocurriesen a su alrededor. Repasó mentalmente los sonidos que le rodeaban, deleitándose en identificar su procedencia. Oía un leve chasquido o chapoteo que aún no era capaz de reconocer, que sin duda provendría de algún pequeño animal zambulléndose en el cauce del cercano río, cuyas proximidades no había abandonado nunca durante su huida. Más tarde intentaría averiguar de qué animal se trataba.

El chapoteo se repitió de nuevo. Esta vez de manera más clara, cercana e prolongada. Desde luego, estaría producido por un animal de gran tamaño, y que se encontraba muy próximo. El ruido procedía del fondo del claro, de un recodo que se adivinaba más allá de unos arbustos bajos. Ahora Mario creía incluso adivinar movimiento tras aquellos matorrales. Decidió aproximarse con precaución, intrigado por la procedencia de aquél sonido, aunque no sabía por qué, sin miedo ni inquietud alguna. Se asomó entre los arbustos y tras un instante en que sus ojos se acostumbraron a una más profunda penumbra, pudo divisar un nuevo claro, casi pegado al del que procedía, pero más pequeño, de forma circular casi perfecta y completamente abovedado por las copas de unos árboles que filtraban el resplandor de la Luna, pero sin llegar a privarlo de ella. En su centro se encontraba un manantial, un nacedero de agua entre dos piedras que formaba a sus pies un remanso que borboteaba al acoger el agua que manaba mansamente. Aquél lugar daba la impresión de ser un santuario fuera del mundo de los hombres.

Los ojos de Mario iban lentamente percibiendo todos los detalles, acostumbrándose a una penumbra más intensa, hasta que se decidió finalmente a mirar la imagen principal de la escena que estaban viendo,. En la orilla opuesta del remanso veía ahora nítidamente una figura femenina desnuda. Por su aspecto etéreo y tremendamente delicado a la trémula luz que parecía iluminarla a ella de forma exclusiva, Mario pensó que se trataba de una especie de hada que ejecutaba un rito acuático, realizando abluciones en el remanso con ambas manos y levantando y vertiendo el agua según brotaba del manantial sobre su cabeza y sus hombros, y sobre todo su cuerpo. Era sorprendente la blancura de su piel al reflejo de la luna, contrastando con el color de sus cabellos, que caían por su espalda y por su pecho casi hasta la altura de su vientre, pegándose en tiras a su cuerpo al seguir el camino del agua a través de su piel hacia el suelo.

Aquella ninfa, sin duda una náyade que habitaba y daba vida al manantial del bosque, o quizá la encarnación de la propia Venus, pensó Mario, se encontraba en la orilla del remanso, únicamente con los tobillos sumergidos dentro del agua. En su cara se adivinaban unas facciones suaves y unos rasgos tremendamente estilizados, tal y como Mario siempre había oído hablar del aspecto de los seres sagrados, donde destacaban unos ojos de un tamaño que contrastaba con la finura del resto de su rostro, pero cuyo color no supo definir a la incierta luz del claro de luna. Mario recordó en ese momento las ofrendas a *Dea Día*[17] en Roma al comienzo de la primavera y el claro manantial de la fuente *Carmenae*[18], a donde acudían diariamente las vestales a por agua para realizar sus ritos. La relación con las divinidades acuáticas estaba siempre revestida de un halo de solemne respeto, y era condición indispensable llegar a ellas con una ofrenda, pero él había acudido con las manos vacías, a no ser por la pequeña espada que ocultaba bajo sus ropas, lo cuál no podría ser interpretado como una muestra de respeto por parte de ninguna divinidad.

Mario estaba absorto observando pero no sintió miedo alguno, ni

siquiera extrañeza, ya que en aquella alejada tierra los mitos parecían confundirse con la vida. Ni siquiera recordó aquellas leyendas que había oído de labios de sus compañeros en las que se decía que había seres malignos con forma de mujer que atraían a incautos soldados romanos hacia el interior de los bosques con su belleza hasta hacerles perderse de manera irremisible, como una especie de sirenas celtas. Sintió acaso un respeto reverencial y una curiosidad que acababa por trocarse en inmensa atracción. No se sorprendía ya de haber llegado por casualidad a un lugar donde un ser mágico realizaba unas raras evoluciones sobre el agua a medianoche en un bosque por completo solitario. En realidad simplemente se sentía como un extraño en aquél lugar, un privilegiado por poder ser testigo de una escena vedada por completo al común de los hombres.

En un momento, o en una hora, aquella diosa echó hacia atrás sus cabellos, escurriéndolos después con sus manos, mientras parecía mirar de soslayo hacia donde se encontraba Mario, según el giro de su rostro durante sus movimientos sobre el agua. Él no hizo ademán de esconderse, sino que seguía mirando absorto e inmóvil, intentando no perder detalle de una circunstancia que, estaba seguro, no iba a ser posible repetir a lo largo de su vida, por muy larga que esta resultase. La etérea figura del hada despedía un extraño reflejo pálido a lo largo de su piel intensificado por el brillo del agua, y su desnudez estaba en perfecta armonía con aquél lugar. Su cuerpo parecía haber brotado del manantial, y su figura era enmarcada por las ramas de los árboles que lo rodeaban y se cerraban sobre su cabeza como en un oropel.

Pasado un tiempo, el hada pareció quedarse inmóvil por completo y tras un glorioso intervalo en el que aparentaba dejar discurrir a lo largo de su cuerpo el agua que la empapaba, tomó una túnica blanca que se encontraba junto a ella en el borde del agua, y se la echó sobre los hombros, recogiendo más tarde sus cabellos por detrás de la nuca con un pasador, tras terminar de escurrirlos cuidadosamente. Después de este nuevo rito, la ninfa se puso majestuosamente en movimiento con unos cortos y graciosos pasos tan gráciles que de nuevo hicieron

pensar a Mario en el origen divino de la que se dirigía ahora directamente hacia él.

Mario se escabulló con escaso afán tras el matorral que se hallaba al borde de la senda que provenía del gran claro del bosque, sin preocuparse demasiado en realidad de ser visto, apartándose únicamente un paso de la trayectoria del hada, que parecía disponerse a abandonar el recinto oculto del manantial por el mismo punto por el que Mario había accedido. La figura pasó junto a él con indiferencia, sin verlo aparentemente, pero dejando a su paso un leve balanceo en las ramas rozadas por su túnica y un dulce sabor de misterio en el aire. Mario tuvo incluso la suficiente serenidad como para lamentar el no haber abordado a aquél ser divino que acababa de ver, o al menos, haberlo tocado para comprobar su existencia y saber en lo posible de su naturaleza. Si no lo hizo fue más por su estado de ensimismamiento que por vergüenza o por temor. En cambio, lo único que hizo fue seguir con sus ojos el recorrido del hada hacia el claro del bosque, que cruzó en unos breves instantes con la misma gracia en sus pasos que Mario había visto un momento antes, para desaparecer por uno de los caminos que salían del bosque en dirección a la aldea de Lambre.

Se quedó de nuevo sentado en el suelo pensando sobre lo que habían visto sus ojos, sin saber si dar crédito o no, y lamentando una vez más no haber comprobado la realidad con sus propias manos. La realidad parecía mucho más relativa en el interior de aquél bosque en aquella noche, con una luna que parecía prestar una luz a propósito para los hechos de los dioses. Hechos en realidad tan inciertos como el futuro de Mario, perdido en el interior de una tierra desconocida y aislado de sus camaradas, con el único apoyo de sus propias fuerzas y con el único criterio que el suyo propio, en aquel momento cuestionable hasta para sí mismo. Decidió pues que lo único que podría hacer entonces era dormir, y allí mismo se tendió sobre el manto seco y muelle de hierba que alfombraba el círculo del gran claro, adormecido por el levísimo borboteo del agua cercana y de los ruidos del bosque, que parecían arroparle, acompañado por la luna que le observaba

entre las hojas de las copas de los árboles. El sueño le invadió dulcemente, como un necesario bálsamo tras una jornada tan agotadora.

Aquella noche su sueño fue un profundo pozo de limpias aguas donde invisibles ninfas jugaban a su alrededor atrayéndole hacia lo más profundo sin que él hiciera nada por evitarlo. Su cuerpo demandó el necesario descanso tras el agotamiento de aquellas jornadas de enorme tensión y no pudo mantener por más tiempo la alerta. Se despertó súbitamente cuando el sol estaba ya alto en el cielo y comenzaba a asomar por entre las copas de los robles. El bosque hacía ya rato que había despertado y estaba rodeado por la maraña de ruidos cotidianos. Pero entre aquellos ruidos, de nuevo había uno que se sobreponía a todos, y que con seguridad había provocado su despertar: era el crujir de unos pasos muy próximos sobre el suelo cubierto de hojas y ramas secas. Aún no había tenido tiempo de incorporarse a medias, cuando del extremo opuesto del claro apareció un grupo de guerreros galaicos a lo largo del camino que venía de Lambre, y que se sorprendieron tanto de verlo a él como Mario de verlos a ellos, parando en seco su marcha. La primera reacción de aquellos celtas tras la sorpresa inicial fue la de abalanzarse sobre él, y la de Mario, la de defenderse. Aún incorporado solo a medias, sacó la *falcata*[19] corta que ocultaba bajo sus ropas y que había tomado de un lusitano muerto en la campaña del año anterior. No tuvo tiempo de más, puesto que, aturdido como aún estaba, se encontró con cuatro guerreros galaicos encima suyo que le rodeaban sin margen alguno para moverse. Antes de poder girar para cubrir ese flanco, uno de ellos le hirió en el costado derecho.

Al principio solamente notó el corte como un agudo ardor en ese lado, pero mientras se giraba para prevenir otro ataque se dio cuenta de que la sangre le corría ya pierna abajo. Se palpó el costado y vio una mano completamente cubierta de rojo que goteaba sangre. En aquél momento se le nubló la vista y le empezaron a flaquear las piernas, como si no tuvieran la consistencia necesaria para mantenerle en pie.

Decidió caer al suelo obligado por su debilidad, aún sosteniendo la espada, considerando ésta la única opción razonable en esas circunstancias, confiándose al buen criterio de sus atacantes para conservar la vida. Se hincó de rodillas en el suelo con la espada hacia delante agarrada por ambas manos, mientras los celtas le observaban inmóviles con sus espadas aún desenvainadas, comprobando cómo dejaba de ser una posible amenaza. Mientras terminaba de caer, Mario aún pudo ver los rostros de sus atacantes, algunos sorprendentemente tan asustados como el suyo propio, el cuál a estas alturas, pensaba él, debía haber perdido ya toda expresión. Notó finalmente el golpe de su cabeza sobre el piso mullido, y después, un abandono y la oscuridad un instante antes de perder la consciencia.

Despertó tras un tiempo que no fue capaz de cuantificar, viendo un techo de ramas cónico, como el de tantas otras casas celtas que había conocido en los últimos tiempos en tierras galaicas, que se apoyaba sobre un gran poste central[20]. Tuvieron que pasar aún unos instantes para conseguir ubicarse de nuevo en el mundo y recordar su situación y los últimos acontecimientos que le habían llevado hasta aquél lecho. Intentó incorporarse un poco, pero un intenso dolor en el costado se lo impidió, tan agudo, que un leve mareo comenzó de nuevo a invadirle. Dejó pasar un poco de tiempo y se palpó el costado, notando ahora un apósito sujeto con una tela que le daba la vuelta al torso. Notó también cómo la fiebre le ardía en la frente y le mantenía embotado.

¡Debo salir de aquí! Estos salvajes me han atrapado justamente cuando debía dirigirme al encuentro de mi general. Este retraso me va a obligar a buscar solo la legión y quizá a permanecer al margen en el momento cumbre de la campaña, cuando Décimo se decida a atacar Brigantia, y aún peor, quizá pueda servir de rehén a los brigantinos. En todo caso, mi vida aquí vale muy poco. No me queda más remedio que intentar huir y alcanzar nuestra columna antes de que llegue a los muros de Brigantia. Espero que mi ausencia no disuada a Décimo de proseguir la campaña hacia el norte.

Intentó de nuevo poner un pie sobre el suelo de tierra apisonada de la cabaña en cuyo interior parecían haberle abandonado, pero una nueva punzada le paralizó a medio camino, haciéndole emitir un quejido ahogado.

Entró entonces un hombre de pelo largo y largas barbas del color del cuero, de enorme estatura y manos como zarpas de oso, sin duda su guardián, vestido con el atuendo habitual de los brigantinos que Mario había visto en los últimos días: pieles cortas ceñidas con un cinturón y muchos brazaletes de bronce sobre los brazos. Le reconoció como uno

de los hombres que le abordaron en el claro del bosque, e instintivamente se puso a la defensiva. Sin embargo, el hombre le miro, levantó su mano y esbozó una media sonrisa con el rostro levemente bajo, como con un resto de vergüenza. Le dijo algo en una lengua brusca y bárbara, que por el tono, Mario creyó adivinar como algo parecido a una frase amable. Pudo sin embargo identificar aquél idioma como similar al que hablaban entre sí los celtas de Brácara o los de las orillas del río *Minio*, junto al que habían pasado días atrás, pero a su entender con rasgos aún si cabe más arcaicos. Aunque no supo qué le estaba diciendo, se atrevió a asentir con un par de palabras de cortesía básica aprendidas por el camino en las últimas semanas. El brigantino, que era sin duda un guerrero, ya que aún incluso dentro de la cabaña iba con la espada colgada del flanco con un cinto, asintió a su vez con una sonrisa y moviendo la cabeza, y después salió de la choza para sentarse al exterior, justamente junto a la jamba de madera donde colgaba una cortina de cuero que servía de puerta de la cabaña.

Se alegró de haber tomado la precaución de no hablar en latín. No sería éste un idioma muy popular en un territorio amenazado por las legiones, y anotó mentalmente el propósito de tener cuidado de no hacerlo de aquí en adelante. Notó palpitar la herida en su costado y al pasarse la mano por la frente, se dio cuenta de que la fiebre era intensa. Se recostó de nuevo e intentó descansar, esperando mejor ocasión para escapar de un lugar tan incómodo y pensó, tan peligroso.

Cuando volvió a despertar, era de nuevo de noche. La fiebre aún mantenía un tenue velo sobre su vista y sobre su entendimiento, y un dolor intenso invadía todos sus músculos manteniéndole en un estado de postración. La herida del costado aún le palpitaba y le ardía, más si cabe aún que su frente. Un resplandor proveniente de una hoguera del exterior y que se colaba por la cortina entornada permitía a sus ojos dibujar de manera aproximada el contorno de los objetos que le rodeaban, poco más que un asiento de madera, una palangana de cobre llena de agua y varios trapos blancos de tela sobre una gran

piedra plana que hacía las veces de mesa en un lado de la choza. El ruido de movimiento y palabras cruzadas entre la gente del exterior le habían despertado. Permaneció en un estado de duermevela durante largos minutos, sin considerar aún de forma seria la posibilidad de levantarse del lecho e intentar huir, tan débil y vulnerable como aún se sentía. Se dijo a sí mismo que de qué valdría huir si era muy posible que cayese muerto solo por el camino, y en todo caso, si encontraba oposición por parte de estos celtas ¿qué clase de resistencia podría oponer en su estado?

Estas ideas se mezclaban en su mente con otras imágenes del pasado reciente y pensamientos propios de un sueño próximo al delirio. En este estado se encontraba cuando notó que descorrían la piel que servía de puerta a la choza y escuchó el sordo sonido de los pasos de alguien entrando en la estancia y aproximándose hacia él, aunque con un movimiento extremadamente sutil, impropio de un burdo guerrero. Levantó la vista, abrió los ojos por completo y a la tenue luz que crepitaba desde el exterior, pudo contemplar de nuevo el rostro de la diosa.

Se trataba de un rostro amable y especialmente blanco, quizá ahora de un tono más cálido por el efecto de la luz procedente del fuego encendido en el exterior. Cuando se aproximó lo suficiente, Mario pudo ver que sus ojos eran de un extraño color gris y se entretuvo en contemplarlos con calma, comprobando que en efecto eran llamativamente grandes y estaban enmarcados por unas delicadas cejas y unas pestañas de una exagerada longitud aún más patente en su parpadeo. El cuerpo de la diosa, que a Mario le parecía flotar unos centímetros por encima del suelo, estaba cubierto por la misma túnica blanca que había llevado la noche anterior en el bosque, y que contrastaba con el color tan intensamente negro de su pelo. Mario tuvo de pronto un acceso de pánico, pensando que la visión pudiera desaparecer súbitamente como le ocurrió la primera vez, y se atrevió esta vez sin dudar, a alargar su mano y tocar su rostro. El tacto de su cara era suave y tenue como había supuesto, pero más cálido.

Ella se sorprendió de este repentino gesto, y su rostro, se dio cuenta Mario, reflejó esta sorpresa. Sin embargo, su reacción no fue de enfado, sino que por el contrario, dibujó una sonrisa plena y franca en su cara que consiguió borrar cualquier otra visión de sus ojos. Ella le habló con una voz dulce, pero que a Mario le pareció de un tono más terrenal de lo que en un principio cabría esperar. Le hablaba en una lengua tosca, aparentemente la misma en que le había hablado su guardián, pero mucho más dulce en sus labios; era lógico, pensó, si es que ella era la diosa de estas tierras. Él no supo qué contestar, y ante su evidente asombro, ella volvió a preguntarle algo, aunque esta vez sí le pareció entender algunas palabras; le sonaba como uno de los idiomas de los que había aprendido unos pocos giros y frases hechas con los lusitanos y los celtíberos que acompañaban la legión desde que iniciaron su marcha en la Citerior. Mario había aprendido bastante bien, al menos para mantener una conversación sencilla, el idioma de los turdetanos con los años que había pasado de campaña en la Bética y la Lusitania, en una de las zonas quizá más civilizadas de toda la Hispania Ulterior. Intentó contestar algo a la diosa en aquél idioma, sin estar seguro de lo que ella le preguntaba. Pensó que debía hacer lo normal en este caso: dar a conocer su identidad y de donde venía, así que intentó decir que era un comerciante de la Bética, quizá por inercia de la fingida historia que aprendieron sus compañeros y él y acordaron contar cuando actuaron de avanzadilla, explicándolo de la manera que pudo en el idioma que ahora hablaba. Dijo que su nombre era Mario, ya que quería ser consecuente hasta el final en su historia también con la diosa.

Ella trató de responderle en un idioma parecido, quizá un dialecto de una tribu algo más al norte, aunque muy similar en realidad al que conocía Mario, y que le sonaba ya muy parecido a lo que se hablaba en Brácara. Si se extrañó de su nombre latino, no lo demostró, aunque él se estuvo arrepintiendo en sueños durante toda la noche de no haber mentido, ya que quizá era este un nombre muy romano y poco habitual para un habitante de la Bética, a no ser de alguien procedente

de la *Colonia Patricia*[21] o de alguna otra ciudad netamente romana, lo cuál no se correspondía por otra parte con su apariencia actual ni con su pretendida ocupación. En todo caso, la diosa se limitó únicamente a decirle alguna palabra más de consuelo y a aplicarle una cataplasma fría en la frente con una delicadeza propia de la mejor vestal romana. Luego se marchó por donde había venido, pero antes se volvió de nuevo hacia Mario y le dijo una frase que estuvo dando vueltas en su cabeza durante varias horas antes de caer dormido, y que él creyó poder traducir por algo similar a *No está bien espiar a alguien en el agua ¿es que los dioses de tu tierra os lo permiten todo?* Finalmente, esbozó una última sonrisa y se marchó tras la piel de la entrada de la choza

Después de una noche dando vueltas en el lecho, Mario amaneció rendido y con una fiebre aún muy alta, aunque quizá algo más lúcido que la tarde anterior, y también más sereno a pesar de los inquietantes sueños que le asaltaron durante toda la noche. De todos ellos, del que guardaba más vívida impresión era el de la aparición de la diosa, que siempre parecía acercarse a él en la noche y en soledad, como si durante esas horas le estuviera temporalmente permitido el paso a una segunda vida en la que pudiera tomar contacto con la divinidad.

El nuevo día transcurrió de manera similar al anterior, dando vueltas en su lecho atormentado por la fiebre y con frecuentes visitas de entrada y salida de su guardián, que incluso le ayudaba con la comida y con el agua en las horas en que se lo suministraban, despojado ahora de todo talante guerrero. A partir de media mañana perdió un poco la noción de consciencia y no daba importancia a los ruidos del exterior. Se dijo que si debía morir, sería una desgracia hacerlo allí, en una tierra perdida, alejado de los suyos y sin que nadie supiera de él. La muerte no asustaba en absoluto a un soldado romano, pero sería triste hacerlo en soledad y aquél impío lugar.

Al final de la tarde la fiebre parecía remitir ligeramente y una pequeña esperanza afloró en el abatido ánimo de Mario. Aún así,

cuando intentó incorporarse por primera vez en todo el día, se mareó de tal manera que decidió tenderse de nuevo sobre el lecho. Se preguntó sobre el rumbo de la legión dirigida por Décimo Junio Bruto y pensó que incluso, si finalmente éste hubiese decidido dirigirse hacia el norte y asediar Brigantia, era muy improbable que consiguieran encontrarle en aquella choza perdida en el interior de un profundo bosque, o al menos, allí era donde Mario pensaba que debía encontrarse ahora. Se preguntaba si esa noche le visitaría de nuevo la diosa ¿Habría conseguido escapar Lucio? ¿Habría conseguido llegar hasta Décimo y dar los informes sobre lo que ambos habían conseguido ver? Es muy posible que a esas alturas le diesen ya por desaparecido ¿Qué les habría contado Lucio sobre él? Estaba muy claro que debía escapar, pero lo cierto es que a día de hoy no tenía las fuerzas necesarias para salir de la cabaña y luchar si fuera preciso ¿Luchar con qué? Sólo tenía sus manos. Tal y como estaban ahora las cosas, lo único que podía hacer de manera inmediata era procurar salvar la vida y esperar una mínima recuperación a partir de los remedios que le estaban procurando aquellos celtas. Más tarde ya se vería.

Esos y otros pensamientos similares ocupaban por completo la mente de Mario a lo largo de la nueva noche que no tuvo más remedio que afrontar en su lecho. Sin embargo, la diosa le visitó de nuevo. En esta ocasión únicamente la creyó ver en sueños, acercándose a él para comprobar la temperatura de su frente y el estado de la venda de su herida. Lo cierto es que su sueño era muy profundo y no le permitió despertar en toda la noche. Sin embargo, su efecto fue tremendamente reparador, ya que a la mañana siguiente despertó como quién llega a un nuevo mundo tras realizar un viaje muy largo, y a pesar de su inicial aturdimiento, se encontraba muy recuperado. La fiebre casi había remitido por completo, y se encontraba ya con fuerzas y ganas para levantarse. Había desaparecido ya esa sensación de postración que como un lastre le había impedido moverse durante al menos dos días enteros.

Esta vez sí, Mario consiguió incorporarse sobre el lecho, y a pesar de haber desaparecido el mareo, se dio cuenta de que aún se encontraba muy débil, y de que una hipotética fuga aún se antojaba muy difícil. Permaneció sentado sobre su camastro durante unos instantes, a la expectativa, sin saber muy bien qué hacer y tratando de escuchar e interpretar cada ruido que proviniese de fuera. Por fin, la cortina se descorrió y apareció la figura levemente agachada de su guardián a la entrada de la choza. El guerrero se incorporó completamente en el interior, esbozó una tímida sonrisa y le dirigió unas palabras.

 No te entiendo nada - le dijo inútilmente - Tráeme algo de comer, pedazo de bestia - le espetó, acordándose de su herida. Había decidido emplear de aquí en adelante el dialecto celtíbero que había aprendido en los últimos años y que había usado en sus diálogos soñados con la diosa. Estaba aún resentido con aquél celta bestial que le había herido y no guardaba contemplaciones para con él, sobre todo teniendo en cuenta que estaba seguro de que no le entendía.

El brigantino pareció comprender lo de la comida, se dio la vuelta y desapareció tras la cortina después de asentir levemente. Mario se tomó un tiempo para hacerse una composición de lugar e intentar planear sus movimientos en las siguientes horas. Aún seguía pensando en ello tras devorar literalmente el plato que le trajo el guardián, un guiso de un ave con algunas bayas del bosque servido en un plato de madera. Ciertamente, aunque no se tratase de un *caput cenae* a base de pollo a la Heliogábalo, eran en realidad muchos miramientos para un simple prisionero, pensó Mario, a pesar de no conocer las costumbres de hospitalidad de sus captores.

A mediodía se descorrió la piel que servía de cortina a la entrada en la choza, movida por el brazo del guerrero guardián y de pronto apareció una delicada figura dibujada en la entrada. El guardián, que se había limitado a dejar libre la entrada permaneciendo en el exterior, corrió de nuevo la piel y la choza volvió a sumirse en su

habitual semipenumbra. La figura dio un paso al frente y Mario no cupo en sí de asombro. Se trataba de la diosa en persona, o al menos una personificación de la diosa, que se dirigía hacia él sonriendo con naturalidad.

 Me alegro de que te encuentres mejor. Se ve que los remedios que te apliqué y los cuidados de *Colain* han surtido efecto. Pero ¿qué es esa cara de asombro? ¿no me reconoces? Si hasta me has visto de noche en el *agua sagrada* y la otra noche llegaste incluso a tocar mi cara.

Mario seguía sin poder hablar y sin moverse, ya que sobre todo no esperaba que aquella ninfa gastase tanto desparpajo para hablar con él. Ella esperaba su reacción, y cuando Mario alcanzó a tener la mínima serenidad para hablar, se dirigió a ella.

 No te espiaba.....no era mi intención perturbar.....Debo darte gracias por tus cuidados y por...

 Bueno, bueno... En nuestro pueblo no es común molestar a las sacerdotisas durante los ritos de luna llena. De hecho, no está permitido acudir a la parte sagrada del bosque en noches de ceremonia. Podías haberte encontrado con la venganza de alguno de los dioses del bosque. De todas formas, enseguida noté que no eras de estas tierras. Ni siquiera pareces de las tribus que conozco, ¿de donde eres?

 Soy de una región cercana a la que baña el río *Betis*[22], pertenezco a un pequeño pueblo emparentado con los turdetanos[23], por eso sé algo de su lengua.

 Ya..., respondió la diosa hecha ahora mujer, a la vez que le lanzaba una mirada interrogante y maliciosa. Parecía desde luego, recelar de la respuesta de Mario - Bien, termina de recuperarte. Hoy no es hora todavía de andar fuera de la choza. Se levantó y se

dirigió hacia la salida.

Perdón..., dijo Mario. ¿Cuál es tu nombre?

¿Para qué quieres saberlo? Ya sabes mucho de mí ¿no?

(...)

Mi nombre es *Siana*. No sé si entendí bien el tuyo la otra noche.

Mario. En mi tierra es habitual en los últimos tiempos utilizar nombres latinos por proximidad con los romanos.... Es una moda – dijo, intentando mostrar gran convencimiento.

Bien, puede que eso sea verdad, Mario – Y se marchó.

Durante el resto del día, Mario estuvo pensando sobre su conversación con Siana, la diosa. Se trataba entonces de una especie de sacerdotisa de aquellos celtas. Bien, no estaba tan descaminado, pues al fin y al cabo se trataba de una mujer sagrada, y desde luego, tanto su inteligencia como su belleza no eran en absoluto del común de los mortales. Le vino a la mente un recuerdo de su niñez, cuando tenía ocho años y se coló en el templo de Vesta[24] por un pequeño hueco abierto en el viejo muro antes de que fuera reparado y pudo contemplar cómo las vestales hacían asimismo ceremonias parecidas a las que vio la noche anterior con agua y con algunas viandas. Éstas estaban desde luego vedadas al resto de mortales, y más tratándose de un niño, por lo que esa aventura pudo haberle costado la vida y nunca contó a nadie lo que había visto allí. A pesar de la excitación del riesgo, aquella experiencia no podía compararse en absoluto con la magia de la otra noche, en la que sin pensar, tuvo acceso a un mundo mágico que no conocía ni esperaba, y sin la desagradable sensación de miedo a la que, a pesar de su experiencia como soldado, aún no había llegado a acostumbrarse.

Todavía recordaba con secreto regocijo el brillo de los ojos de Siana al despedirse de él y mirarle suspicaz de arriba abajo, sin creerse, en opinión de Mario, nada de lo que le estaba contando. Si soportaba un poco más las cataplasmas que le estaba aplicando y la espantosa comida hervida que le servía su guardián, quizá hoy podría recuperarse casi por completo y mañana podría intentar una huida. Por lo que Siana le había dicho – *hoy no es buen día para salir* – y los ruidos de idas y venidas que había escuchado por la noche, quiso creer que se estaban preparando para recibir el ataque de la columna romana, y con algo de suerte podría contactar con ellos si huía rápidamente. Pero para eso debía recuperarse. Era muy posible que en ese mismo momento Décimo Junio Bruto estuviera dando una seria lección a aquellos celtas sin que él participara de aquella gloria.

Por la tarde fue capaz de ponerse ya en pie sin ayuda y sin marearse demasiado. A pesar de que la herida del costado aún no estaba del todo cerrada y de que le tiraba y le dolía mucho cada vez que se giraba en aquella dirección, lo cierto es que se sintió alegre de ver cercana su recuperación y calculó que al día siguiente quizá pudiera ya andar e incluso correr sin excesivo esfuerzo. Fue sin embargo esta sensación algo que quiso ocultar a su guardián, poniéndose en pie únicamente cuando consideraba que no iba a ser descubierto. De esta manera, intentó coger fuerzas sin hacer ascos a la insípida comida que le servían a mediodía y al caer la tarde. Al fin y al cabo, recordaba, durante la campaña en Lusitania había comido a veces cosas mucho peores. Finalmente, se dispuso tranquilamente a acoger la noche esperando que le invadiera un sueño que en los últimos días venía siendo cada vez más placentero, sobre todo cuando pensó en que Siana le había visitado para comprobar su estado todos los días aproximadamente a medianoche. Decidió pues volver a esperar aquella dulce visita que para él seguiría siendo como una aparición divina.

Durante las primeras horas de la noche aún pudo percibir algunos de los ruidos del exterior, sin embargo, enseguida su cuerpo se sumergió

en un profundo letargo, sin duda necesario para recuperar las fuerzas perdidas en los últimos días de lucha contra la fiebre. Casi no le fue posible ver esta vez a Siana a pesar de su gran interés, tal era la intensidad de su sopor. Aún así, la descubrió un instante con sus ojos que brillaban a la escasa luz que se colaba desde el exterior, más como una amable sombra que le rodeaba y le examinaba con dulce cuidado, que como el contacto de una mujer real. Sus encuentros con Siana hasta entonces habían estado tan revestidos de sutil irrealidad, que sin querer, Mario había creado en sus sueños una especie de vida paralela en la que ansiaba sumergirse de nuevo, imaginando unos ojos que le sonreían, le tomaban de la mano y le invitaban a adentrarse en un mar tibio donde sus preocupaciones y sus anhelos desaparecían más allá del contacto de aquella mano y de aquella mirada.

Despertó poco después del amanecer y se dio cuenta de que se encontraba realmente bien dentro de su debilidad, lo que le indujo a levantarse sin ayuda y a probar sus fuerzas paseando por el interior de la pequeña choza. Colain, como había dicho Siana que se llamaba su guardián y captor, quizá alertado por el ruido de sus pisadas, descorrió de pronto la piel que tapaba la entrada y le vio caminando. Le sonrió dedicándole un gesto realmente cordial y amistoso, como si se alegrara sinceramente de su mejora.

¡Si fuiste tú el que casi me mata y después me tendió en este camastro en el que he estado días luchando por no morir, pedazo de bestia! - pensó Mario, que había decidido bautizar definitivamente con este apellido a su tosco guardián.

Colain le invitó a salir con él al exterior de la choza con un gesto. Mario tuvo que ocultar sus ojos del sol, ya que hacía al menos cuatro días que no lo veía de manera directa, sino sólo a través del denso filtro de la entrada de su choza, y aún tardó unos minutos en acostumbrarse al resplandor de las cosas. Mario había observado que en esta tierra en la que casi todos los días estaban cubiertos de niebla, cuando el sol lograba finalmente deshacerse de aquellas brumas, el

cielo era el más claro que nunca había visto, y las cosas relucían con una nitidez inusual, como si estuviesen recién limpias y sus contornos se dibujasen así de manera más precisa. Ese era uno de aquellos días claros y Mario se alegró sobremanera en su interior de recibir, aún de forma tan violenta, toda esa luz y esos colores que ahora le parecían más intensos que nunca.

El guerrero le ayudó a sentarse sobre una piedra que formaba parte de un círculo abierto alrededor del hogar de una fogata reciente, empleada sin duda por aquella comunidad de celtas galaicos en sus reuniones nocturnas, de las que Mario había escuchado el eco en sus escasos intervalos nocturnos en vela. Se dio cuenta de que una absurda sonrisa había asaltado sus labios en contra de toda lógica, como si su único problema en aquella mañana fuese el de acostumbrarse a la luz de los objetos que le rodeaban y sentarse a departir amigablemente con aquél animal que casi le mata.

- Tráeme algo de comer..., pedazo de bestia - dijo con una sonrisa a su vigilante, haciendo el ademán de acercarse la mano a la boca.

Colain pareció entenderle de inmediato y se acercó hasta una cacerola puesta sobre el hogar ahora apagado, y le sirvió una generosa ración de lo que fuera que hubiera en la misma en un cuenco que procedió a alcanzarle. Mario se puso enseguida a degustar las gachas de su desayuno mientras su vigilante se sentaba solícito a su lado, mirándole como si esperase su aprobación, y mostrando un torpe afán por comunicarse con él, cosa que no llegaba a entender Mario viniendo de quién venía. Echando una mirada a su alrededor, vio como en realidad se encontraba en el centro de un pequeño grupo de cabañas (no más de cuatro) apartado de un grupo mayor (que no pasarían de veinte o veinticinco), situadas algo más abajo, en la ladera hacia el río, calculó que a unos doscientos pasos. Estas chozas se hallaban rodeadas en gran parte por una pequeña empalizada, lo que le permitió a Mario identificarlas con lo que la otra noche creyó que era la aldea de

Lambre. En ese momento, se descorrió la piel de la choza que estaba justamente enfrente de su dormitorio-enfermería y apareció Siana.

Vestía de nuevo una túnica suelta sobre su cuerpo y unas sandalias. Miró en derredor y posó sus ojos sobre Mario, sonriéndole de inmediato. Era sólo su impresión o es que todo se ralentizaba a su alrededor, como si tuviese la capacidad de detener por un momento la marcha de las cosas y las eclipsase con su sola presencia, o como si todo se volviese hacia ella para mirarla. Se acercó hacia él caminando como si tal cosa y Mario se dio cuenta de que no había movido un solo músculo desde que ella apareció por la puerta de su choza que no fueran los de su cuello, vuelto ahora también hacia aquella dirección. Intentó al menos cerrar la boca.

- ¿Qué tal te encuentras, turdetano? Me parece que mucho mejor. Quizá nuestros antiguos brebajes *"celtas"* – marco especialmente esta palabra - y las cataplasmas de hierbas cocidas en tu costado hayan surtido efecto y te podamos quitar ya pronto las vendas.

- Estoy muy bien, gracias Siana.

- Vaya. Yo tampoco me he olvidado de tu nombre, Mario -dijo con aquella imposible sonrisa - De todas maneras, descansa. Está bien que tomes un poco el sol y te despereces de tu entumecimiento. Por la tarde intentaré quitarte la venda y examinaré tu herida, pero ahora debo ir al pueblo, que me esperan. Adiós, Mario.

Mario quedó allí sentado durante varias horas más con la inevitable atención de Colain yendo y viniendo a su alrededor y ofreciéndole todo tipo de cosas. Mario sin embargo, se encontraba ahora en paz consigo mismo después de luchar y vencer por su vida. Estaba muy alegre en su interior, e increíblemente tranquilo. Se dedicó únicamente a contemplar las cosas que le rodeaban, a disfrutar del

agua que goteaba de los árboles, y de la luz. Llegó la hora de comer y lo hizo allí mismo, sin moverse todavía, codo con codo con Colain, mirando todavía a su alrededor como un niño, o mejor, como un recién nacido. Se encontraba aún saboreando los últimos bocados cuando vio a lo lejos a Siana remontando el camino desde la aldea con paso quedo y mirando hacia el suelo. Llegó hasta el grupo de chozas, levantó la cabeza y sonrió, como siempre.

 ¿Sigues bien, turdetano? - Utilizaba siempre este último término con algo de sorna para dirigirse a él.

 Muy bien, gracias Siana – su voz, pensó Mario, sonó demasiado melosa para provenir de un soldado - He pasado muy buen día aquí con mi compañero, a pesar de que no nos hablamos.

 Pobre Colain. Está muy arrepentido de haberte herido, y más así como fue, sin mediar palabra, porque más o menos así ocurrió la cosa ¿verdad?

 Pues si. Se me echaron encima cuatro o cinco guerreros y no me dio tiempo ni siquiera a levantarme del suelo donde había dormido. De todas maneras, no me da nada de pena, te aseguro que yo me encuentro mucho peor que él.

 Claro, lo siento, pero debes intentar comprenderle a él y a los demás. Se pensaron que serías un romano. De hecho, sabemos que hay un ejército a pocos días de camino y ellos estaban buscando a dos hombres que debían haber estado espiando en Brigantia. Les llevaban siguiendo desde el día anterior.

 Ya, pero yo soy turdetano, ya te lo dije. Soy un comerciante que intentaba llegar a la tierra de los astures. No me dieron tiempo ni a explicarme – se quejó Mario.

 ¿De donde venías? – inquirió ella.

 Del sur, ya te lo dije.

 Pues estás bastante perdido aquí, tan a occidente.

 Vuestros caminos son muy difíciles y desconocidos para mí, y me despisté de mis compañeros – comenzó a decir Mario - Éramos cinco, y al cruzar un bosque hace cuatro o cinco días, me quedé dormido y cuando desperté, no supe alcanzarlos. Supongo que ahora me estarán buscando.

 Ya… Bueno, la verdad es que encontraron algunas baratijas entre tus cosas, incluyendo aquél puñal con el que te intentaste defender – concedió Siana - Bien, no importa, ya que todos saben ahora que eres un turdetano porque yo se lo dije, así que eso es lo que cuenta, ¿no? ¿Estás cansado?

 Si, la verdad es que mucho, todavía me encuentro muy débil – contestó con sinceridad.

 Sería bueno que volvieses a descansar esta tarde. Ve a tu choza y duerme un buen rato – dijo ella con cierta autoridad.

 Bien, supongo que es buena idea – se rindió él.

Mario no tenía intención alguna de discutir con Siana. Lo cierto es que lo que le salía de dentro era darle siempre la razón en todo. Se levantó y se dirigió hacia su choza con la intención de dormir tras aquella placentera comida, la primera que realmente había degustado en mucho tiempo.

Cuando Mario se despertó, el sol estaba muy bajo ya en el horizonte, y si lo hizo fue en realidad porque Siana le sacudió suavemente. Fue de nuevo un plácido despertar, con la tibia mirada de esos brillantes ojos grises.

 Creo que has vuelto a descansar bien, turdetano ¿quieres comer algo ahí fuera con nosotros, o sigues descansando? Lo dejo a tu elección.

 No creo necesario seguir durmiendo hasta mañana, la verdad. Me vendrá bien comer algo y ya me acostaré después otra vez.

Mario se levantó y salió de la cabaña con Siana. En el círculo alrededor del hogar había ahora otras cuatro personas sentadas. Quizá, pensó Mario, los ocupantes de las cabañas del pequeño grupo. Dos de ellos eran Colain y otro guerrero que identificó como uno de los que formaban parte del grupo que le atacó en el claro del bosque, que como Siana le dijo antes, en realidad debían provenir de Brigantia. Otro era un anciano de larga barba blanca, y la cuarta era una mujer ya cerca de la ancianidad, con unos ropajes muy similares a los de Siana, y con una serenidad en el gesto también parecida en cierto modo a la de Siana, con el recuerdo de una belleza pasada de la que aún no se había olvidado su rostro. Había dos sitios vacantes, que ocuparon Siana, y finalmente, Mario a su derecha.

La velada alrededor del fuego discurrió sorprendentemente agradable para Mario, con un caldero en el centro del círculo en el que había un guiso de carne de carnero y verduras amargas del que todos iban tomando parte con sus escudillas de madera. Al principio, Siana parecía hablar sobre Mario, explicando tal vez los detalles de su convalecencia al resto de los reunidos en aquella oscura lengua céltica. A continuación se dirigió a él.

 Mario, los dos guerreros, Colain y Golt, formaban parte de la partida de vigilancia que te encontró y te abordó. Están muy consternados por ello, porque pensaron que serías un espía romano, pero ya les dije que pareces un simple comerciante, como al final has resultado ser, efectivamente. Son jóvenes y a pesar de su valor, aún no están acostumbrados a entrar en combate y se ponen

nerviosos con facilidad. Las otras dos personas se puede decir que son mi familia. Forman parte del consejo de nuestro pueblo: el anciano *Gardo* es la persona más sabia y una de las de mayor edad de Brigantia, a pesar de su vitalidad, y *Leta* es la suma sacerdotisa, única capaz de ciertos ritos, y yo espero sucederla algún día en sus funciones. Dos de sus hijos forman parte también del consejo, y por cierto, son precisamente los dos guerreros que faltan del grupo que te encontraste en el bosque y que tan bien conoces.

Mario miró alternativamente de uno a otro, encontrando de nuevo en los dos guerreros una mirada atenta que parecía buscar cierta comprensión o perdón que él de momento no estaba dispuesto a darles.

 Todos saben ya que eres un comerciante turdetano y Gardo ha dado ya su permiso para que permanezcas con nosotros el tiempo que precises, o bien, que te ayudemos a proseguir tu camino cuando lo desees. De todas maneras, debes saber que poco te podremos ayudar, ya que como te dije, hemos sabido que hay un ejército romano cerca y quizá debamos prepararnos por si nos atacan.

 ¿Andan cerca los romanos? He oído mucho revuelo estos días – preguntó Mario como si tal cosa.

 Aquí siempre hay revuelo. No, todavía no les hemos visto, pero desde luego andan cerca. Tememos que se atrevan a seguir hacia el norte y lleguen por aquí cerca exigiendo nuestro ganado y nuestras provisiones. Esas gentes, por lo que sabemos, no son más que un ejército de rapiña que destrozan todo a su paso para después decir que ellos son los más civilizados. De todas maneras, tú debes conocerlos bien, ya que en tu tierra debéis tener gran contacto con ellos, según me has dicho – dijo Siana con algo de intención - Por cierto ¿cuál es tu opinión sobre Roma?

 Donde yo vivo, lo cierto es que los romanos han traído un

mayor grado de civilización; hay comida y hay un acueducto. De todas maneras, sé que las legiones romanas son duras y a veces, muy rudas, y Roma extiende su poder de manera muy tajante.

 ¿Y que interés puede tener Roma en nosotros? – preguntó Siana.

 Supongo que Roma tiene interés de todas las tierras. Fue capaz de doblegar a Cartago y supongo que ahora quiere demostrar quién es y extender a todo el mundo su manera de entender las cosas. De todas maneras, el oro que saben que se extrae de los lechos de los ríos de la Gallaecia puede que también tenga algo que ver.

 Y esa Gallaecia somos también nosotros ¿no? Pareces muy entendido sobre la manera de pensar de Roma. Sin embargo, me gustaría que vieses de cerca los resultados de esa "civilización" sobre las aldeas de algunos pueblos que conozco. No creo que opinen igual por lo que yo sé – siguió diciendo Siana con evidente tristeza.

 Supongo que los pueblos vencidos nunca pueden estar contentos.

 No se trata sólo de eso. Los pueblos quieren que les dejen vivir como viven, y Roma parece que no quiere permitir eso. Por cierto, luego tenemos que ir a Brigantia. Te invito a que vengas con nosotros y podrás ver nuestro tipo de vida en nuestra ciudad, a ver si te parece tan poco civilizado.

Mario permaneció ya en silencio el resto de la velada, intentando no tensar aún más una situación que no se tornaba muy favorable para él en las condiciones en las que se encontraba. De todas maneras, la reunión parecía ser más o menos agradable para todos a pesar de las recriminaciones que había dejado caer Siana, de las que sin embargo, no parecieron hacer aprecio los demás. Tras unas horas de apacible

charla, de la las que Mario creyó adivinar únicamente algunas palabras, el grupo se deshizo y fueron a dormir, ocupando entre todos las cuatro cabañas del pequeño barrio independiente al borde del bosque.

Era una noche oscura, en realidad ya una de las últimas del cuarto menguante, y el tiempo era algo más fresco que en las noches anteriores. Mario durmió de nuevo toda la noche seguida y esta vez echó de menos la visita de Siana, quizá enfadada, pensó él, por la conversación mantenida antes de irse a dormir. – Creo que se me fue la lengua -, pensó también a continuación. Sin embargo, sus sueños de nuevo giraron en torno a unos ojos grises, una piel indeciblemente tersa y blanca y tibios baños en aguas transparentes, por lo que a sus efectos, fue una noche más en la que sus deseos se mezclaban con sus sueños y con la realidad, aunque en este caso contaba además con la enorme ventaja de saber que esa realidad soñada yacía en una cabaña próxima a la suya.

6.- EL VIAJE

Mario despertó de golpe por la mañana. Necesitó un solo instante para recordar dónde estaba y su situación, y sintió una cierta presión en la boca del estómago, como siempre que no controlaba del todo la situación. Salió al exterior asomándose primero cuidadosamente desde la entrada de su choza. Allí cerca estaba Siana, mirándole inmóvil.

- Hola turdetano – *¡esa sonrisa, dioses!* - ayer me olvidé de tu herida. Te cambiaré ahora la venda y después vendrás con nosotros a Brigantia, para que veas si merece la pena incluirla en tu recorrido y se lo digas al resto de tus compañeros comerciantes. De todas formas, te rogaré que no se lo digas a tus vecinos romanos de la Bética, porque no quiero que la incluyan dentro del itinerario de sus legiones.

Su herida estaba ya mucho mejor, y tras un cambio de venda rápido y una infusión de hierbas que le preparó Siana, se puso en marcha con los demás hacia Brigantia, sin tiempo de sentarse a desayunar, mascando por el camino un trozo de aquél pan negro y agrio que hacían aquellos celtas. Tras Siana y Gardo, que abrían la comitiva, iban la sacerdotisa Leta y los dos guerreros, es decir, el mismo grupo con el que Mario cenó la noche anterior. Pasaron por medio de la aldea que se veía desde el pequeño grupo de chozas, que efectivamente era Lambre tal y como confirmaron después a Mario. A lo largo de la aldea, las gentes salían a la puerta de sus cabañas a saludar y a hablar con ellos, y sobre todo, a observar con curiosidad y también con desconfianza a Mario, que era quien cerraba el grupo.

Siguieron caminando por el bosque a lo largo del borde del río que pasaba por el bosque, y justamente cuando el cauce se ensanchaba en su entrega a aquél voluble mar, que se aproximaba con un brazo cada vez más amplio, dejaron el sendero para ascender a lo largo de otro nuevo camino en dirección al conocido destino de Brigantia por la pendiente colina que una vez descendió Mario unos días atrás. Coronaron aquél promontorio y siguieron el sendero que remontaba

de nuevo el gran río, ahora ya casi transformado en mar, que provenía de Brigantia. Siguieron caminando durante al menos mil pasos más cuando doblaron un recodo que describía el camino en su curso paralelo al del río.

Apareció entonces el promontorio de la desordenada fortaleza de Brigantia, con sus irregulares bastiones y cuyas defensas parecían descuidadas, como pudo apreciar el día anterior, en parte desechas en piezas sueltas amontonadas al pie de los muros. Pobre defensa para el ataque de una legión romana, pensó Mario, que apreció ahora que la fábrica sin argamasa de las murallas brigantinas sería fácil objetivo para los arietes y las torres de asalto romanas a pesar del breve foso que apreciaron Lucio y él días atrás. A la vista del grupo se ofrecía ya gran parte del caserío interior del castro, con varios edificios que destacaban del resto y que con seguridad se corresponderían con los principales usos públicos. Finas columnas de humo que delataban la actividad de la ciudad se levantaban a esa hora desde el interior del recinto.

Según se acercaban, Mario pudo observar de cerca la debilidad del flanco sudeste. Sin duda el idóneo para un hipotético ataque, iba discurriendo con su ojo clínico militar mientras avanzaban hacia la ciudad. A medida que iban aproximándose, el grupo apretó la marcha y Siana se aproximó a él, como intentando protegerle de una posible recepción hostil, según pensó.

 Esperemos que de verdad nunca lleguen hasta este lugar los romanos. Dicen que esos demonios entran a saco en las ciudades después de rendidas y matan a todos los jóvenes y niños varones, toman prisioneros a los menos para venderlos como esclavos, y violan y matan a las mujeres. Si tienen suerte, sólo se quedan con su ganado y sus provisiones tras matar a los guerreros. Al fin y al cabo, la finalidad de éstos es morir defendiendo su ciudad con la espada en la mano, pero lo malo es afrontar un invierno sin ninguna provisión y morir así de hambre. No sabes lo largo que

puede ser un invierno en estas tierras.

Entraron en el castro por la puerta Este, la que Lucio y Mario estuvieron observando cuando intentaban evaluar las defensas de la ciudad. Era éste otro posible punto de entrada en caso de ataque. Quizá Lucio habría conseguido escapar por el bosque y contactar al día siguiente con el grupo para ir a la búsqueda de Décimo Junio Bruto ¿Qué pensarían de su desaparición? ¿Le darían por muerto? Sería lo más probable, ya que lo cierto es que el ejército no estaba ya allí, cuando durante aquellos días habrían tenido tiempo sobrado de llegar con el ritmo habitual de marcha de las legiones. Siana no le había comentado nada sobre Lucio. Seguro que habría conseguido escapar, zorro viejo, y habría desaconsejado un ataque a Décimo ante el peligro que suponía finalmente el desconocimiento real de la zona. Pero no, Mario veía ahora la facilidad de una posible conquista, Roma no debería arredrarse ante tan vana oposición. Décimo era sin embargo un general prevenido, y cualquier dificultad podría haberle inducido a replegar velas después de una incursión tan larga y sobre todo, tan alejada de la retaguardia romana.

El muro oriental de la fortificación nada tenía que ver con los de algunas ciudades celtíberas del interior de Hispania, y su foso estaba casi relleno por efecto del tiempo y el descuidado mantenimiento. La entrada principal se ofrecía ahora franca a los visitantes de la comitiva de la que formaba parte Mario, que ascendía a lo largo de la corta rampa de entrada. Entraron en su interior sin que nadie hiciera aprecio de ellos, ya que parecía haber aquél día una gran actividad. Una multitud de personas se afanaban de un lado a otro acarreando todo tipo de cosas, en lo que debía ser un día de mercado normal en una ciudad celta. De hecho entraron casi a la vez que dos grupos de campesinos que llevaban tras sus espaldas carros llenos de sacos con todo tipo de productos para su intercambio. Todos estaban muy concentrados en sus labores, sin tiempo aparente para dedicar a los recién llegados.

 Hubiera sido un buen día para vender tus baratijas, turdetano, dijo Siana.

 Lástima que mis compañeros llevasen toda la carga – respondió él.

El grupo se fue internando en el castro a través de la rampa de acceso primero, y rodeando después numerosas construcciones circulares muy similares a la choza en la que había estado postrado Mario los últimos días, hasta llegar a un espacio algo más abierto entre las viviendas que conformaban la ciudad celta, una especie de plaza dedicada probablemente a la realización de asambleas o las actividades públicas de sus habitantes.

Unos guerreros brigatinos se encontraban de espaldas a ellos discutiendo entre sí la organización de las gentes que llegaban a la ciudad, por los ademanes e indicaciones que hacían. Su aspecto era realmente feroz, con largas barbas y cabellos y con unos ojos hundidos en su cara apenas visibles entre la maraña que los ocultaba, pero con un brillo de inquietante decisión en su interior, según apreció Mario. El más alto de ellos se volvió y se dirigió hacia ellos nada más verlos. Su estatura era formidable, lo mismo que la anchura de sus hombros y de sus brazos, proporcionados sin embargo a la anchura de la hoja de la espada que llevaba curiosamente desenvainada, sin duda como indicación de su autoridad frente a los extranjeros. Se dirigía hacia ellos de forma rápida y directa, mirando fijamente a cada uno de los componentes del grupo, deteniéndose un momento con extrañeza al mirar a los ojos de Mario.

Éste se detuvo y se puso inconscientemente a la defensiva, como esperando otra vez un nuevo ataque sin mediar palabra, recordando la herida que aún le tiraba del costado. La realidad fue muy distinta, ya que el guerrero celta sonrió y se dirigió con gran respeto hacia Gardo y Leta, sin duda los personajes de mayor rango de la comitiva recién llegada, y cruzó también una sonrisa respetuosa y cómplice con Siana,

y después también con Colain, a quién saludó muy afectuosamente. Al resto de los hombres y a Mario no les hizo caso alguno, seguramente por estar a un nivel inferior en la escala social dentro de este pueblo galaico. Intercambiaron una serie de frases entre sí y el enorme guerrero parecía transmitir a los recién llegados alguna preocupación.

 Mario, este que ves es *Olen*, comandante de la ciudad de Brigantia y jefe de todos los guerreros del castro. De hecho, está considerado por su puesto como el guerrero más importante de todo el pueblo ártabro ¿Cómo dirían los romanos? Un general – Siana se había puesto a su lado y parecía dispuesta a no permitir que Mario se perdiese en las conversaciones. Sin embargo, la última frase la había dicho con cierta malicia a la que Mario procuró no hacer aprecio.

Nos está poniendo en antecedentes sobre las noticias que nos llegan de los romanos. Ya sabíamos que hubo una gran batalla con los brácaros, que cruzaron el gran río del Sur, pero continuaron su marcha hacia el norte y hace unos días se dirigían hacia aquí. Olen está preocupado por el estado de las defensas de Brigantia ante la llegada de los romanos. No creemos que se atrevan tan lejos de sus bases sin provisiones, pero la ambición de Roma no parece tener límites y creo que no se conforman con poco. Si no es ahora, seguro que habrá otra ocasión en que lleguen hasta estas costas, ¿no crees?

Mario se cuidó mucho de responder a eso a pesar de la mirada inquisitiva de Siana, ya que sabía que tenía razón. En ese momento se dio cuenta además de que el grupo de celtas le miraba directamente. Olen se dirigió a él y le preguntó algo. Siana contestó por él.

 Les he explicado ya quién eres. Dice Olen que pareces tener un brazo fuerte y puedes venir bien. Además, un comerciante debe conocer bien los caminos desde aquí hasta el Río del Olvido.

 ¿Hasta aquí también os llega esa leyenda? ¿Qué sabes del Río

del Olvido? – preguntó Mario con interés.

 Seguramente lo que tu ya conoces, aunque quizá no sepas que hace muchos años una partida de guerreros que cruzó sus aguas hacia el sur se perdió por completo y nunca volvieron para contar qué ocurre allí. De hecho, nadie que yo conozca ha pasado al otro lado, aunque lo cierto es que las noticias vuelan de una orilla a la otra. Quizá la leyenda solo afecte a los que llevan una espada en la mano. De todas maneras, a ti debe darte igual ¿no?, al fin y al cabo los comerciantes pasáis la vida en el camino y ni siquiera necesitáis saber quiénes sois y lo que fuisteis antes.

 Claro, claro…

 Aunque tú tendrías algo que contar en este caso, por que al fin y al cabo tú sí debes haber cruzado el río desde el sur ¿no? ¿sigues siendo el mismo que antes, turdetano?

 Nunca se es el mismo, Siana. Cada recodo del camino, como tú dices, cambia al caminante, y nunca se vuelve a ser el niño que comenzó a andar – respondió seriamente Mario.

 Siempre tienes respuesta, turdetano, valdrías como sacerdote. Ven, comeremos algo con Olen y con sus hombres – dijo ella volviéndose y dando por zanjada la conversación.

Se dirigieron todos en grupo hacia el interior de la cabaña más grande en la especie de plaza en la que se encontraban. Mientras estaban hablando, una lluvia fina comenzó a caer casi imperceptiblemente sobre todos ellos, consiguiendo calar en pocos instantes todas sus ropas, casi sin que se dieran cuenta, como ocurría a veces en aquella tierra, algo que odiaba Mario. En el interior de aquella cabaña estaba encendido un fuego y el humo salía por una abertura en la cúspide del cono que formaba el entramado de maderas, arcilla y ramas de tojo de su techumbre. Alrededor del fuego estaban dispuestas una serie de

grandes piedras planas que les permitían en este caso evitar el frío suelo y comer sentados en una postura algo más cómoda. En el centro habían dejado una gran olla al fuego, de la que cada uno se servía por turnos con un gran cucharón una especie de guiso de carne y verduras con un caldo de un extraño color lechoso.

Después de que todos hubieron tomado su ración del caldero, Mario fue servido con atención por la propia Siana siguiendo al parecer las costumbres de hospitalidad de aquellas gentes, que no por ello olvidaban los rangos sociales a la hora de servir la comida, ya que él fue el último en ser servido. Mario disfrutó con alegría de aquella nueva comida en compañía después del duro periodo de convalecencia. Lo cierto es que aquél guiso caliente surtía un efecto balsámico en su maltrecho organismo que compensaba su enorme inquietud por encontrarse confraternizando como si tal cosa con los que había considerado hasta ese mismo momento como los enemigos de Roma y de los que ahora, debía confesarlo, se hacía cargo de su enorme preocupación ante la posibilidad de un ataque a su ciudad y a su modo de vida, quizá simplemente por empatía con el oculto sentimiento que albergaba por Siana, ese extraordinario ser al que seguía considerando divino.

Tras la comida se estableció una pequeña tertulia cruzada a la que Mario asistió como testigo pasivo, ya que el idioma de estos galaicos era aún un misterio para él. A pesar de ello, lo cierto es que poco a poco conseguía al menos captar el aire de algunas frases por la entonación que ponían y por algunas palabras sueltas que había oído pronunciar a Siana o a Colain. La conversación parecía girar en primera instancia sobre la posibilidad de un ataque romano y la necesidad de tener preparada la posible defensa, pero más tarde, pareció girar hacia otros derroteros de los que Mario no consiguió captar la esencia, pero que quiso adivinar que trataba de un viaje.

- ¿Qué te ha parecido la hospitalidad brigantina? Te aseguro que nadie en la ciudad habrá comido hoy igual de bien que nosotros.

Espero que los turdetanos actuéis de igual forma con los visitantes – le dijo Siana.

 Por supuesto que sí. Debo reconocerte que os estoy muy agradecido – respondió él con gran respeto.

 Tengo que confesarte que lo cierto es que ir acompañado del gobierno espiritual del pueblo ártabro también te ha ayudado a comer bien hoy – volvió a insistir Siana.

 Te repito mi agradecimiento. Gracias por todas las molestias que te tomas por mí.

 Te advierto que son en cierto modo interesadas. Me gustaría que nos acompañases en nuestro viaje. Ya sabes que eres libre de irte cuando plazcas, Gardo lo dijo, pero yo también creo que nos podrías ser de utilidad. Por lo que sé, tú conoces los caminos y a los romanos.

 Si, puede ser ¿Qué viaje es ese? – dijo Mario.

 Tienes razón, olvidaba que no sabes el idioma – Mario pensó si no se lo habría dicho en realidad a propósito, para engañarle y comprobar si de verdad no conocía su idioma - Se va a organizar una expedición.

 ¿A dónde?

 A donde estén los romanos. Pero antes debemos hablar con todos nuestros hermanos de las tribus vecinas para conocer hasta qué punto nos ha afectado la invasión romana, hasta dónde ha llegado ésta, si han sufrido daños, y en algunos casos, avisarles de la posibilidad de un ataque. Una vez que hayamos hablado con todas las tribus ártabras, sondearemos a nuestros vecinos los *cilenos*[25]. Es posible incluso que bajemos hasta el castro de Minio,

a ver qué es lo que ha ocurrido por allí, y quizá mas al sur, hasta el río que tanto interés te despierta. Es en este caso en el que sería de interés tu ayuda, ya que nosotros no solemos salir de nuestras tierras y no conocemos bien los caminos tan alejados de Brigantia. También es posible que nos encontremos con los romanos, para lo cuál a lo mejor tú nos puedes ayudar, ¿sabes la lengua de los romanos?

 Sí, sé latín. En mi tierra se habla – dijo cautelosamente Mario.

 Ya lo supongo. No me hago idea de lo difícil que puede resultar parlamentar con un general romano, pero si no conocemos su idioma, no creo ni que hagan aprecio de nosotros.

Mario observaba el panorama que se ofrecía a sus ojos desde el claro abierto en el bosque en el altozano en el que se encontraban. En esta remota región la tierra firme parecía acabar siempre bruscamente sobre el mar, y aunque no hubiese acantilados, lo cierto es que la tierra se precipitaba hacia el agua con una gran pendiente mientras que el mar trataba de ganarle la partida al continente lanzando unos brazos de agua rizada que entraban y salían de la abrupta línea de la costa y cuyo nivel iba variando a lo largo del día, por lo que daba la impresión de que tierra y mar se encontraban en una perpetua lucha alternándose en la partida eterna que disputaban por ganar el propio espacio.

El día era de nuevo asombrosamente claro y la superficie del mar reverberaba a la luz de sol. El bosque pugnaba también por alargar su verdor hasta la misma orilla del mar ayudando a dibujar una línea de costa únicamente rota aquí y allá por las pequeñas lenguas de arena que dibujaban las estrechas ensenadas que asomaban a lo largo del retorcido litoral. Las gaviotas iban y venían y sus gritos en realidad no hacían más que acentuar la curiosa calma que reinaba aquella mañana.

Mario se había detenido absorto en el paisaje y el resto del grupo que formaba la expedición se había adelantado unos cincuenta pasos del lugar en el que él se encontraba. Solamente Siana se había parado y estaba vuelta hacia atrás buscándole con la mirada, aunque dándole suficiente tiempo como para inundar sus ojos y sus pulmones con la luz y el aire que les llegaba desde la orilla del mar como un intenso perfume.

 Creo que al final te gustará esta tierra, extranjero - dijo Siana cuando Mario llegó hasta ella - aunque ya sabes que los arrieros y los mercaderes no podéis ser de ninguna parte, lo mismo que los soldados – las frases de Siana siempre tenían la misma malicia juguetona.

 Llueve demasiado aquí. En el sur, de donde yo vengo, el sol brilla casi siempre. Aquí todo está siempre húmedo, pero la verdad es que cuando sale el sol, todo luce realmente bello.

 Si no fuese así este lugar no sería tan bello como tú dices. Para gozar hay que sufrir, eso deberías saberlo tú que tantos caminos has recorrido. Aún así, siempre después de la lluvia sale el sol, al igual que a la noche sigue el día. Sé que llueve más que en otros lugares, pero la lluvia fecunda la tierra y hace crecer nuestros árboles sagrados. Creo que los dioses han reservado esta bendición para este rincón del mundo.

La compañía la formaban, aparte de Siana y Mario, Colain, Golt y otros dos guerreros que Mario había visto en Brigantia y que parecía haber asignado Olen a aquella misión. Siguieron así hablando ellos dos durante gran parte del camino, hasta que a media tarde llegaron hasta un pequeño poblado rodeado aparentemente por el mar por todas partes, ya que se encontraba a la entrada de un estrecho istmo al que se acercaba tanto el mar por ambos lados, que la orilla siempre se encontraba a tiro de flecha hacia cualquier lado al que se disparase. Se trataba de un poblado sencillo y pequeño que había crecido alrededor de un puerto natural al abrigo del mar abierto, con una muy leve línea defensiva y con un conjunto de cabañas de piedra y cañas en su interior, de donde salían tenues columnas de humo.

 Parece que a nuestros vecinos tampoco los han visitado los romanos aún, dijo Siana. Mario, esta aldea es de nuestros hermanos ártabros, parientes y amigos de Brigantia, y como comprenderás no deseamos que les ocurra nada. Cuando hay algún apuro siempre son los primeros a los que recurrimos, y al revés, que suele ser lo habitual, también.

Entraron en la aldea y aquellos celtas se saludaron entre sí con visibles muestras de afecto, tratando a Siana con gran respeto como cabeza del

grupo. Con Mario tuvieron las mismas atenciones que con el resto, y a pesar de la sorpresa que notaba despertar allá dónde iba, siempre le sonreían de una manera aparentemente afectuosa que le hacía olvidar cualquier tipo de recelo.

 Es curioso - pensaba Mario - cómo estos celtas tratan a un extraño como yo. Exceptuando el encuentro inicial con Colain y sus amigos, lógico por otra parte, ya que pensaban que yo era un espía romano (y la verdad es que eso es precisamente lo que era), lo cierto es que en todo momento han compartido conmigo todo lo que tienen como si fuéramos amigos desde la infancia. Mejor incluso que si fuera así, ya que me han dado de lo poco que tenían y no solo eso, sino que con los pocos que he podido entenderme, parecen haberme abierto su corazón mostrándome francamente sus miedos y sus debilidades. También es curioso cómo respetan mi relación con Siana, al fin y al cabo una persona sagrada en su sociedad, y cómo nos permiten hablar libremente. Desde luego, ella en Roma estaría apartada del resto de los mortales. Si yo obrara con tal confianza en Roma por ejemplo, con una vestal, sería inmediatamente ejecutado, o al menos, desterrado, pero aquí tengo acceso a hablar con Siana siempre que lo desee, siendo además un extranjero de dudoso origen. Parece además que se han creído el cuento del mercader turdetano, y no han vuelto a preocuparse del tema, dándolo por sentado y tratándome como a uno más de ellos. Siana es otra cosa, no pienso que se haya creído del todo mi invención. Sin embargo, aquí estoy, en una aldea en el corazón de ninguna parte de este país de los ártabros comiendo y conviviendo con un pueblo con el que no creo que haya tratado por el momento ningún otro romano y que siempre habíamos supuesto salvaje y desalmado.

 ¿Fue así como te quedaste entonces en Gallaecia, Mario? - dijo Junio - ¿Por una mujer?

 No Junio, por una mujer no. Por una diosa, ya te lo dije, por una diosa y por una tierra – dijo el viejo pacientemente.

 Lo que en realidad me estás contando es que te enamoraste de una celta y abandonaste el ejército romano – dijo Junio con cierto aire de recriminación.

 Veo que no has entendido nada. Siana era una diosa, aunque tú no quieras creerlo. El que después de nuestro primer encuentro aquella noche pudiera conocerla y hablar con ella, no cambia el que fuera una diosa. Si me hubiese quedado en aquella única visión ¿tendría una naturaleza divina más real? Al fin y al cabo los dioses existen porque creemos en ellos, y no al contrario, desengáñate. Y yo, te lo aseguro, creía en Siana, y no sólo yo; todas las personas que llegaron a conocerla podían ver la luz que desprendía y si tú la hubieses conocido, también lo hubieses sentido. Te puedo jurar que no era alguien normal como tú y como yo – explicó el viejo como el pedagogo enseña algo a un niño.

 Eso no cambia el que tú abandonases el ejército por ella. Eso sí es algo deshonroso para un patricio romano – dijo ahora abiertamente el soldado.

 No sé cómo explicártelo. Podría mentirte, e intentar engañarte a ti y a mí mismo. Al fin y al cabo, caí prisionero cumpliendo una misión muy arriesgada ordenada directamente por el general de mi legión. No pude intervenir aunque así lo hubiese querido en las acciones del ejército romano desde aquél día, y después, la legión se fue y tuve que adaptarme a la situación. Es lógico y creíble ¿no? Pues no, es mentira. La verdad es que una vez que me recuperé de mi herida, no hice nada por alcanzar la columna de soldados

romanos, y hubiese podido hacerlo. Lo cierto es que se me fueron pasando los días sin tomar una determinación; no me hacía a la idea de abandonar a Siana y dejar este fascinante mundo tan nuevo para mí, y fui aplazando indefinidamente la decisión hasta que ya, por supuesto, fue demasiado tarde. En mi fuero interno, creo que desde el principio estaba ya decidido a quedarme, no sé exactamente desde cuándo; quizá ya desde el primer instante. Lo que creo es que no quería aún reconocerlo. Lo cierto es que desde entonces tuve también muchas oportunidades para dejar estas tierras y volver al seno de Roma, pero no lo hice nunca.

La lluvia había cesado en el exterior de la cueva y ya no goteaba desde los huecos del techo. Sin embargo, se había hecho de noche, y la única luz que había provenía de la hoguera que el ermitaño había encendido en medio de la sala que ocupaban. El oscilante reflejo de las llamas iluminaba su cara dotándola de pozos de sombra que acentuaban la emoción de su expresión al relatar aquella historia.

 Desde entonces, como ya te he dicho, he vivido en este país y he convivido con su gente. He visto muchas cosas, he hecho muchas cosas y no me arrepiento en absoluto de nada en mi vida, que es lo que al final cuenta para un hombre, como también te he dicho. Quizá yo sea ya un celta, un galaico, y desde aquella época he visto cómo Roma estrecha de manera poco perceptible cada vez más el cerco sobre esta región del mundo, utilizando en su provecho su oro, su ganado y a sus gentes. Como ya ha pasado en otras muchas tierras, al final sus habitantes se rendirán confundidos por el esplendor de Roma, es inevitable. Su modo de vida morirá, sus dioses languidecerán en el fondo de los bosques, y ellos cambiarán su forma de pensar únicamente en función del interés de Roma y del beneficio que Roma pueda obtener de esta tierra. Si no les interesamos demasiado quizá la gente pueda seguir viviendo un tiempo más o menos como hasta ahora.

 ¿Cómo conseguiste vivir entre ellos sin que supieran que eras

romano? – Junio intentó ahora cambiar de tercio. Lo cierto es que no le interesaba en absoluto molestar a su anfitrión, única esperanza de curación para su amigo Claudio - Además, supongo que tú deberías haberte sentido en peligro, y aún así te quedaste. Corriste un enorme peligro por aquella mujer.

 Sí. Lo cierto es que no sé cómo en aquellos primeros días logré vencer el miedo y no escapar. Al fin y al cabo, yo pensaba que me podían matar en cualquier momento, en cuanto quisieran, puesto que yo estaba solo. Sin embargo, puede que fuera esa osadía del amor joven, la atracción hacia lo nuevo. De todas formas, eso es una cosa que pienso ahora, porque en verdad yo nunca me sentí conscientemente en verdadero peligro. Me sentía arropado por Siana y bajo el manto de su poder, y ya que te dije que era un ser divino. Es igual que cuando en Roma se invoca a los dioses manes o a Marte, o a quien quieras y te sientes protegido por una divinidad, bueno, pues en este caso yo estaba protegido directamente por alguien divino, pero de carne y hueso ¿qué mayor seguridad que esa, ya que además puedes ver y tocar a quién te encomiendas?

Hacía horas que Claudio dormía y se debatía en sus sueños. Sin embargo, tras unas horas de delirio, la fiebre parecía haberse estabilizado, ya que no desaparecido, y dejó de dar vueltas en su lecho. Quizá pudiera ahora descansar un poco por fin, pensó Junio, sea cual sea finalmente el desenlace. Lo cierto es que Junio seguía temiendo por la vida de su amigo, pero al menos, se decía, había hecho todo lo que estaba en sus manos para procurar salvarlo, ya que nadie en el seno de la legión romana o en las aldeas celtas lo hubiera logrado. En sus años de campaña, él había visto morir ya a muchos otros de heridas similares no curadas. Este hombre era ciertamente la última oportunidad para Claudio, y Junio se aferraba con fuerza a esta idea, confiando en la aparente sabiduría que el viejo había demostrado y la destreza con la que había elaborado el remedio para Claudio.

Mario siguió a Siana a lo largo de un camino que discurría entre las rocas hasta un promontorio que desafiaba las olas de un mar que rompía muy abajo, golpeando a sus pies, y que se mostraba airado contra la descarada eminencia de tierra que se adentraba en sus dominios. Desde lo alto era posible distinguir la forma de aquella península que formaba el territorio de la aldea que habían dejado atrás, y podían ver el mar que la rodeaba por ambos lados, y más allá, nuevos brazos de tierra que pugnaban por adentrarse en un mar denso y gris. De hecho, ése debía ser el fin del mundo, o al menos, algo muy similar, ya que no se veía tierra más allá de ese punto y no parecía que algo parecido a un país habitado existiese en el interior de esa inmensidad plomiza y hostil que ahora se extendía ante sus ojos.

El resto de la expedición se había quedado descansando en la aldea, a cobijo del frío y el agua pulverizada que escupía el mar y que Mario sentía con intensidad en su rostro. Siana le había instado a acompañarla hasta el mirador que formaban aquellas peñas "*para que conociese algo más de aquellos tenebrosos territorios celtas"*, y a él no se le había ocurrido algo parecido a negarse, y aunque se le hubiese ocurrido, pensaba después, tampoco lo habría hecho al fin y al cabo.

Siana se paró en lo alto de la peña rodeada de diminutas calas en las que el mar aún rompía con furia, muy abajo, a sus pies, y pasó unos instantes mirando más allá, hacia el horizonte. Mario pensó en cómo la mente del hombre se relaja y amplía en la contemplación de estos espacios, con independencia de que en realidad el día no fuese el más adecuado para pararse a contemplar, ya que la lluvia comenzaba de nuevo a empapar sus ropas.

 Más allá de estas aguas, el mundo termina – comenzó a decir Siana - Muchos de nuestros hermanos dicen que hacia el horizonte se encuentra la isla blanca, donde van a parar las almas de los justos o de los héroes al morir, y algunos de ellos hacen empujar una barca hacia el interior del mar con sus muertos en la esperanza

de que los dioses los acompañen hacia aquél destino.

 ¿Tú que crees? – se atrevió a interrogar Mario.

 Yo no lo sé ciertamente. Los hombres y las mujeres nos afanamos en conocer lo que hay fuera de este mundo, pero realmente no lo podemos saber de ninguna manera. Sólo espero que nuestra existencia tenga algún sentido más allá de esta vida, pero si no es así, únicamente cabe disfrutar de los días que pasamos juntos, porque no tendremos más y luego contaremos con el infinito para estar solos. Es por eso que repudio tanto las guerras, que me parecen una forma inútil de jugar con las vidas de los hombres, que quizá sea lo único que al fin y al cabo tengamos cada uno de nosotros, y por otra parte son, cuando menos, una pérdida de tiempo.

 Parece una forma de pensar muy peculiar para una sacerdotisa – dijo él algo sorprendido.

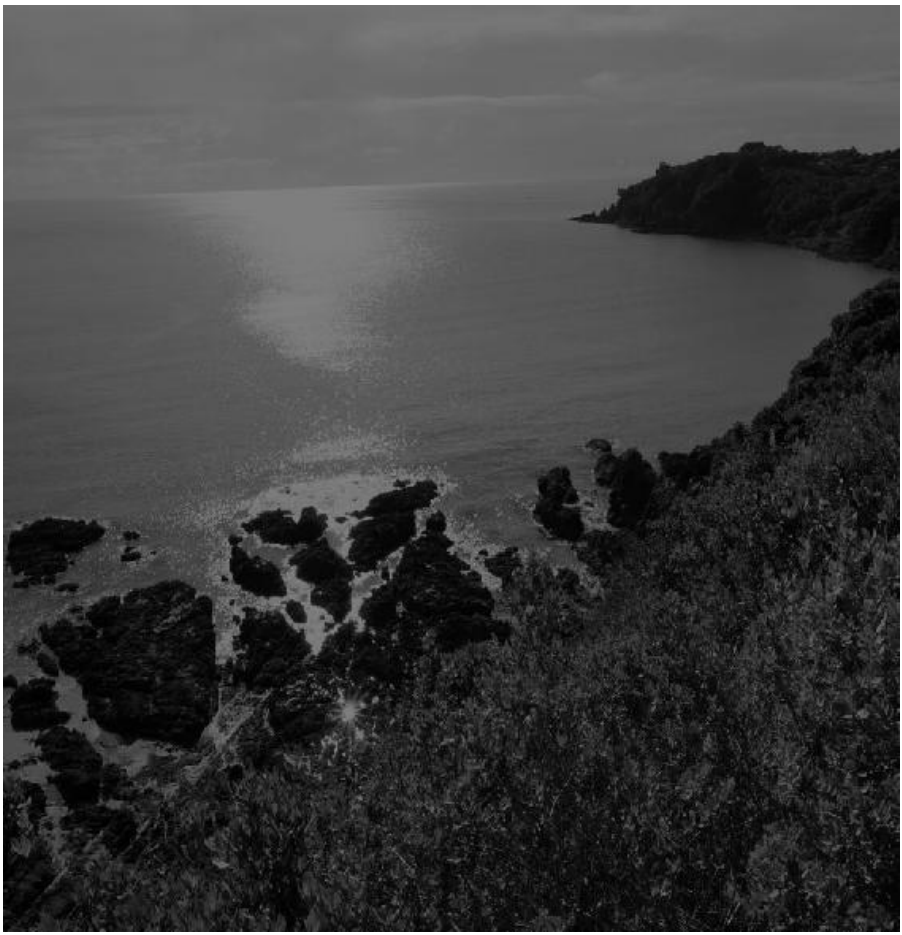
 Las sacerdotisas, como tú nos llamas, únicamente tratamos de establecer un vínculo entre los hombres y la divinidad, o la naturaleza, si quieres, que eso sí que realmente existe y podemos tocar, e interpretar sus señales para mejorar nuestra relación con ella. Otra cosa es que los hombres pretendamos participar activamente de esa divinidad y realmente no sepamos con certeza si lo hacemos o no. Sin embargo, lo que nosotros en verdad creemos es que todas las cosas que participan en parte de esa divinidad, pero hay algunos ritos sagrados que nos pueden ayudar a establecer comunicación con ella. También creemos que existen varios mundos además del que vemos, al que van las almas después de morir, ya no sé si a una isla blanca o a cualquier otro lugar que no conocemos.

La lluvia empezaba ahora a arreciar y el pelo negro de Siana se pegaba a su cara y a sus hombros, brillando en su negrura y dejando

resbalar por sus ropas regueros de agua tibia.

 ¿Ves aquél cabo hacia el sur? Seguiremos hacia allí nuestro viaje, a ver al resto de nuestros hermanos ártabros. Mas tarde, ya veremos, porque tendremos que hablar con el resto de pueblos vecinos si es que tenemos que afrontar de alguna manera la llegada de los romanos ¿no crees? Ahora volvamos a la aldea; mañana por la mañana debemos reemprender nuestro viaje. Si te quedas con nosotros, conocerás más de nuestro país que la mayoría de mis paisanos, que no creas que salen fácilmente de su aldea durante toda su vida, y ni mucho menos suelen utilizar los caminos para salir de las tierras de las tribus conocidas.

Mario durmió aquella noche con Colain y el resto de los guerreros en una estrecha choza azotada por el viento, mientras que para Siana buscaron un mejor acomodo en una amplia cabaña cuadrada en el interior de la aldea. No fue sin embargo una noche especialmente incómoda a pesar de la falta de espacio, ya que los demás parecían tratarle ya como a uno más sin importar el poco tiempo transcurrido desde su llegada y su desconocimiento del idioma, e incluso hacían esfuerzos por comunicarse con él y gastaban bromas en las que intentaban que él participase.



7.- EL FIN DEL MUNDO

La mañana siguiente amaneció cerrada por una intensa niebla. Tras un rápido refrigerio comunitario a base de leche hervida, algo del agrio pan de centeno de los celtas y unas bayas negras, los viajeros se apresuraron a tomar el camino de la costa. Siana parecía algo más taciturna que el día anterior, y raramente se acercó a Mario durante toda la mañana. Quizá su conversación de la tarde anterior sobre las rocas la había dejado en un estado de ánimo pensativo, se dijo Mario. A pesar de que ella seguía dedicándole parte de su atención, él se sentía muy desprotegido sin su constante charla, y su reacción también fue la de tornarse un poco taciturno, como un niño al que no se le hace el caso que cree merecer.

Llevaban ya más de tres horas de camino cuando decidieron parar un rato a descansar y reponer fuerzas. Al parecer, las tribus hacia las que se dirigían se encontraban a poco más de tres días de camino, y debían aprovechar ahora que los días eran largos para alargar la jornada de andadura antes de que cayese el sol, que en los últimos días había empezado a acortar casi imperceptiblemente su camino por los cielos. Mario comenzaba a hablar con sus compañeros, y aunque su conversación todavía no solía pasar de los gestos y algunos monosílabos recién aprendidos, lo cierto es que el idioma de los ártabros se le antojaba harto sencillo, dado lo rudimentario de sus construcciones en comparación con su latín natal. Había comenzado ya a aprender algunas palabras que le había ido enseñando Siana por el camino y algunas otras más que había oído y de las que adivinaba su significado por el contexto.

Se pararon a observar por un momento el panorama que se extendía ante ellos. Se trataba de un altozano tapizado de un denso matorral que dominaba una gran ensenada, asombrosamente amplia en comparación con las pequeñas calas que proliferaban a lo largo de la costa, y que se formaba al abrigo de un nuevo río de mar que se internaba hacia la tierra. A partir de este punto su camino debía cruzar el brazo de agua que se extendía delante de sus ojos, lo que les

obligaría a describir un largo rodeo, y según había aprendido ya Mario, sería por tanto conveniente esperar al momento en que el nivel de las aguas estuviese lo suficientemente bajo como para poder vadearlo fácilmente.

Mario caminaba solo y en silencio cuando Siana se aproximó a él.

— Vamos turdetano, dime la verdad ¿qué te parece este país? Supongo que el tuyo estará mucho más avanzado – le preguntó inquisitiva.

Él intentó ponerse una máscara de turdetano lo más creíble posible haciendo un esfuerzo para pensar en las ciudades de la Bética y de Lusitania que había conocido en su año lago de campaña.

— No lo sé. Quizá las casas sean más grandes y las ciudades más modernas. Algunas incluso comienzan a tener fuentes de agua traída en caños desde manantiales muy lejanos, están empedradas y poseen calles trazadas de manera regular, lo que permite circular por ellas de forma ordenada. También hay algunas tiendas y tabernas en la parte baja de algunos edificios. Sin embargo, la vida es difícil. Hay que trabajar muy duro para conseguir el tributo para pagar a los romanos, y antes de éstos, a los cartagineses – Mario narraba todas las cosas que había visto a lo largo de su tiempo en campaña en procurando verlas con los ojos de un habitante de aquellas tierras - Existen levas para ir a luchar en sus guerras que deben ser cubiertas con jóvenes de nuestras ciudades y hay pordioseros y tullidos que deambulan por las calles semidesnudos, sin nada que llevarse a la boca. En vuestras aldeas he visto evidentemente una élite, pero las gentes parecen vivir todos más o menos igual y en cada aldea parecen repartirse por igual las riquezas y las miserias ¿no hay por aquí gente pobre?

— Claro que la hay, pero se les procura alguna ocupación. Quizá es que en realidad todos somos pobres, como tú dices, y no

podemos permitirnos el lujo de tener pordioseros. Eso si lo piensas, es un lujo de ciudades ricas, porque siempre se puede aportar algo a la comunidad, y en caso contrario, debe apartarse a esas personas – dijo seriamente Siana.

 ¿Cómo a los viejos o a los tullidos?

 No, los viejos aportan mucho a nuestras comunidades, Mario. Habrás podido apreciar que en nuestros poblados siempre forman parte de los consejos, y en cuanto a los tullidos, también ellos deben trabajar en lo que sea si es que quieren ser alimentados – respondió ella.

La marea estaba ya muy baja y el mar se retiraba dejando unas largas lenguas de arena empapada que hasta entonces habían estado ocultas bajo su manto, ofreciendo un paso bastante accesible hacia el otro lado, únicamente roto por una estrecha corriente de agua no más ancha que un paso largo de legionario romano. Se fueron acercando todos en fila hacia la orilla opuesta pisando sobre un terreno como un espejo, aún poco estable y que iba recordando con unas difusas huellas cada paso que daban sobre su superficie aún medio líquida. A Mario le daba la impresión de vivir una ilusión, caminando todos ellos sobre la incierta superficie del mar, que reflejaba sus figuras, tanteando cada paso en el que intentaban apoyar lo justo para no hundirse más allá del tobillo. Aún así, consiguieron alcanzar la otra orilla sin excesivo esfuerzo.

Una vez al otro lado apretaron el paso, por lo que Mario pudo adivinar, para alcanzar una aldea cercana antes de la noche, y cubrir así la primera etapa del viaje que les iba a llevar hasta su verdadero destino.

 ¿Hacia dónde vamos exactamente Siana?

 Vamos a un lugar realmente especial, y del que habrás oído

hablar. Vamos hacia el fin del mundo. Lo que las gentes llaman *El final de las tierras,* que es donde gira el gran mar para rodear el país que pisamos. No conozco en realidad a los romanos, pero si no se han atrevido a seguir hacia el norte, quizá no hayan podido resistir la tentación de dirigirse hacia allí. La verdad es que en ese lugar no hay nada que les pueda interesar ni que puedan llevarse a casa, pero supongo que también a su general debe morderle, como a todos, el ansia de alcanzar el confín del mundo, aunque sólo sea para contarlo a sus gobernantes a su vuelta, para poder ser así tenido por héroe. Gardo y Olen opinaban que tengo mucha imaginación y que de todas formas, deberíamos intentar no enfrentarnos a los romanos, pero yo creo que algo debemos hacer, y odio permanecer mano sobre mano. Por eso le planteé a Colain hacer este viaje y él me ha secundado. Nuestra misión será establecer contacto y procurar ayudar a los pocos habitantes de aquella región y si es necesario, parlamentar con los romanos par evitar más masacres y saqueos. Eso será dentro de otros dos días cuando menos, porque hoy dormiremos en la aldea de la piedra sagrada, donde llegaremos en un par de horas.

Entre estos y otros coloquios fueron poco a poco aproximándose de nuevo a la costa a través de un camino que serpenteaba entre rocas y arbustos bajos, de los que venían hiriendo sus piernas con su constante roce. La senda iba descendiendo hacia una cala en cuya orilla se arracimaban una serie de cabañas rodeadas por un discreto muro, a todas luces insuficiente en caso de un ataque y menos para contener un asedio – pensó como siempre Mario - Justamente antes de llegar, Siana tomó a Mario de la mano e hizo que se apartara con ella del camino. Los demás también les siguieron a una indicación. Llegaron rápidamente a una zona de acantilados con grandes piedras que daban al mar. Una de ellas, tumbada en horizontal basculaba empujada por la resaca y el aire ululaba con rabia al pasar por ella a la vez que la espuma de las olas se pulverizaba en el ambiente mojándolo todo. Mario dedujo que aquella sería la piedra sagrada de la aldea, y según dijo Siana, los augurios, a pesar de la furia con que bramaba la piedra,

no eran malos.

La aldea resultó muy similar a las otras que Mario había visitado hasta el momento: una serie de cabañas circulares agrupadas sin aparente orden sobe un pequeño altozano que daba a la playa. La compañía fue directamente hacia la que parecía ser la cabaña principal del poblado ante la mirada cordial y hasta admirativa de sus habitantes. De nuevo cenaron con un grupo de gente que les recibió con el mismo talante amistoso de otras ocasiones y Mario de nuevo pensó en la diferencia de estas personas con la imagen del salvaje guerrero celta con el que a menudo se había enfrentado en los últimos años, tan feroz y cruel, que hacía que aquellos amigables aldeanos aparentasen ser de una raza muy distinta. Y quizá lo fuesen, pensó a continuación, ya que los romanos solían meter en el mismo saco a todos los celtas y era evidente que estos galaicos nada tenían que ver con los numantinos, los carpetanos o los lusitanos que había conocido en las campañas de años anteriores.

Aquella noche fue especialmente tranquila. Ningún ruido distinto del batir de las olas en la cercana playa parecía querer turbar el merecido descanso de los viajeros de la compañía, y el sueño invadió a todos a una hora en la que la asamblea de los habitantes del pueblo alrededor de la hoguera aún se prolongaría varias horas. Mario ni siquiera quiso pensar en los acontecimientos que con casi total seguridad deberían afrontar dos días después, que es cuando preveían acercarse hasta el borde más occidental del mundo, donde la tierra se atreve a asomarse a las profundidades del terrible océano.

Siana miraba fijamente a lo lejos. Mario había comprobado que sus ojos parecían a veces ver mucho más allá que los de una persona normal, y que incluso podían sorprendentemente penetrar en la oscuridad como los de los búhos o los gatos, distinguiendo en las tinieblas cosas que él era incapaz. Quizá fuera esa una de las razones de su especial relación con la naturaleza y con el resto de cosas, dado que dicha relación, pensó, procede en gran parte de nuestros sentidos. En este caso, ella observaba un grupo de soldados romanos que se arremolinaban al borde de un alto farallón que se desplomaba abruptamente sobre el mar. Los soldados estaban en general quietos, pero Siana parecía distinguir cada pequeño movimiento o gesto de cada uno de ellos con la agudeza de su mirada de animal.

Ese día se habían levantado con las estrellas aún brillando en el cielo y el alba les había sorprendido ya de camino, en un perezoso amanecer en el que la difusa luz del sol se abría paso con dificultad entre las nubes que se habían apresurado a cubrir el cielo. Un manto de fina lluvia se vertía sobre los campos y empapaba sus rostros y sus manos al caminar, dando al camino que cubrían un aspecto pesado y enfangado. Al cabo de unas pocas horas se habían aproximado a lo que Siana había definido como *el fin del mundo,* al fin y al cabo, a entender de Mario, un acantilado más dentro de los que conformaban estas atormentadas costas, donde efectivamente, el mundo mortal parecía tener fin. Pensándolo bien, Mario se dio cuenta de en realidad sí que habían viajado hacia el oeste de forma prácticamente constante desde que salieron de Brigantia hacía tres días, por lo que bien podría ser éste el acantilado final de la costa en la que efectivamente debía terminar el mundo.

Siana parecía haber intuido el lugar y la hora en la que se encontrarían con el ejército romano, quizá informada también por las tribus vecinas sobre la dirección que habría tomado la legión romana – pensó Mario - y daba la impresión de haber dosificado perfectamente el ritmo del viaje para llegar a este punto a la hora

precisa. Mario sentía ahora un extraño sentimiento al reconocer desde la distancia a algunos de sus compañeros y además, pensó, desde el punto de vista de sus hasta ahora enemigos, los celtas de Gallaecia. Siana se volvió en ese momento hacia él y pareció intuir sus pensamientos por la expresión de su cara.

 Quizá sería mejor que no intervinieras cuando tengamos que hablar con los romanos, ¿no crees, Mario? – le sugirió ella.

Mario no contestó. Se limitó a mirar fijamente a Siana, que había dado la cosa por sentada. Reaccionó sin embargo al cabo de unos instantes.

 ¿Para qué he venido entonces yo a este viaje?

 Como quieras, dijo Siana tras un silencio. Tú sabrás si deseas enfrentarte con los romanos. Si debemos hablar con ellos entonces iríamos únicamente Colain, tú y yo.

 Por cierto, ¿qué piensas decirles?

 Buena pregunta. Lo cierto es que es una empresa con escasas esperanzas de ser llevada a término con éxito. Debo pedirles que dejen de hacer la guerra en estas tierras y llevo un mensaje nuestro y de nuestros hermanos ártabros ofreciéndoles un pacto de paz. Los romanos han demostrado ser tan desdeñosos con nuestros vecinos que probablemente su general no acepte ni escucharme, pero mi obligación es decírselo en nombre de todos. Es posible incluso que paguemos con nuestra vida el atrevimiento de intentar dirigirnos a un general romano.

 ¡Cuanta razón tienes! - calló entonces Mario - No importa, yo iré con vosotros, dijo después en voz alta, pensando que él quizá sería la única oportunidad para aquellos ártabros de salir con vida. Desde luego, no podía dejar que Décimo Junio matase impunemente a Siana sin intentar mediar por ella.

Mario sabía del carácter orgulloso del aristócrata Décimo Junio Bruto, amigo íntimo y émulo del gran *Publio Cornelio Escipión Emiliano*[26], el mejor general que había dado nunca Roma, y también sabía que un general romano en pleno triunfo nunca iba a mostrarse en absoluto clemente con un grupo de bárbaros que se acercasen a él a cara descubierta para proponerle algo tan descabellado como aquello, que además podría suponer una merma en su proyectada gloria. Al fin y al cabo, debía presentarse ante el Senado del pueblo de Roma con los frutos de la campaña llevada a cabo en aquel extremo del mundo y además justificar su enorme gasto, y por ello sería difícil explicar un acuerdo que pudiera ser tomado por una debilidad ante un pueblo que debería ser sojuzgado al yugo de Roma. Como soldado romano, y mejor, como hombre de confianza de Décimo, creía ser capaz de conseguir al menos el perdón para las vidas de sus improvisados compañeros de viaje, a los que sin saber cómo explicarlo, había tomado un profundo aprecio, suficiente al menos para intentar salvarles de la muerte, sobre todo para Siana, de la que creía que merecía mejor destino que aquél.

Aún albergaba en su mente una imagen de ella cuasi-divina. No, lo cierto es que ella, se decía, responde por completo a la calificación de divina, a secas. No sabía cómo se iba a presentar delante de su general encabezando una delegación de celtas que osaba llegar a su presencia con la pretensión de parlamentar directamente con él. Décimo se alegraría ciertamente de él que estuviera vivo, creía, pero Mario no podría mostrarle indicio alguno de simpatía por el enemigo, ya que se trataba al fin y al cabo de un militar romano puro y eso sería interpretado directamente como traición. Cualquier duda podría costarle la vida a él y a todos los demás. Por otra parte, después debería volver al seno del ejército y abandonar para siempre la compañía de aquellos celtas. Y de Siana.

En el mismo momento en que Siana y Mario hicieron ademán de adelantarse del grupo y presentarse delante del ejército romano,

Colain ahogó un grito señalando con el brazo extendido hacia el horizonte. No muy lejos, y comenzando ya a definirse entre los jirones de niebla que flotaban sobre las aguas del mar se dibujaba una enorme silueta que llegaba como una aparición sobrenatural e inesperada. Un profundo clamor de mal contenida alegría recorrió la masa de aquél ejército y no tardó en transformarse en una barahúnda de sonoros vítores.

Mario pudo identificar de inmediato la silueta de aquella imagen e hizo un gesto a los demás para que se tranquilizasen y volviesen a ocultarse tras las rocas que hasta entonces les habían servido de parapeto. Se trataba de una trirreme[27] romana, evidentemente esperada por Décimo, pero que sorprendió a Mario porque se hubiese atrevido a llegar hasta aquél punto tan alejado de su base en las ensenadas lusitanas de Olisipo. Lo cierto es que Décimo había sido siempre muy celoso de sus planes con respecto a la expedición incluso con sus allegados, pero se extrañó de que ni siquiera mencionase tan importante hecho a su lugarteniente, dado que el encuentro, como es normal, debió haber sido previsto desde el inicio de la campaña una vez cruzado el río Durio. La aparición de la nave fue inmediatamente secundada por una larga ovación a lo largo de la columna romana que retumbó desde aquella distancia como un trueno, y que se intensificó con la vista de otras dos nuevas trirremes que escoltaban a la primera a una cierta distancia y cuyas siluetas comenzaban ahora también a adivinarse surgiendo de entre las brumas.

El ejército romano se puso inmediatamente en marcha tras su general, que dirigió rápidamente su caballo hacia la playa que se encontraba al sur de la posición de la columna. Desde su escondite, Mario pudo observar que las naves llevaban rumbo Este, con la proa enfilada hacia tierra, aunque comenzaron rápidamente a orzar hacia el sur con la intención de echar el ancla antes de llegar hasta un punto en el que peligrase el calado del barco en una costa tan abrupta como ésta, donde las rocas parecían haber sido arrojadas por los dioses para que nunca una nave pudiera arribar a tierra.

Mario y los celtas permanecieron inmóviles tras el nuevo giro que habían tomado los acontecimientos. Ante sus propios ojos los romanos parecían disponerse a abandonar esta tierra desde su punto más occidental, lo cuál parecía un golpe de efecto para Décimo, que le haría parecer un héroe ante Roma y un dios ante los galaicos, al desaparecer así, de pronto, de la faz de la tierra. Tras el primer instante de aturdimiento, Mario se dio cuenta de que aquello no podría ocurrir así, dado que tres simples naves no tienen capacidad para transportar a un ejército de casi cinco mil hombres, ni siquiera aunque se hacinasen sobre su cubierta.

En todo caso, aquellas trirremes parecían haber fondeado definitivamente y se disponían ahora a bajar las barcas auxiliares para llegarse a la costa, dado que la ensenada que se formaba al fondo de aquél pequeño golfo que las naves habían enfilado no estaba en absoluto preparada para admitir barcos tan grandes y la maniobra de aproximación era imposible. Mario recordó y admiró en su interior el carácter meticuloso y precavido de Décimo Junio Bruto cuando pensó en lo desmesurado de la acción de disponer en secreto tres grandes barcos de guerra en una zona en la que las pequeñas embarcaciones de los celtas estaban formadas fundamentalmente por ramas y cuero y donde unas pequeñas barcas de transporte hubiesen sido suficientes para sus aparentes propósitos. En todo caso, puede que también temiera el ataque de los pueblos bárbaros de las legendarias islas del norte con barcos de mayor tamaño, como a veces se sabía que había ocurrido en las costas de los cántabros, y ello le habría decidido a contar con grandes naves de guerra que le permitiesen no correr riesgo alguno en la operación de suministro de su ejército, dado que esa era la operación que daba ahora por sentado Mario que estaba llevando a cabo el general.

Las barcas se aproximaban a la orilla movidas por los remos de una decena de marineros, mientras los principales mandos del ejército romano, incluido Décimo Junio Bruto, aguardaban a caballo en la

playa con las olas salpicando los pies de sus monturas. Mario y sus compañeros eran excepcionales testigos mudos de aquella atrevida operación de abastecimiento del ejército romano, y así permanecieron sin moverse alrededor de una hora, mientras duraron los movimientos de aproximación de las barcas hasta la playa. Siana rompió por fin aquél largo silencio diciendo algo a los guerreros ártabros en su lengua, que luego tradujo a Mario:

— Esperaremos a ver qué hacen los romanos. No sería oportuno que les interrumpiéramos en sus maniobras porque podrían tomarlo como un gesto hostil. Después, ya veremos.

Durante casi todo el día los romanos estuvieron descargando bultos de los tres barcos, sin duda provisiones, y con total seguridad, gran parte de ellas estarían formadas por trigo, base de la alimentación del soldado romano, que les habría sido imposible hallar durante toda la campaña a lo largo de la Gallaecia. Aparte de descargar los suministros, los romanos estuvieron a su vez cargando dentro de los barcos gran parte del instrumental pesado de guerra útil para ataques y asedios, tales como cabezas de ariete y cabezas de catapultas, lo que parecía indicar que Décimo no quería llevar su campaña más allá, sino que su objetivo oculto hasta para sus más allegados desde el principio habría sido llegar hasta este punto y regresar. Mario así lo entendió y se lo hizo notar a Siana.

— Parece que tenías razón, Siana, creo que el orgulloso general romano se va a conformar con ver ocultarse el sol tras el gran mar de Occidente y contárselo después a su Senado – dijo él con un regusto de rabia por no haber sido partícipe de aquél plan desde el principio – Volverán a sus bases ahora que se han desecho de gran parte de sus útiles de guerra.

— Pues bien, veremos entonces cuál es su siguiente paso, contestó ella muy serena.

Se pasaron así todo el resto del día observando a aquellos romanos desde la distancia. Lo hicieron ya con tranquilidad, puesto que Décimo no parecía haber dispuesto vigías o avanzadillas de vigilancia para el caso de un ataque sorpresa. Lo cierto es que la campaña en Gallaecia debía habérsele antojado a Décimo tremendamente exitosa en cuanto a resultados y no era ya de esperar ataque alguno a esas alturas, sobre todo en aquél lugar apartado y deshabitado casi por completo.

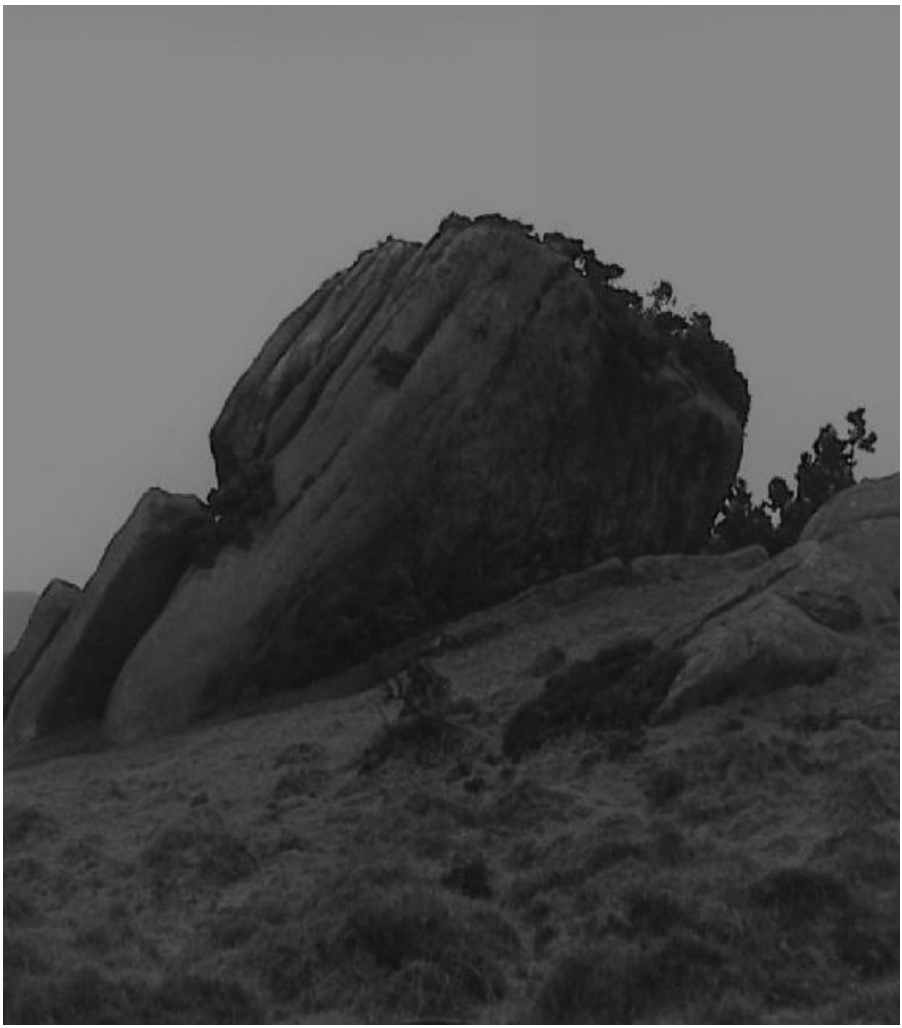
Cuando terminaron de cargar la mayor parte de aquél equipo de guerra, subieron a bordo una parte de los soldados, con seguridad los heridos o impedidos, que no podrían continuar el viaje de vuelta a pie, y también una parte de soldados que parecían encontrarse en buenas condiciones, sin duda para que la vuelta de Décimo a lo largo del territorio galaico fuera más rápida con una tropa más reducida. Sin mayor dilación, las naves partieron pesadamente con rumbo sur tras subir a bordo las pesadas anclas de hierro y madera. La legión, o mejor, el cuerpo restante de la legión que quedó en tierra, ahora algo mermada tras la marcha de parte de sus efectivos, se arremolinaron primero alrededor de su general, y enseguida fueron formando columnas de marcha, reemprendiendo el camino hacia tierra adentro. Siana y su compañía decidieron seguirles durante un tiempo, al menos lo que durase el día, para conocer la dirección que tomarían.

El ejército fue aproximándose poco a poco hacia el castro de *Cea,* según explicó Siana. Cuando llegaron lo suficientemente cerca de la fortaleza celta, Mario y sus compañeros pudieron darse cuenta de que ya había sido atacada y probablemente saqueada anteriormente por el ejército romano. Altas columnas de humo se levantaban desde el interior del recinto, indicios de fuegos que se resistían a extinguirse y que habían consumido parte de la ciudad galaica. Según se aproximaron, vieron dibujarse una gran brecha en el flanco sudeste, que marcaba sin lugar a dudas el punto por el que había entrado el grueso del ejército romano. Cuando llegaron a este punto, tras rodear desde el norte hacia el este el perímetro del recinto, vieron cómo los romanos proseguían el camino que bordeaba el castro y pasaban de

largo con inusitado cuidado, o desprecio, sin mover piedra alguna de la maltrecha muralla y con poco ruido, sin voces ni cánticos, como sin embargo era habitual entre los soldados durante la marcha. Siana habló entonces.

- Los romanos parecen retirarse a sus plazas de origen. Entraremos en la ciudad por ver si podemos ayudarles en algo y conocer si ellos pueden darnos alguna información sobre el destino de la legión romana. Si finalmente van de retirada no sería inteligente acercarse a parlamentar, porque quizá se atreverían a obtener algo más de nosotros en la euforia de su victoria, mientras que de esta forma, ambos iríamos ya en *paz* – Siana dijo estas últimas palabras con ironía, señalando con una expresiva mueca en su cara las columnas de humo que se elevaban desde el cercano castro y que indicaban que los únicos que se iban en paz eran los romanos – Quizá no sea necesario ya tu concurso, Mario. Puedes quedarte, pero sabes que sigues siendo libre de irte cuando te plazca, tal y como dijo Gardo. Finalmente, no creo que sea necesario hablar con el general romano, ya que nuestra misión parece haber llegado tarde y no ha servido para ahorrar sufrimiento alguno. Por otra parte, puedes estar contento, porque quizá eso nos haya permitido seguir con vida.

Mario permaneció en silencio. Su mente de soldado albergaba un sentimiento extraño. La cola de la legión en la que iban los que habían sido sus compañeros de armas hasta hacía muy pocos días, se encontraba ya a más de dos millas de distancia, aunque su vuelta a casa aún estaba al alcance de su mano. Sería aún fácil acudir a ellos y llegar a su altura en cualquier momento. Siana dio la vuelta en dirección al castro sin decir palabra alguna y los guerreros la siguieron en silencio. Mario comenzó a caminar muy despacio.



8.- NUEVA VIDA

Iniciaron la ascensión hacia la fortificación callados y con los ojos muy abiertos. Por la situación del castro tras el asalto, los romanos parecían haber abordado la ciudad por sus puntos más débiles. El muro oriental de la fortificación estaba parcialmente derruido y el foso relleno en algunas zonas con todo tipo de escombros. Mario volvió a pensar que aquellos muros celtas sin argamasa nunca podrían servir de seria oposición contra una legión bien organizada, por muy gruesos que fueran. La entrada principal del sur estaba ahora franca y desguarnecida, y entraron por ella sin que nadie hiciera nada por impedírselo. Al parecer, la ciudad se había rendido sin excesiva resistencia, la legión romana no había causado demasiadas bajas entre sus guerreros y su general había tenido a bien respetar más o menos la vida de sus habitantes, quizá para no comprometer el éxito final de su empresa dejando aún mayor odio a sus espaldas. En el interior reinaba un gran caos, y una multitud de personas se afanaban de un lado a otro acarreando todo tipo de cosas para reconstruir sus casas y no tener que dormir al raso. Todos ellos parecían muy ocupados, sin tiempo aparente para dedicar a los recién llegados. Siana se dirigió directamente hacia un par de guerreros explicando quiénes eran ellos y procurando buscar acomodo para aquella noche.

La noche cayó en la aldea. Era una noche suave y clara, una de aquellas noches que se dan en estas latitudes en las que todo parece en paz, la naturaleza se presenta tranquila y el aire trae el olor del mar y de los bosques cercanos, envueltos dentro de otros aromas de la noche imposibles de distinguir. El estrecho arco de luna estaba semioculto por un jirón de nubes, pero las estrellas brillaban con una luz limpia en el cielo. Tras la cena, Siana se había alejado del grupo y Mario se extrañaba de su actitud distante, ya que desde que salieron de Lambre, prácticamente no se habían separado un momento. Él por su parte, sentía una mezcla de tristeza y nerviosismo que no le permitía conciliar el suelo en la cabaña que compartía con Golt y con Colain. Decidió por tanto dar un paseo por el poblado, aún a riesgo de encontrarse con alguien que le preguntase que dónde iba y no saber

cómo responder.

Aún así, la tranquilidad de la noche le permitía pensar y poco a poco recobrar la calma y la realidad de su situación, por otra parte tan fuera de lo que hasta entonces había sido real para él. El ruido de sus pasos sobre la gravilla que cubría el suelo del recinto del castro resonaba en sus oídos mientras súbitamente venían a su mente millones de cosas, como si hubiesen estado esperando a aquél momento para asaltarle: sus compañeros de armas a pocas millas de aquél lugar, su casa en Roma, su familia, los extraños sucesos de los últimos días, sus sentimientos, su miedo... Salió sin pensar del recinto del poblado; no había ningún tipo de vigilancia y por ese lado las murallas eran casi inexistentes tras el ataque de las tropas de Décimo Junio Bruto. Se encaminó hacia el río, hacia donde le llevaba la escueta senda de tierra que resaltaba su blancura a la luz de la luna como contraste con el color oscuro de la hierba en sus márgenes. Comenzó a escuchar el borboteo de las aguas como un discreto mar de fondo que se esforzaba en destacar sobre los ruidos de la noche y de sus propios pasos. Cuando se dio cuenta, estaba ya muy cerca del cauce, y el propio rumor del agua le distrajo de los pensamientos que absorbían por completo su cabeza. Decidió acercarse a la orilla a través de un pequeño claro entre los árboles de la ribera al que se llegaba desde el camino.

No hubo recorrido diez pasos desde el camino cuando vio a Siana. Estaba de pie junto al río con los pies dentro del agua, el pelo mojado pegado a su cabeza y una leve túnica sobre el cuerpo que, a pesar de la levedad de la luz de la luna, dejaba adivinar sus formas. Siana le miraba de frente, callada. Mario se detuvo y vaciló un instante, impresionado. Ella entonces comenzó a caminar hacia él sacando sus pies desnudos de dentro del agua, y sus ojos brillaron por un momento con un extraño fulgor. Era esta su imagen de diosa, tal y como Mario la había visto el primer día en el corazón de los bosques de Brigantia. Ella debía adivinar su asombro y parecía administrar su poder sobre Mario. Se aproximaba lentamente y sin vacilar, mirándole a los ojos,

mientras él se daba cuenta de que no podía moverse a pesar de que en realidad creía que algo debía hacer o decir.

Siana llegó finalmente hasta él y sin tiempo para reaccionar le besó en los labios. Le besó francamente, con un beso largo, profundo e intenso, con un beso cálido y tierno, perdidamente placentero, con sabor a aire a lluvia y a fuego, con un beso que le llenó de indecible dicha, como la llegada hasta un lugar de descanso tras una larga travesía, como la vuelta al hogar y como descubrir el sentido de la propia existencia. Tras ese beso, que duró horas y un instante a un tiempo, y que Mario hubiera prolongado por siempre, Siana se separó ligeramente de él y le miró fijamente a los ojos leyendo en el interior de su alma, pensó Mario, que se sintió gozosamente desvalido. Luego, se despojó de su túnica blanca, presentando su cuerpo desnudo frente a Mario, y ofreciéndose a su vez sin reparos ni reservas ante sus ojos.

Mario despertó tendido en la hierba. El rocío le cubría los brazos, la cabeza y toda la ropa, y se encontraba aterido de frío. Había dormido sobre la misma hierba en la que Siana y él habían yacido. Estaba amaneciendo y una luz rosada teñía las copas de los árboles y clareaba las crestas del agua del arroyo que saltaba entre las rocas. Mario admitió que se trataba de un lugar vagamente similar a donde había visto por primera vez a Siana, y pensó que ese algo eterno que la dotaba de un halo de divinidad parecía manifestarse en su esplendor junto al agua. Aún podía recordar su blanco cuerpo tendido en el suelo y toda la infinidad de placeres que ella había tenido a bien regalarle aquella noche, y cómo finalmente descansaron los dos rendidos, abrazados y tendidos sobre la hierba. No recordaba haber cruzado palabra alguna con ella, salvo los epítetos que pone la pasión en boca de los amantes, pero estaba seguro de no guardar en su memoria un recuerdo más intenso de su vida anterior.

Ahora estaba solo y se encontraba dolorido por haber permanecido tendido tanto tiempo en el duro suelo, pero le invadía una enorme alegría y una gran paz, a la vez que sentía en su ánimo una determinación inusitada. Se levantó y se aproximó al arroyo para lavarse las manos y la cara y terminar de desperezarse. Más tarde comenzó a andar hacia el poblado, que a la luz del nuevo día se dibujaba como una gran sombra gris sobre un pequeño promontorio que se adelantaba a la falda de la colina cercana. Se fue aproximando a la deshecha puerta de la pobre muralla del castro y tras flanquearla, siguió ascendiendo hacia los edificios que se agolpaban en lo alto del pequeño alcor y que aún se dibujaban desafiantes sobre aquel terreno tan próximo al mar. Al llegar vio al grupo de sus compañeros de viaje que hablaban con otros celtas del poblado. En medio de todos ellos se encontraba Siana con un aire ausente, su mirada fija a lo lejos y sus largos cabellos sueltos mecidos a placer por la brisa. De pronto, se volvió y le vio, y su expresión pareció cambiar totalmente. Le dedicó una sonrisa plena que iluminó por completo su cara, y sus ojos brillaron como solo brillaban sus ojos.

Mario siguió hacia ella atraído sin remedio por aquella sonrisa, y Siana le abrazó tiernamente delante de todos. Luego, más seria, aunque parecía mantener aún su sincera alegría, se separó un poco y le habló con timidez solo a él.

- ¿Qué vas a hacer? – le dijo muy bajo mirando al suelo.

- No sé. ¿Dónde pensáis vosotros ir?

- Iremos al norte, de vuelta a casa, aunque antes debemos recoger más información sobre los romanos en algunos poblados vecinos y saber su situación. Luego,..., bueno supongo que al final terminaremos otra vez en Lambre.

- Bien....

Siana le miraba a los ojos sonriendo con una mezcla de alegría y de asombro y, creyó adivinar Mario, con un raro atisbo de admiración. Intentó decir algo, pero quizá no acertó a desprender sus palabras de la boca, o quizá no quiso estropear algo con ellas.

A mediodía partieron hacia el nordeste. Era la dirección opuesta a la tomada por el ejército romano. Siana seguía como extrañada y aparentemente tímida con Mario, aunque le contestaba atenta y con un enorme candor cuando éste se dirigía a ella. Aún así, parecía mantener todavía una leve distancia, como su hubiera algo que no se atreviera a mencionar. Mario se sentía en cambio pletórico y aparentaba no darse cuenta de la actitud ligeramente despegada de ella. El día era claro y luminoso, con un fuerte viento que soplaba desde el mar y que había limpiado casi por completo el cielo del rastro de nubes del día anterior, aunque aún resistían algunos jirones blancos lejos, muy altos en el horizonte. Mario, en su euforia, departía amigablemente con el resto de guerreros de la compañía, que sonreían ante sus torpes intentos por hablar en su idioma. Sin embargo, y como

siempre, Colain parecía dispuesto a hablar con él y mantenía una actitud abierta y amistosa, fuera ya de cualquier posible compensación por la antigua herida, por otra parte ya curada por completo.

Tomaron en este caso un camino que discurría por el interior, a través de bosques y altos prados salvajes con escasos vestigios de población. Según iban avanzando a lo largo del nuevo camino, Siana parecía ir poco a poco desprendiéndose de su capa de timidez y cada vez rondaba más de cerca los pasos de Mario, que seguía hablando durante todo el camino, incluso solo, con una amplia sonrisa que le salía de dentro y se reflejaba claramente en su rostro.

Se detuvieron de nuevo a la hora de comer, ya a media tarde. La marcha había sido lenta y penosa, aunque Mario había amenizado ciertamente el camino con su charla y ni siquiera él mismo había notado el cansancio. El sol estaba ya bastante bajo cuando pararon en un pequeño claro al borde de la senda, al abrigo de unos altos robles que les amparaban del constante viento. Siana se dirigió entonces directa y francamente a Mario:

- No te has ido.

- Claro que no Siana. Quería estar contigo. Por otra parte, no estoy tan mal aquí con vuestro pueblo – respondió él con franqueza.

- Mario, no me engañes... ¡Tu eres romano! ¡¿Qué haces aquí?! ¿Por qué no te vas con la legión hacia el sur? – le espetó Siana de improviso. Mario no lo esperaba y recibió el ataque como un golpe en el estómago, con cara de sorpresa, y así se quedó durante un largo instante.

- Siana, ¿cómo sabes que soy romano? – se rindió al fin.

- ¿Qué vas a ser si no? ¿Un arriero solitario de la Bética husmeando solo en nuestros bosques, cuando además sabemos que

los romanos no estaban más que a dos jornadas? – siguió diciendo ella.

 Y entonces, ¿por qué me habéis respetado la vida?, y sobre todo, ¿por qué me habéis dado tanta libertad, cuando somos en teoría enemigos?

 Eso no lo sé. Pregúntamelo dentro de un tiempo y quizá sepa contestarte. Quizá me fiara de tu cara, no lo sé. Ahora solo sé que me alegro mucho de que te quedes, si es que es verdad que decides quedarte definitivamente conmigo.

 Claro que sí, no pienso hacer ninguna otra cosa – respondió él tranquilamente.

Siana siguió mirándole a los ojos durante un tiempo, sonriendo con extrañeza, pero esta vez Mario era ya capaz de sostener aquella poderosa mirada todo el tiempo.

 Entonces fue así como te quedaste. Me das la razón- dijo Junio - al fin y al cabo, como te dije antes, por una mujer. Supongo que sería difícil no sucumbir a su encanto.

El viejo ermitaño había seguido narrando su historia durante un largo y pausado monólogo que se había prolongado durante largas horas, interrumpido a veces por la necesidad de atender a Claudio, aún postrado en aquél lecho, o por algún silencio pensativo que de pronto le asaltaba, pero nunca por Junio, que había permanecido en todo momento atento y en silencio ante aquella asombrosa historia. Aún no podía creerse cómo podía vivir un patricio romano en aquél ignoto bosque, apartado de todo tipo de civilización durante tantos años.

La noche había ido dando paso a la luz del día, que se hacía presente en la cueva mediante jirones de sol que se colaban a través de los huecos del techo. Aquél día aparentaba ser por fin claro después de la

cruda ventisca del día anterior y los amables ruidos del amanecer se colaban por la entrada desde el exterior. El ermitaño miró de nuevo a Junio, momentáneamente irritado por su insolente insistencia, pero volvió rápidamente a su actitud paciente y sabia, condescendiente con su joven visitante.

 No fue Siana la que en realidad me convenció, o al menos, no fue como tú sugieres. No me sedujo, si es eso lo que piensas, ya que, en algún momento ya te dije que para mí aquello fue un regalo muy bien recibido. Sin embargo, he pensado mucho sobre aquello más tarde, y estoy seguro de que ya había tomado inconscientemente la decisión de quedarme mucho antes. Yo marché de aquél poblado arrasado por las legiones como si tal cosa, sin pensármelo, y sin decidir nada en realidad, puesto que ya había sentido en mi interior que mi destino se encontraba aquí. Sí, por supuesto que si ella no hubiese existido la cosa hubiese sido completamente diferente, pero el embrujo ya se había producido en mí antes de que estuviera con ella aquella noche. Por otro lado, pienso que si Siana no hubiese aparecido, aquellos guerreros me habrían matado en aquél bosque y todo hubiese terminado allí, por lo que una cosa no se entiende sin la otra ¿comprendes?

Junio miró durante un momento a su interlocutor, pero luego volvió los ojos hacia Claudio, preocupado.

 ¿Crees que se salvará?

 Aún lo tiene difícil, pero ha conseguido pasar la noche, y ahora parece dormir ya tranquilo, sin delirios – dijo el viejo – Le he dado un remedio muy fuerte, porque no podía hacer otra cosa en su estado y debía arriesgarme. Si aguanta el día de hoy y la fiebre comienza a remitir, puede salvarse. Ahora tú deberías dejar de escucharme y dormir un poco. Yo me quedaré vigilándole unas horas y luego me relevarás tú a mediodía. Duerme.

Junio no estaba en absoluto acostumbrado a recibir órdenes de desconocidos, e incluso le costaba admitir las de sus mandos cuando se las daban, pero había algo en el ermitaño (su nombre era Mario, recordó) que le inspiraba un algo de confianza paternal, por lo que sin réplica alguna, se recostó sobre el lecho de hojas y mantas de pieles que éste le ofrecía y se durmió de inmediato como un niño.

Se despertó cuando su anfitrión le agitó levemente en el hombro, regresando de un sueño muy profundo y muy lejano, con una mezcla de estupor y de sobresalto. El sol estaba ya muy alto a juzgar por el ángulo de los rayos que se filtraban en la cueva a través del techo.

— Ya es tarde y yo también debo dormir, aunque no lo parezca – dijo alegremente el ermitaño – Tu compañero Claudio sigue tranquilo, aunque de vez en cuando aún se agita un poco. No le sube ya la fiebre, lo cuál no es poco, y admite tomar agua y caldo de cuando en cuando. Es muy importante que no deje de beber, atiéndele sin descuidar esto, porque yo voy a dormir.

El viejo se tendió sobre el mismo lecho que había estado usando Junio. Éste terminó de desperezarse pasando su mirada de un objeto a otro a lo largo de la ya más que familiar cueva, fijándose en las briznas de polvo y polen que flotaban en el aire y que dibujaban con nitidez los rayos de luz cenital que iluminaban la cueva.

Se acercó a Claudio y tocó su frente. Aún ardía, pero quizá debido en parte a su deseo de que así fuera, le pareció un ardor menos candente que la noche anterior. Se acercó al fuego y tomó de un cuenco unas gachas calientes que el ermitaño le había dejado ¿De dónde podría sacar este hombre la leche? – se preguntó - ¿De las hembras de oso que poblaban aquellos bosques? Desde luego, la cueva en la que vivía seguro que habría tenido que disputarla a algún oso. De repente, una aguda angustia le removió las entrañas ¿Qué pensarían en el campamento sobre ellos? Pensarían que Claudio y él se habían

perdido, o peor, que habían desertado. Quizá la enfermedad de Claudio les pudiera dar alguna pista a sus mandos sobre sus intenciones y fueran indulgentes en el castigo. De todas formas, Junio también confiaba en la influencia de su apellido y del de Claudio sobre la dureza final de éste, y se dio ánimos a sí mismo.

Al fin y al cabo – pensaba Junio - no podía abandonar aquí a su compañero, que además no podía andar en su estado de ninguna de las maneras, y él tampoco se veía capaz de cargarlo a pulso por el bosque, cruzando quebradas y arroyos hasta llegar hasta donde estuvieran sus caballos, sea cuál fuera aquél lugar, si es que éstos aún estaban y no les hubiese dado por perderse en el bosque. Por cierto, que si se habían perdido sus caballos, es posible que consiguieran encontrarlos los soldados de su legión, con lo cuál quizá les dieran por muertos y quedarían allí abandonados, como el viejo ermitaño. No le atraía tanto aquella tierra como para abandonarlo todo, como a él, y no quería transformarse tampoco en un celta ermitaño, sobre todo, si no había alguna ninfa encantadora que lo embrujase.

Se asomó a la puerta de la cueva observando desde ella un panorama realmente hermoso. Era difícil mantenerse en el umbral por la vegetación que crecía a ambos lados y que colgaba desde arriba, por lo que estaba obligado a permanecer dentro o fuera de la cueva. Un escondite perfecto, pensó Junio, no sé si yo se lo habría mostrado a unos desconocidos. En ese momento le vinieron a la cabeza las poco comunes atenciones que el ermitaño les había dedicado a su gran amigo Claudio y a él mismo, y se conmovió. Pensó que si Claudio conseguía sobrevivir, se debería sin duda a los cuidados de aquél hombre.

Ante sus ojos se mostraba ahora la imagen de un tupido bosque, tan denso, que la luz que se filtraba hasta el suelo llegaba teñida de un verde intenso que contrastaba con el brillo transparente del arroyo cercano, del que aún se desprendía un leve hálito de bruma que se levantaba lentamente y flotaba vistiendo aquél escenario con los

jirones de un velo casi imperceptible. Los ruidos del bosque terminaban por llenar de sensaciones los sentidos del soldado romano, que se contagiaba sin querer de aquella extraña experiencia de calma y de paz.

Pasó así varias horas, entrando a la cueva de vez en cuando para vigilar el sueño de su amigo y suministrarle agua a intervalos regulares, aun a la fuerza, ya que aunque estuviera postrado, se decía, Claudio no dejaba de ser un soldado y debía cumplir con su obligación, que en ese momento, era la de curarse y volver con él al campamento. Sin embargo, encontraba una gran placidez tras tanto esfuerzo y preocupación allí sentado a la puerta de la cueva ordenando sus pensamientos. Ahora, se decía, no podía hacer más que esperar y confiar en la sabiduría de aquél desconocido que les había acogido, romano al fin y al cabo como ellos, o al menos eso es lo que él decía que había sido.

Se sentía en realidad extraño en aquél lugar, como fuera del mundo, a pesar de que todas las cosas aparecían ante sus ojos tremendamente nítidas, con una realidad exagerada, y sus sentidos eran capaces de percibir sensaciones difíciles de describir hasta aquél momento. Sus tribulaciones y sus anhelos le parecían ahora nimios sentado en aquél oscuro rincón perdido en el corazón de un lejano y desconocido bosque, y tal y como había pensado ya la noche anterior, sus problemas eran en realidad relativos, cuando no insignificantes, en aquel preciso momento. Junio procuró aprehender aquél instante de extraordinaria lucidez y recordarlo como uno de esos pocos momentos de la vida que merece la pena guardar para siempre en el corazón.

— Parece que te gusta este sitio, soldado. Ten cuidado. Mírame a mí – la voz del ermitaño desde el umbral de la cueva le sacó de su ensimismamiento, pero no le robó del todo la placidez del momento. De hecho, ni siquiera se volvió cuando le contestó.

— Estaba descansando un poco la mente ¿sabes? A veces un

hombre debe parar de correr y pensar un poco hacia dónde debe ir – dijo tras un largo silencio.

El ermitaño le miró de forma extraña y esbozó una media sonrisa cargada de ironía.

 Has dicho casi exactamente las mismas palabras que una vez dije yo, hace ya muchos años. Yo ya no corro, decidí hace muchos años hacia dónde ir, y creo que ya he llegado al final.

Junio se volvió lentamente y le sonrió.

 ¿Qué tal está Claudio?

 Pues creo que mejor, la verdad, aunque la fiebre aún es alta, y sigue durmiendo. Debemos mojarle la frente y el cuerpo con paños fríos, para terminar de vencer esta fiebre. Toma este cubo y baja al río a llenarlo. El agua de aquí está siempre fría.

Pasaron después los dos al interior y le quitaron la ropa a Claudio y estuvieron aplicándole los paños durante un buen tiempo. El ermitaño le dio de nuevo la medicina que quedaba en el cuenco en el que se la había preparado el día anterior. Dejaron descansar a Claudio aún con un paño húmedo en la frente.

Se sentaron después junto al hogar y tomaron un trozo de carne seca en un cuenco de madera, acompañada por el habitual pan negro de los celtas. Junio sabía que su anfitrión se disponía a retomar su historia, y se dio cuenta para su sorpresa de que en realidad esperaba aquél momento con profundo interés.

Tras unos días más de marcha, Mario comenzaba ya a entablar una cierta amistad con el resto de miembros de la expedición, especialmente con el rudo Colain, el pedazo de bestia que le había rajado sin esfuerzo alguno el costado y que en parte por su culpa, se encontraba ahora en esta situación, feliz en un mundo extraño y sin ganas de volver. Entre risas y aspavientos, el guerrero ártabro intentaba hacerle saber algo sobre el camino que iban a tomar.

 Siana, ¿qué dice este Colain sobre un antiguo camino y sobre personas muy grandes? No entiendo que tienen que ver las dos cosas – preguntó Mario.

 La vereda de los gigantes. Se trata de la ruta que tendremos que tomar ahora. Se dirige desde aquí hacia el Norte y lleva por un lado a nuestra casa, y por el otro lado a las montañas de los guardianes del oro.

 Sigo sin entender ¿Es que tendremos que luchar contra gigantes? – siguió preguntando.

 En realidad no, porque ya no hay gigantes – explicaba Siana - pero el camino que vamos a tomar fue trazado y utilizado por gente descomunal que vivió hace muchos, muchos años, antes de que nacieran los abuelos de nuestros abuelos, y en seguida te convencerás del por qué de esta historia. Los primeros pobladores de estas tierras después de los lobos de las montañas y de las aves del cielo fueros estos enormes hombres, de los que desciende la estirpe de los grandes guerreros de nuestro pueblo, entre ellos, el propio Colain. Después, llegaron muchos otros pueblos desde donde nace el sol que se afincaron en estas tierras y con el tiempo han creado la mayor parte de las tribus de los que son ahora nuestros vecinos. Nosotros aún tenemos en nuestra sangre parte de esa fuerza con la que fueron capaces aquellos héroes de realizar tantas proezas – le miró a los ojos, seria – Aún tienes mucho que aprender

sobre nosotros, romano.

El camino ascendía la vertiente de una colina sin recodos o tramo alguno de descanso, directamente a lo largo de la línea de mayor pendiente. Se trataba en realidad de una estrecha vereda vivamente marcada por una escueta línea de terreno apisonado entre los brezos de los laterales, que aún pugnaban por invadir en algunos tramos el terreno robado. Cuando llegaron a la cima de la loma, roma y suave en su parte final, Mario se apercibió de que el camino que recorrían discurría en realidad a lo largo de la cuerda que unía las cimas de la serie de lomas que se alineaban en dirección contraria al mar hasta perderse de vista, con alturas cada vez ligeramente mayores, aunque la ascensión desde aquél punto se presentaba ya mucho más suave.

Una espesa niebla comenzó a cubrir las colinas que se disponían a atravesar, y una infinidad de minúsculas gotas empaparon de nuevo sus ropas y su cara, y se colaban en sus ojos y en el aire que respiraban. Lo que comenzó como unos delgados dedos de niebla blanca y densa que asomaban por detrás de la última cumbre, terminó por descender a lo largo del camino hasta alcanzarlos, inundándolo todo a su alrededor. Mario nunca había visto niebla tan intensa en los días de su vida, tan densa que le costaba vivo esfuerzo distinguir a los compañeros que caminaban junto a él al alcance de su mano

Tropezó en una piedra y trastabilló. Avanzó un poco más y dio finalmente con sus manos en el suelo. Todo lo que llevaba con él: algo de comida, un cuchillo que le había dejado Colain (hasta ese punto llegaba ya su confianza en él), y algunos amuletos, todo se cayó al suelo desde los pliegues de sus ropas. Intentó recogerlo todo rápidamente, allí mismo, de bruces sobre el suelo, pero tardó unos instantes eternos, y cuando se levantó, no veía ya nada. Una vez de pie, la niebla lo cubría todo como si llevara una venda sobre sus ojos, con un resplandor viscoso y denso que le dañaba la vista. Sus compañeros no estaban y le invadió un repentino e inesperado acceso de pánico.

 ¡Siana¡ ¡Colain¡, ¡¿Dónde estáis?¡ ¡No puedo veros! – gritó con angustia.

Pensaba en aquél momento que podría fácilmente morir en aquella tierra extraña absorbido por esa niebla sobrenatural. Le pareció oír el sonido como de unas voces a lo lejos, quizá la respuesta a sus gritos de pánico. Se giró levemente y volvió a caer al suelo. Al levantarse, no distinguía ya señal alguna de la vereda y se dio cuenta de que había perdido por completo la orientación. Intentó regresar al camino siguiendo su instinto, pero seguía pisando aquél maldito tojo que le hería las carnes.

Se paró un momento. Había ruidos a su alrededor. Lentas y pesadas pisadas parecían distinguirse en aquél vacío. Su oído se agudizaba ante la ausencia de su principal sentido, la vista. Oyó de manera clara una profunda respiración. Era tremendamente fuerte y la sentía tan próxima como si respirasen en su oído. Alargó sus manos intentando palpar a su alrededor, pero no llegó a alcanzar a nadie. Parecía como si le rodeasen fantasmas. Un caballo pifió entonces justamente a su lado, o al menos, era un ruido que se le parecía. Se tranquilizó así un poco, ya que pensó que aquello no debía ser más que el ruido de un grupo de aquellos robustos caballos de pelo largo de la Gallaecia que pastaban libres por aquellas montañas, aunque él no pudiera aún verlos. En ese momento sentía muchos cuerpos moviéndose en torno suyo.

Avanzó un poco más y comenzó a distinguir una enorme sombra entre la niebla. No se movía y parecía nacer del suelo. Pensó al principio que se trataría de una cabaña, quizá el lugar de donde saldrían aquellos caballos. Sin embargo, al acercarse más pudo distinguir su forma redondeada: era como una pequeña colina de la que se destacaban algunas lajas de piedra en su costado y en su parte frontal, formando como una pequeña entrada hacia la que Mario se encaraba ahora de frente. Le pareció similar a algunos túmulos antiguos que

existían cerca de su tierra, en Etruria y en la Galia Cisalpina[28], hechos hacía muchas generaciones por gentes ya olvidadas.

Se aproximó aún más y llegó hasta el mismo túmulo, sentándose junto a la pequeña entrada a lo que debía ser un minúsculo recinto interior. Comenzó a distinguir algunas formas difusas a su alrededor, lo que a su entender constaba la presencia de algún animal en su entorno. En un determinado momento, una figura comenzó sin embargo a destacarse remarcada por el resplandor difuminado del sol naciente a su espalda. Era la de un hombre alto con una espada en la mano y que aparentemente avanzaba directo hacia él. Otros fantasmas le seguían de cerca y sus difusas figuras comenzaban a dibujarse tras este. Mario permaneció quieto y tranquilo, callado por completo. Nada en aquellas tierras parecía ya sorprenderle, y si debía enfrentarse a fantasmas, lo haría. Cuando el guerrero se encontró a escasos cuatro pasos de él pudo distinguir por fin su cara. Se trataba de Colain.

 ¿Qué haces ahí? – dijo el guerrero sonriendo repentinamente. Mario comenzaba a entender ya los rudimentos del lenguaje de los celtas.

 Me perdí - intentó él responder en su lengua.

 Pues vaya un sitio para esperar - dijo Siana, una de las figuras que seguían a Colain, ahora perfectamente visible junto a él - Aunque bien pensado, es el mejor sitio donde podíamos encontrarte.

 ¿Por qué? ¿Habéis venido a buscarme directamente aquí?

 Te oímos gritar llamándonos. Intentábamos orientarnos a partir de la situación de los túmulos conocidos. Estos terribles monumentos de los viejos gigantes, que como ves están formados por piedras que únicamente podrían mover titanes, muchas veces marcan la dirección de los más antiguos caminos de nuestra tierra,

los que unen entre sí las líneas de las montañas y éstas con los valles profundos, y que han sido utilizados desde que el mundo era joven. Colain conoce muy bien todos estos túmulos y gracias a ellos nos orientaremos en nuestro camino hacia el norte.

 Por un momento creí perderme para siempre en estos montes. No veía nada y no podía oír más que la respiración de esos caballos que merodean por estos prados – dijo Mario con gran alivio.

 Nosotros no hemos visto ni oído ninguno ¿Seguro que eran caballos? No son comunes por estos montes – dijo Siana.

 Pues sí, eso me han parecido, ¿Qué otra cosa podrían ser?

 No lo sé, Mario. Tú eres nuevo en estas tierras. Quizá los espíritus de los antiguos te observaban y te intentaban conocer. Según Colain y Golt, estos túmulos son las tumbas de unos antiguos caballeros que murieron en las viejas guerras ya olvidadas. No te ha pasado nada, por lo que no debes ya preocuparte.

 ¿Y qué quieres decir? ¿Que lo que he oído yo eran esos antiguos guerreros en sus caballos? ¿Crees acaso que puede haber espíritus por estos montes tan perdidos? – dijo ahora Mario.

 Precisamente – respondió con seriedad Siana - Los espectros suelen llenar los espacios solitarios libres del bullicio de los vivos. Los túmulos que pueblan estas laderas son puertas al otro mundo y pueden llevar hacia el paraíso o hacia el infierno.

 A tu isla blanca.

 Si, a la isla blanca, o a otras islas de otros mundos, o al cielo, o al país de los dioses, como quieras llamarlo, yo la verdad es que no tengo la certeza. También al mundo subterráneo, donde no existe la luz, donde las almas penan. Cada año, una noche en la que ya la

tibieza del estío se ha olvidado, en el tiempo en el que las castañas caen del árbol y antes de que el invierno hiele nuestras capas, se abren las puertas de este infierno y a aquellos espíritus les está permitido venir a visitarnos. Como te he dicho antes, se cree que los túmulos son las puertas hacia el otro mundo y nunca tenemos la certeza absoluta de cuándo están abiertas y cuando cerradas.

- Pues parece que por ahora no estaban abiertas – dijo Mario.

- No al menos para ti. Tienes suerte.

Mario miró aún durante unos instantes la cara seria de Siana, pero su mirada se distrajo enseguida observando lo que les rodeaba. La niebla había desaparecido como por hechizo y el sol brillaba ahora en lo alto del cielo llenando de nuevo con su luz el mundo y borrando cualquier tipo de miedo de sus almas. Únicamente los restos de neblina parecían almacenarse tozudamente en la parte más baja del valle que se extendía a sus pies a ambos lados de la colina que recorrían. No había rastro alguno de caballos o de cualquier otro tipo de animal salvo ellos mismos.

Volvieron al camino y prosiguieron la marcha durante el resto del día en animada charla, sin parar más que para comer y reponer fuerzas brevemente, para después reanudar de nuevo su caminar. Subieron y bajaron colinas y vadearon arroyos en el fondo de los valles, para volver a ascender por la vereda que se empeñaba en seguir la cuerda que definían las cumbres de la sucesión de pequeños y grandes promontorios, siempre hacia el norte y alejándose del mar, siguiendo la vieja senda de los gigantes. A lo largo del camino, Mario pudo distinguir muchos más túmulos como los de la mañana anterior, siempre junto al camino, y multitud de grandes piedras grabadas con dibujos mágicos y símbolos celtas, como los que había visto en otras ocasiones en círculos en el interior de los bosques. Había también otras enormes piedras que asombraban e inquietaban a Mario, ya que eran descomunales monolitos puestos en pie junto al camino, algunos

solitarios y otros formando grupos que a veces describían asimismo un círculo. Mario dedujo que tales monumentos debían ser los que atribuían a aquellos legendarios gigantes, y pensó que desde luego era necesaria una fuerza descomunal para levantar aquellas moles, sobre todo para gentes primitivas que desconocerían los modernos ingenios de elevación desarrollados por los *artifex*[29] romanos.

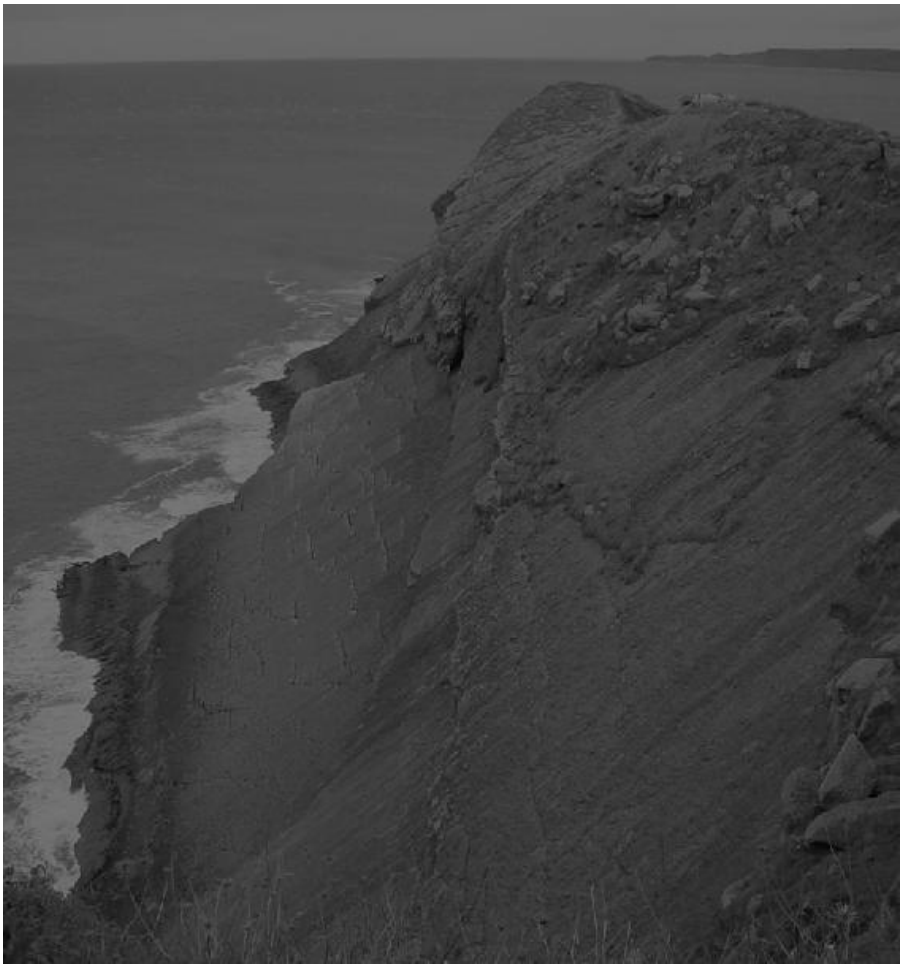
Llevaban así dos días de marcha desde que salieron del castro de Cea, alejándose cada vez más del ejército romano, cuando llegaron a una encrucijada marcada por un enorme monolito hincado en el terreno. Colain y Siana contaron a Mario que aquél era el desvío hacia Brigantia, que se encontraba por el camino que tomaba hacia la izquierda, al Noroeste de aquél punto, mientras que si seguían el camino hacia la derecha, no muy lejos se encontrarían ya las *Montañas del Oro*, ocupadas por uno de los pueblos más antiguos y hostiles de toda Gallaecia, y que según le contaron, controlaban la extracción del oro que era básico en el intercambio comercial de todos los pueblos ártabros y galaicos en general, y en último término, puede que también con Roma.

— No es sin embargo ahora ese nuestro destino, dijo Siana. Será mejor que volvamos a Brigantia para informar de lo que hemos visto, pero mucho me temo que más pronto que tarde tendremos que tomar aquél camino para tratar con esos salvajes.

Durmieron al raso cubiertos con las mantas de pieles que llevaban a cuestas buscando abrigo bajo los árboles, ya que en aquella época del año no hacía aún un excesivo frío a la intemperie. Al amanecer del tercer día de su viaje de vuelta, reanudaron temprano la marcha, siempre hacia el norte, y abandonaron la zona boscosa del valle que habían seguido la tarde anterior, para ascender de nuevo por la ladera de una colina jalonada de grandes piedras verticales, donde Mario buscó instintivamente con la mirada nuevos túmulos junto al camino, descubriendo efectivamente algunos de ellos de nuevo a intervalos a

ambos lados de la senda.

 Otra vez la vereda de los gigantes – pensó Mario.



9.- EL POZO DE LAS BRUMAS

Mario despertó de repente. Habían llegado a Brigantia cuando caía la tarde, en realidad, hacía pocas horas. La ciudad estaba alegre cuando llegaron, igual que cuando partió en compañía de Siana y los demás. Unos niños les salieron a recibir a la puerta de la vieja muralla, mientras muchos jóvenes, hombres y mujeres, les saludaban desde lo alto. Siana y los demás le contagiaron su entusiasmo por la vuelta a casa, y Mario se sorprendió a sí mismo saludando y riendo como si volviera a Roma en loor de multitudes tras una campaña triunfal.

- Probablemente eso no ocurrirá ya nunca – pensó para sí.

Las personalidades de la ciudad les habían salido a recibir a la entrada rodeados por los jóvenes guerreros encargados de la protección del castro, y Mario fue abrazado y felicitado por todos ellos como si hubiese nacido allí y llevase con ellos la vida entera.

Todas las intensas imágenes del día anterior volvían ahora en tropel a la mente de Mario antes de recordar definitivamente donde estaba. Había dormido toda la noche en el mismo lecho de la cabaña de la aldea de Lambre donde había estado postrado durante su convalecencia y un ruido le acababa de despertar. Si, eso era. ¿Pero que sería aquél ruido tan cercano? Se mantuvo atento aferrado a ese duermevela en el que el alma no sabe aún si quedarse en el reino de los sueños o volver definitivamente al mundo de los vivos, a la espera de algo que sea capaz de tirar de ella hacia uno o hacia otro lado.

El cuero de la entrada se había descorrido y una leve línea de la luz azulada de la noche se coló por un momento para definir de manera más clara el interior de la cabaña que arropaba el sueño de Mario. Cuando la cortina volvió a su sitio había alguien más con él. Mario decidió de nuevo esperar, sumido aún en el estupor del sueño interrumpido. Abrió poco a poco del todo los ojos y la vio junto a él. Era de nuevo la diosa. Sus grandes ojos le miraban con su familiar ternura y sus labios abiertos en una seductora sonrisa se inclinaron

hacia él y le besaron en la frente.

- Siana, ¿qué haces..?

- *Shhh* – calló su boca con el suave roce de su dedo índice sobre sus labios, para seguidamente besarle sobre el mismo punto sin decoro alguno – He venido a cuidarte.

Mario decidió rendirse de nuevo a su dulce sueño. Aquella estancia maravillosa, recordó, era el lugar donde era visitado por una ninfa que cuidaba de él y que le hacía conocer quién era en realidad. Que le sumía en un tibio mar de abandono y de placer, en un paraíso vedado al resto de los mortales, donde podía ver el fondo de su alma, y que le transportaba lejos, quizá a un lugar parecido a aquella isla blanca de la leyenda celta.

Siana se tendió junto a él y le quitó suave y lentamente las ropas, para a continuación despojarse ella misma de su túnica con una sonrisa de malicia, dándose perfecta cuenta – pensó Mario – de su inmenso poder sobre él. Un poder que, por otra parte, no utilizaba nunca más que para realizar aquello que él más deseaba, adelantándose incluso a su propio pensamiento. En esos momentos cruzaron por su mente imágenes de su casa en Roma, del ejército, Décimo Junio Bruto,…. Qué lejos quedaba ahora todo aquello y qué ajeno.

Se despertó con la luz del nuevo sol abrazado como un niño a Siana. Su cuerpo desnudo, tan poderoso durante la noche, aparecía ahora frágil y tremendamente delicado ante sus ojos, casi como el de una niña. Cuando ella abrió los ojos, sorprendió a Mario mirándola, no, admirándola, a dos dedos de distancia de su rostro con el gesto embelesado.

- ¿Qué pasa, romano, no puedes dormir? – dijo en un susurro.

- Nunca había tenido ocasión de observarte tan de cerca, Siana, y

simplemente, aprovechaba la ocasión. Cuando he estado más cerca de ti ha sido siempre como un sueño, y se me hace difícil así aprenderme los detalles de tu rostro.

 Vale, pero no hace falta que pongas esa cara de embobado – dijo ella - Y bien, ¿qué te parece?

 ¿El qué? – respondió Mario con aire de inocencia.

 Pues yo, ¿qué va a ser?

 No tengo mucha queja, de momento – dijo él con malicia.

Siana le propinó una sonora bofetada en toda la cara, y después rió a carcajadas, para asombro de Mario, que se quedó sin habla.

 No tienes mucha queja ¿eh? – dijo con una sonrisa irónica cargada de cierta rabia. Seguro que estarán mejor las gordas romanas con sus tirabuzones rubios postizos – e intentó de nuevo darle otro bofetón, que Mario supo esquivar esta vez con mayor agilidad.

Se levantaron y se vistieron entre risas, y salieron de la cabaña cogidos de la mano. Había a esa hora seis personas junto al fuego, entre los que estaban Colain, Golt y también Bido, otro de los guerreros que les había acompañado en su viaje, que les sonrieron y les hicieron señas para que se sentaran con ellos en el hueco que les habían guardado alrededor del círculo. Todos parecían aceptar con la mayor naturalidad al nuevo amigo turdetano de la sacerdotisa Siana, y a nadie parecía importar ya su procedencia, sino todo lo contrario. De hecho, Mario pensaba que eran tremendamente abiertos y cordiales con él, que hasta entonces había pensado que la ruda camaradería de la legión romana era la máxima expresión de confraternización posible.

Pasaron así varios días en una plácida y placentera tranquilidad. Mario gastaba felizmente su tiempo con Siana, caminando por los bosques o junto al río, comiendo a veces con los demás, o sin comer, sin horarios ni planes. Podían pasear por el espeso bosque durante la noche y dormir a mediodía, bañarse en el río o acercarse a la orilla del mar, juntos, vestidos o desnudos. No fueron muchos días, pero Mario creyó descubrir en ese tiempo para qué y para quién estaba él destinado, y se dio cuenta también de que quizá estaba disfrutando ahora de los días más plenos de su vida pasada y futura, y se propuso vivirlos con intensidad, sin pensar en cuánto debía durar aquello. Una mañana despertó en la choza que ahora compartía siempre con Siana y ella estaba ya vestida.

— Venga, perezoso – le dijo – Tenemos una asamblea.

No sabía qué tenía eso que ver con él, pero parecía serio, por lo que se vistió en silencio en cuanto pudo. El descontrol de los últimos días en sus horarios hacía que durmiera y comiera únicamente cuando se lo pedía el cuerpo, pero en ese momento a su cuerpo no le salía el despertar, y además, se resistía a adquirir obligación alguna, y aquello de la asamblea sonaba a algo parecido. Por eso, después de vestirse, se lavó con desgana en el cubo de agua que solía tener junto a la puerta, dispuesto a obligarse de nuevo a sí mismo, si era necesario, a hacer lo que tuviera que hacer.

Cuando Mario salió por fin al exterior recibió una gran sorpresa. La asamblea a la que se refería Siana se había organizado a su puerta, en el círculo formado en el claro del bosque que ocupaban las cuatro cabañas de la pequeña aldea satélite de Lambre, y ya había comenzado. El amplio arco que formaban los asistentes prácticamente se cerraba hasta llegar a la puerta de la cabaña, por lo que se instaló tímidamente en un hueco cercano procurando no llamar la atención, aunque a esas alturas ya todos los ojos se posaban sin excepción en él. Había al menos treinta personas, algunos de los cuáles Mario ya había visto antes en Brigantia, aunque la mayoría le eran desconocidos,

procedentes con toda probabilidad de algunas de las aldeas ártabras vecinas.

Se dispuso a escuchar a Gardo, el gran sacerdote, que parecía tomar la palabra inicial poniéndose en pie. En los últimos días, Mario había realizado asombrosos progresos en los conocimientos de aquella lengua galaica, y ya podía seguir más o menos una conversación. Su mente, al igual que su ánimo, se había predispuesto a adaptarse rápidamente a aquél lugar.

 Como sumo sacerdote del pueblo de los ártabros pido la palabra a esta asamblea, y como jefe de ella, a nuestro gran rey ártabro, Mado.

Mario siguió con la mirada hacia donde se dirigían las palabras de Gardo y vio a un guerrero de cierta edad sentado en una sencilla silla con la espada desenvainada sobre las rodillas y gesto grave. A su lado, sentado en el suelo a su diestra se encontraba Colain. El rey hizo un gesto casi imperceptible de aquiescencia y Gardo prosiguió hablando.

 El pueblo ártabro y sus aliados están en peligro. Todos los castros y aldeas que crecen en las orillas del adorado golfo de mar que nos rodea y nos alimenta pueden perder su forma de vida e incluso su propia vida si no nos enfrentamos al peligro que suponen los romanos. Es este un enemigo nuevo diferente de nuestros vecinos, los cilenos, los bedos, e incluso los astures o los cántabros, que nos pueden robar, violar y matar en una guerra, pero que no serán en ningún caso capaces de acabar con nosotros mismos y con nuestra forma de ser, porque al fin y al cabo, ellos son como nosotros, y piensan como nosotros.

Roma no. Ellos son un pueblo distinto que vienen de donde nace el sol, bañados por un mar tibio que consideran como suyo porque han sometido ya a gran parte de los pueblos que habitan sus orillas, y al resto, lo harán con el tiempo. Ellos han doblegado ya a muchos

otros, y buscan únicamente sacar provecho de los pueblos. No nos mataran a todos, ya que eso es imposible, pero intentarán cambiar nuestra forma de pensar simplemente haciéndonos entrar en su órbita, lo cuál es mucho peor, porque nos anularán no a nosotros, pero sí a nuestros hijos, que crecerán viendo como algo deseable el pertenecer a Roma y ansiando alcanzar sus migajas. Nos harán finalmente desaparecer como pueblo, lo cuál, a largo plazo, querrá decir que nos han borrado a nosotros mismos de la faz de la tierra. Harán desaparecer nuestro recuerdo de las mentes de los hombres, única forma de persistencia y de eternidad, al menos en este mundo, y si a un hombre le despojan de su afán de eternidad, ¿en qué se convierte?

Un largo silencio recorrió toda la asamblea tras las palabras del anciano.

 ¿Qué propones que hagamos, Gardo?, preguntó Siana poniéndose a su vez en pie. Se encontraba muy cerca del anciano, en realidad, al otro lado del círculo con respecto a Mario.

 Hacerles frente – respondió, firme.

 ¿Cómo? – dijo el rey Mado.

 Nuestro pueblo siempre se ha caracterizado por luchar hasta el final si era preciso, y los romanos han entrado en el territorio de nuestros vecinos arrasando todo a su paso sin consideración alguna. No podemos permitir que lleguen hasta la puerta de nuestra casa, al corazón del pueblo ártabro, y permanecer impasibles, porque los próximos seremos nosotros. Debemos prepararnos para luchar.

 Un momento, Gardo – intervino Siana – Como tú muy bien has dicho, los romanos son un enemigo diferente, no son como una tribu similar a la nuestra con la que podamos luchar de igual a igual. De hecho, aunque podamos ganar una vez, al año siguiente

volverán, y así una y otra vez hasta conseguir vencernos, como nos cuentan que han hecho ya con otros pueblos como nosotros. No nos conviene una guerra abierta con ellos en estos momentos, puesto que creo que tarde o temprano nos aplastarían, por muchas dificultades que encontrasen en nuestro territorio.

 Entonces, ¿qué propones? – intervino de nuevo el rey Mado - ¿No hacer nada y esperar a que lleguen en otra ocasión hasta aquí mismo y nos aplasten como tú dices?

Mario estaba completamente atónito de cómo se desarrollaba la junta, de lo rápido que habían atacado aquellos galaicos directamente el problema y de la información que tenían sobre el modo de actuar de Roma, verdaderamente muy precisa en líneas generales, sin duda por el contacto con sus vecinos lusitanos del sur. Por otro lado, lo que más le asombraba era la influencia de Siana sobre aquella asamblea, de cómo sabía hacerse escuchar una aparentemente pequeña mujer a la que él mismo, al fin y al cabo un soldado novel en el ejército romano, sacaría al menos cuatro o cinco años, y que debía haber sido niña hacía solamente otros cuatro o cinco veranos. Ahora, las miradas y la atención de todos los presentes se volvían hacia ella, y el propio rey parecía esperar con ansiedad su propuesta. Hasta parecía que Gardo había dejado en manos de Siana cualquier avance en el razonamiento iniciado.

 No, tampoco digo eso, rey Mado – dijo Siana - Es cierto que no podemos permanecer mano sobre mano, pero no caminemos hacia el fuego. En esta temporada, me da la impresión que los romanos no han hecho más que una incursión de castigo, para que sepamos quiénes son, que son los más fuertes al sur de estas tierras, y para conocer un poco el país con vistas a futuras incursiones más serias. Por las noticias que nos llegan del sur, los brácaros terminaron con su paciencia y fueron aniquilados con sus aliados junto al río Durio a pesar de su número. Creo que más tarde decidieron seguir hacia el norte para avisar de que están aquí al resto de pueblos de nuestra

tierra y como expedición exploratoria, una vez despejada la principal dificultad. Llegaron hasta un punto que seguramente han identificado con el extremo del mundo, y parece que se contentaron sin buscar mayores problemas. Su general se volvió sin más, según vimos, probablemente satisfecho de poder contar su hazaña ante los dignatarios de Roma.

 Si, de acuerdo, pero debemos prepararnos para una futura lucha – dijo Mado, preocupado - Es seguro que volverán otra vez, ya que han aprendido el camino, sobre todo teniendo en cuenta que les ha ido bien en esta ocasión.

 Tardarán. No es tan fácil para ellos cruzar el Río del Olvido – razonó Siana - El mundo cambia para ellos tras esa línea y deberán prepararse. Aún así es seguro que volverán, pero si luchamos, también es muy probable que nos venzan y nos colonicen, con lo que habrá terminado nuestra historia como pueblo, como decía Gardo. Deberíamos quizá prevenir su futura ocupación estableciendo previamente algún tipo de relación o de alianza con ellos que no les haga rentable emprender una campaña completa de invasión que les resultaría terriblemente incómoda. Tengo entendido que los romanos ya mantienen acuerdos con otros pueblos y no les va tan mal.

No les va tan mal….., a los romanos, claro – pensó Mario, recordando cómo habían tenido que someterse finalmente a las exigencias de Roma otros muchos pueblos que él había conocido, a pesar de haber obtenido previamente algunos beneficios de su alianza.

 Deberíamos ponernos de acuerdo con el resto de pueblos ártabros, e incluso con nuestros vecinos de las montañas si es posible – prosiguió Siana -, para presentar un frente común a los romanos, pero no en una guerra, a no ser que no quede más remedio. Podemos convertirnos en sus aliados comerciales, ya que a ellos les interesa nuestro oro y nuestro hierro, porque si no fuera

por eso, ni siquiera se acercarían por estas latitudes. Podríamos proponer a los romanos unos acuerdos por los que les proporcionaríamos materiales y que pudieran beneficiarnos a nosotros también sin tener que perder nuestro modo de vida. Creo que a los romanos no les interesa en realidad esta tierra, porque tienen ahora muchos frentes abiertos, por las noticias que nos vienen de fuera, y además, no se sienten aún seguros en un territorio como este. Deberíamos procurar que no consigan nunca conocerlo bien ni controlarlo, manteniéndoles todo lo lejos que sea posible, y no incitarles a que realicen más incursiones como la que ahora han hecho, que a lo que al final llevarían es a que se hicieran con el poder de un territorio ahora oscuro y quizá temible para ellos. Si les procuramos parte de lo que buscan, es posible que nos dejen tranquilos y nos sigan considerando lejanos y extraños, y por otro lado, quizá nosotros consigamos también sacar algún beneficio, ya que podríamos intercambiar los metales por comida y por armas, para de esta manera, estar además preparados por si en algún momento tenemos que afrontar una guerra.

Tras este largo razonamiento hubo un denso silencio a lo largo de todo el círculo, solamente interrumpido por algún comentario susurrado en pequeños corros. Finalmente, habló Gardo.

 Lo que dices parece tener sentido, Siana, aunque son palabras conocidas y calladas desde antiguo por todos nosotros. Es cierto que nuestro pueblo ama la guerra como medio de purificación del alma del hombre guerrero, rey Mado, pero no necesitamos estrellarnos contra un muro de piedra. Como Siana dice, podríamos quizá tomarles la delantera en sus intenciones, ofreciéndoles lo que pueden ansiar de nosotros antes de que empiecen a codiciar también nuestros territorios.

 Nosotros sólo tenemos hierro, y muy poco oro – dijo ahora Colain, poniéndose en pie junto al rey Mado, que asentía mientras él hablaba - ¿Cómo les podremos proporcionar todo lo que pedirán?

 Tendremos que ponernos de acuerdo con el resto de tribus vecinas, Colain, hijo de Mado – respondió ahora Siana - Lo primero será pactar con todas las tribus ártabras, lo cuál no será difícil si nuestro rey Mado y tú, Colain, apoyáis la idea, y después será necesario hablar con los guardianes de las montañas del oro, porque es esto lo primero que buscarán los romanos, ya lo sabemos. Si los convencemos, será más fácil hablar con el resto de pueblos productores de oro y comerciantes, y también con los pueblos por donde deberá circular todo el material extraído hasta llegar al *limes* romano. Será necesario establecer un sistema de cuotas para cada uno de ellos, y de esta forma, que cada cuál obtenga su beneficio en el hipotético tratado con los romanos. Si participamos todos de la ganancia, actuaremos unidos siempre, y siempre presentaremos un frente común ante Roma, lo que hará que se lo piensen dos veces antes de emprender una conquista, o simplemente, cualquier tipo de incursión. Además, les estaremos dando lo que ellos buscan, por lo que no deberíamos esperar ninguna invasión en mucho tiempo.

 Eso con los romanos nunca se sabe – dijo Mado -, aunque lo que dices pudiera tener sentido. Sin embargo, hay un punto flaco en tu argumentación, y es la construcción de ese frente común contra Roma. Como tú tristemente bien sabes, los pueblos ártabros, y en general, todos los pueblos galaicos que conocemos, siempre han luchado entre sí, y no hemos sido nunca capaces de organizarnos entre nosotros ni con la tribu de al lado, por lo que ¿cómo piensas tú hacerlo así, de repente? ¿con qué razones?

 Con las que ya te he dicho – insistía Siana – La posibilidad de alcanzar riquezas, la avaricia si quieres, puede ser un buen argumento para que antiguos enemigos dejen a un lado sus mezquinas rencillas. Pero estoy de acuerdo: será muy difícil. Por eso necesitaremos el apoyo de todos los jefes guerreros y los grandes sacerdotes también, para que nuestra propuesta cobre seriedad. Creo que aún contamos con algunos años de margen antes

de que los romanos vuelvan a sentir la necesidad de invadirnos, pero nosotros deberíamos ponernos en movimiento ya.

Un silencio reflexivo se extendió a lo largo del círculo completo que formaba la asamblea. Tan profundo esta vez, que Mario pudo escuchar de nuevo el sonido de los pájaros y del río cercano. Estaba completamente anonadado de ver cómo aquella mujer había manejado de tal forma a aquél conjunto de rudos hombres, a los que estaba a punto de convencer para realizar una empresa tremendamente arriesgada, aunque importante desde cualquier punto de vista y, a juicio del propio Mario, muy inteligente, impropia de lo que él habría esperado hasta entonces de aquellas gentes tan alejadas de la civilización.

 Bien – dijo por fin el rey Mado, rompiendo un silencio al que nadie se atrevía ya a dar punto final -, te estás transformando en toda una líder, pequeña Siana. El caso es que no encuentro una razón de peso para impedirte que lo intentes, salvo que, como ya se ha dicho, será una empresa tremendamente difícil, como tú ya sabes. Sin embargo, eso parece no importarte, y al fin y al cabo, también hubo en el pasado grandes líderes que movilizaron pueblos enteros, aunque de momento, no tengo noticia de que lo hiciera una joven sacerdotisa de la Luna, que hasta hace poco tiempo podía sentarse en mis rodillas jugando a tirarme de las barbas.

Una sonrisa corrió de boca en boca a lo largo de todas las personas reunidas, y en ese momento, todos los ojos se volvieron hacia Siana, que también sonreía ahora, satisfecha. Mario no podía dejar de admirar su arrojo y su inteligencia, así como la capacidad que había demostrado para hacerse escuchar y respetar. Nunca habría imaginado nada igual entre las mujeres que hasta el momento había conocido, y menos aún entre las de Roma. Al pasar su mirada a lo largo del círculo de personas sentadas en el suelo, fue capaz de adivinar la aprobación en todos los rostros, pero se fijó sobre todo en la expresión de Gardo, el viejo druida, que mostraba un gesto de plácida complacencia y mal

fingido orgullo. Aquella joven debía ser realmente muy importante para el anciano sacerdote.

- ¿Quién formaría pues tu delegación? – preguntó Mado con algo de ironía al asignar a Siana la propiedad o el liderazgo de la embajada.

- Yo no puedo encabezar esa delegación, lo sabes, rey Mado – dijo ella rápidamente - No será pues mía. Yo pensaba en una embajada encabezada por Gardo, tan respetado entre todos nuestros pueblos, para que se den cuenta de que se trata de una propuesta seria, y para que sea una embajada oficial. Por otro lado, necesitaríamos algún jefe guerrero y un grupo de guerreros más de escolta, y quizá también Leta y yo misma. De esta manera, todos estaríamos representados, sobre todo si uno de los jefes guerreros es el propio Colain, tu hijo, que te representaría a ti mismo, rey Mado.

- Bien, sería importante que fueras tú también, Olen – dijo Mado dirigiéndose al jefe guerrero brigantino, que se encontraba en medio del arco entre el rey y Mario y que hasta ahora éste no había podido ver. El guerrero asintió tocando su espada.

- Rey Mado – dijo de nuevo Siana, cuando ya todo parecía decidido -, pienso que nuestro huésped turdetano, Mario, podría sernos útil en esta embajada diplomática por su contacto con el mundo exterior, y podría completar la representación de la delegación. Por otra parte, es bueno marchando por lo que hemos visto en nuestro viaje hacia el oeste, y no parece cansarse aún llevando peso.

Mario notó como todas las miradas giraban ahora hacia él, y se sintió observado, examinado y calificado por todos aquellos rostros celtas, tan hostiles para él hasta hacía bien poco.

 Creo que puedes tener razón – intervino Gardo. El anciano se deleitaba complaciendo a Siana, por la que era evidente que sentía una especial debilidad que se reflejaba en su rostro cuando hablaba, pero en este caso su intervención parecía basarse en la certeza sobre la dificultad de su propuesta, ya que no expuso ningún otro argumento.

 Sabes que eso no es posible, por mucho que el extranjero cuente con tu simpatía – contestó gravemente Mado.

 Quizá sí, Mado – dijo Gardo, hablando muy lentamente -, ya sabes que por lo general nuestros antepasados siempre han ideado de antemano la fórmula adecuada para todos los casos.

 ¿Te refieres al *Pozo de las Brumas*? – dijo Mado tras un larguísimo silencio – No tengo inconveniente si el extranjero acepta. Bien, luego hablaremos con él. Antes debemos proseguir con los asuntos concernientes a la asamblea. No podemos romper su desarrollo por un asunto menor.

La asamblea prosiguió durante al menos otra hora más en la definición de los detalles de cómo y cuando partiría aquella embajada hacia los pueblos aliados de Brigantia, de la que Lambre, donde se celebraba ahora aquella reunión, era una aldea dependiente, y de cómo se organizarían los contactos, primero con los pueblos amigos más próximos, y más tarde, con los pueblos más lejanos u hostiles, ya cuando el proyecto contase con el suficiente apoyo de los pueblos ártabros, de tal manera que les resultase más difícil no adherirse a un pacto ventajoso una vez en marcha.

Estaba claro que sería un proyecto largo y arduo, y que encontrarían muchas dificultades en el camino. Llevaría quizá dos o tres años el contactar, parlamentar y pactar con todos los pueblos posibles, ya que lo mejor parecía tratar con cada uno de ellos por separado, ya que la

experiencia de toma de decisiones en grandes asambleas no había sido en otras ocasiones muy productiva.

Mario asistió atento aunque en completo silencio al desarrollo de las grandes decisiones de cómo abordar el proyecto de Siana que, a pesar de su dificultad, daba la impresión de haber tomado forma en las mentes de todos aquellos guerreros, ahora empeñados en la diplomacia. Cuando el sol declinaba a la vez que la consistencia de las propuestas realizadas en la asamblea, el rey Mado se puso en pie y dio por concluida la sesión sin aviso previo. Todos se levantaron entonces sin dar queja alguna y se dispusieron a marchar formando pequeños corros que iban comentando algunos detalles del proyecto expuesto a la asamblea.

En ese momento, el rey Mado, Colain y Gardo, el druida, se fueron directamente hacia donde se encontraba Mario. Éste aguardó de pie a que el rey se dirigiera a él. Tras un largo preámbulo, difícil para su aún limitado dominio del idioma, creyó entender a grandes rasgos todo lo que el rey le expuso a continuación.

- Extranjero. Me han dicho que eres un turdetano que viene del sur. Bien, me da igual, y también me da igual lo que Siana tenga contigo. Sólo hay una cosa que me preocupa. Puedes estar de visita un tiempo en nuestras tierras si lo deseas, no serías el primero, pero si te quedas mucho, y sobre todo, si pretendes formar parte de una expedición oficial de nuestro pueblo, debes de alguna manera, formar parte de él. No exigimos que te vuelvas ártabro, puesto que no lo eres por nacimiento, pero todos nuestros hombres deben superar una serie de pruebas para demostrar su madurez y que el resto de la comunidad pueda así confiar en ellos. Tú no puedes pasar estos rituales de iniciación, porque no eres como nosotros, y también, porque no tienes ya la edad para ello. Por eso, a Gardo se le ha ocurrido aplicar una fórmula que utilizaron en ocasiones nuestros antepasados para probar la lealtad de aquellos que pretendían acceder a nuestro pueblo. ¿Estás de acuerdo en

someterte a esta prueba? Te advierto que cuentas con el beneplácito de Gardo, y por tanto, de mí mismo, para tomar el camino de vuelta y marcharte de aquí cuando plazcas.

 Estoy dispuesto a prestarme a cualquier prueba que tengáis a bien someterme – dijo sin pensar, quizá llevado por la euforia confiada de los últimos días, que le hacía pensar que su vida era especial y cualquier cosa era ahora posible.

 Bien. Te someteremos pues al *Pozo de las Brumas* – contestó el rey – No nos defraudes.

El nombre de la prueba hizo pensar ahora muchas cosas a Mario, y le hizo recordar cómo gran parte de los líos en los que se había metido a lo largo de su vida habían sido causados por no haber sabido cerrar aquella enorme bocaza a tiempo. Tras el primer instante de pánico, pensó que, por muy horrible que fuera la prueba, o por mucho tiempo que hubiese tenido para pensar la respuesta, ésta habría sido siempre la misma. No estaba dispuesto a dejar ahora a Siana bajo ningún concepto, y mucho menos por superar una rutinaria prueba de aptitud. ¿Qué podría contestar a alguien que le hubiese preguntado que por qué había renunciado a pasar sus días con una diosa? ¿Porque tenía miedo a pasar una simple prueba? ¿Un soldado romano? No, desde luego que no. También pensó después que, con total seguridad, la prueba distaría mucho de ser simple, recordando cómo aquél pueblo se empleaba en la lucha cuerpo a cuerpo. Bien, no había ya vuelta atrás, así que estaba dispuesto a tragarse él sólo todas aquellas brumas del pozo.

 Venga, Mario – dijo Colain –, vamos hacia la cabaña. Hasta mañana que será la prueba, no debes hablar con nadie.

Mientras andaba con Colain hacia la cabaña, miró hacia Siana y esta le devolvió una cálida mirada de apoyo y, quiso pensar, quizá también de admiración, que le siguió hasta que desapareció tras la piel de la

puerta de la choza.

Aquella noche Siana no acudió a él y Mario pasó todo el tiempo pensando en cómo había podido meterse en aquél lío. Cómo su vida se había complicado de tal forma que ya no era un soldado romano, temido y respetado por cualquier lugar por el que pasara, hiriendo y saqueando con total impunidad, con derecho sobre el resto de pueblos, sino que ahora era un simple aspirante a ser admitido en una comunidad celta del extremo más ignoto de la Gallaecia. Observó sin embargo aquella metamorfosis de su situación provocada por los acontecimientos con curiosidad y quizá también con sorpresa, pero nunca con arrepentimiento ni con afán de nuevo cambio. Únicamente aspiraba ahora a ser digno de ser admitido como guerrero y poder caminar junto a Siana mirándola a los ojos con dignidad.

Colain permaneció toda la noche junto a él, al principio dentro de la cabaña, aunque con muy escasa conversación, cosa que Mario agradecía, dado que él estaba ensimismado en sus pensamientos. Cuando Colain se marchó, Mario se recostó sobre el lecho de hojas secas con la cabeza dando vueltas frenéticamente a su nueva preocupación ¿Qué querría decir eso del pozo de brumas? Nunca había sido amigo de meterse en agujeros. No era lugar para soldados, ni siquiera para hombres, sino para alimañas y para demonios. Pensó en hacer algún tipo de ofrenda a *Proserpina*,[30] dueña de las profundidades, pero el caso es que no era momento de volverse atrás, y ahora su destino parecía hallarse de nuevo en manos de aquellas gentes.

Cuando Colain le despertó aún no había luz. Se levantó de un salto, dándose cuenta en aquél momento de que finalmente le había vencido el sueño poco tiempo atrás. Salió al exterior aún sin vestir y comenzó a seguir a su ya habitual guardián mientras se ponía por encima el liviano sayo que usaba casi como única ropa, apresurándose para alcanzar sus pasos.

 Vamos, Mario. Gardo y el resto nos esperan ya en el bosque – dijo Colain. No parecía ahora muy cordial ni dispuesto a hablar, lo que intimidaba aún más a Mario.

Gardo les esperaba a la cabeza de un pequeño grupo formado por Olen, el guerrero jefe de Brigantia, que había estado también en la asamblea del día anterior, y otro anciano druida más que Mario no conocía. Cuando todos se encontraron, la comitiva partió hacia el interior del bosque sin decir una palabra, siguiendo un camino que iba ascendiendo y que nunca hasta entonces había tomado, a pesar de sus frecuentes andanzas de las últimas semanas con Siana.

 ¿Dónde lleva este camino? – preguntó Mario intentando romper un poco el hielo que atenazaba la situación y que no hacía más que hacer crecer un temor que pretendía no hacer evidente.

 Al Pozo de las Brumas – respondió el druida desconocido, con una mirada gélida que acentuó el sentimiento de estupidez de Mario ("Pues, claro"- pensó éste – "seguro que no lleva al templo de *Magna Mater*[31]").

La travesía duró lo que parecieron varias horas antes de acceder a una zona alta donde raleaba una vegetación de cada vez menor porte, hasta convertirse en un prado llano y despejado cuya monotonía únicamente era rota por el trazo de los senderos que los animales habían dibujado de forma aparentemente caprichosa. A pesar de hacerse cada vez menos penosa, la marcha de los celtas había bajado notoriamente de ritmo hasta que, llegado un momento, Gardo levanto su brazo y los demás se detuvieron.

 Aguardad aquí – dijo – Debo comprobar que el Pozo de las Brumas admite la prueba de un nuevo guerrero.

Todos los demás aguardaron inmóviles mientras la figura de Gardo se iba disolviendo entre la niebla que les había ido rodeando mientras ascendían. Colain se había aproximado inadvertidamente al costado

de Mario y aprovechó para dirigirse a él aparte.

 La hora ha llegado, amigo. Recuerda: vigila la mano de tu espada. El peligro siempre viene de ese lado.

Mario se sorprendió del gesto de Colain, claramente amistoso, y probablemente en contra de cualquier norma, arriesgándose a una nueva mirada de reprobación del severo druida que les acompañaba, y quizá incluso a algo más grave. Sin embargo, sus palabras se le antojaban tremendamente enigmáticas, ya que no llevaba espada ¿Qué querría decir su amigo, el pedazo de bestia? Él, como la mayoría de los romanos, asía la espada con la mano derecha, aunque sabía que gran parte de los guerreros celtas de aquellas latitudes usaban la izquierda, y Colain había remarcado claramente "*tu* espada". Por otro lado, Colain debía saber perfectamente que él usaba la mano derecha para luchar, ya que incluso habían llegado a enfrentarse entre sí la primera vez que se habían visto.

 Vamos, es el momento de acudir al Pozo – dijo Gardo que había aparecido de repente a su lado sin que Mario se hubiese dado cuenta.

Los cinco avanzaron hasta llegar a una zona rocosa, donde Gardo levantó la mano en señal de advertencia, y todos emplearon el mayor cuidado en avanzar hasta lo que parecía el borde de un abrupto acantilado. Todos se detuvieron al borde del cantil. El sonido del mar resonaba ahora lejos, muy abajo, pero no podían verlo. De hecho, no podían ver nada bajo sus pies. Todo lo ocupaba una alfombra de brumas densa y lechosa como la sopa de raíces de plantas que solían cocinar aquellos celtas en el fuego de sus poblados, y no era posible ver más allá de dos pasos más allá de sus narices.

 Mario – dijo Gardo dirigiéndose ahora directamente a él –, este es el punto en el que puedes demostrar tu valor como guerrero y tu grado de adhesión a nuestro pueblo. No es posible que sigas con

nosotros si antes no lo pruebas. Debes saltar al Pozo de las Brumas y conocer si tu alma es verdaderamente capaz de superarse.

No podía creer realmente lo que le estaban pidiendo, pero sabía que era verdad. Gardo le miraba a los ojos y le decía que se lanzara el abismo. Él le miraba a su vez sin palabras y a su cabeza acudieron los ojos de Siana en el centro de todos los acontecimientos de las últimas semanas. Recordó también las palabras de Colain. ¿Qué querrían decir? Pensó otra vez en los ojos de Siana, y de repente, el vacío en el estómago.

El salto. El instante fue eterno en su pensamiento, pero la interminable sensación de ingravidez y de vacío se rompió con un golpe seco contra el suelo. Intentó girar hacia su izquierda, y sufrió un golpe seco en la cabeza y en el costado contra una roca que detuvo en seco su rodar. Quedó parado en aquella incómoda postura durante largos instantes, con un hilillo de sangre que le bajaba desde la frente hasta la mejilla, sorprendido y feliz de sentir el dolor. Estaba vivo.

Sus cuatro padrinos de prueba acudían corriendo a su encuentro bajando a trompicones por un lateral de la pendiente ladera. Colain y Olen fueron los primeros en llegar, ayudándole a incorporarse a medias.

 Bravo, guerrero – dijo Colain – Supiste defender el flanco de tu espada.

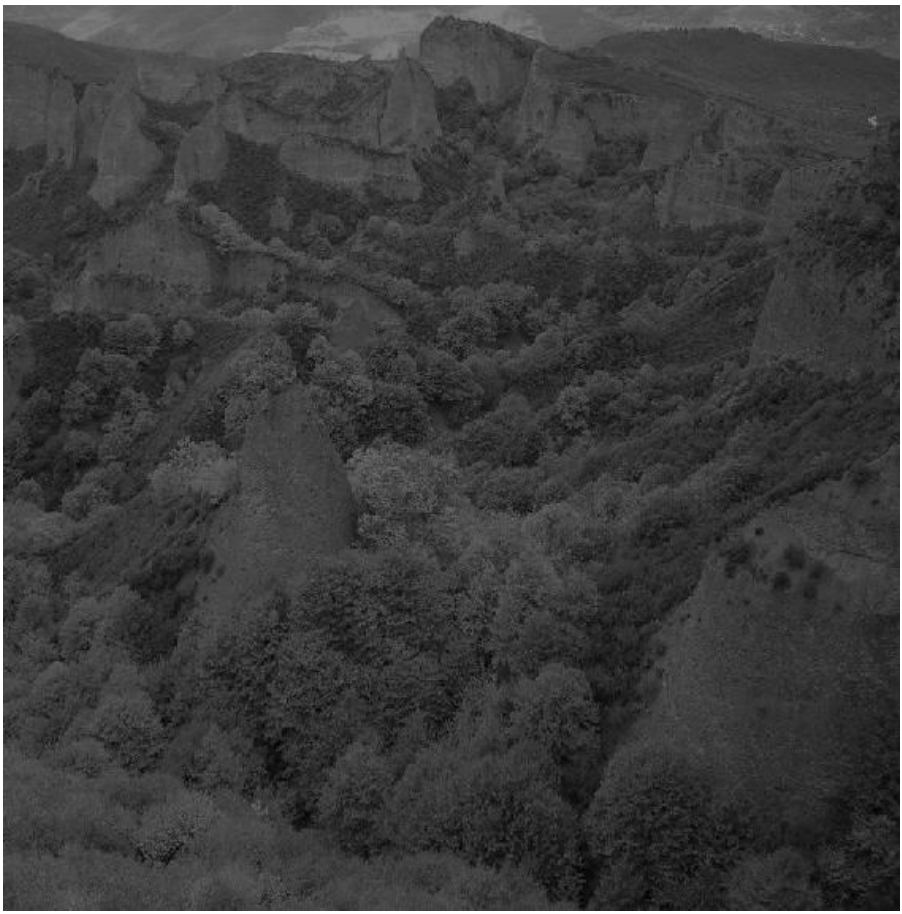
Mario miró hacia donde se dirigían los ojos de Colain y vio que al otro lado de la roca que le había detenido, la caída estaba expedita hacia el acantilado que se despeñaba, ahora sí, hacia el mar que rompía formando crestas blancas sobre las rocas mucho más abajo de sus cabezas. Ahora podía verse claramente bajo la delgada alfombra de bruma que se pegaba a la cumbre del acantilado y que había atravesado en su caída. Cuando llegaron los dos druidas, Mario ya estaba casi recuperado y vio que Gardo sonreía de forma franca bajo

su larga barba.

- Bien, Mario. Espero que estés dispuesto para partir mañana de viaje – le dijo afable pero sin perder su seriedad.

Cuando volvieron de nuevo a Lambre, el recibimiento por parte de Siana fue cálido pero bastante comedido. Mario se sentía como un guerrero que hubiera vencido en la batalla, pero ella le recibió como si tal cosa. *Estaba segura de que volverías intacto* - se limitó a decir dándole un abrazo. Bien, lo cierto es que, a pesar del elevado riesgo, en verdad tampoco había sido una gran hazaña.

El resto del día transcurrió en una improvisada asamblea, menos numerosa que la del día anterior, que abordó los detalles de cómo y cuando partiría la embajada hacia los pueblos vecinos, en la que Mario se sentó ya como uno más por derecho propio. Se pensó en cómo se organizarían los contactos, primero con las tribus amigas más próximas, entre las se elaboró un primer itinerario, y más tarde, con los pueblos más lejanos y más guerreros. Como se había dicho en la asamblea del día anterior, se pretendía así captar a estos cuando el proyecto contase ya con el suficiente apoyo del resto, de tal manera que les fuese cada vez más difícil no adherirse a un ventajoso pacto una vez estuviera éste en marcha, lo que haría además que los beneficios se quedasen en manos de los pueblos rivales. De nuevo se expuso la dificultad de la empresa, que debería tomarse como algo largo y trabajoso y que contaría con numerosas dificultades a lo largo del camino.



10.- LA MONTAÑA DE ORO

Los siguientes días prolongaron las discusiones y los preparativos de la inminente partida, prevista para la siguiente luna nueva, época favorable según los augures de Brigantia. Para Mario esta temporada resultó fastidiosa, sobre todo en comparación con la anterior, por la vuelta a los horarios habituales, a los planes, al ritmo normal de vida, y también por disponer de menos tiempo con Siana y tener que compartirla durante más tiempo con los demás. Sin embargo, se sentía ya integrado, y con pleno derecho, dentro de aquél grupo de celtas, y el hecho de que hubiesen contado con él para organizar la nueva expedición (dejando aparte la influencia de Siana), le halagaba, porque además su presencia era aceptada ya en todas partes con la mayor naturalidad, y sus todavía torpes apreciaciones, eran al menos escuchadas con seriedad.

Sin embargo, y a pesar de ello, su relación con Siana se había estabilizado en pocas semanas en un dulce estado de indolente felicidad que aceptaba ya con una normalidad tal que parecía que hubiese vivido con ella siempre. Era un estado que, se temía, no podría durar demasiado tiempo, y aún así, afrontaba el futuro con un total optimismo y con gran esperanza. Sabía que era inevitable que las cosas cambiasen con el tiempo, pero únicamente pedía al destino poder permanecer con Siana el tiempo suficiente como para empaparse de ella. En realidad, la vida le parecía ahora tremendamente fácil, y se dejaba llevar esperando los acontecimientos con una feliz resignación, como si lo vivido ya le bastase para el resto de sus días, y contento por el tropezón del destino que le había hecho cambiar su destino por completo.

De esta manera transcurrieron los días hasta el comienzo de la empresa a la que Mario se había sumado también con total entrega. Los primeros contactos con otros pueblos no fueron en realidad viajes, sino visitas de un día a las tribus vecinas que formaban parte de los pueblos ártabros en torno a Brigantia para conformar entre ellos una opinión común. Todos estos habían estado representados en la

asamblea de la aldea de Lambre, por lo que no eran de esperar especiales escollos a la hora de buscar consenso. Tras recopilar el apoyo de todos ellos, esperaban hablar con tribus más alejadas, para finalmente abordar las tierras de aquellos extraños guardianes de las Montañas del Oro de los que Mario había oído hablar, y que por la posesión de un bien tan estratégico, eran realmente la piedra angular del proyecto de Siana. Eso no sería hasta varios meses después, una vez unificadas todas las tribus amigas.

Por fin aquella noche era la anterior a la partida hacia el primero de una serie de viajes que podrían ocuparles varios años de su vida. Mario nunca hubiera pensado hasta aquél momento que acabaría vagando de un lado a otro a lo largo de un país tan lejano y extraño como aquella Gallaecia. Se le ocurrió después que en realidad es lo mismo que hace un soldado en campaña, con la diferencia de que un soldado nunca puede opinar sobre los objetivos de sus misiones, y él ahora si lo hacía. Pero lo que más le sorprendió en realidad era que aquella situación le alegraba verdaderamente el ánimo.

 Siana, ¿qué esperas obtener verdaderamente de este viaje? – le dijo Mario tendido en el lecho mirando hacia el techo de ramas de la choza que compartían.

 Ya lo sabes, el apoyo de todos los ártabros, y si es posible, el de otros pueblos – respondió ella.

 No me refiero a eso. No me refiero a mañana o pasado mañana, sino a todos estos planes que se han hecho – insistió Mario, tozudo.

 Bien, en realidad no lo sé bien – confesó Siana tras un largo silencio – Lo cierto es que a veces pienso que estoy embarcando a todos en una aventura sin futuro, pero el caso es que sí que creo que algo hay que hacer, y esto es lo mejor que se me ha ocurrido. Aunque es verdad que puede que al final no sea mejor que la solución de armarse todo lo posible y esperar a los romanos

prevenidos para una invasión.

 Cuando hayas convencido a todos, tendrás que convencer también a los romanos. Lo sabes ¿no? – siguió diciendo él.

 Para eso cuento contigo, romano mío – dijo sonriendo.

 Yo ahora no soy más que un desertor acogido por los celtas enemigos del Senado del Pueblo de Roma. Eso es seguro al menos en la opinión del procónsul Décimo Junio Bruto, que ya se habrá encargado de ensalzar sus proezas y de exagerar en lo posible la crueldad y salvajismo de vuestros guerreros, como es natural.

 No sé cómo habrá que hacerlo cuando llegue el caso, pero el caso es que algo habrá que hacer ¿verdad? Además, creo que me lo debes ¿no crees, pequeño mercader? Aún así, en el peor de los casos en que no consigamos nada de Roma habríamos conseguido unir en algo a los pueblos galaicos, lo cuál, te lo aseguro, no es ya nada fácil, amor mío – dijo Siana con alegría.

Mario no tenía ya nada más que decir. Nunca antes le había llamado así Siana, a pesar de la tremenda intimidad que habían compartido en los últimos tiempos, y aún así, lo había hecho con una cierta ironía, quizá porque no era aquella una costumbre muy céltica. Para Mario era un último paso en aquella complicidad que le confirmaba que la diosa había decidido finalmente tomarle de la mano y llevarle de su lado. No era como para decepcionarla ahora.

Salieron de nuevo al alba. La estancia del día anterior en el castro de *Lubre* había sido esta vez especialmente placentera, y la velada había terminado con una animada fiesta con bailes alrededor de la hoguera común, tal y como Mario había imaginado siempre en las celebraciones celtas. Sin embargo, tras un tiempo de fiesta en común todos habían respetado su intimidad con Siana, permitiéndoles sin problemas retirarse pronto hacia la cabaña que reservaron para ellos dos en su corta estancia en la aldea. Partían ahora todos en silencio a la hora acordada, a pesar de la noche en blanco de algunos de los guerreros, como Colain, con los ojos aún perdidos en el vaso del licor de la noche anterior y en el recuerdo reciente de los cuerpos de las hermosas mujeres de las que se supieron acompañar él y otros pocos más aquella pasada noche.

Recorrieron varias millas así sobre sus caballos en absoluto silencio, que solo Siana y Mario interrumpieron a intervalos con algunos comentarios con Gardo. Llevaban ya más de tres lunas de recorrido desde que salieran de Brigantia, y Gardo se había descubierto como un interesante conversador a ojos de Mario, con reflexiones a su entender realmente acertadas, y mostrando siempre un gran respeto hacia sus opiniones, que parecía considerar como las de un igual, cosa que nunca hubiese esperado Mario viniendo de un personaje de tan alta consideración dentro de la sociedad brigantina.

La fiesta de la última noche había sido el colofón a una gira desarrollada con éxito a lo largo de la práctica totalidad del territorio ártabro con el fin de oponer una única línea de actuación preventiva contra la presión romana, previsiblemente intensa en los próximos años. Parecían estar todos de acuerdo en intentar adaptarse a los tiempos y enriquecerse en lo posible a costa de Roma, o por el contrario, oponer una encarnizada resistencia en el caso de un trato insoportablemente abusivo por parte de sus procónsules. En este sentido, Mario temía en su interior el momento de enfrentarse a su antiguo general, el procónsul Décimo Junio Bruto, de inflexible moral,

y que, por lo que él sabía, todavía contaba por el momento con el *imperium*[32] de Roma para esta parte del mundo.

Pararon a comer en un claro tras cabalgar durante horas a lo largo de un camino que serpenteaba por el interior del denso bosque con que se toparon a la salida del castro de Lubre, y antes de terminar de sacar sus provisiones, Colain y otros dos guerreros bajaron en silencio de sus caballos y se tendieron sin más sobre la hierba para entrar inmediatamente en un profundo sueño, sin importarles la humedad de su lecho. Siana buscó a Mario y le atrajo aparte tomándole suavemente de la mano hasta llegar sin que el se hubiese dado cuenta hasta un extenso prado bordado con los colores de las nuevas flores. Una primavera adelantada las hacía brotar a lo largo de la pendiente, componiendo un suave manto sobre el que Siana se recostó con una gracia que la hacía parecer haber formado parte de aquél lugar desde siempre. Mario se sentó dócilmente a su lado.

 Mario, llevas ya casi nueve lunas aquí con nosotros.

 Es cierto. La verdad es que es asombroso cómo pasa el tiempo, parece ayer mismo cuando aún me cuidabas en nuestra choza – respondió él recordando aquellos días con cariño.

 Eras como un animalillo herido – dijo ella, tierna - ¿No te arrepientes de estar aquí? He pensado que podrías sentir nostalgia de Roma – dijo ella mirando hacia el suelo.

 Lo cierto es que cada vez pienso menos en Roma.

 Pero, tú eres romano, Mario ¿No crees que en algún momento podrías sentir el no poder volver? Además, eres un soldado.

 El soldado romano murió en una misión. Esta es otra vida que ha comenzado desde aquél día que me adentré en el bosque de Lambre, que he decidido vivir contigo y no me arrepiento de haber

dejado la anterior. La verdad es que yo perfectamente podría haber muerto aquél día que me enfrenté a Colain y los demás, y la vida me ha dado una nueva oportunidad gracias a ti. Nadie me obligó y nadie me obliga a quedarme, estoy bien así y hago lo que quiero ¿A qué vienen ahora tantas preguntas? – preguntó finalmente él.

 ¿Y no te importa vivir entre nosotros? ¿Aprecias de verdad este nuestro de vida? – insistía Siana de nuevo.

 Si… Si, la verdad es que estoy bien¿Por qué? – siguió diciendo él, algo harto ya de tanta insistencia.

 ¿Tanto como para tener un hijo celta? – siguió diciendo Siana, que parecía no querer perder el hilo.

 Pues creo que…¿Cómo dices?

 No me has respondido – dijo ella cortante.

 Déjate de rodeos ¿Vas a tener un hijo? – preguntó Mario, ansioso.

 Si. Bueno, creo que es lo normal cuando un hombre y una mujer de nuestra edad viven juntos, sobre todo en mi caso.

 No presumas de edad, que pocos años te saco. Por cierto ¿Cuánto años tienes? – Mario pensó que nunca se había planteado cuál sería la edad de Siana. Al fin y al cabo, nadie se preguntaría cuál sería la edad de Minerva o de Venus.

 Vaya pregunta para una mujer, romano – dijo ella aparentando estar ofendida - Esta primavera cumpliré ya dieciocho, aunque soy de las pocas personas que conozco que lleven la cuenta exacta. Aún no me has contestado, sigo insistiendo.

 No me importa que mi hijo sea celta, al contrario, porque será hijo tuyo, y tendrá algo de divino. No puedo aspirar a más, es una gran alegría – dijo Mario.

 ¿Siempre fuiste tan adulador con las mujeres? – Siana había cambiado el tono de su voz, y ahora respondía con voz juguetona.

 Ya sabes, al fin y al cabo no dejo de ser un soldado romano.

 Y yo soy la primera a la que se lo dices, claro ¿Tienes más hijos? – respondió ella algo enfadada.

 ¡Ja, ja!, claro que no, no te pongas así – respondió Mario realmente divertido por el repentino ataque de celos de Siana - Claro que no tengo hijos, a mí tampoco me ha dado tiempo todavía. Por cierto, ¿cuándo nacerá?

 En otoño, a mediados, cuando comience el frío. Dura época para un recién nacido – dijo Siana pensativa.

 Bien, bien. Creo que en muy poco tiempo está cambiando mucho mi vida – pensaba Mario - ¡Quién podría haberme dicho esto hace solo un año!

Siana no dijo nada, pero sonrió amplia y francamente, con una luminosa y tímida sonrisa que dejaba entrever su íntima alegría y su agradecimiento. No hubiese esperado una respuesta tan positiva ni siquiera de cualquier hombre de su tierra. Sus temores se despejaron de una vez y ahora podía pensar con mayor tranquilidad en el futuro inmediato, que no debía ser más que la empresa que les ocupaba a todos en estos meses. Llegaría un momento en que ella no podría viajar tan rápidamente como ahora y debería parar a esperar el acontecimiento. Aún así, no estaba dispuesta a que ello le mantuviese demasiado tiempo postrada.

Permanecieron tranquilamente sentados en el campo de flores durante largo rato, charlando animadamente y disfrutando de la escasa comida que habían llevado consigo y que ambos celebraron como un manjar especial. La brisa era aún muy fría pero Mario se recreaba en ver cómo el aire despeinaba la hierba alta mientras sentía su filo a lo largo de su rostro y pensaba que era en aquél momento cuando verdaderamente sentía que sí había cambiado su vida, y sin haberse dado cuenta antes, debía ser éste el modo de vida que siempre debía haber estado buscando, y si no era así, no importaba, porque al fin y al cabo, lo había encontrado sin buscarlo.

 ¿Qué hacéis ahí plantados? – Colain se acercaba a ellos siguiendo la orden de Gardo de ir a buscarles. El corto sueño parecía haberle sentado bien y se acercaba sonriendo – Vamos, par de tórtolos, tenemos que reanudar la marcha.

Volvieron con él junto a los demás y nadie les dijo nada a pesar de su tardanza y de estar ya dispuestos para partir. Gardo compartió una fugaz sonrisa y una intensa mirada cómplice con Siana, que ésta supo corresponder. Cuando llevaba ya un rato marchando, Mario se acercó a ella y le dijo:

 Tu relación con Gardo es muy especial ¿verdad? Te trata con un cariño y un respeto tremendo y siempre tiene muy en cuenta tu opinión – interrogó Mario.

Siana miró a los ojos a Mario.

 No lo has adivinado ¿verdad? Gardo es mi abuelo – respondió ella.

 ¿Cómo? Bueno, la verdad es que tampoco me sorprende en absoluto ahora que lo sé.

 Mi madre también fue sacerdotisa y murió poco después de

nacer yo. Mi padre murió cuando yo era muy niña y él me crió desde entonces – Siana parecía turbada al hablar de su historia.

Mario calló. Nunca había hablado con Siana de su pasado. Ella había aparecido como caída del cielo y nunca se había planteado el que pudiera tratarse de una persona con pasado, con familiares, amigos y amantes. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que ello tampoco afectaba en modo alguno su idea sobre ella, fuera como fuera su vida anterior. Por otra parte, tampoco le incomodaba demasiado el tener a Gardo como una especie de suegro, sino quizá incluso al contrario. Desde luego, un druida no era el tipo de pariente que él hubiese nunca imaginado tener, pero le agradaba aquella circunstancia de puro extravagante. No todo el mundo, pensó, tenía que dar cuentas a una especie de mago celta acerca de su relación con su ahijada, y por otro lado, aquél enjuto anciano parecía respetar a Mario. De pronto, una repentina duda inquietó sus pensamientos.

 Siana, ¿Gardo sabe que soy romano? – dijo de pronto.

 Si Mario, lo sabe, pero lo sabe sin que yo se lo dijese. Un día se acercó a mí para hablar sobre ti. No te ofendas, porque es lo que haría cualquier padre, y ten por seguro que él te tiene en consideración, y yo diría que hasta te aprecia. Solo me advirtió: "Ten en cuenta que él es romano, y aunque no sé qué te habrá susurrado a los oídos, tu no eres más que una inocente niña brigantina"

 ¿Y tú que le dijiste? – A Mario le hacía gracia aquello de la "inocente niña", referido a alguien que conseguía doblegar la voluntad de todos los que la rodeaban de forma avasalladora y que parecía conocer tan bien todos los aspectos de la vida y del alma humana, al menos, mucho mejor que él.

 Le expliqué que ya lo sabía y que ya lo había hablado contigo. Le conté también que renunciaste a volver con tu gente para

permanecer aquí. Él se quedó muy satisfecho y dijo con ese tono grave que utiliza para infundir respeto cuando habla en público. “Parece un hombre noble y franco ese romano” – declamó Siana engolando su fina voz.

Siguieron el camino durante el resto del día entre charlas y chanzas con el resto de la comitiva, con la intención de llegar al anochecer al límite del territorio ártabro, para poder dormir aún en tierra amiga. Al día siguiente reemprenderían el camino que lleva al Reino de la Montaña del Oro, sin duda la parte más complicada de su misión y que en el fondo inquietaba a todos.

 No sé en realidad por qué se llama así – contó Gardo. Yo estuve allí de joven con unos ancianos druidas y lo único que pude ver es a gente trabajando todo el día limpiando las piedras que extraían del lecho de un río muy frío para encontrar polvo de oro, y todo lo más que hacían aparte de eso era excavar pequeñas minas en la ladera por ver si encontraban alguna veta, cuya mena bajaban también a limpiar al río, igual en realidad que en muchas tribus al norte del Minio. La verdad es que el nombre de la Montaña de Oro hace pensar en una enorme mole de metal amarillo, que es lo que en realidad dice la leyenda que es aquél mezquino reino, pero yo al menos, no vi eso. Si llegase este legendario nombre a oídos de los romanos, me temo que los tendríamos aquí mañana mismo.

Todos rieron, y Mario el primero. Ahora se daba cuenta de la opinión que se formaban de los romanos otros pueblos, no siempre favorable desde luego, aunque siempre, se temía, merecida. Aún sonreía cuando llegaron hasta un enorme prado atravesado en su mitad por el camino que seguían, el cuál comenzaba a ascender a partir de allí hacia una alta meseta, preludio de las romas montañas cuyo perfil se adivinaba más allá. El prado estaba flanqueado a lo lejos por altos árboles, y escorado hacia uno de sus extremos fluía un oscuro arroyo al que se aproximó la expedición para acampar junto a sus suaves orillas.

 Este es el comienzo del camino hacia las Montañas del Oro – dijo Gardo - El desvío está a poco más de una hora de camino, hacia el Oeste. El sol está ya bajo, y es hora de tomar un descanso y de parar a dormir. Estaréis de acuerdo conmigo en que, a falta de un techo, este es un buen lugar, ya que hoy no amenaza lluvia y el viento sopla hacia el mar.

Las noches eran aún muy frías, pero Mario se había dado cuenta ya de que estos hombres estaban tremendamente acostumbrados a sufrir noches al raso, quizá más que cualquier soldado romano, y él mismo se estaba ya habituando a esta circunstancia, resguardándose bien con las pieles de lobo que usaban también con la lluvia. Ese día al fin y al cabo no llovía, y en este agreste país, había algunas malditas cabañas aún más frías que la intemperie.

Se despertaron pronto al día siguiente cubiertos por la bruma que el arroyo urdía en torno a su cauce y se pusieron inmediatamente en marcha con los primeros rayos del sol que, en cuanto asomó tras el contorno de las montañas, disolvió en un momento la neblina que serpeaba a sus pies.

Pronto pasaron a una zona alta y llana, donde el brezo mostraba retazos teñidos de rojo y morado sobre el monótono tapiz verde oscuro, que tenía a intervalos zonas encharcadas donde menudeaban libélulas de vivos colores, las mayores que Mario jamás había visto. En algunos puntos tomaba precauciones al andar, puesto que el suelo no le ofrecía confianza. Observó que los demás pisaban sin reparo alguno en puntos donde él percibía tierra poco firme. Recordaba las regiones pantanosas de Italia que había conocido años atrás y se extrañó de la poca precaución de sus compañeros. Se detuvo un momento sobre una zona completamente plana cubierta por un manto de densa hierba, tanteando el suelo con el pie. Dio fuertes pisotones y la tierra tembló ostensiblemente bajo sus pies, pero sin que éstos se hundieran lo más mínimo en el terreno, como si estuviese pisando algo vivo. Un grupo se volvió para mirarle y sonrieron.

 No temas, es buen terreno – le dijo Colain sonriendo aún – Solo que la tierra tiene aún la piel delgada en esta parte.

 ¿Qué dice Colain, Siana? – se extrañó Mario.

 Aquí la tierra tiembla, no te preocupes, se trata de un terreno tierno, aún sin cicatrizar, sin roca. Es como un carbón sin terminar de formar – le explicó ella.

Mario rió ante la ocurrencia de Siana de ver el carbón como una herida cicatrizada de la tierra.

 En esta zona del país la tierra es aún joven y trémula –

prosiguió Siana – No tiene aún las carnes firmes y es muy tierna. Algunos dicen que el oro surge en el seno de este terreno aún naciente.

Siguieron su camino ascendiendo durante una hora más, y a la vuelta de un recodo, el antiguo camino se precipitaba por una escarpada ladera, dejando ver al fondo el gran valle de un río poblado de árboles.

 Allí abajo debemos encontrar a los guardianes del oro – dijo Gardo – Si descubrieran este camino los romanos, estaríamos perdidos. Será mejor que en este caso me dejéis hablar primero a mí como embajador, y que mantengáis por el momento las espadas fuera de la vista. Esta gente suele desconfiar de desconocidos, y es posible que no nos dejen acercarnos a su poblado. De todas maneras, si pretendemos organizarnos contra una posible invasión, los necesitaremos más que a nadie: tanto en un eventual acuerdo con los romanos como en una guerra contra ellos necesitaremos este oro como base fundamental.

Por eso es mejor que nos adelantemos únicamente siete personas: Siana, Colain, Mario, Golt, otros dos guerreros que elija Colain, y yo mismo. No quiero abusar de la fortuna con esta gente y prefiero que no se sientan intimidados en ningún momento por un grupo más numeroso. Los demás será mejor que nos aguarden en el lugar donde montamos anoche el campamento.

Siguieron caminando durante un trecho, descendiendo hacia un pequeño valle colgado de la ladera en el que tuvieron que adentrarse por un escueto bosquete de altos árboles que crecían junto a un pequeño manantial. Éste surgía al pie de dos enormes rocas volcadas que formaban un abrigo entre ambas que parecía un gigantesco refugio.

Otra vez el recuerdo de los gigantes – pensó para sí Mario, acordándose

de lo que le había contado Siana de que aquellos altivos guardianes del oro se consideraban a sí mismos los descendientes directos de aquella legendaria estirpe.

Siguió con la vista el cauce del pequeño arroyo que se formaba cuando se juntaban las aguas del manantial, y pudo distinguir en la orilla opuesta un grupo de cinco hombres que aparentaban esperarles. Era evidente que les habían visto acercarse y aguardaban para identificarles. Gardo les hizo una seña de saludo, y los cinco hombres cruzaron el arroyo y se dirigieron directamente hacia ellos con la espada desnuda apuntando al suelo. Siana formaba parte del frente de la delegación y se acercaba a su vez lentamente hacia ellos con una sonrisa en la boca, lo cuál – pensó Mario -, era un hecho ante el que cualquier hombre con sangre en las venas no podía permanecer indiferente.

A pesar de ser Gardo la cabeza de la delegación, la imagen de Siana a su lado parecía efectivamente turbar a aquellos hombres de tal manera que perdieron visiblemente su actitud defensiva, dejando caer el brazo con sus espadas y relajando algo el gesto de sus caras.

 Salud, guerreros – dijo Gardo – Necesitamos parlamentar con vuestros jefes sobre un asunto muy importante para ellos y para nosotros.

 Nosotros no tenemos más jefe que el rey Tol, ¿para qué necesitáis hablar con él? – dijo el que parecía al mando, recuperando la apostura perdida y con un tono de nuevo agresivo en su voz.

 Somos representantes del pueblo ártabro, de las tribus junto al mar. Yo soy Gardo, alto sacerdote de Brigantia – dijo en un tono solemne - y deseamos tratar asuntos comerciales de manera amistosa con vuestro rey. Hace unos días enviamos un emisario anunciando de nuestra llegada y creo que nuestra visita fue

aceptaba por el rey Tol, por lo que supongo que debe estar aguardándonos, dado que llegamos en el día previsto.

 Si queréis, nos podéis acompañar – dijo el guerrero suavizando ligeramente su actitud, aunque manteniendo la misma brusquedad en sus maneras –Probablemente no dé para más, pensó Mario para sí- El jefe dio media vuelta y comenzó a andar hacia el norte, seguido por los cuatro guerreros que le acompañaban.

 Nos indican el sendero caminando delante de nosotros, y no nos dan escolta situándose a nuestros lados. Eso es buena señal- dijo Siana a Mario -, o al menos eso creo.

 Poca escolta nos podrían dar. Somos más que ellos y podrían quedar un poco ridículos – dijo él.

 No seas bobo, no es más que un detalle. Protocolo, si quieres.

 ¿Quieres decir que nos recibirán con los brazos abiertos? – respondió él, burlón.

 ¿Ves, como eres bobo? No es una cosa ni la otra. Esta gente no recibiría con los brazos abiertos ni a sus propias madres si no fueran cargadas de oro para ellos. Su papel de explotadores del bien que todos ansían les hace ser extremadamente desconfiados. No se fían ni de su sombra, y el que menos de todos, su jefe, o su rey, o como lo quieras llamar. Por eso está en ese lugar.

 El rey de los desconfiados.

 Sí, algo así – dijo Gardo – Muchas historias se cuentan de él y de sus mayores, muchas de ellas ciertas, que hacen que no tengan muchas tribus amigas. Algún día podré hablarte tranquilamente de todo ello.

Fueron descendiendo hacia el valle a lo largo de un camino sinuoso entre rocas y arbustos, aunque a medida que bajaban, la densidad y el porte de la vegetación se iba incrementando, trasformándose en una selva que a duras penas dejaba ver lo que había unos pasos hacia delante. Llegaron finalmente al cauce de un pequeño río que cruzaron vadeando sobre grandes rocas arrojadas en fila sobre el propio cauce para permitir el paso, y comenzaron después una corta ascensión hacia un pequeño altozano libre de vegetación desde el que pudieron ver abajo un gran número de hombres agachados sobre el lecho del propio río cribando la tierra en busca de oro, mientras otros muchos iban y venían con herramientas y capazos de material. Mario se fijó en que todos estaban vigilados por numerosos guerreros con hachas o con la espada desenvainada, al acecho de cualquiera de sus movimientos.

Siguieron caminando ascendiendo a lo largo de un ancho camino de suave pendiente y pudieron ver a un nuevo grupo de trabajadores excavando y lavando material de la ladera, la mayoría de ellos vestidos con andrajos y con pesados hierros en sus pies. Esclavos. Prisioneros, sin duda. Los hombres escudriñaban sin cesar entre los sucios terrones, de los que habían adoptado el color en sus rostros y en sus manos. Todos se afanaban en su tarea, y apenas dieron noticia de su paso junto a ellos. El camino se dirigía hacia la falda del monte que tenían ante sus ojos y debían estar a punto de llegar a su término, puesto que parecía que de un momento a otro iban a toparse con la pared de piedra que se erguía un centenar de pasos hacia delante. La enorme peña estaba oculta en su base por densa maleza, mientras que el musgo y los líquenes cubrían la parte superior dando al macizo la textura del bronce viejo.

Cuando llegaron al pie del cortado vieron ante sí la entrada a una cueva semioculta tras un pequeño recodo de la roca, y flanqueada por cuatro guerreros que portaban un casco con remaches de oro y espada en mano con puño también de oro, y que les miraron con ojos fríos y arrogantes.

 Los Guardianes de la Montaña de oro – dijo Siana en voz baja.

Sus escoltas se detuvieron frente a la entrada de la cueva formando un semicírculo a su alrededor junto con los guardias de la entrada.

 Podéis entrar – dijo el guerrero al mando de la partida de recibimiento, que no había vuelto a abrir la boca desde el primer encuentro en lo alto de la loma hacia la que acudieron en busca de sus huéspedes ártabros.

El primero en entrar fue Gardo, y tras él, Siana y Colain, con Mario en segundo término con el resto de guerreros ártabros, que se cuidaban mucho de no ofrecer ningún gesto amenazador hacia sus anfitriones. Todo lo contrario que estos, que buscaban sus ojos con la mirada y no hacían más que acariciar los puños de sus espadas, aprovechándose de la ventaja que les daba la situación.

La cueva se encontraba iluminada a intervalos con teas encendidas colgando de las paredes, parecía ancha y bien ventilada, ya que sin duda había sido ampliada en su base a partir de una brecha natural, cuyo techo se perdía en lo alto. Cada veinte pasos había una antorcha y un nuevo vigilante con la espada en la mano apuntando al suelo, que parecía tutelar el paso hacia cada nueva oscuridad. Tras un tiempo de marcha que a todos pareció interminable, teniendo en cuenta que lo que hacían era adentrarse en el corazón de la montaña, llegaron a una estancia amplia, rectangular y de piso plano, como la galería por la que habían accedido. Una corriente de aire entraba por alguna abertura adivinada en el lejano techo, al que no alcanzaba el brillo de las grandes teas que ardían colgadas en todas las paredes del recinto.

Por las antorchas y por su reflejo en las paredes, aparentemente cubiertas de oro, parecía encenderse la luz de un extraño día en el interior de la montaña. Desde el suelo hasta mucho más allá de la altura de un hombre, la amplia estancia se encontraba revestida por

planchas y barras de oro, por escudos, máscaras, espadas y hasta cascos que parecían hechos de oro macizo. Todos los componentes de la partida que formaban la delegación ártabra se encontraban absortos mirando a uno y otro lado, completamente asombrados por tal despliegue de objetos preciosos. Era difícil adoptar una actitud indiferente, aunque Gardo y Siana se obligaron a mantener la compostura, no sin grandes esfuerzos. La estancia era realmente grande, de al menos treinta pasos de largo, calculó mentalmente Mario, y casi al fondo había una especie de sillón o pequeño trono de piedra cubierto asimismo con adornos de cabezas de lobo y de jabalí hechas de oro.

En el trono les esperaba un guerrero entrado en años, con una corpulencia que llamaba la atención aún sentado, actitud brutal y mirada fiera. No, más bien tremendamente recelosa, se corrigió inmediatamente Mario, tal y como le había anticipado Siana. Su cuerpo estaba en parte cubierto por una pechera de aros dorados, enormes colgantes y torques[33] de oro, y un yelmo también de oro que le cubría solo en parte su tremenda pelambrera y que le daba un aspecto algo grotesco ajustado sobre su enorme cabeza. Sin duda esperaban su llegada y el rey había decidido poner en práctica toda aquella exhibición de riqueza como parte de un espectáculo intimidatorio para aquellos vecinos pobres que no debían suponer amenaza alguna para su poder. Nadie podría moverse libremente, y mucho menos, luchar, con toda esa chatarra encima, se le ocurrió a Mario, acostumbrado a pensar como un soldado, y creyó adivinar el mismo pensamiento en la media sonrisa de Colain. Fue Gardo quien tomó la iniciativa.

 Salud, rey Tol. Habíamos oído leyendas sobre la Montaña de Oro, pero verdaderamente, tú nos has dado la oportunidad de comprobar que la realidad es aún mucho más impresionante. Se ve que habéis sabido conservar el fruto del trabajo de tu pueblo – Gardo dijo esto último con naturalidad, pero con una velada maldad que no escapó a Siana y a Mario.

 Mis antecesores en este trono fueron grandes depositarios, y yo pienso aumentar en lo posible las riquezas de la Montaña de Oro – respondió rápidamente Tol, evitando cualquier alusión a su pueblo y devolviendo la mirada en un tono insultantemente altivo – Y tras de mí, mi hijo Bedo seguirá honrando a los dioses de la montaña llenando sus entrañas de oro – siguió diciendo señalando a un joven gordo y de barba rala que les miraba orgullosamente y se encontraba de pie, apoyado en el trono a la derecha de su padre.

 Sin duda, gran rey Tol – siguió diciendo Gardo -, aunque espero que una larga vida aún te aguarde.

 Yo también lo espero, porque aún me queda mucho por hacer – dijo, y mostró ante su cara un grueso torques de oro que rodeaba su brazo izquierdo, adornado con dos grandes piedras en sus extremos que brillaron con un extraño color a la luz de las antorchas. Todos los ártabros se quedaron mirando como hipnotizados, y Mario pudo sentir una tensión que recorría todo el grupo como un repentino latigazo.

 Sin duda, grandes tiempos de prosperidad aguardan a nuestros pueblos, rey Tol, y de eso vengo a hablaros, de un asunto de tremenda importancia para todos – siguió diciendo Gardo.

 ¿Para todos o solo para vosotros, sacerdote? – dijo Tol, casi cerrando los ojos.

 Es un asunto que puede dar grandes beneficios a tu pueblo, y también al nuestro, si conseguimos ponernos de acuerdo.

 Que vosotros pretendáis beneficiaros del oro, lo entiendo, aunque os será muy difícil, te lo aseguro. ¿Por qué dices que yo también me voy a beneficiar? No sé qué podríais ofrecerme vosotros.

 No queremos tu oro, Tol, aunque te parezca mentira – prosiguió Gardo, conciliador – Supongo que ya habrás oído que los romanos han llegado últimamente por aquí cerca. Créeme, la próxima vez que vengan llegarán más lejos, seguramente hasta nuestras propias casas, sobre todo, si descubren vuestras minas y vuestra montaña de oro.

 Sabemos defendernos, si es que eso acaso te preocupa – dijo Tol, desenvainado de forma insultante su espada.

 Se ve que no conoces aún a los romanos, gran rey. En el hipotético caso de que consiguieseis rechazarlos, volverán otra vez y serán más, y si conseguís derrotarlos de nuevo, vendrían sus hijos, y después, los hijos de sus hijos, hasta que no os quedase ya un suspiro de aliento para defenderos. Créeme, la ambición de los romanos no tiene límites. Me duele, pero temo que la única opción de mantener la vida de nuestros pueblos tal y como es ahora, pasa por pactar con Roma de alguna forma, presentar un frente común, comerciar con ellos, y procurar que no alcancen nunca estas tierras, que no les interese de ninguna manera el llegar hasta aquí y que de no sepan bien de ninguna de las maneras de dónde provienen en concreto nuestras riquezas.

 Querrás decir nuestra riqueza. Que yo sepa, vosotros no tenéis nada – dijo Tol con desprecio.

 No tenemos tanto oro, es verdad, aunque algo también tenemos en el fondo de nuestros ríos. Nuestra riqueza proviene del hierro y también del estaño que conseguimos, tan valiosos a veces para los romanos como el propio oro, dependiendo de sus necesidades en la guerra. También hay otras cosas con las que podríamos comerciar con ellos – dijo Gardo haciendo gala de enorme autocontrol.

 ¿Y qué? ¿Qué quieres entonces de mí?

 Te propongo que comerciemos juntos con los romanos, tú con tu oro y nosotros con nuestro hierro y nuestras cosas, pero que llevemos una única voz. Si discutimos de forma independiente con ellos, primero conseguirán lo que quieran de cada uno de nosotros y después nos enfrentarán, nos dividirán, lucharemos entre nosotros, y nos echarán de nuestras propias tierras sin hacer esfuerzo alguno por aniquilarnos.

Tol parecía ahora pensativo. Quizá le tentara la avaricia, como había predicho Siana. Sin embargo, un nuevo resplandor de furia brilló en sus ojos un instante después.

 ¿Y quién iba a hablar con los romanos por todos nosotros? ¿Tú acaso? – bramó furioso.

 No – prosiguió con paciencia Gardo - Yo propongo que todos los pueblos que se uniesen tengan voz en el consejo que formaríamos. Este consejo elegiría los representantes que a su vez parlamentarían con Roma y sí, podemos ser tú o yo, o los dos a la vez.

 Eso será bueno para ti, no para mí. ¿Para qué quiero yo que tú hables con los romanos? Vosotros no tenéis el oro, que es el arma clave para hablar con ellos. No creo que ese gran ejército, tan temible como tú dices, se emocione con vuestras baratijas – siguió diciendo Tol con aire de suficiencia - Creo que más bien vosotros deberíais darme un tributo si queréis que dirija vuestro consejo, y más aún si me pedís que hable por vosotros ante los romanos.

 Ten en cuenta que nosotros no queremos nada tuyo. Cada uno pondrá de su parte lo que tenga para negociar con Roma y obtendrá proporcionalmente su beneficio del comercio – insistió Gardo armándose de paciencia.

 Pero mi oro es el reclamo, y tú podrías vender gracias a que vendrías conmigo y con mi oro, así que no te necesito para comerciar con los romanos. Tú deberías darme en hierro el equivalente al valor del peso de cien hombres en oro al año para que hablara por vosotros con los romanos. Teniendo en cuenta que el hierro no vale nada, creo que tú y tus tribus amigas deberíais darme cada uno el peso de diez mil hombres en hierro y en estaño al año.

 Rey Tol. Tú sabes que eso es demasiado. No tendríamos ya nada para comerciar con Roma, y ni siquiera para nosotros mismos – dijo Gardo con sus últimos resquicios de esperanza para hacer entrar en razón a un rey desquiciado.

 Eso es lo que hay. Por otra parte, quizá haya entre vosotros alguien que pudiera ofrecerme algo que me satisfaga más, dijo pasando sus ojos a lo largo de todo el grupo, y posándolos finalmente durante un tiempo en Siana, hacia quién tendió el filo de su espada rozando los pliegues de su túnica – Ahora, tengo mucho que hacer, ártabros – dijo cortante, cambiando de repente de actitud - Retiraos a meditar mi oferta, aunque os advierto de que no estáis en condiciones de decir que no. Dormiréis hoy en el campamento de los mineros, junto al río, y mañana sellaremos nuestro pacto. Idos.

Los guardias que cerraban la salida del recinto a sus espaldas dejaron de taponar la galería y rodearon al grupo conminándolos a salir, esta vez con descarados malos modos. No se habían dado cuenta hasta aquél momento de la maniobra de aquellos soldados tras de ellos, pero el caso es que ahora les superaban ampliamente en número, y las espadas que llevaban desenvainadas imponían cuando menos prudencia al grupo. Se pusieron en marcha todos en tropel a lo largo del túnel encajonados entre dos grupos de guerreros, con una fuerte sensación de ser tratados como esclavos, o peor, como ganado.

Salieron finalmente de la cueva de la montaña de oro, y se dirigieron hacia el lugar asignado para ellos en el campamento de los trabajadores por el camino que les indicaba con la hoja de su espada el jefe de los guerreros que les habían conducido hasta allí, que había estado aguardando a la salida, mientras otros guerreros a caballo les escoltaban, olvidando ya la mínima cortesía que habían guardado hasta entonces.

 Desde luego, este rey Tol no es demasiado hospitalario – dijo Gardo – Su gran casa y las cabañas de los suyos están allí arriba, ¿los veis?, y a nosotros nos dejan aquí abajo con los esclavos, en clara inferioridad.

 ¿Qué crees? ¿Se atendrá a razones? – preguntó Siana.

 No lo sé, Siana – Gardo calló unos instantes, con la mirada clavada en el suelo – No lo creo, hija mía. Nos ha hecho una oferta absurda, que sabe que no podemos aceptar, y nos arroja aquí para forzarnos a hacerlo. No sé si es que desde el principio no quiere pactar con nosotros, o es que en realidad le interesa más otra cosa – Al decir esto, Gardo fijó sus ojos en Siana y su rostro era sombrío – El caso es que nos ha dejado aquí esta noche, vigilados, cuando lo cierto es que si no quisiera nada de nosotros, nos podía haber despedido directamente, o es más, podía no habernos recibido, porque el mensajero que le enviamos ya le había prevenido en parte de nuestras intenciones. Además, no entiendo su ostentación de riqueza recibiéndonos en aquella cámara del tesoro, cuando tan celoso es para tratar con su oro, e incluso, por lo que sé, para mostrarlo. Sin embargo, a nosotros nos ha dejado entrar en aquella vieja mina, que ha habilitado como palacio o como sala de recepciones para ocasiones con esta, precisamente para que todos pudiéramos verlo. Podría ser únicamente la manía de ostentación de este viejo reyezuelo minero, pero tú misma viste su torques, Siana…., y viste también como te miró. No me gusta esta situación hija mía, debemos estar alerta.

La noche cayó oscura, y la hoguera de los ártabros y todas las de sus vecinos los trabajadores del oro del campamento fueron desvaneciéndose en rescoldos mientras los hombres iban retirándose poco a poco hacia sus tiendas o sus chozas. Todo el recinto se encontraba custodiado por una ronda de soldados que daban vueltas alrededor de su perímetro exterior. Siana y Mario tenían asignada una gran tienda de cuero que en este caso compartirían con Colain, mientras que Gardo dormía en otra tienda idéntica con los otros tres soldados que formaban la comitiva. Mario no podía dormir, inquieto por la actitud de aquél insolente reyezuelo, y miraba al techo de la tienda mientras escuchaba el rumor del cercano río. Daba vueltas y más vueltas en su cabeza a la extraña actitud del rey Tol, a sus miradas a Siana y a sus palabras al despedirlos, que le habían dejado un amargo regusto de sensación de peligro. También lo intrigaba la razón por la que Gardo había dado tanta importancia al hablar sobre el torques que llevaba puesto el rey curiosamente alrededor de su brazo y que mostró orgulloso a la embajada de los ártabros.

Había dado varias vueltas a un lado y a otro de su lecho cuando escuchó el ruido de cascos de caballos, primero como un sordo murmullo, que fue incrementándose rápidamente hasta hacerse plenamente audible. El ruido se aproximaba de tal manera, que a Mario le parecía que se dirigía directamente hacia la entrada de su tienda. De repente, el ruido cesó y Mario se levantó de un salto y salió corriendo de la tienda a tiempo para ver como una partida de hombres a caballo había llegado hasta ellos. Eran en total ocho hombres; siete habían descabalgado ya y se aproximaban aprisa hacia la tienda, mientras que el octavo permanecía a caballo, mirando la escena altivamente, recortada su figura contra la luz de la hoguera a sus espaldas.

Era el propio rey Tol en persona, que abría la boca al parecer disponiéndose a hablar. Mario estaba ya flanqueado por Colain y Golt, con Siana detrás, que acababa de salir de la tienda junto al último

guerrero. Los hombres de la segunda tienda salían también ahora, incluyendo al mismo Gardo. ¿Por qué se dirigían aquellos hombres hacia ellos con la espada desenvainada?

 Ártabros – dijo ahora el rey Tol en voz alta – He decidido ya cuál debe ser el tributo de debéis pagar para contar con mi apoyo en vuestro pretendido negocio con los romanos.

Todos permanecieron expectantes.

 Me conformo solamente con un tercio del hierro que podáis extraer en un año, pero a cambio debéis entregarme a la mujer, y quiero que ella siga manteniendo su condición dentro de vuestro pueblo, por lo que por tanto, yo heredaré su posición y seré considerado guerrero principal entre vosotros.

 Pero rey Tol – dijo Gardo – esas son condiciones que no podemos cumplir de manera alguna. Ella no es princesa, como tú parece que crees, sino que es sacerdotisa, y se debe a la….

 Las condiciones no son negociables, anciano, y no oses discutirme en mi tierra - gritó el rey Tol - ¡Tomadla! – gritó a sus soldados, señalándola directamente con su espada.

Los hombres de Tol tuvieron un solo instante de duda, que fue suficiente para que Mario lo aprovechase sin tiempo para pensarlo mejor. Cuando los hombres hicieron el primer ademán de aproximarse, él, con un paso decidido hacia delante ya había ensartado al primero de ellos en el vientre con su espada, y éste cayó al suelo sujetándose la herida con un gesto de horror en su cara. El resto de hombres se vieron sorprendidos por la rápida acción, lo que permitió a Mario seguir actuando en aquél estado de confusión.

Golpeó ahora con la hoja de la espada en la cara al segundo hombre, que cayó desplomado al suelo. Colain reaccionó casi tan rápido como

Mario, que como él, había tenido la precaución de salir de la tienda con su espada. Tomó ésta con fuerza tensando ostensiblemente los músculos de su brazo, y con un revés asestó un tremendo tajo en el costado al hombre del círculo que les rodeaba que tenía más cercano. Las espadas celtas de doble filo tenían un corte muy efectivo, y su forma era diferente a la del *gladium*[34] romano, que solía matar por punta, atacando hacia delante y ensartando al contrario. Sin embargo Mario había aprendido a combatir de cualquier manera con una *falcata* ibérica en la mano durante los dos años de campaña en Hispania.

El rey había calculado desde luego muy mal el número de la guardia que le acompañaba al rapto de Siana, y por supuesto, había subestimado la capacidad de reacción de los guerreros ártabros a los que ni siquiera había despojado de sus armas, dado que en aquél momento le quedaban solo cuatro soldados contra los cinco defensores, sin contar a Gardo y a Siana. Puede que alguno de éstos se encontrase aún desarmado, pero era algo que no entraba aún en el cálculo de los soldados de Tol, que retrocedían ahora evidentemente intimidados, mirando a sus tres compañeros tendidos en el suelo. Golt largó sin previo aviso un tajo en el brazo a otro soldado, lo que le hizo soltar su espada. El resto de soldados se miraron entre sí, claramente asustados ante su desventaja numérica, y retrocedieron hasta detrás del caballo de su rey, que permanecía altivo en su lugar, vociferando:

- Cobardes. Pagareis muy caro esto. Y vosotros, ártabros, sucios traidores, entregadme ahora a la mujer y os perdonaré la vida.

Mario dio dos grandes zancadas hacia delante, se puso a la altura del rey Tol y asió la brida de su caballo mientras mantenía agarrada su espada con la otra mano. De un gran salto asestó un tremendo golpe con la hoja plana de la espada al rey Tol en el hombro, tan recio, que lo descabalgó con un solo movimiento y quedó tendido en el suelo casi inconsciente, mientras sus soldados salían corriendo hacia el campamento como si se les hubieran abierto los infiernos.

 Vamonos rápidamente de aquí - dijo Gardo.

Todos los guerreros se habían preocupado por alcanzar sus propias espadas de las tiendas, y tal y como estaban, semidesnudos, salieron corriendo en grupo en dirección al río. Mario tomó de la mano a Siana, y marchó sin preocuparse de los demás. Únicamente volvió una vez la cabeza para ver si les seguían, descubriendo a Gardo corriendo tan rápido como el resto de los guerreros, demostrando en sus zancadas una agilidad impensable para su edad. No pudo ver al principio a Colain, pero se tranquilizó al verle finalmente entrar salpicando en el río veinte pasos por detrás de los demás.

Cruzaron el río en pocos saltos y tan pronto estuvieron del otro lado, tomaron la dirección del camino que ascendía hacia el alto que habían usado el día anterior, fuera ya de las tierras de aquellos salvajes defensores del oro. A lo lejos, comenzaban a oírse gritos y órdenes desde el poblado que dejaban atrás, por lo que sabían que deberían apresurarse para llegar hasta el campamento del día anterior, donde debían encontrar al resto de la expedición con los caballos, si no querían ser alcanzados y sufrir un horrible final.

Aún a pesar de la rapidez de su carrera, les pareció una eternidad las cortas horas que tardaron en llegar hasta arriba, con el miedo de saber que sus perseguidores contarían con sus monturas para alcanzarlos. Sin embargo, la noche les favorecía, dado que nadie se atrevería a cabalgar demasiado rápido a lo largo de aquél sendero empinado y estrecho, poblado de ramas y de maleza que dificultarían el paso de los jinetes. El campamento de sus paisanos se encontraba en el mismo lugar que lo dejaron, y el centinela les aguardaba en pie, con la voz de alerta dada y la espada en la mano cuando alcanzaron a verle.

 Somos nosotros, Bido – gritó Colain haciendo grandes aspavientos – corre a avisar al resto y tomad lo imprescindible para salir corriendo ahora mismo. Nos vamos de vuelta a Brigantia.

A pesar del desconcierto inicial, todos en el campamento se pusieron rápidamente en movimiento, mientras los recién llegados les iban explicando a grandes rasgos su fallida aventura en el poblado de los guardianes del oro. Dejaron allí la especie de tienda que habían montado entre dos árboles, subieron a sus monturas y tomaron únicamente las armas y las provisiones. En pocos minutos se encontraban ya todos en marcha a un ritmo frenético, algunos de ellos aún sin saber muy bien la causa de su huida.

Viajaron así durante algunas horas, hasta llegar al borde del territorio de las tribus ártabras, justamente cuando el horizonte comenzaba a palidecer por levante anticipando el próximo amanecer, dando gracias a los cielos por prolongar tanto la noche en aquella época del año. Tenían ya a la vista el primer castro ártabro cuando pararon. Habían llegado a un ancho prado, se encontraban ya en territorio amigo y estaba a punto de amanecer. Si los guardianes del oro los persiguieran, seguro que a aquellas alturas habrían desistido de llegar tan lejos. Pararon poco a poco sus monturas y fueron descabalgando uno a uno tras Gardo. Cuando se bajaron todos, Colain se dirigió directamente hacia Mario y le dio un efusivo abrazo.

— Estoy orgulloso de haber luchado a tu lado, Mario. No sabía que los comerciantes béticos fuesen tan diestros con la espada, pero desde luego, me alegro de haberlo descubierto en estas circunstancias – dijo con una ancha sonrisa, mientras le sacudía con ambos brazos.

Mario nunca hablaba del tema, pero pensaba en su fuero interno que, a esas alturas, todo el mundo debía saber ya que él no era un mercader bético.

— No tuve más remedio que actuar – intentó justificarse él - No me dio tiempo a pensar y no pensaba que el resultado final fuera a ser tan efectivo. Supongo que el miedo te hace actuar fría y

eficazmente.

 Ya. El miedo y una gran destreza con la espada –respondió Colain con su habitual franqueza.

 Ya.

 Mario, no te lamentes, has actuado como debías – dijo Gardo -, y cualquier guerrero ártabro no lo hubiese hecho mejor que tú. El rey Tol no quería negociar con nosotros. Nos impuso unas condiciones estúpidas a cambio de nada. Solo quería probarnos, y con toda seguridad, sojuzgarnos a su antojo, porque esas condiciones eran humillantes e inaceptables. Finalmente, su ansia de poder y su lujuria han podido con cualquier tipo de negociación. Has actuado como actúa un hombre defendiendo a su mujer.

 Si, Mario, te lo agradezco en el alma – dijo ahora Siana para que lo oyesen todos.

 Ahora tendremos que ver si nos siguen – volvió a decir Gardo – Me temo que la guerra es inevitable; no creo que podamos negociar más con el rey Tol.

 No, desde luego eso será imposible – dijo Colain, mostrado en su mano el gran torques del rey Tol mientras sonreía socarronamente.

 ¿Cómo te hiciste con el torques, Colain? – preguntó preocupada Siana.

 Cuando Mario tumbó al rey con aquél golpe de su espada, y justo antes de salir corriendo, mientras intentaba levantarse, yo le así por la cabeza y le rebané el cuello. En ese momento me acordé del torques, así que se lo arranqué del brazo y cuando miré hacia atrás, se estaba desangrando como un puerco sobre la tierra. Lo

siento, pero si le hubiese dejado vivir, habría podido organizar nuestra caza. Así, pudimos ganar tiempo para llegar hasta nuestro campamento; aquellos guardianes del oro no saben dar un paso sin su rey.

 Gardo, creo que Colain tiene toda la razón – dijo Mario. Cuando aquellos salvajes encontrasen a su rey muerto sobre el suelo, tendrían tal desconcierto que tardarían horas en salir en nuestra persecución, si es que alguien consiguió organizar su partida. Es lo único que puede explicar que no nos diesen alcance. Creo que eso nos salvó la vida a todos.

 Quizá si – dijo Gardo – Pero en todo caso, la guerra es ahora inevitable. No sé si inmediatamente o cuando consigan organizarse, pero desde luego, ningún pueblo galaico permitiría entrar en su casa a unos rivales que consiguiesen matar a su rey y que además saliesen después indemnes, por mucho que éste fuera un tirano. Sobre todo, si además estos extraños roban el torques sagrado.

 ¿Qué pasa con ese torques? –preguntó inocentemente Mario.

Todos los demás le miraron, y Gardo, Siana y Colain mostraron un rostro serio sin decir palabra alguna. Mario intentó otra pregunta quizá menos comprometida.

 ¿Qué haremos ahora?

 Si conozco un poco a este pueblo salvaje, algo me dice que intentarán organizarse para atacarnos cuanto antes, y además, nos exigirán como primera medida, que les entreguemos a Siana y al torques – respondió Gardo.

 ¿A Siana, ahora? ¿Para qué? – dijo sorprendido Mario.

 Fue el último deseo de su rey y nosotros se lo negamos. Ellos

intentarán aplacar su espíritu sacrificando a Siana y entregándosela, o quizá el gordo de su hijo Bedo pretenda hacerla su esposa o su concubina. Estos salvajes no respetan a los dioses. Convendría mantenerla alejada de la circulación durante un buen tiempo, así evitaríamos traiciones entre nuestros vecinos – propuso Gardo con solemnidad.

 No hablemos más ahora – intervino Colain – Lo primero es entrar en el poblado de nuestros vecinos y prevenirles contra nuestros perseguidores, aunque supongo que deben estar ya constantemente alerta contra ellos antes de que llegásemos nosotros. Después podremos organizarnos.

La compañía se puso de nuevo en marcha con aire sombrío hacia el pequeño castro de *Mera*, que les abrió las puertas antes de que terminasen de recorrer la rampa que ascendía hasta el promontorio en donde se agrupaban un conjunto de no más de cincuenta casas circulares. Gardo y Colain se dirigieron directamente al jefe del poblado y le pusieron en antecedentes, y a pesar del peligro que para ellos podía suponer esta situación, les mostró todo su apoyo.

 Os felicito, hermanos – dijo el guerrero – ya era hora de que alguien diese su merecido a ese insolente rey, que se creía superior a todos nosotros. Si hubiese podido, yo mismo lo hubiese hecho antes, por lo que no os voy a recriminar por hacer algo que debíamos haber hecho antes los demás.

 Pero ahora la alianza que buscábamos, y a la que vosotros también decidisteis adheriros, ya no será posible – apuntó Gardo.

 Esa alianza quizá sea posible más adelante, con otras personas diferentes del rey Tol. El caso es que yo recelaba de ir de la mano de ese rey avaricioso, y mejor que se haya desvelado al principio, porque seguro que nos hubiese traicionado más tarde. No era un hombre de palabra. Bien, no es hora ya de lamentarse por lo hecho, que bien hecho está. Descansad hoy y mañana pensaremos como

hacerles frente, si es que se atreven a venir hasta aquí.

 Lo harán, tenlo por seguro – dijo Gardo, mientras miraba a Colain, que permaneció callado.

Se quedaron aquél día descansando en compañía de aquellos ártabros que les habían acogido en su casa y pensando los pasos a dar a partir de aquél momento. Pasaron también la noche escuchando las historias de los hombres de Mera, largamente humillados por el rey Tol, vecinos de los guardianes del oro, hartos ya de su arrogancia, y pudieron conocer los detalles de su infamia.

A la mañana siguiente, los miembros de la antigua embajada se reunieron de nuevo alrededor del fuego cuando el sol empezaba a salir.

 Yo me siento culpable de que en parte por causa mía se haya armado todo este alboroto y haya fracasado nuestro proyecto. Me temo que vamos a dejar el campo abonado para los romanos – dijo abatida Siana, que lucía ahora el llamativo torques el rey Tol alrededor de su fino cuello.

 No es culpa tuya – la tranquilizó Gardo -, ya que un rey como Tol no podía imponer condiciones tan denigrantes a otro pueblo vecino y hermano. No te preocupes, puesto que él buscaba el enfrentamiento de una manera o de otra, y ahora veo que era solo cuestión de tiempo el que con una u otra excusa, terminara por agredir a nuestro pueblo. Quizá nuestra única culpa es haber confiado en que ese miserable pudiera razonar y participar en algo con los demás. A lo largo de estos años ya venía demostrando que se sentía algo más que el rey de su montaña de oro y hostigaba con descaro a nuestros vecinos cada vez más frecuentemente. Es el destino de nuestros pueblos; no solo no conseguimos organizarnos contra Roma, sino que además, nos peleamos entre nosotros. Sin embargo no me arrepiento, teníamos que intentarlo. Ahora la única

prioridad es procurar defendernos del seguro ataque de los guardianes del oro. Si conseguimos unir a todos nuestros vecinos contra ellos ya me daré por satisfecho.

Todos quedaron en silencio, sobre todo Siana, que sabía que su ambicioso plan de presentar un frente común de todos los pueblos galaicos contra Roma había fracasado por la miserable ambición de un pequeño rey de una mezquina tribu.

 Nuestros hermanos ártabros nos auxiliarán – prosiguió Gardo -, de eso estoy seguro, y también nos defenderán si nos atacan, pero debemos prevenir traiciones enviándote lejos, Siana, donde nadie te pueda localizar. Mi consejo es que partas acompañada por Mario al extremo norte donde la tierra termina, al puerto de Bar, donde llegan los barcos de los aventureros del norte. Allí conservo grandes amistades que podrían ocultaros durante el tiempo que necesitemos. La tierra de los *arrones* es un territorio duro y sus gentes también, pero estoy seguro de que harían cualquier cosa que les pidiese, ya que en el pasado yo hice importantes cosas por ellos.

 Si hay guerra debo estar presente –dijo Mario– Al fin y al cabo puede decirse que yo la comencé

 Estás en tu derecho, pero tu misión más importante es alejar a Siana de Bedo. Si la capturasen o la hiriesen sería desastroso para nosotros, y no solo por lo que ella representa para nosotros sus allegados, sino porque se trata de una sacerdotisa de la Luna, la principal de entre todas ellas cuando Leta muera, y nuestro pueblo debe defender sus cultos y a las personas que los representan, que mantienen nuestro vínculo con lo divino. Si ellos llegasen hasta Siana, se apropiarían de una parte del alma de los ártabros.

 Si Gardo, lo comprendo – dijo Mario – Yo también quiero que ella se encuentre a salvo, pero mi deber es luchar con vosotros. No sería un hombre si no lo hiciera, en mi tierra aunque no lo creáis,

también es así.

 Habrá tiempo para ello, te lo aseguro, no creo que esta guerra dure unos pocos días – siguió diciendo Gardo – y el hijo que esperáis debe nacer en un lugar diferente a la guerra. El camino hacia el norte comienza justamente en este punto, y aunque es largo, no es excesivamente duro. Te mandaré un mensajero pronto que te informará del transcurso de los acontecimientos y podrás considerar, si quieres, la posibilidad de unirte a la lucha, aunque siempre que Siana se encuentre completamente a salvo. Ahora debéis partir inmediatamente, antes de que vengan los guerreros de Bedo, que ya deberían estar aquí.

Mario y Siana se miraron y no dijeron nada. Gardo lo había dispuesto ya todo y no había lugar a réplica, por lo que cualquier palabra estaba de más. Tomaron un amuleto que Gardo les entregó para que fuesen reconocidos entre los arrones, y uno por uno les dieron un abrazo en silencio antes de partir

11.- LA GUERRA DE LOS GIGANTES

El viaje duró casi dos días, a pesar de que les habían dejado uno de los mejores caballos de la partida. Aunque habían acumulado un tremendo cansancio después de tantas jornadas fuera de poblado viajando y durmiendo a la intemperie, el trayecto fue relativamente placentero para Mario, que al fin se encontraba de nuevo a solas con Siana. Por contra, se sentía mucho más desprotegido que viajando con el grupo, sobre todo atravesando una zona tan poco poblada como aquella. Se suponía sin embargo que era un territorio seguro, y Gardo les había dado indicación de algunas aldeas amigas a lo largo del camino a las que poder acudir en caso de necesidad. En la única noche que pasaron en el camino, prefirieron sin embargo dormir a la intemperie, disfrutando del singular buen tiempo y de su soledad.

La llegada al poblado de *Bar* fue el mediodía del segundo día, y el recibimiento fue afectuoso en cuanto mostraron el amuleto de Gardo: una espiral tallada en piedra colgando de una tira de cuero, que Siana se había puesto inmediatamente al cuello sobre el gran torques de oro.

 Siana, debes contarme la historia de ese torques de oro ¿Por qué es tan importante?

 La historia de este torques es la historia de nuestro pueblo. La historia de toda Gallaecia, si quieres, porque todos los pueblos están ligados a ella. Por eso es tan importante.

 ¿Por qué lo tenía entonces el rey Tol?

 Es largo de contar, pero el caso es que el torques debe permanecer en manos más puras que las suyas, y que le den la utilidad para la que fue forjado. Sobre todo, y esto es muy importante, no debe se objeto de codicia ni de comercio por parte de hombre alguno, ya que su valor está por encima de cualquier posesión. Tol lo tenía como trofeo, ya lo viste. Por eso, Colain hizo muy bien en arrebatárselo, porque si no, hubiese pasado a su hijo

Bedo.

 Bien, si se queda contigo no creo que esté nunca en mejores manos.

Según pudo ver Mario desde el primer día, la vida de los que poblaban la aldea de Bar, aunque dura, era apacible y transcurría entre la pesca y sus actividades en el bosque cercano, tan impenetrable en su interior como el que rodeaba Brigantia. Se trataba de gentes rudas, más aún que los ártabros desde su punto de vista romano, pero que huían del enfrentamiento, aislados como estaban en aquél extremo norte donde los mares se enfrentaban y cuyo pequeño puerto al abrigo de las tempestades servía de plataforma para la navegación hacia el oscuro norte.

Sin embargo, Mario no pensaba tener ocasión de acostumbrarse a esa vida, ya que la guerra con el rey Bedo le llamaba hacia el sur. Un mensajero de Gardo llegó a la aldea al cabo de unos días confirmando los primeros enfrentamientos con los guardianes del oro, y anticipando una gran confrontación en campo abierto para las próximas semanas. Mario estuvo reflexionando durante todo el día, pensando en su situación, y calibrando el riesgo que correría en el combate, pero en su fuero interno se sentía moralmente obligado a acudir a luchar del lado de Brigantia, el pueblo que le había acogido para defender lo que creía justo, a pesar de que el estado de Siana le aconsejaba lo contrario, dado que se aproximaba ya el momento del alumbramiento.

 Siana, sabes que finalmente tendré que irme. Aún restan tres lunas para el nacimiento y me gustaría pasarlos contigo, pero no puedo rehuir la guerra, sobre todo, después de empezarla yo. Sabes que al fin y al cabo soy un soldado.

 Tú no la empezaste. Ve, creo que debes ir, pero te necesitaré a mi lado cuando nazca nuestro hijo. Ten en cuenta que será medio

romano, y no encontrará a ningún otro romano por aquí – respondió Siana con una sonrisa - Te necesitará cerca.

Los ojos de Siana decían sin embargo otra cosa, y Mario no terminaba por decidirse a marchar definitivamente. Las siguientes noticias que Gardo les iba dando puntualmente fueron empeorando incluso las primeras expectativas. Hacía ya casi dos lunas que el conflicto con los guardianes del oro se había iniciado a la muerte del rey Tol, y tras unas primeras hostilidades, el conflicto había desembocado en una guerra abierta entre los dos pueblos que se había intensificado si cabe en la última luna. Los ártabros habían decidido denominar de una forma no exenta de ironía al conflicto como *la guerra de los gigantes*, dado el orgullo un tanto pueril con el que aquél pueblo de mineros defendían su pretendida ascendencia directa a partir de los antiguos constructores de los grandes monumentos de piedra que se repartían por aquellas tierras.

Tal había sido la situación dibujada por Gardo en sus misivas a Siana, sobre todo tras el relato transmitido por el último mensajero que había llegado ese mismo día, que Mario no pudo esquivar más la decisión tantas veces aplazada y se veía ahora obligado a unirse de manera definitiva a la lucha contra los *gigantes* en defensa del territorio de Brigantia. Decidió finalmente dejar sola a Siana en aquél apartado rincón a pesar de sus escrúpulos, aunque volviendo enseguida a su lado tras el combate. No podía dejar que otros muchos murieran por defender algo que al fin y al cabo, él había comenzado, y además estaba convencido de que su experiencia en otras guerras podría ser decisiva en la victoria de aquella nueva patria adoptiva, en la que había decidido vivir.

Por ello, aquél día decidió finalmente partir de mañana, dejando a Siana a buen recaudo, a cargo de los vecinos que tan bien les habían acogido desde que llegaron hasta aquél extremo norte del territorio galaico. Esta vez se dijo que permanecería al lado de los guerreros brigantinos hasta el desenlace final de la guerra y no rehuiría la lucha

hasta haber vencido a sus odiosos enemigos. Se lo debía a todos ellos.

Mario abrazó largamente a Siana y tomó su espada. Tenía sus pertrechos preparados sin desembalar desde que llegaron, ya que vivía en vilo esperando la noticia que finalmente el día anterior había recibido. Temía el momento de decírselo a Siana, pero no hizo falta, ya que cuando ésta vio su cara al escuchar las palabras del mensajero enviado por Gardo, supo que su decisión estaba tomada y que no cabía otra alternativa para un hombre de guerra. Fue ella misma quien le trajo su espada y puso su mano en el hombro de Mario. *Ve*, le dijo simplemente.

 Llegaré enseguida, Siana, y viviré para veros de nuevo a ti y a nuestro hijo, descuida – dijo finalmente desde el caballo con su última mirada. Espoleó su caballo con los tacones y salió junto al guerrero que había hecho de mensajero obligándose a no mirar hacia atrás. No quería retener en su cabeza la imagen de Siana en su única separación en caso de que muriera en la batalla, sino la de los tiempos felices que habitaba para siempre en su interior.

Mario cabalgó hacia Brigantia con el guerrero que le acompañaba por un camino que descendía muy próximo a la costa, evitando el avance de las tropas del rey Bedo en el interior. Sabía por su acompañante que la resistencia de los pueblos ártabros se organizaba en los altos próximos a Brigantia, intentando evitar el avance de las tropas enemigas hacia el golfo ártabro. Hicieron el camino en poco más de un día, aunque Mario ardía en deseos de unirse a sus compañeros en la lucha, y aquello le pareció un periplo interminable.

Se dirigieron al borde de los bosques que ascendían desde la ladera que conducía a Brigantia, donde Olen había organizado el ejército de los ártabros con las aportaciones de los pueblos vecinos a Brigantia, donde llegaron casi a mediodía. Allí, Colain se encontraba a la cabeza de un reducido batallón formado por guerreros de las tribus próximas al *fin de las tierras* que habían decidido unirse para defender a sus

vecinos ártabros, como prueba de amistad y de respeto hacia Gardo.

— Me alegro tanto de verte – fueron las sinceras palabras de Colain al aproximarse, anticipándose a la formal bienvenida de Gardo quién, junto a otros guerreros más acudió a recibirles a media jornada de viaje desde Brigantia, en los altos donde azotaba el viento que ascendía desde el mar.

Mario admiraba la franqueza de aquél hombre y le gustaba su actitud tremendamente afable hacia él, al fin y al cabo un recién llegado de un pueblo potencialmente enemigo. Con el tiempo habían llegado a ser grandes amigos.

— Mario – dijo ahora Gardo – me alegro de que estés bien, y un brazo más, sobre todo si es tan fuerte como el tuyo, siempre será bienvenido a nuestro lado en esta horrible guerra. ¿Qué tal está Siana?

— Bien, a pesar de lo cabezota que es, ya que se esfuerza en hacer todas las cosas que hacía antes de estar embarazada, y la verdad es que ya no debe hacer esfuerzos así. Tú ya sabes que no está en su carácter quejarse de nada.

— Apresurémonos. Deben organizarse en diferentes cuerpos de batalla a todos nuestros aliados, y también debemos descansar antes de la lucha. Según nos dicen, los *gigantes* se están movilizando hacia aquí, aunque creemos que no podrán llegar antes de mañana hasta nuestra frontera en las tierras llanas. Sin embargo, sería bueno llegar nosotros antes y situarnos bien para recibir a esos miserables, no vaya a ser que empiece la lucha antes de que lleguemos – dijo entonces Colain lleno de entusiasmo.

Mario, Colain y el resto de guerreros partieron hacia el Este tras despedirse allí mismo de Gardo, y tras marchar todo el día siguiendo los caminos de las grandes piedras que comenzaban ya a hacerse

familiares para Mario, llegaron a las tierras llanas. Encontraron acampado a su propio ejército, que se había formado recolectando todos los guerreros de las tribus de los pueblos afines, y que formaba un cuerpo sorprendentemente numeroso, tal era el grado de filiación que había encontrado Gardo entre sus vecinos. Los ártabros habían salido de noche de sus casas y se habían reunido en los altos más allá de Brigantia para llegar a las tierras llanas. Esperar a Bedo en la ciudad hubiese dado demasiada ventaja a sus enemigos. El ejército formado estaba comandado por el orgulloso rey Mado, que les recibió en su tienda con evidentes signos de satisfacción.

Se notaba que los guerreros celtas estaban terriblemente excitados e incluso felices de entrar en combate por defender sus tierras y su orgullo, y Mario parecía contagiarse inconscientemente de su entusiasmo, ya que se sorprendió a sí mismo agradablemente motivado y se preguntó si los *gigantes* serían capaces de reclutar un ejército tan numeroso.

A pesar de que el pensamiento de Mario se escapaba constantemente hacia el norte, y se preguntaba si volvería a ver a Siana, intentó tomar la actitud que adoptaba en su época en el ejército romano a las órdenes de Décimo Junio Bruto, cuando la guerra no era más que un medio para alcanzar la gloria y la victoria se daba por supuesta. Se acomodaron rápidamente entre aquellos guerreros e intentaron pasar una noche tranquila sin pensar en nada, bebiendo y riendo antes de la primera gran batalla.

Los primeros enfrentamientos no fueron demasiado favorables para los ártabros, que se habían visto obligados a retroceder finalmente el equivalente a más de una jornada de viaje hacia Brigantia, ante el empuje y la mejor organización en el ataque de la vanguardia del ejército del rey Bedo. El gran problema de los ártabros, según había observado Mario en el poco tiempo que llevaba con ellos, era la organización de sus hombres, la descoordinación entre las filas y la carencia total de estrategia en la lucha.

Aquella noche era la víspera de la que se presumía como la batalla decisiva de la guerra, donde los ártabros se jugaban ya el todo por el todo a las puertas de su casa. Era difícil dormir, y Mario sentía ahora aquella presión vacía en la boca del estómago que había tenido toda su vida antes de afrontar algún asunto importante, antes de cada una de las veces que había entrado en combate, y aquella ocasión no tenía porqué ser diferente. Sentía un sudor frío en sus manos y una crispación en sus dedos y en sus ojos, siempre atentos y a punto para reaccionar. La noche se hizo tan incómoda que estaba esperando con deseo el momento de entrar de una vez en acción.

Pensaba en Siana y en su futuro hijo, incluso mientras bebía con sus compañeros antes de retirarse a su tienda. Al despertar se encomendó a Marte, como antes de cada batalla, e incluso añadió a su panteón a *Lugh*[35], como el resto de los brigantinos, y también a los dioses celtas de la guerra que conocía, pero incluso en aquellos momentos, pensaba en Siana.

La lluvia arreciaba ahora. Desde que Mario había arribado a aquellas tierras había sido una compañera habitual en gran parte de sus días, hacía ya más de un año, pero hoy parecía descargar con la furia de los dioses, ofendidos quizá por la lucha entre hermanos que estaba a punto de desencadenarse.

Mario miraba a su alrededor y veía la fiereza en la mirada de los

guerreros celtas que le rodeaban y de los que ahora formaba parte. Nadie, pensó, sería capaz de distinguirle de uno de ellos, con sus ropas galaicas y con su cabello largo casi hasta los hombros. No llevaba sus mismos adornos, pero su espada era céltica, de bronce como la de ellos. Sabía ya casi todo sobre la guerra entre aquellos pueblos. Era simple, ya que predominaba la lucha cuerpo a cuerpo y carecían prácticamente de táctica alguna, por lo que Mario siempre tenía alguna ventaja en esta circunstancia, ya que había sabido conservar algunas habilidades de la legión romana que le permitían cubrir sus espaldas frente a sus oponentes, que acometían siempre a pecho descubierto, y muchas veces, desnudos, sin protección alguna, ya que para ellos el valor, decían, era la única armadura válida.

Los guerreros de los odiados guardianes del oro habían conseguido saquear algunos castros fuera de su territorio, y habían alcanzado algunas victorias parciales gracias a su ofensiva inicial, aunque en los últimos días, las tribus ártabras habían conseguido organizar todas sus tropas y habían presentado cara a su avance. De hecho, Bedo parecía ahora lanzar una ofensiva total jugándose a su vez el todo por el todo lanzándose sobre Brigantia directamente, buscando una victoria rápida. Los vecinos de Brigantia, sin embargo, habían reaccionado rápidamente ante el riesgo de ser sometidos por el despreciable Bedo y por la secular codicia de su pueblo, buscando la ayuda de sus aliados.

— Estos *gigantes* no me parecen más que enanos grandes - le dijo Mario a Colain, riendo.

Se encontraban en lo alto de la colina a la que se habían encaramado con sus caballos antes del amanecer para tener así una posición de ventaja sobre sus enemigos, ya que contaban con una mejor perspectiva a las primeras luces del alba. Lo cierto es que la batalla les tenía que ser favorable, esta vez no había margen para el fallo, y Mario había procurado hacerse escuchar por el rey Mado para preparar la batalla decisiva desde un punto de vista estratégico, y gracias a ello, por lo menos la posición relativa de ambos ejércitos les

era teóricamente favorable para la defensa del territorio brigantino.

 Hoy les haremos ahogarse en su propia avaricia – le dijo Colain, sonriendo. Aquél guerrero se había convertido en compañero habitual de Mario, e incluso, en su mejor amigo en aquella nueva vida desde hacía algo más de un año. Su relación se había intensificado en los últimos tiempos al compartir los esfuerzos a los que los sometían aquella guerra.

 Aún rabian como lobos desde que les arrebataste su torques de oro – le contestó con un guiño.

 Nuestro torques, querrás decir. Espero que en cuanto termine esta batalla corras al lado de Siana. No solo por el torques – respondió Colain con sinceridad.

 Ya lo sé, amigo. Ella también te aprecia como a un hermano, pero dime, ¿por qué es tan importante este torques?, ¿y por qué lo asocias siempre a Siana? – interrogó Mario.

 ¿Aún no lo sabes? Es un antiguo símbolo de nuestro pueblo – respondió Colain circunspecto.

 Si, ¿y qué más? – inquirió ahora Mario con intención, aprovechando la complicidad de la situación.

 Bien, Mario, creo que no se te escapa nada – se rindió por fin su amigo.

 Los romanos somos así de suspicaces – dijo Mario sonriendo. Hacía tiempo que sabía que Colain conocía su procedencia, pero nunca lo había reconocido tan abiertamente como ahora.

La lluvia seguía cayendo sobre el campo, ahora con una cadencia suave que seguía empapando las cosas ya mojadas, aunque dando una

pequeña tregua que permitía al amanecer repartir una tenue claridad, suficiente para que Mario pudiera mirar a los ojos de Colain. Los dos hombres habían bajado de sus caballos y se habían aproximado al cobijo de una gran encina que les libraba de la lluvia. Se sentaron sobre la hierba húmeda mientras hablaban.

 Está bien, *romano* – dijo Colain arrastrando la frase - La edad de esa joya es desconocida, fue forjada por encargo del primer Rey en el tiempo de los antiguos gigantes por hombres más puros que los de ahora, mucho antes de que llegaran las nuevas tribus del Este. El metal que lo forma fue el primer oro que encontraron nuestros antepasados en estas tierras y les fue dado por los dioses, antes de que la codicia se apoderara de ellos y terminaran como el rey Tol. Su forma es la de una serpiente con una cabeza en cada extremo, y la cabeza de cada serpiente es una piedra verde del color del corazón de los bosques, como nunca se han hallado en este país. Formaba parte de la ceremonia de coronación de los antiguos reyes, y su posesión estaba asociada al dominio sobre todos los pueblos al norte del Río del Olvido. El guerrero que portase el torques no podría ser vencido, ya que estaba protegido por los dioses, verdaderos poseedores en último término del torques sagrado. El último portador legítimo del torques fue el abuelo de Siana.

 ¿Gardo? – se extrañó Mario.

 No, Mario, Gardo no es en realidad su abuelo – explicó Colain - aunque la ha criado como tal, y si me apuras, mejor que un padre. El abuelo de Siana fue el rey Cileno de Brigantia, que intentó, como ahora ella, la unificación de los pueblos ártabros, arrones, y muchos otros más, bajo un único rey que estaría representado por el poder del toques de oro. Fue un gran guerrero, del que se dice que imponía silencio con su sola voz hasta a los pájaros del cielo.

 ¿Lo consiguió?

 Lo hubiera conseguido, de no haber sido por Bedo, el padre del rey Tol, ahora muerto, y abuelo del nuevo rey Bedo.

 ¿Le venció en la guerra? – preguntó ansioso Mario.

 No Mario, le asesinó mientras dormía. Dijo que el rey Cileno le llamó a su choza e intentó matarle a él, y por eso tuvo que defenderse clavándole su espada. El cuerpo del rey Cileno apareció con una espada en la mano, pero era una espada ritual, que nunca usaba en la lucha. Mi padre bien lo sabía porque luchaba siempre a su lado a pesar de que en aquella época no era más que un muchacho. Entonces, el rey Bedo reclamó para sí el torques, ya que según él, Cileno había deslegitimado su poder al intentar matar a otro rey, y llamó a todos los pueblos a unirse bajo su mandato. El caso es que se ciñó el torques alrededor del brazo pero no consiguió que el resto de pueblos le obedecieran. Sólo pudo someter a una serie de infortunadas tribus alrededor de su tierra, que son los que has conocido trabajando para su hijo extrayendo el oro que almacenan en aquella horrible mina antigua.

 ¿Y desde entonces quedó el torques en poder de los guardianes del oro?

 Si, Mario – proseguía Colain - Todas las tribus sabíamos que era un poseedor ilegítimo, pero prefirieron que se lo quedara él y evitar una nueva guerra. Después, como sabes, aquél torques pasó a manos de su hijo Tol, que se volvió aún más avaricioso y mezquino que su padre. La posesión del torques de manera ilícita le maldijo para siempre, e hizo que su existencia fuera miserable, sólo pendiente de la extracción y la acumulación del oro. Lo peor es que la maldición se extendió también por todo su pueblo y por las tribus sometidas. Finalmente, este ansia se volvió contra él y le arrebató la vida.

 Con ayuda de tu brazo y de tu espada – apuntó Mario.

 Sí, eso es verdad también – dijo riendo Colain – Pero el caso es que los dioses ponen al final a cada uno en el sitio que le corresponde. Él habrá sido enterrado en aquella mina que adoraba, rodeado de oro, pero sin su preciado torques, por el que estoy seguro que estará rabiando en los infiernos.

 Por eso es entonces tan importante el torques, y esa es su relación con Siana – dijo pensativamente Mario.

 Sí, pero esa no es toda la historia. El padre de Siana, Ciogán hijo de Cileno, había jurado venganza contra el viejo rey Bedo. Era un orgulloso guerrero que nunca había provocado una confrontación con tribu alguna, pero al que la muerte de su padre le llenó de odio y de rabia. El hecho de que no se le hubiera dado ocasión de conseguir el objetivo de unir a todas las tribus galaicas no le dejaba vivir. En el fondo, sabía que a la larga era esa la única oportunidad de sobrevivir para todos nuestros pueblos, y eso es lo que siempre ha movido también a Siana a hablar con otras tribus, a buscar un objetivo común, y quizá la expedición de los romanos no haya sido más que una excusa para poder realizar lo que la había inquietado durante toda su vida.

En la época en que Siana era aún un bebé, su padre reunió a un ejército de guerreros que como él, no aceptaban la arrogancia del rey Bedo, pero los pueblos ártabros y sus vecinos no les apoyaron lo suficiente, a pesar de que estaban de acuerdo con él. El miedo a una larga guerra pudo más que sus razones. Únicamente fue el poblado de Mera, donde llegamos el día que huíamos de los soldados del rey Tol, los que les dieron su apoyo incondicional. Allí acudieron todos y crearon su base de operaciones contra el odiado vecino. Ciogán reclamó a Bedo el torques y le acusó de haber asesinado a su padre, pero este se rió de él en su cara y tras una lucha desigual, en la que se demostró la enorme diferencia de fuerzas entre los dos ejércitos, Bedo le venció en una batalla entre ambos ejércitos cerca de donde

acampamos cuando fuimos al valle de los guardianes del oro. Allí, el padre de Siana murió, y Bedo aprovechó para saquear Mera, razón por la que sus habitantes guardan un odio visceral contra los guardianes del oro. Allí Siana, que era un bebé, y su madre, que para desgracia suya aguardaban a Ciogán en Mera, fueron capturadas por el rey Bedo, que aprovechó para hacer su concubina a la mujer de su antiguo enemigo. Desde entonces, se atrincheró en su pequeño reino, sin contacto con el resto de pueblos, pero orgulloso de su gran cantidad de oro, que le servía para comerciar lo necesario para poder mantener con lo imprescindible a su pueblo y que así pudieran seguir trabajando en sus minas.

Cuando Bedo se cansó de Salia, la madre de Siana, tras incontables maltratos, la abandonó a su suerte en los campos con su hija pequeña en brazos, a la cuál hizo tan poco aprecio que pudo conservar la vida. Salia vino a morir a Brigantia, pero antes pudo entregar a la niña al cuidado de Gardo, quien halló a las dos tendidas junto al camino poco antes de llegar a Lambre. Gardo era en aquella época un druida que vivía siempre viajando de un pueblo a otro buscando, como él decía, conocimientos sobre el mundo, y era ya respetado por casi todos los pueblos conocidos, como lo sigue siendo ahora. Sin embargo, la responsabilidad del cuidado de una niña pequeña le hizo instalarse definitivamente en Lambre, ya que no quiso hacerlo en Brigantia. Como has podido comprobar, Gardo no suele permanecer dentro del poblado, sino si es posible siempre un poco aparte, más cerca del corazón del bosque donde él se siente en paz, en el espacio sagrado y neutral que ha creado junto a Lambre y que ha convertido en el punto de celebración de todas las asambleas importantes. Aún así, Siana y yo nos hemos criado como hermanos desde que éramos pequeños, ya que tenemos casi la misma edad y mi padre siempre ha sentido una gran admiración por Gardo. Ellos se conocen desde jóvenes y siempre han vivido muy cerca el uno del otro, a pesar de que Gardo siempre ha estado moviéndose de un lado al otro.

 Por lo que veo, entonces el rey Tol se acordó de la historia de su padre y quiso repetirla con Siana.

 Sí, probablemente llegase a sus oídos la historia de Gardo y de Siana y reconociese en ella los ojos de su madre. Hay que tener el cuenta que cuando pasó todo aquello, Tol era ya un guerrero y debe recordar perfectamente a Salia, con la que dicen que Siana guarda un asombroso parecido.

Colain seguía mirando hacia el horizonte mientras contaba aquella historia, que desvelaba a ojos de Mario el origen de Siana y la terrible historia de traiciones de aquellos pueblos a los que se sentía ahora tan vinculado.

 ¿Por qué nunca me ha contado esta historia Siana? – dijo Mario.

 Eso no lo sé, querido amigo – respondió Colain -, pero sé que la historia de su madre le resulta dolorosa de recordar, y nunca habla de ella. Puede que por otro lado, no te quisiera implicar en todos nuestros enredos de ártabros cabezotas. Al fin y al cabo, tú eres un extranjero que no tienes por qué implicarte en nuestra triste Historia.

 Ahora ya no Colain. De hecho, aquí me tienes ahora, implicado hasta las cejas en vuestra Historia.

El guerrero callaba ahora y sonrió levemente, quizá recordando. Parecía sumido en profundos pensamientos.

 Vamos, creo que pronto tendremos que ponernos en marcha – dijo de repente Mario espoleando con el tacón los ijares de su caballo – Mira hacia allí.

En efecto, al borde de los lejanos árboles hacia los que el desordenado

ejército ártabro se había dispuesto aguardando la llegada de las tropas del nuevo rey Bedo, comenzaban a adivinarse movimientos que parecían presagiar lo que todos temían y esperaban. Poco a poco, una nutrida fila de soldados fue llegando al borde del bosque, con la mirada fija en los guerreros que les aguardaban, y algunos mandos a caballo comenzaron a caracolear de un lado a otro en la vanguardia dando órdenes a voces con su espada en alto. En el extremo opuesto, mientras Colain y Mario llegaban a su altura, los guerreros ártabros aguardaban pie a tierra con sus espadas desenvainadas y con la cara pintada de arcilla, con un aspecto que al propio Mario asustaba, a pesar de formar parte de una de las filas.

Mientras corría al encuentro del enemigo, se dijo que aquella lucha que en principio no iba con él, era ahora más que nunca de su incumbencia. A él más que a nadie le atañía de manera directa y en su propia persona, dado que la antigua afrenta hecha a Siana ahora revelada, le ofendía más que si fuera propia, y las pretensiones del rey Tol y del nuevo rey Bedo le parecían ahora más que nunca de todo punto repulsivas. Envidiaba la suerte de Colain de haber podido matar con sus propias manos a tan mezquino ser, descendiente de una estirpe de hombres degenerados. De hecho, intentaría con todas sus fuerzas matar al carnoso rey Bedo, causante de muchas muertes por la única razón de su codicia, de su insidia y de su repugnante orgullo. Con su primer golpe, un guerrero cayó a su lado mientras su sangre se mezclaba con el agua que empapaba la hierba del campo de batalla.

La lucha se encarnizó durante un tiempo que Mario no supo cuantificar en horas ni en días, y se fue trasladando de un lado al otro, según los ataques de una y otra parte, pasando de pelear con uno a otro guerrero, según éste cayese o cambiase de orientación el ataque. De repente, Mario se vio alejado del grueso de la batalla, y tras deshacerse de su último enemigo, se vio solo, lejos de su montura, luchando contra un único guerrero más bajo que él, que le incitaba con su espada como burlándose de él. Cuando se disponía a cargar de forma decidida contra él, el guerrero bedo se ocultó tras unas rocas y

Mario salió corriendo tras él ebrio de ira. Había caído en la trampa.

En el momento de saltar al otro lado de las rocas maldijo su mala estrella, pero sobre todo, se maldijo a sí mismo por su exceso de confianza, impropio de un soldado, sobre todo de un soldado romano, y que probablemente le iba a costar la vida, justo antes de ver al guerrero que le esperaba a caballo al otro lado, detrás del pequeño burlador, que ahora le sonreía con superioridad.

- Bueno, no son más que dos – se dijo – De peores habremos salido.

Sin embargo, sabía que la superioridad que le daba al nuevo guerrero su montura era decisiva. Nunca se había enfrentado cara a cara desde el suelo con un soldado a caballo más que para asestarle algún golpe y salir después corriendo. De hecho, esto último era lo que ahora mismo se le ocurría como único recurso.

Dio un salto hacia la derecha y trepó unas peñas con la mayor rapidez con la que fue capaz, intentando evitar el golpe por la espalda antes de llegar arriba. Afortunadamente, el burlador tenía las piernas demasiado cortas para haberle alcanzado en tan poco tiempo y los reflejos del guerrero a caballo no habían sido tan rápidos como los suyos, acostumbrados a velar por su vida en muchas más ocasiones que en las que su valor la ponía en peligro.

Una vez al otro lado de las rocas, el terreno era llano, lo que le venía bien para alcanzar velocidad antes de que los otros terminasen de reaccionar y le alcanzasen, aunque sabía que no era más que una salvación momentánea, porque en cuanto los celtas rodeasen la peña, el guerrero a caballo le alcanzaría en un abrir y cerrar de ojos. Se dirigió hacia los árboles vecinos, con la esperanza de que dificultasen el avance de aquellos. De repente, un rayo de luz llenó su pensamiento; si tan solo pudiese llegar hasta los árboles, puede que la salvación de su vida estuviese aún a su alcance.

Los jirones de niebla serpenteando a la altura de sus tobillos le trajeron un recuerdo que invadió su cabeza con la fuerza de un latigazo. El Pozo de las Brumas. Hacía pocos meses había estado en aquél mismo lugar, en otras circunstancias ciertamente, aunque no menos dramáticas que en las que estaba ahora. Se agachó para evitar unas ramas y giró rápido agarrándose al tronco del árbol que rodeaba. La espada del guerrero a caballo se clavó un codo por encima de su cabeza y le arrojó restos de la corteza a la espalda.

Había ganado unos instantes preciosos, ya que el jinete debía ahora arrancar su espada del árbol, aunque el pequeño guerrero sin montura no cejaba en su carrera tras él – Cobarde – pensó – si te hubiera agarrado a solas sin tu amigo a caballo no correrías de forma tan valiente, cerdo. No hubieses durado ni un solo golpe.

Conocía aquél lugar, ya que había estado muchas veces después en sus paseos con Siana, y estaba acostumbrado al tamaño y a la distancia de los árboles en los bosques cercanos a Brigantia. Éste no era muy diferente de los demás, y si resultase serlo, mala suerte, no tendría otra oportunidad de luchar si tropezaba y se caía. Las rocas. Un esfuerzo más y lo habría conseguido.

El corazón parecía salirle por la boca, dificultando el paso de aire a sus pulmones. No podía más, pero se resistía a soltar la espada, ya que su vida podría depender de ello. Estaba en la zona rocosa que recordaba de unos meses atrás, con el odioso guerrero corriendo a quince pasos de su espalda, y el jinete, que ahora había descabalgado al entrar en aquella zona impracticable para los cascos de un caballo, a otros diez pasos por detrás. Cada piedra y cada mancha de musgo parecía ahora su aliado, marcando el camino hacia el borde del acantilado. El manto de brumas parecía mantenerse intacto en aquella zona desde la última vez, tan denso a sus pies como un tapiz de pieles blancas. De nuevo el vacío en el estómago.

Mario saltó y rodó con cuidado hasta la gran roca a su izquierda, revolviéndose de tal forma que podía aguardar la llegada de sus enemigos, rodilla en tierra, enfrentado hacia el borde de la pendiente del farallón que se extendía a sus espaldas, oponiendo la punta de su espada hacia ellos. Un guerrero celta no podría dejar escapar una víctima así, teniéndola ya tan cerca, por mucho miedo que le diese aquél pozo sin fondo, por lo que no tenía duda alguna de que saltarían tras él. El primero de ellos, el pequeño burlador, apareció trastabillando por la pendiente a la vez que perdía su espada. Sus ojos mostraron terror cuando vio a Mario que le esperaba con la suya apuntándole directamente, sin poder evitar el caer hacia aquella dirección.

Mario no le hirió con su espada. Simplemente, le empujó con ella para que siguiera su rodar hacia el acantilado, ayudándole en su caída. El hombre no tuvo tiempo de gritar, ni de darse cuenta hacia donde la ceguera de su persecución le había llevado. Mario intentó librarse pronto de él, esperando la llegada de su nuevo compañero.

Éste llego con mayor tiento, bajando con todo el cuidado que permitía la bajada por aquél cortado, con un escalón inicial demasiado alto como para que un hombre fuera capaz de bajarlo agarrándose al borde sin saltar. Mario lo sabía, y sabía que el segundo guerrero perdería por un momento el control sobre su espada en el momento de saltar de espaldas a él. Cuando vio aparecer las botas de piel del galaico asomando entre la neblina lechosa que le rodeaba, se apresuró a aproximarse a él calculando el mejor ángulo para su ataque. En ese momento se oyó el grito cada vez más lejano del otro guerrero enfrentándose definitivamente a su destino, y el nuevo guerrero, que caía ahora sobre la pendiente, se volvió con un gesto de inmensa contrariedad, dándose cuenta de la ingratitud de la situación del cazador cazado. Mario no dudó en asestar un golpe definitivo a su oponente en el costado, sabiendo por su experiencia en la guerra como soldado romano, que no aprovechar las escasas situaciones de superioridad casi siempre significaba la muerte. Se apartó del camino

del segundo guerrero galaico, que rodaba ahora inerte para reunirse con su compañero en el fondo del abismo.

Cuando Mario pudo por fin volver con sus compañeros, aún no había acabado todo, pero la victoria se decantaba claramente de parte de los brigantinos.

¿Dónde estabas, romano? – le dijo Colain – Te vi huir seguido por dos enanos grandes, pero no pude ayudarte, lo siento – prosiguió, al mismo tiempo que remataba con su espada un guerrero enemigo moribundo a sus pies. Su brazo derecho y su mejilla brillaban con la sangre seca de dos grandes heridas.

Es largo de contar, pedazo de bestia. No es tiempo de charlas – dijo Mario mientras que se unía al grupo de guerreros ártabros que se disponía a cargar sobre los bedos en retirada, ladera abajo.

Tras dos horas más de lucha, en las que Mario se empleó como nunca en su vida, consiguieron hacer volver al nuevo rey Bedo y al resto de su tropa hacia sus odiadas tierras. Todos los guerreros brigantinos lo celebraron blandiendo sus espadas hacia el cielo y gritando de manera salvaje con toda la fuerza de sus pulmones. Incluso Mario sintió en sus carnes la liberación de dar rienda suelta a su tensión y al miedo a morir expulsando de esa manera todo lo concentrado en su interior hasta aquél momento.

Esa noche la celebración fue especial. Los hombres volvieron abrazados a Brigantia y formaron una gran hoguera en el centro del castro que pudo verse a varios kilómetros de allí. Todos se abrazaban y reían juntos, libres por fin de la perfidia de tan terribles vecinos, de tan horrible guerra, iniciada por la pura mezquindad de un hombre. Pero esa noche, a pesar de llorar a muchos muertos en el campo de batalla, era noche para celebrar, y el licor pasaba de boca en boca en el vaso común, y estaba permitido hacer burla de la hombría del enemigo, que tan engreído se había mostrado con ellos.

Mario se sentía muy identificado con aquella victoria, y de hecho, él había sido uno de los que más habían contribuido a la misma. Todos se lo reconocían ahora, y recibía felicitaciones de sus compañeros por todas partes, e incluso el rey Mado se había acercado a estrechar su mano secundado por Colain, su gran amigo. Sin embargo, pasados los primeros instantes de euforia, una profunda inquietud se abrió paso en su pecho y su actitud no era la de un soldado en pleno triunfo. Su gesto se tornó sombrío y rondaba la fiesta taciturno, apartado del bullicio general.

 ¿Qué pasa Mario? ¿No estás alegre? – preguntó Colain - Gracias a tu ayuda a la hora de plantear la batalla frente al rey Bedo, hemos podido vencer al enemigo y el rey Mado sabrá reconocértelo, te lo garantizo. Además, te aseguro que tu historia con aquellos bedos en el Pozo de las Brumas se transformará en leyenda por la mañana, y en el futuro todos los niños crecerán imaginando la fuerza de aquél héroe, y pelearán entre ellos por representar tu papel imitando tus hazañas en sus luchas infantiles. No creo que debas estar triste esta noche.

 Si Colain, tienes razón. Hemos vencido a esos codiciosos guardianes del oro, la ciudad está a salvo y nosotros estamos vivos, ¿qué más puede pedir un guerrero? Sin embargo, estoy preocupado. Algo me dice que debo volver con Siana.

 Yo sé qué es lo que te lo dice. Es una pena dejar sola a una mujer joven que le está esperando a uno – dijo Colain socarronamente.

 No es eso, pedazo de bestia. Estoy intranquilo. Es una persona demasiado valiosa como para estar sola. Además, por si no te acuerdas, estoy a punto de ser padre.

 Tienes razón, ve con ella – dijo ahora francamente el guerrero.

 Creo que iré ahora mismo – zanjó finalmente Mario.

Mario volvió la espalda a su amigo, tomó su espada y montó su caballo. Colain se sintió sorprendido. Iba a irse sin dormir, sin comer, y sin saborear la gloria de su triunfo con el resto de compañeros. Mario se había transformado aquél día en un héroe, del que todos narrarían su valor y sus hazañas en la batalla, donde había matado incontables enemigos.

Sin embargo, en aquél momento él solo tenía un pensamiento en la cabeza – No es para menos – pensó Colain, recordando su vida desde niño junto a Siana. Siempre supo que ella era un ser especial, y que su destino estaría mucho más allá de las murallas de su aldea y quizá más allá de las fronteras de su tiempo.

 Adiós, amigo - le dijo Mario desde el caballo, enlazando su antebrazo con el de Colain, que mantenía sujeta ahora la brida de su caballo. Se mantuvieron así agarrados mientras compartían una mirada mutua de profundo aprecio.

Mario salió a escape por la puerta abierta del castro sin volver ya la vista atrás, entró en el bosque y tomó el camino hacia el Este. Aún no había rastro de las primeras luces del día, pero Mario sabía que faltaba poco más de una hora para que el cielo comenzara a dorarse sobre los

árboles en la dirección hacia la que miraban ahora sus ojos. Esperaba llegar hasta el cruce con el camino hacia el norte nada más salir el sol. No esperaba encontrarse ya con restos del ejército del rey Bedo, ya que a esas alturas debían haberse replegado por completo hacia sus tierras, mucho más al Este que la encrucijada del camino hacia el norte a la que Mario dirigía sus pasos.

El viaje fue tremendamente rápido, y si no pudo serlo más fue porque Mario sabía muy bien las limitaciones de su caballo, y a pesar de su impaciencia, fue capaz de respetar los tiempos mínimos de descanso y de alimentación del duro caballo celta, más lento y menos brioso que los árabes, pero infinitamente más robusto y fiable. Durante todo el día una tremenda desazón le comía el alma por dentro, y a esas alturas, todos sus miedos y sus preocupaciones relacionados con la guerra le parecían ya lejanos y nimios en comparación con sus negros pensamientos de ahora. Sabía que su sitio estaba con Siana y maldecía el momento en que se alejó de su lado para ir a luchar en una estúpida guerra por una ridícula cuestión de honor en un país ajeno, lejos de ella, el lugar donde realmente debería estar.

 Eso no es verdad – se corrigió sin embargo Mario. Puede que no haya nacido aquí, pero este país no me es ya ajeno en absoluto. Los seres más queridos los tengo ahora aquí, incluyendo al que va a nacer, y la afrenta hacia Siana que ahora conocía hubiera justificado por sí sola cualquier guerra.

Llegó a la aldea de Bar mucho tiempo después de ocultarse el sol por poniente, pero su ansia era tal que rechazó la idea de acampar sobre los acantilados que daban al mar del norte antes de llegar a la aldea, a pesar del riesgo que suponía cabalgar por aquél borde de noche – Al fin y al cabo no podría dormir – se dijo, y siguió espoleando un caballo que parecía presa de su misma obsesión. Cuando llegó al alto sobre el que se divisaba la ensenada de la aldea de Bar y el curioso espigón que formaba su puerto, admiración de cualquier pueblo del norte, sus músculos se distendieron un poco y la presión en sus sienes

comenzó a aflojar.

 Siana – gritó al llegar a la cabaña – Siana ¿dónde estás? – Pero nadie contestaba a sus gritos.

Salió afuera y comenzó a llamar a voz en cuello, hasta que escuchó una suave voz de mujer a su espalda.

 No te aflijas, Mario – escuchó éste a su espalda - Siana está bien, pero no podrás verla, de momento – se trataba de *Blon*, una de las sacerdotisas de la Luna del pueblo de los arrones, los que les habían acogido tan afectuosamente en aquella recóndita aldea de Bar.

 ¿Dónde está? Blon, dime, por favor.

 Está en el bosque, pero no puedes ir a verla – respondió la mujer.

 ¿Por qué? – preguntó Mario, extrañado.

 ¿Ves la Luna?, es llena – dijo ella lacónicamente.

 Yo conocí a Siana en noche de luna llena. No sería la primera vez que estoy con ella en estas circunstancias, por muchos ritos sagrados que estén previstos para esta noche – respondió Mario.

 Si lo sería, porque ahora ella está alumbrando a tus hijos, y como es normal, al menos en su caso, ha ocurrido en el punto álgido de la Luna. A pesar de que tú seas el padre, ella es un ser sagrado, y también lo serán los niños, por lo que nadie debería estar presente en este trance, salvo otra sacerdotisa de mayor rango, que no es el caso – le explicó Blon.

 ¿*Niños*, has dicho? – dijo Mario con gran asombro.

 Si Mario, creemos que Siana va a alumbrar gemelos. No te preocupes, es un buen augurio, y que sea esta noche también lo es para ellos – respondió serenamente Blon.

 Necesito verla. Creerá que la he abandonado en estos momentos – gritó él, nervioso.

 No lo sabes todo sobre Siana, Mario. Como te he dicho antes, ella es un ser especial, y estoy segura de que de alguna manera, ella sabe de tu vuelta, porque fue ella misma la que me mandó para recibirte. De todas formas, te digo que da igual, porque tampoco la podrías haber acompañado al bosque esta noche. Ella no te hubiera dejado. Dijo que la aguardases aquí.

Mario se sentó a la puerta de su cabaña, y se dispuso a esperar su segunda noche en vela el regreso de Siana. Blon se sentó a su lado, y acarició su cabeza dándole un poco de consuelo. Poco a poco, un dulce sopor fue invadiendo su mente, llenándola de brumas, y desde su interior de daba cuenta de que sus párpados se habían cerrado y no era capaz de levantar el enorme peso que el sueño ejercía sobre ellos – No debo dormir – se decía – esta maldita bruja me ha hechizado con un sortilegio de sueño, pero conseguiré….

Cuando abrió los ojos, seguía tendido sobre la hierba al pie de su cabaña, pero el sol estaba ya alto en el horizonte. Estaba solo, pero comenzaba a sentir un creciente bullicio que venía del resto de la aldea, como un desfile de gente que se aproximaba.

 ¡¡Siana!! Dioses del cielo.

Corrió a abrazar a su mujer, que se aproximaba a él con la cara algo desencajada, pero con el especial esplendor que rodeaba siempre su figura intacto. Llevaba consigo los dos niños, uno en cada brazo,

cubiertos por dos mantas, y llorando como si les fuese la vida en ello. Les abrazó con toda la fuerza de sus brazos y cayó a los pies de Siana, dando gracias a los dioses por permitirle verla de nuevo.

12.- LA PARTIDA DEL HADA

El tiempo transcurría lento y placentero para Siana y Mario en la lejana aldea de Bar, y por otro lado, los dos niños crecían de manera asombrosa. Día a día, Mario observaba los cambios que iban experimentando y se quedaba embelesado al fijarse en cada pequeño detalle de sus gestos, en sus miradas, velaba sus sueños y era el guardián de sus días. Siana se admiraba de su devoción.

- Pareces un ama de cría romana, soldado – le dijo riendo.

- Es la primera vez que soy padre – respondió Mario en voz baja – No sé cómo se hace, pero deja al menos que disfrute de ello a mi manera.

- Bien, pero no dejes que te vean tus amigos los grandes guerreros ártabros, no vayan a pensar que te has ablandado – le dijo, maliciosa.

- Deja eso de mi parte – volvió a responder Mario, y cambió de conversación - ¿Qué podemos hacer hoy Siana?

- Pues podemos ir a pescar, como siempre. Aunque no, tú irás con los hombres a pescar, pero yo me quedaré a repasar los ritos de la primavera con las nuevas sacerdotisas del culto de la Luna. Tampoco me viene mal algo de descanso ¿no?

Mario volvió a mirar a los niños con atenta ternura. Desde luego, eran muy distintos: el niño tenía un pelo tan negro como el de su madre, era muy inquieto: siempre quería estar despierto y parecía querer abarcarlo todo. La niña era en cambio mucho más serena, aunque por su mirada parecía comprender todo lo que ocurría a su alrededor. Ella era rubia, curiosamente, como Siana le había dicho que fue su padre. Sin embargo, los dos parecían haber heredado los enormes ojos de su madre, y aunque aún era pronto para decirlo, también parecían haber heredado el mismo increíble color del fondo del mar en sus pupilas.

Sí, desde luego parecían dos pequeños seres divinos, hijos de estas tierras. Se dijo que nunca podría ir con ellos a Roma e intentar hacerlos pasar por romanos, puesto que su aspecto siempre les delataría.

Habían pasado ya cinco meses desde el nacimiento de sus hijos, y la vida en la aldea de Bar comenzaba a ser todo lo placentera que puede ser para un guerrero harto de la guerra, perdido en el confín del mundo, a solas con un hada del cielo y con su amor, durase lo que durase. A pesar de su recelo inicial, ahora había conseguido acostumbrarse a aquella plácida situación, y comenzaba a olvidar todo recuerdo de la guerra, aunque seguía manteniendo el sistema de comunicación con Gardo, que le mandaba un mensajero casi semanalmente, a través del cuál siempre gastaba alguna broma a distancia con su amigo, el bestia de Colain.

Por lo pronto, decidió pasar el día compartiendo trabajo y comida con el resto de los hombres de la aldea, que se dedicaban por esas fechas a recoger el marisco pegado a las rocas donde las olas rompían, aprovechando las horas en que el mar decidía retirarse dejando parte del acantilado al descubierto. Era un oficio arriesgado, pero a Mario le motivaba el reto que suponía el batirse contra el mar para robarle la comida de ese día. La aldea de Bar se beneficiaba de la existencia de una ensenada natural protegida del envite de las tempestades al otro lado de un alto farallón que daba al océano. Allí es donde había florecido el poblado, al amor de un puerto que servía de atraque para los pocos barcos que se aventuraban por aquellas oscuras aguas, y que de vez en cuando se veía visitado por los barcos de algunos comerciantes que provenían de las islas del norte, más allá del mar, que utilizaban este punto como entrada hacia toda la Gallaecia, sobre todo del hierro que abundaba en sus tierras. Sin embargo, las olas batían con furia al otro lado del farallón, y se necesitaba tener el valor de un guerrero para acercarse a aquellas rocas burlando la fuerza del mar, únicamente para alcanzar las conchas que servían a aquellos hombres de alimento ocasional y que a Mario le parecían un manjar

robado al océano.

A pesar de toda aquella vida, que le gustaba y a la que se había acostumbrado, desde que volvió de la guerra con el rey Bedo, a Mario no habían terminado de abandonarle aquellos negros pensamientos que le asaltaron la noche de la victoria. Procuraba mitigarlos pasando casi todas las horas del día con Siana y con los niños, aunque también intentaba a veces olvidarlos con alguna jornada de duro trabajo, como ocurrió aquél día.

Volvía cansado bromeando con los hombres que habían compartido hoy su trabajo, cuando de repente, la sangre se le heló en las venas. Al alcanzar el camino que llevaba de la playa a la aldea, vio acercarse a toda prisa a Blon, la amiga de Siana, gritando, con el pelo enmarañado y el gesto de su cara totalmente desencajado. Todos sus temores volvieron de repente a su cabeza. Algo le decía que algún suceso grave debía había pasado, y dejó todo cuanto cargaba en sus manos para salir a su encuentro. Blon le buscaba con la mirada y todo el esfuerzo de su cuerpo se dirigía hacia él.

- Mario, ¡¡Corre!! ¡¡Es Siana!!

- ¿Qué ocurre, Blon? Dímelo, por todos los dioses – dijo él, angustiado.

- Han sido esos hombres salvajes, que no merecen ni sepultura – respondió ella, casi sin resuello.

- ¿Qué le han hecho? ¿Dónde está? – gritaba él.

- En el bosque, estábamos comenzando los ritos de primavera cuando….

Mario no dejó terminar a Blon, que hablaba entrecortada por el esfuerzo. Salió corriendo hacia el bosque, ya que sabía perfectamente

dónde buscar a Siana. En todos los bosques era igual, y aunque él no participase de aquellos ritos, conocía la necesidad de las sacerdotisas de buscar el lugar más recóndito, siempre junto a un cauce de agua. La búsqueda fue aún así angustiosa – ¡Siana, Siana! -, gritaba Mario en su interior, sin permitirse el lujo de pararse a gritar con su voz, y aunque su mente buscaba por todos los medios algún resquicio de esperanza, en su interior sabía que aquél era el momento que siempre había temido, el momento que algún día debía llegar pero que aún se negaba a aceptar.

Al fin llegó. La escena que tanto temía se representó ante sus ojos con toda su crudeza. Siana yacía en el suelo y su cara aparecía lívida, aunque tan bella como siempre. Dos mujeres de la aldea la acompañaban arrodilladas sobre el suelo, con indescriptible expresión de dolor. Al principio sus ojos se negaban a ver lo peor. Una espada estaba clavada en su costado y un horrible reguero de sangre, ya en parte coagulada, teñía la hierba de un indefinido color negro.

- ¡¡Siana!! ¡¡No!!

Ella movió ligeramente la cabeza y le dedicó una dulce mirada con sus últimas fuerzas, antes de que su cabeza cayera de nuevo lánguida, ya sin vida.

Mario sintió desaparecer el suelo bajo sus pies, el aire de sus pulmones y la luz de sus ojos. Le invadió un inmenso vértigo y un tremendo vacío, una desorientación tal que por un dichoso momento creyó estar dormido. Pero no era un sueño, Siana aparecía de nuevo muerta ante sus ojos al abrirlos de nuevo. Sin embargo, no podía ver ya nada. Estaba de rodillas en el suelo y la cabeza se le iba, y todo a su alrededor su curvaba en sí mismo en un oscuro círculo cada vez más pequeño. En el último momento de consciencia recordó aquella mañana ahora tan lejana, la siguiente a su convalecencia en la aldea de Lambre en la que conoció realmente a Siana.

 Fueron aquellos hombres, Mario – dijo Blon con voz lúgubre – Lo siento, yo estaba con ella, pero no pudimos hacer nada para salvarla, creo que vinieron solo para matarla.

Mario yacía ahora apoyado sobre una piedra, un poco alejado del prado donde había visto muerta a Siana, donde quizá le habían llevado para evitarle de nuevo su visión. Se recuperaba de su desvanecimiento, pero en su interior sentía un desgarro que no sabía controlar. Era una sensación mucho más profunda al dolor y nunca hasta entonces había sentido algo parecido.

 Nos sorprendieron en plena ceremonia – proseguía Blon - Se acercaron sin hacer ruido, como las raposas, y nos atacaron por la espalda, como solo saben hacer los ladrones. Dos hombres se llegaron hasta Siana y le quitaron el torques de su cuello. Fueron directamente hacia el torques, Mario. Luego, mientras la sujetaban, el que llamaban rey se lo ciñó al brazo, y sin mediar palabra, atravesó a Siana con su espada. Es tan cobarde que ni siquiera fue capaz de sacarla de su cuerpo después, y salió corriendo con los otros ladrones por el bosque, antes de que nos diera tiempo a avisar a nadie. Sabía que si les alcanzara cualquier guerrero arrón no podría volver a ver la luz del sol ¡Maldito cerdo!

 Yo le mataré – dijo Mario con voz casi inaudible.

 No creo que podamos alcanzar de nuevo al rey Bedo, Mario, ni siquiera con la ayuda de tu pueblo – le dijo el jefe del pueblo de los arrones, ahora a su lado - Si alcanza sus tierras, donde tardará un día más en llegar según mis cálculos, será muy difícil hacerle salir. Creo que ya sabes lo bien defendido que está ese territorio, y lo difícil que es acceder a él sin que te vean.

 Lo sé, pero seré yo quien le mate con mis manos - repitió Mario con serenidad.

Mario caminaba por el bosque de la mano de Blon y de otra de las mujeres que había sido una de las amigas y discípulas de Siana en aquél retiro de la aldea de Bar. Le seguían el que ejercía de druida del poblado, gran amigo de Gardo, el jefe del pueblo de los arrones y varios guerreros con sus hachas. Llegaron hasta una zona del bosque donde raleaban los árboles; no llegaba a ser un claro libre de vegetación y la luz del sol aún escaseaba filtrada por las copas de los enormes árboles que rodeaban el lugar. En el centro, y vestida con una túnica blanca, la figura que tanto había temido ver de nuevo Mario.

La miró y no parecía ser ya Siana. Faltaba el brillo de sus ojos, ahora cerrados, del color del una profunda tormenta. Faltaba la vida en su rostro, tremendamente pálido por la pérdida de sangre. Mario se acercó, abrió levemente su boca, y la besó. Después, introdujo una moneda de oro entre sus labios y con una caricia, los cerró. Nadie dijo nada sobre aquella costumbre, y aún miraron a Mario con gran respeto. Después, él sólo, se alejó. No quiso quedarse a las ceremonias de las exequias, y tampoco quiso ver como cerraban el túmulo que aquellos hombres erigieron en honor de Siana para su descanso final.

Cuando se alejaba de aquél lugar con el alma negra de dolor, se topó con la figura de Gardo. El anciano estaba plantado junto a un gran árbol al borde del camino, mirando hacia el túmulo de Siana con ojos inexpresivos. No pareció ni siquiera advertir la presencia de Mario ni aún después de que éste se detuviese a su lado, pero de pronto, enormes lágrimas brotaron de sus ojos y cayeron al suelo. Él le miraba sintiendo su mismo dolor. De pronto, el anciano se volvió en un momento y tomó a Mario por los hombros. No dijo nada ni parecía ver con aquellos ojos anegados de lágrimas. Mario se abrazó a él y comenzó a sollozar como un niño apoyado en su pecho.

Sin despedirse de Gardo, Mario se fue. Regresó a la cabaña que cuidaba una de las mujeres del poblado para estar con sus hijos. Aquellas dos pequeñas criaturas tenían ya en sus ojos la vida que

irradiaba Siana y que tanto echaba ahora de menos. Sentía que aquellos dos pequeños seres se habían visto privados del amor de la persona más importante del mundo y pensó que eso era injusto; él al menos había gozado de su presencia durante algo más de un divino año. De alguna manera, él siempre había sabido que aquella felicidad tan intensa debía tener un pronto final, como una estrella fugaz, que luce durante un instante, pero que durante ese corto intervalo es capaz de eclipsar en belleza al resto del universo.

Él sentía la vida de Siana en las dos pequeñas criaturas que le miraban sonriendo, y la veía de nuevo a ella en sus gestos, en su alegría, en su forma de arrugar la nariz, sus encantadores arrebatos de ira. Se pasaba horas contemplándolos, y se prometió a sí mismo no caer en la tristeza o en la locura. Se repitió constantemente que aquello, como él sabía de alguna manera de antemano, no podía durar; aquél fuego tan intenso no podría estar siempre encendido. Lo importante era haberlo vivido y no se arrepentía en ningún momento de haberse quedado con Siana ni de ninguno de los instantes pasados a su lado.

 ¿Qué harás ahora, Mario? – Era Blon, la vecina y antigua amiga de Siana, que le hacía compañía y que le ayudaba mucho con los niños, a pesar de que ella tenía otros dos niños suyos.

 Cuidar de los niños ¿qué si no?

 ¿Te los llevarás de aquí? – preguntó ella.

 Los llevaré con los suyos. Creo que allí es donde deben crecer, no puedo apartarlos de estas tierras, ellos pertenecen a este lugar.

Junio respetaba el silencio de su anfitrión, la mirada perdida en el borboteo del agua del río que pasaba junto a la entrada de la cueva donde ambos estaban sentados. Tras un largo intervalo, éste le volvió a mirar a los ojos y sonrió.

¿Y qué hiciste entonces, Mario? – se atrevió Junio por fin a decir.

Ja, ja – rió él – Desde entonces hice muchas cosas. Me llevé a los niños a Brigantia, porque era lo mejor para ellos. Al fin y al cabo pertenecían a la nobleza brigantina y tenían derechos sobre aquél pueblo. No te he hablado hasta ahora de ellos, pero Siana tenía allí muchos parientes que nos acogieron y que colaboraron mucho en la educación y en el cuidado de los niños. También estaba Gardo, que fue una gran ayuda para mí y del que he aprendido grandes cosas. Hay veces que el hombre necesita de la ayuda de los demás, y entonces debe pedirla. Yo en aquél momento estaba sin rumbo, y necesitaba volver a tener una vida, no mi vida de antes, que ya no podría volver a ser igual, debía afrontar otra vida nueva por vivir. También seguí ayudando en la guerra contra los guardianes de oro, aquellos rufianes que seguían hostigando a los ártabros, y debo confesarte que eso también me ayudó. Pero creo que eso es ya otra historia – dijo el viejo, huidizo.

Tu historia, como tú la llamas, es realmente apasionante, Mario.

En realidad tú no conoces mi historia, Junio – dijo pensativo el viejo - Solo la parte que te he contado. Todo eso pasó hace muchísimos años. Tantos, que no sé realmente cuántos. Tantos, que me cuesta recordarlo e hilar bien todos los detalles. En realidad solo te he contado una pequeña parte de mi vida. Contestando a tu pregunta, ya sabes lo que hice, ya sabes por qué me quedé aquí, o bueno, por lo menos sabes cómo me quedé aquí.

 ¿Y por qué al final decidiste retirarte a esta cueva, sólo, si tenías amigos en Brigantia? – preguntó extrañado Junio.

 Tus preguntas, aunque a ti no te lo parezca, son muy difíciles de contestar.

 ¿Por qué?

 Porque me haces las preguntas que yo mismo me he hecho muchas veces, y que después de muchos años, solo he conseguido contestar a medias. Además, te estoy contando cosas de las que nunca he hablado con nadie. En este bosque nació Siana precisamente, ¿sabes? Dicen los celtas, como tu los llamas, que los grandes bosques que se encuentran entre las grandes montañas y el mar son sagrados porque habitan los dioses y los espíritus de los primeros hombres, los puros, y por eso se escandalizan tanto cuando los romanos cortan los robles más altos para construir puentes y barcos. También dicen que todos los bosques están relacionados entre sí, que todos forman parte de un gran espíritu común y que es posible trasladarse de unos a otros por caminos ocultos para los mortales. Dicen también que los túmulos sagrados son puertas al más allá, por donde salen y entran los espíritus de este mundo al otro.

 Pero por lo que me has contado, aquí no se encuentra su túmulo.

 Yo pasé por aquí hace años, y aquí sentí el espíritu de Siana. Me siento cerca de ella en este lugar, al que de alguna manera siento que ella ha regresado. Como te dije, supe que ella había nacido aquí. En los últimos años de mi vida he decidido estar cerca de ella, y cuando muera, me gustaría que mi alma se encontrase cerca de la suya. Bien, ¿estás contento? Ahora ya lo sabes todo. De hecho, me has hecho decir algo que ni siquiera me había confesado

nunca a mí mismo.

Junio miró al viejo con admiración, como el que mira a un amigo haciéndose cargo de su sufrimiento tanto tiempo silenciado. El ermitaño pareció adivinarle.

 No me mires así, que no sufro tanto, Junio, ya no. Ya te dije que mi vida ha sido larga y plena, y además, espero tener un buen final. Solo te deseo que a ti te ocurra algo parecido en tu vida.

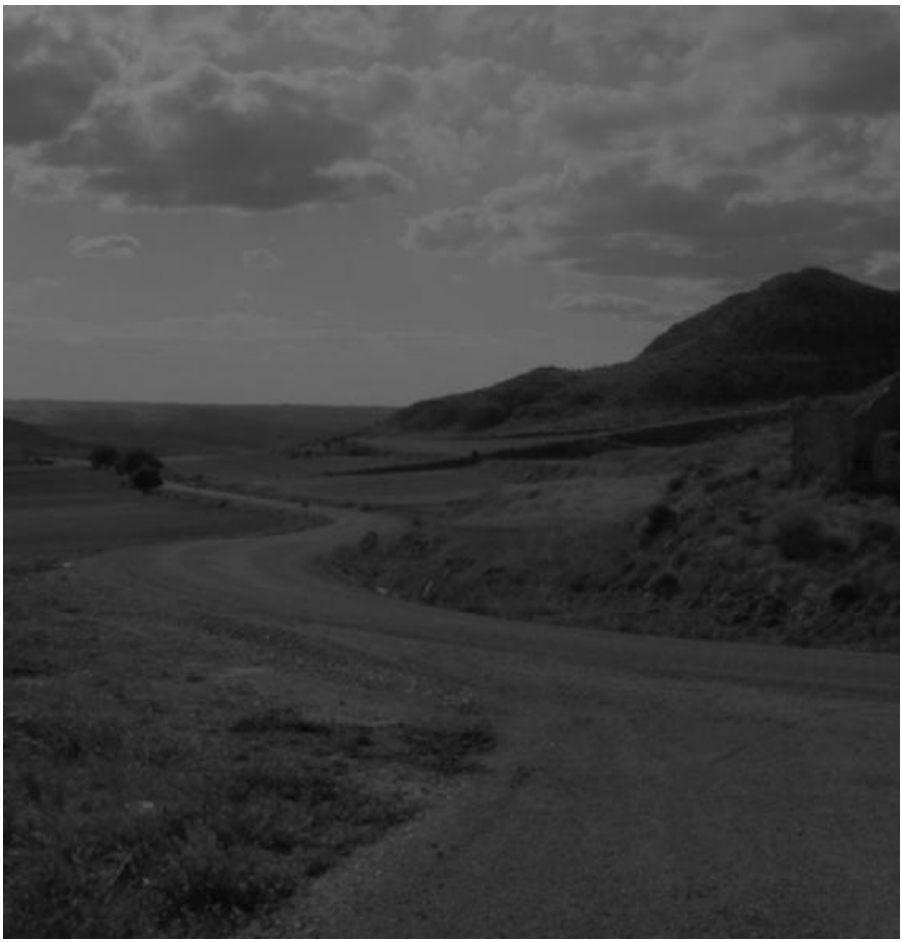
 Dime una última cosa, ¿por qué no volviste a casa cuando murió Siana? No llevabas tanto tiempo fuera, y hubieses podido criar a tus hijos con tu familia en Roma.

 No lo sé bien. Quizá ya había olvidado quien había sido antes, aunque la verdad es que te confieso que me lo planteé – respondió seriamente el viejo -, enseguida lo deseché. Sentía que yo ya pertenecía a este lugar y no soportaba la idea de alejarme del recuerdo de Siana. Por otro lado, creo que los niños no hubiesen sido aceptados en Roma, hijos de una sacerdotisa de un pueblo salvaje en el exterior del mundo y de un soldado que nadie recordaba ya. Luego, simplemente pasó el tiempo.

 ¿Qué fue de tus hijos? – interrogó Junio ansioso por saber toda la historia.

 Esa es una historia muy larga, querido Junio, y te aseguro que es por lo menos tan apasionante como la que ya conoces. Te puedo decir que los dos viven en tierras de Gallaecia, pero cada uno con una vida muy diferente. Los veo aún de cuando en cuando a pesar de estar aquí retirado, y me siento orgulloso de ellos, aunque me puedes creer cuando te digo que son justo lo contrario lo que un patricio romano esperaría de sus hijos, lo cuál, te lo tengo que confesar, me llena aún más de orgullo.

Junio calló. A veces se sentía incapaz de rebatir las sentencias del viejo, que parecían verdades irrefutables cuando salían por su boca. Mario miró hacia dentro para ver como estaba Claudio. Su salvación parecía realmente milagrosa cuando únicamente dos días antes estaba asomado al borde de la muerte. Pese a su debilidad, era ya capaz de incorporarse y había dejado de delirar, aunque la lucha que había librado por su vida aún le mantenía postrado la mayor parte del día.



13.- EL VIENTO DEL ESTE

Junio y el viejo seguían sentados a la entrada de la cueva, callados. Miraban al exterior viendo cómo el viento había amainado y el sol parecía lucir con toda su fuerza en el exterior del bosque, que les dejaba ver una intensa luz verde bajo el manto de las copas de los árboles. Todo parecía ahora propicio para la partida, aunque ninguno de los dos parecía querer tomar la decisión de dar el primer paso.

¿Qué hacéis ahí? El enfermo soy yo y estoy aquí – dijo Claudio con una sonrisa de protesta mientras se incorporaba a medias en el lecho de hojas.

Eres fuerte, soldado – dijo el viejo -, pero me temo que deberás volver a Roma, y no creas que podrás utilizar ese brazo durante un tiempo, y además es el de la espada. En realidad, no sé ni siquiera si podrás utilizarlo tan bien como antes algún día. Por el momento, deberás tenerlo inmóvil.

Gracias por tus cuidados, Mario – dijo el enfermo.

Junio había puesto a Claudio en antecedentes en pocas palabras. Al menos para que supiera que estaban en terreno amigo

No sé que pasará ahora que debemos volver- dijo ahora Junio, con algo de prevención.

Debéis tener cuidado para que no os acusen de deserción. A pesar de que vuestros apellidos deberán sin duda ayudaros, de eso deberás ocuparte tú, amigo Junio, que eres el que habla mejor. No te haces idea cómo me acosaba todos estos días con sus preguntas, Claudio – dijo riendo – Me ha hecho contar cosas que ya no recordaba, y que quizá no debería haber contado.

Gracias a ti podemos volver sanos al campamento, Mario. Te estaremos eternamente agradecidos - dijo ahora Junio.

 ¿Cuándo os iréis?

 Creo que hoy mismo. Como tu bien dices, no es conveniente alargar demasiado nuestra ausencia del campamento. La pena por deserción puede ser la muerte, y entonces no habríamos adelantado nada, ya que nos marchamos para librar a Claudio de ella. Nuestro general, el gran Publio Licinio – dijo Junio con ironía - no suele permitir este tipo de licencias dentro de la tropa.

 Lo siento. En estos días me había acostumbrado de nuevo a hablar con alguien con quién hablar, y hacía ya años que no recordaba el placer de la compañía de alguien. Espero veros en otra ocasión – dijo sonriendo.

 No lo dudes, Mario, volveremos a vernos.

Junio se fundió con el viejo en un profundo abrazo de agradecimiento. Se extrañaba de sentir que parte de sí mismo quería quedarse allí, en aquél bosque, y de hecho, sabía que en realidad parte de si mismo iba a quedarse ya de hecho con aquél viejo del bosque.

A la tarde ya habían empaquetado las pocas cosas que llevaban consigo: sus armas y algo de ropa, y de comida que les había dado el ermitaño sobre los caballos que habían traído y que el viejo se había encargado de recuperar del bosque y de alimentar después del primer día de su encuentro. Ahora, esta corta semana se le antojaba a Junio como un larguísimo periodo de tiempo que flotaba en su cabeza casi como en sueños, mezclando su propia vivencia con la historia del viejo, ahora que las largas vigilias al cuidado de su amigo comenzaban a hacer mella en su cuerpo y en su ánimo. Se encontraba algo taciturno, pesaroso de dejar al viejo sólo en aquél bosque y con la inquietud de saber algo más de aquél extremadamente curioso personaje que le había conmovido con su historia.

Una vez estuvo todo listo, con Claudio ya montado agarrando como podía las riendas de su caballo, Junio se volvió hacia el viejo.

 De nuevo gracias por todo, Mario. Has salvado la vida de mi amigo, y para mi ha sido un verdadero privilegio compartir tu historia. Me ha ayudado a comprender un poco mejor esta tierra y a sus gentes.

El viejo le miró a los ojos, y sonriendo le dijo:

 Cuidado, Junio. Te recomiendo pedir el traslado a alguna otra legión, en otra guerra que transcurra en un territorio distinto bajo el poder de Roma. Creo que empieza a embrujarte esta tierra y, al fin y al cabo, tú también cruzaste el río. Por tanto, puede ser entonces verdad que vuelva a verte alguna vez más.

 Ya te dije que sí – respondió el romano francamente.

 Bien, no hagas caso a un viejo loco. En estos días habrás podido darte cuenta ya de cuánto desvarío- respondió riendo. Yo no crucé el río el día que Décimo tomó el estandarte y se adentró en aquél cauce, sino quizá un poco después, no sé exactamente en qué momento, pero no tiene que ver con mojarse los tobillos. Eso depende de cada persona y tú puede que empieces a cruzarlo en este momento.

De nuevo los dos hombres se fundieron en un abrazo que Junio prolongó más de lo acostumbrado con un hombre que conocía en realidad hacía pocos días. Cuando terminó el largo abrazo, aún agarrados por las muñecas, el manto del viejo se deslizó ligeramente y dejó al descubierto su brazo derecho – el de la espada, pensó Junio -, donde brillaba un bello torques con un extraño brillo dorado mate, con las cabezas de dos serpientes talladas en una extraña piedra de color verde que no llegaban a tocarse en los extremos. Junio no pudo evitar mirarlo fijamente con la boca entreabierta levantando

ligeramente el brazo del viejo, y éste, adivinando su mirada, volvió a cubrir su brazo con una triste sonrisa en los labios.

 Creo que aún tienes muchas más cosas que contarme, Mario – dijo el soldado romano.

 En otra ocasión, Junio, en otra ocasión, o nunca volveréis a vuestro campamento – contestó éste mirando hacia el suelo mientras componía del todo su manto.

Junio montó sobre su caballo aún dando vueltas en su cabeza a lo que acaba de ver, picó al caballo con sus botas e intentó no mirar demasiado hacia atrás. Únicamente lo hizo cuando no pudo ya aguantar por más tiempo, y no pudo ver ya al viejo del bosque. Aún así, en el camino de regreso cruzando el bosque se sintió acompañado por multitud de presencias que, en su mayor parte, debían tener su origen en las historias de aquél viejo que, pensó, le hacían mirar ahora a su alrededor de otra manera.

 ¿Cómo puedes saber el camino de vuelta, Junio? – preguntó Claudio, callado hasta entonces- Cuando vinimos estaba lloviendo y según recuerdo, hicimos el camino terriblemente aprisa.

 No lo sé. Quizá lo sepa el caballo – dijo éste.

 ¿De qué estuviste hablando con el viejo todos estos días? Parece que os habéis hecho verdaderos amigos – preguntó realmente intrigado Claudio.

 Me contó una historia. La verdad es que su historia podría haber sido de una manera o de otra, la de cualquiera de nosotros. Todos hacemos un camino que nos lleva de un lado al otro, y no sabemos nunca lo que hay detrás de cada paso.

Junio volvió a sumirse en el silencio, pensando una y otra vez en las

palabras del viejo al partir de su lado. Claudio miró a su amigo con extrañeza y se dio cuenta del cambio que había experimentado en los últimos días, que habían hecho del impulsivo soldado romano un hombre más reflexivo e intuía que también más condescendiente. Quizá en aquella aventura él había conseguido conservar la vida, pero lo cierto es que a cambio, ambos habían tenido que pasar por un profundo cambio en su existencia. Si su amigo parecía haber cambiado su actitud ante la vida, él intuía que no iba a poder servir ya en filas con aquél brazo que podía mover con gran dificultad. Sería afortunado si conseguía continuar con su vida normal y servirse de su mano derecha. Su retiro a Roma podría sin embargo servirle para ascender en el *cursus honorum*[36] sirviéndose de su herida de veterano para demostrar su valor en el servicio a la patria. Su padre podría ayudarle en aquél objetivo, y ojala que Junio aceptara seguirle en su empresa.

Mientras hablaban, habían dejado atrás los últimos árboles del bosque, y desde lo alto de la ladera que comenzaban ahora a descender, Junio y Claudio encontraron el camino que tomaran días atrás buscando una esperanza. Ninguno de los dos sentía ya deseos de seguir hablando y cabalgaban despacio cavilando en cómo afrontar la responsabilidad de su ausencia del campamento. Mucho más allá se extendía a sus pies la llanura, y tras unos árboles, se adivinaba el bullicio de la legión romana que aún permanecía junto al río. El viento soplaba hacia el mar y extendía en las alturas el blanco humo de un difuso penacho que indicaba la posición del campamento mientras los dos soldados cruzaban una mirada y se dispusieron a afrontar el último tramo del camino de vuelta.

14.- EL RUMOR DEL TIEMPO

De Quinto Junio Emilio a Marco Claudio Marcelo, Senador del Pueblo de Roma.

Querido amigo Claudio:

Mis primeras palabras deben ser para felicitarte por el reciente nombramiento de tu hijo Claudio como cónsul de Roma siguiendo el camino de su primo Marco. Además, creo que también tus nietos crecen fuertes y hacen honor a tu estirpe. ¡Qué placer para un hombre ver prosperar a su descendencia desde su feliz vejez!, aunque nuestra República parece vivir ya tiempos de clara decadencia, al igual que nosotros mismos, querido amigo. Te felicito por ello y me congratulo de compartirlo como amigo tuyo que siempre me he considerado.

Creo que no nos vemos desde hace ya cerca de veinte años, pero sigo sintiéndote extrañamente cercano a mí. Supongo que solo hay un corto tiempo en la vida de un hombre en el que se hacen los pocos amigos que luego cuesta tanto conservar el resto de la existencia. Tu y yo nos conocemos desde niños, y tus alegrías las he sentido siempre como propias a pesar de la lejanía, puesto que hemos compartido tantas vivencias y tantas complicidades a lo largo de nuestra juventud, que no entiendo mi propia vida sin tu memoria. Es por ello que te tengo tan presente aún mucho después de aquél tiempo, ya que te recuerdo que tenemos muchos años, querido amigo, más de lo que es normal en dos viejos soldados.

Supongo que aún recuerdas nuestra campaña en la provincia Ulterior del año DCLIX, la primera vez que llegamos a Gallaecia*, en la que los dos temimos por tu vida. De sobra me lo agradeciste después y creo que en todo este tiempo has podido devolverme con creces aquella inmerecida deuda, sobre todo con tu inestimable amistad. Así lo veo ahora al final de mi vida. Para mí aquella campaña marcó mi forma de entenderla y de vivirla. En estos días vuelve a hacerse muy presente en mí la imagen de aquél viejo que nos acogió en aquél oscuro bosque y que curó tu herida; aunque tú*

siempre me lo agradeciste a mí, lo cierto es que yo únicamente permanecí a tu lado y al suyo. Recuerdo sus palabras y su historia, y creo que yo también crucé en esa época el Río del Olvido del que hablaba. Estuve muchos años luchando contra ello, pero creo que finalmente conseguí aceptarlo y desde entonces vivo más feliz conmigo mismo. Como sabes, mi existencia ha estado ligada a Gallaecia *desde aquél momento, primero como destino militar en la frontera, pero después siempre parecía que la vida me traía de nuevo de vuelta y yo no hice nada para remediarlo. A veces pienso que era realmente yo quien lo buscaba. Ahora, en el último tramo de mi camino, miro hacia atrás y veo cómo fingía inútilmente resistirme a esta tierra, y a la vez, cómo me veía irremisiblemente atraído hacia ella una y otra vez.*

Cuando digo esta tierra, en realidad quiero decir este modo de vivir. Creo que realmente un hombre está destinado a pasar por la vida de una determinada manera, y cuando encuentra la forma que encaja con su alma, es inútil que le aparten de ella, ya que su mente y su espíritu, y lo que es más grave, su felicidad, siempre se guardará allí aunque marche hacia otro lugar. Creo que eso tan simple es lo que intentó decirme aquél viejo muchos años atrás, y ahora me parece comprender. Hay cosas de las que uno debe convencerse por sí mismo para entenderlas de verdad, por mucho que otro intente explicártelas.

También el amor y luego la familia me retuvieron aquí, además de mis ocupaciones, como bien sabes, pero ahora me doy cuenta que todas estas cosas no son más que agarraderas que busca el hombre para echar raíces en su sitio en el mundo. Libre ahora de ellas, pues sabes que por desgracia mi mujer murió, y mi único hijo vivo se encuentra aún en África sirviendo en la Tripolitania *como lo hace tu nieto en* Tracia*, lo cierto es que siento que mis raíces siguen siendo profundas aquí en esta extraña tierra.*

Mi única idea ahora es llegar tranquilamente al ocaso de mi existencia, y envidio la vida retirada de aquél hombre. Pienso también que en ese lugar hace ya muchos años que no hay un verdadero viejo del bosque, y que debería volver a haber otro, ya que, aunque bien es cierto que la gente dice

que sigue existiendo y algunos aseguran que han visto su sombra saltando entre las peñas y corriendo entre los troncos de los robles, hace ya muchísimo tiempo que no he vuelto a verlo. Como sabes, volví a hablar con él otras muchas veces después de aquella primera ocasión, no pude evitarlo, y quizá alguna vez consiga contarte su historia entera, que te interesaría, pero llegó un momento en que ya no lo encontré y no he vuelto a verlo desde mi juventud. Lo cuál no es extraño, dada su edad cuando tú y yo lo conocimos. Si no fuera porque tú también lo viste, a veces pensaría que aquél hombre no fue más que una invención de mi mente.

Te confieso que hay una idea que me obsesiona últimamente, y es volver a buscar aquella cueva donde estuvimos con él y seguir su ejemplo ¿Sabes?, quizá haya algo de razón en aquello que decía que la mística de esta tierra reside en sus bosques y que una vez talados éstos, muere su espíritu. Desde que Roma decidió asentarse más decididamente alrededor de estas tierras, no se deja de cortar árboles y siento que se está desnudando la tierra. Cuando el gran Cayo Mario dejó franco el ingreso en el ejército, cambió el concepto de soldado romano, pero es que creo que últimamente puede ingresar cualquier rufián de las calles del Subura*, y que la forma de ser de estos indeseables impera ahora en el ejército de la República. Por eso creo que voy a intentar conservar en lo posible aquella antigua leyenda del viejo del bosque, por si ello sirve para preservar la tierra y que perviva así el espíritu de todos los que forman parte de ella.*

Ya ves, parece que también yo me he transformado en un viejo loco celta. No me hagas caso. Eso de que los niños y los viejos son los que dicen las grandes verdades no es cierto, o no lo es al menos en el caso de los viejos. Yo soy sólo un hombre cansado que busca el mejor lugar donde parar a descansar ya.

No sé si volveremos a vernos, Claudio, de ahí mi carta, pues quiero que me recuerdes como tu amigo y como tu hermano aún al final de nuestras vidas, ya que a lo largo de todos estos años he tenido muchos otros amigos que he conocido y que con el tiempo he perdido, pero a ti, Claudio, lo cierto es que siempre te he conservado dentro de mi a pesar de todo, y

sobre todo, a pesar de la distancia.

Eso es lo que nos queda al final de camino andado, querido amigo, ni dinero, ni fama, ni siquiera Roma, y más ahora que se la disputan una jauría de perros hambrientos. Escucha mis palabras, hermano mío: si no consiguió terminar finalmente con la pobre República el orgulloso Pompeyo, lo hará ese joven Julio César, amigo de tu hijo, del que me contaron que llegó a desembarcar junto a Brigantia, y que amenaza también este mundo que tu y yo conocimos tan salvaje. Poco quedan ya de aquellos ideales y de aquella moral tan elevada de nuestra juventud, y menos a estas alturas de nuestras vidas, con tantos vivos y tantos muertos abandonados al borde del camino.

No, no me hagas caso, porque lo cierto es que me siento ahora muy feliz, y sin embargo, no hago más que rabiar como un viejo gruñón. Por primera vez me miro a mí mismo y me reconozco plenamente, y por primera vez en mi vida me dispongo de manera consciente a hacer lo que verdaderamente quiero, y no lo que quieran otros o lo que me hayan dicho. Al final era cierto que la felicidad es mirar atrás al final del viaje y pensar que a pesar de todo, lo volverías a recorrer de nuevo.

Pero no, hay una sola vida y la suerte es haberla vivido. Aprovecha estos días que aún nos quedan, querido amigo, y no dejes cosas sin hacer. Aprieta los dientes, cierra los ojos y enfréntate a ti mismo, pero piensa que aún en los momentos en que los dioses no te sonrían, siempre, siempre, estaré contigo. Vale.

Que la vida nos sea leve

Quinto Junio Emilio, Tribuno militar del Pueblo de Roma

Brácara, víspera de nonas del mes de Sextilis. Annus DCCIII ab Urbe condita.

Nota del autor

En el límite entre la actual Galicia y Portugal discurre el río Limia. Este río, que reparte el recorrido de su cauce entre los dos países, en la Antigüedad fue tomado por el legendario *Lethes* o *Leteo*, el Río del Olvido, donde las almas bajaban para deshacerse en sus aguas de los recuerdos de la vida pasada. Por ello se decía que el que lo cruzase perdería por completo la memoria.

En el año 137 a.C, y tras su gran victoria sobre los brácaros, el general Décimo Junio Bruto prosiguió su campaña hostigando a los pueblos celtas al Norte del Duero, en el transcurso de la cual se cree que pudo llegar al mítico *Finis Terrae*. Aquella fue la primera ocasión en que Roma entró en contacto directo con los pueblos galaicos.

En esta historia, un joven oficial de su legión, Mario, cruza aquél río con el resto del ejército romano y su vida cambia radicalmente a partir de ese momento, ya que inicia un camino sin retorno al que le empuja su nueva relación con aquella tierra, sus dioses y sus gentes. Muchos años después, rememora sus vivencias junto a unos soldados romanos de la expedición de Publio Licinio Craso, ya en el año 94 a.C. quienes, impulsados por la necesidad de ayuda, llegan hasta el bosque en el que vive apartado los últimos años de su vida.

Exceptuando los protagonistas principales, los nombres de los personajes que aparecen en la novela son históricos y coinciden escrupulosamente con la época del tiempo en la que se enmarca la historia. Décimo Junio Bruto, posteriormente llamado *Galaico,* fue general y cónsul de la República de Roma en el año 138 a.C. Bajo su mando, el ejército romano llegó por primera vez a tierras gallegas, y aunque no fue hasta mucho después que este territorio se incorporó definitivamente al mando de Roma, su incursión supuso la primera expedición de importancia hacia el extremo Occidente ibérico, sólo unos años después de los primeros escarceos llevados a cabo por Quinto Servilio Cepión en el transcurso de las guerras lusitanas. Derrotó en el 138 a.C. a un ejército de galaicos que algunos autores como Orosio cifran en 60.000 hombres a las orillas del Duero, río que cruzó en una nueva campaña al año siguiente para proseguir hacia el Norte, para hostigar a los galaicos que habían ayudado a los lusitanos en su resistencia frente a los romanos.

Posteriormente, llegó a las orillas de un río que debía ser el que hoy se llama río Limia, en la frontera entre Portugal y Galicia, que algunos habían identificado con el legendario río *Lethes* o *Leteo*, el río del olvido de la mitología grecolatina, que separaba la tierra de los vivos del Hades y del que se decía que el que lo cruzase olvidaría su identidad y todo su pasado, dando forma a un conjunto de mitos de la

cultura clásica, y en último término, de raíz indoeuropea que sin duda conocía bien aquél general culto y conocedor de la cultura helena.

Esto hizo que Décimo Junio Bruto tuviera problemas para convencer a su legión a la hora de cruzar aquel río. Autores como Tito Livio y Floro describen una escena heroica en la que el general, con el estandarte de la legión en la mano, cruzó solo el río y desde la otra orilla llamó por su nombre uno a uno a los soldados a su mando. En cambio, el propio Floro dice que cuando llegó al final de las tierras y vio el sol ocultarse en el océano, se conmovió de tal manera que decidió volver con sus tropas y retirarse. Probablemente, la realidad fue que una nueva rebelión de los brácaros en su retaguardia amenazó su línea de suministros y comunicación con sus bases.

Los datos históricos son que la campaña de Décimo Junio Bruto en *Gallaecia* duró entre los años 139 (año de la muerte de Viriato, el famoso guerrero lusitano) y 136 a.C. y supuso la primera incursión de Roma contra tierras galaicas tras la batalla y posterior sometimiento de los brácaros, pueblo que dio nombre a la ciudad que luego fue capital de la provincia de *Gallaecia*: la *Brácara* romana, actual Braga, en Portugal. Como se ha mencionado, los autores clásicos narran que Décimo llegó hasta el *Finis Terrae*, el extremo occidental de las tierras emergidas, tras el que se extendía el oscuro océano cuyas aguas se precipitaban al vacío en el fin del mundo, lo que le impresionó tanto que decidió volverse. Sin embargo, la arqueología no ha podido confirmar este hecho dentro de la campaña romana de mediados del siglo II a.C, y es posible que no se tratase finalmente más que una campaña de reconocimiento e intimidación que no buscase más que dar a conocer el poder de Roma en lugar de intentar colonizar nuevos territorios de manera estable. Por otra parte, tras el cruce del Duero y del río Limia, Décimo se toparía con otros cauces, como el del Miño, que dificultarían su progresión hacia el interior, y debe decirse que no existen indicios de asentamientos estables de población romana en Galicia hasta bien entrado el siglo I a.C, es decir, unos cien años después.

El cruce del río del olvido, es decir, del río Limia, se conmemora desde época muy reciente en la localidad de Xinzo de Limia (Orense), con *A festa do esquezemento* (la fiesta del olvido), que es en realidad una fiesta moderna en recuerdo de esta leyenda. Es posible que el cruce del cauce se produjese en este tramo del río, así como posteriormente, el del río Miño, si es que Décimo prosiguió más hacia el norte su campaña, puesto que en esta zona puede ser aún vadeable, dependiendo de la época del año, con mayor o menor trabajo. Hacia la desembocadura esto se hace más y más difícil, ya que ambos ríos ensanchan en gran medida su cauce y, aunque no hay que olvidar que esta legión ya había cruzado el Duero más al sur, el paso de un ejército de miles de hombres, con otros tantos auxiliares, acémilas de carga con todos los útiles de guerra, víveres, etc…., sería complicadísimo más hacia el oeste. Suponiendo que el general cruzase estos ríos en el interior del territorio de *Gallaecia*,

no es descabellado pensar que más tarde buscase llegar cuanto antes a la costa, donde podría apoyarse en un suministro propio de alimento a partir de barcos de guerra que realizasen una travesía de cabotaje a lo largo de la costa a partir de sus bases en *Olisipo* (actual Lisboa), de la que gracias a Estrabón sabemos que había sido fortificada por el propio Décimo Junio Bruto, o del norte de la *Lusitania* en la actual Portugal. Aunque no a una travesía que les adentrase en el océano, a esto sí que se atreverían los romanos, y de hecho, se sabe que fue la técnica empleada por otros generales romanos posteriores durante la conquista de *Gallaecia*, que utilizaron barcos de apoyo para el suministro de alimento a la tropa (sobre todo de grano, imprescindible en la dieta de un legionario y difícil de encontrar en un territorio tan húmedo y salvaje, quizá sin plantación alguna de cereal en aquella época y seguro que no de trigo), lo sí que les permitió ya más tarde llegar hasta el extremo norte, como fue el caso de Cayo Julio César en el año 61 a.C, que consiguió llegar hasta *Brigantium* sin duda atraído por la riqueza minera de aquella región, de la que bien supo aprovecharse en su época de propretor de la *Hispania Ulterior*, entre los años 61 y 60 a.C. Ello le sirvió en gran medida para su famosa carrera política posterior, que sufrió un tremendo espaldarazo justamente al año siguiente con la creación del primer triunvirato, paso inicial hacia el control de todas las instituciones de la República romana, que consiguió finalmente concentrar en su única persona.

La conquista de estas tierras por parte de Roma prosiguió tras Décimo Junio Bruto Galaico con la campaña de Publio Licinio Craso, que dio comienzo tras una nueva revuelta lusitana y se desarrolló entre los años 96 al 94 a.C, época en la cual se desarrolla el presente de la historia del libro, que se entrelaza con el recuerdo de los acontecimientos del pasado, en la época de Décimo Junio Bruto. Posteriormente, hubo más expediciones por parte de Roma, entre las que ya se ha comentado la incursión por parte de Julio César, que puede decirse que completó la conquista de la actual Galicia, y finalmente, en el caso de los astures y los cántabros, pueblos limítrofes de los galaicos, su sometimiento total no fue posible más que hasta el año 19 a.C, ya durante el recién estrenado principado de Octavio, quien fue posteriormente nombrado *Augusto* nombre con el que ha pasado a la posteridad. Fue precisamente Octavio quien tras las guerras astur-cántabras completó la conquista de una Península Ibérica que tanta importancia geopolítica tenía en la construcción del nuevo Imperio de Roma.

Las explotaciones mineras, y en concreto, la extracción de oro, fue una, y quizá la más importante razón por la que Roma se decidió finalmente a acometer la colonización definitiva de estas tierras, a las que en realidad, dejó vivir como hasta entonces con la condición de obtener el beneficio de la explotación y gestión de las riquezas mineras de la zona, sobre todo del oro. Existen numerosos ejemplos de explotaciones mineras por parte de los romanos en este territorio, entre las que destaca Las Médulas (que a pesar de estar hoy en día en la provincia de León,

pertenecía a lo que luego fue la provincia romana de *Gallaecia*, dependiente en un principio de la *Tarraconense* tras la división realizada por Octavio), y el túnel de Montefurado en el cauce del Sil (municipio de Quiroga, actual provincia de Lugo). Además de estos ejemplos tan espectaculares, existen otros muchos ejemplos de explotaciones auríferas, de hierro y de estaño que han sido localizadas a lo largo de todo el Noroeste peninsular, de las que a menudo queda recuerdo en el toponímico de numerosos lugares en Galicia y en Asturias (Orense, Murias, Ourol, etc…).

Los romanos buscaban principalmente de estas gentes sus minerales, y sobre todo, su oro, y a pesar de la fundación en el llano de campamentos, que luego fueron ciudades, para controlar todo el territorio mediante un destacamento de soldados, y hacer bajar a estas nuevas ciudades a parte de la población de los castros, éstas poblaciones fortificadas siguieron existiendo como tales. Las gentes siguieron habitando los antiguos castros, en algunos casos quizá con una pequeña guarnición de soldados dentro de la población que, con esa capacidad de adaptación y de integración que demostraron en todas partes los romanos a lo largo de toda su historia, siguieron permitiendo el desarrollo de la cultura castreña durante prácticamente todo el Imperio. A pesar de ello, se produjeron ciertos cambios tecnológicos, culturales y sociales, ya que se detecta un mayor desarrollo de la propiedad privada frente al carácter comunitario y familiar de la cultura de la época anterior. Así, es fácil recabar restos arqueológicos en estos núcleos de población en épocas tan avanzadas como los siglos II ó III d.C, y este hecho permitió la pervivencia de numerosos elementos culturales de este origen a lo largo del tiempo, transmitiéndose sus mitos e historias a lo largo de toda la Edad Media, y en ocasiones, hasta nuestros días.

La cultura castreña es propia del Noroeste peninsular, y en contra de lo que comúnmente se piensa, estos pueblos son los menos auténticamente celtas de todos los celtiberos hispanos, al menos de lo que se entiende como *celta* dentro de la Arqueología moderna, que son los pueblos relacionados con las culturas de *Halstatt* y de *La Tène*, provenientes de Centroeuropa y que a partir del siglo IX a.C. comenzaron a invadir en sucesivas oleadas las tierras del interior hispano, llegando entre los siglos V ó IV a.C. al occidente peninsular. Por otro lado, aunque se detectan elementos de estas culturas en esta zona a partir de esta época, no se produce de ninguna manera un cambio brusco, sino que los nuevos elementos se integran en el sustrato existente y conviven ambos, pero manteniendo la esencia de la cultura castreña preexistente. Por otro lado, está constatado el contacto desde antiguo entre los pueblos del noroeste peninsular y los pueblos de Bretaña y de las islas británicas, perdurando la noticia de este continuado contacto durante siglos en las leyendas compartidas y la mitología existente a ambos lados del mar, lo que ha llegado también hasta nuestros días como el eco de una cierta hermandad entre *territorios celtas*, que se refleja en la música y algunas otras costumbres comunes.

Este es el marco en el que se desarrolla la historia que se narra en el libro, que intenta reflejar el choque cultural que debió producirse entre una civilización ancestral, tradicional, comunitaria y encerrada en su propio mundo, con una potencia pujante, con una organización social y militar muy avanzada, moderna y mediterránea, que no contaba ya con rival de importancia en todo el mundo conocido, ya que acababa de derrotar definitivamente a *Cartago* unos pocos años atrás, en concreto, en el 146 a.C. por medio de Publio Cornelio Escipión Emiliano, amigo personal del propio Décimo Junio Bruto, y el mismo que poco después de la época en que comienza la historia que narramos redujo Numancia a cenizas en el año 133 a.C.

Los personajes se mueven así en este mundo, que fue real, tangible y constatado por la historia, pero tienen vivencias que se desarrollan en ocasiones por un ámbito legendario, que en realidad no tiene por qué haber sido menos real, y que reflejan los mitos de aquella cultura que ha llegado hasta nosotros. Mario es un oficial al uso de una legión romana en pleno siglo II a.C: hijo de una familia patricia romana, su carrera social en Roma (*cursus honorum*) es muy prometedora; se le encarga infiltrarse en el interior del territorio galaico disfrazado como un celta (estrategia que se sabe que en ocasiones utilizaron legiones romanas, como en el tiempo de Cayo Mario o de Sertorio), pero queda hipnotizado por el encanto de una tierra y de un mundo que le resulta tremendamente atractivo y mágico en relación a la estricta moral romana de comportamiento de aquella época. Su amor por Siana es natural. Ella es la encarnación de una de las tradicionales leyendas gallegas y asturianas: la de las hadas del bosque que atraen hacia el interior del mismo con su encanto a jóvenes incautos para perderlos para siempre en sus entrañas. Existen historias que hablan de soldados romanos que se perdieron en los bosques llamados por estas maliciosas hadas en el transcurso de las guerras cántabras. El nombre de estos seres que ha llegado hasta nosotros en Galicia es el de *mouras*, o bien el mismo que se utiliza en Asturias, que es el de *xanas*, similar al nombre que hemos supuesto para la protagonista de la historia y que además recuerda también al de la protagonista de una bella Leyenda oriental de G. Adolfo Béquer. Estas hadas son por otro lado muy similares a la historia de *Carna*, una ninfa que habitaba el bosque junto al Tíber próximo a Roma, quien por divertirse enamoraba y hacía perderse en su interior a los jóvenes mortales, mito que no podía pasar desapercibido a un joven oficial de esmerada instrucción de la época de Escipión.

La relación de estos mitos con el agua es por otro lado muy estrecha, puesto que las ninfas del bosque eran deidades femeninas que habitaban en el interior de los manantiales, que tenían relación con las profundidades, y por tanto, con el otro mundo, y a los que los romanos rendían tributo en numerosas ofrendas y ritos relacionados con el agua, la primavera y la floración de los árboles, y que dieron

lugar a numerosos mitos, como el de *Egeria*. La relación de la espiritualidad de los pueblos célticos, y en este caso, de la cultura castreña con el Sol y la Luna, el tiempo y las estaciones, es por otro lado, incuestionable, y condicionaban los ritos que realizaban las sacerdotisas y los sacerdotes de estas culturas, conocidos como *druidas* dentro de los pueblos de origen céltico y galo conocidos por los romanos. Este es el papel de Siana, pero también el de su tutor, Gardo, cuyo nombre ha sido inspirado en vocablos de lenguas de origen celtíbero.

Finalmente, está Colain, el héroe guerrero galaico, personaje habitual en los pueblos del noroeste hispano y que ha sido descrito por numerosos autores clásicos como fiero guerrero sin temor a la muerte en combate. Su nombre se inspira en el del protagonista de una de las sagas irlandesas más famosas y antiguo héroe nacional en aquella isla, como es *Cuchulainn*, guerrero incansable hijo del dios *Lugh*, criado en su infancia por una sacerdotisa, y que defendió Irlanda de las invasiones de otros pueblos. Las probadas relaciones entre las islas y Galicia desde tiempos prehistóricos, de las que quedan diversos vestigios, como puede ser el antiguo Puerto de Bares, mencionado a veces como de posible origen prerromano y que pudo servir de atraque para las antiguas travesías hacia el mar del norte, hacen que no resulte extraña la aparición de mitos similares. De hecho, el famoso héroe *Breogán*, que en épocas recientes viene siendo utilizado como héroe nacional gallego, aparece a su vez en otra saga irlandesa como rey de la ciudad de Brigantia, y cuyos nietos conquistaron la propia Irlanda por venganza por la muerte de uno de los hijos del propio Breogán en el norte de aquella isla.

Finalmente, los dos soldados que son el hilo conductor por el cual se desvela la historia principal, Junio y Claudio, son dos soldados del ejército de Publio Licinio Craso que llegan a estas tierras en la segunda oleada de Roma sobre tierras galaicas y son, como Mario en su juventud, arrojados a un mundo extraño para ellos, patricios de noble cuna que deben cumplir con sus obligaciones militares al inicio de su *cursus honorum*. La vida de Junio queda finalmente ligada a la estas tierras, y en gran medida, a la propia historia de Mario una vez éste se la transmite. Por su parte, Claudio prosiguió su vida en Roma, casó con una Junia (pariente por tanto de su amigo), y entra en la Historia (en la de los libros) por tener un hijo de nombre Cayo Claudio Marcelo, que es un personaje estrictamente real que llegó a cónsul (la más alta magistratura de la República), en el año 50 a.C. (año 703 desde la fundación de Roma), época en la que se desarrolla la carta del último capítulo de la novela, y que por tanto, fue contemporáneo de Julio César e incluso casó con una sobrina nieta de éste, hermana de Octavio, el futuro primer emperador de Roma. Su historia se halla íntimamente relacionada con la de Julio César, ya que aunque en su posterior vida política se opuso a éste y a sus manejos en el senado para ser nombrado cónsul, finalmente no usó las armas contra César y éste le perdonó la vida cuando entró finalmente en Roma con sus ejércitos, aunque acabaría sus días en el exilio. Por otro

lado, la vida de Cayo y de todos los Claudios se haya íntimamente unida a la dinastía Julia por lazos de parentesco, por lo que cobraría gran importancia en las siguientes décadas.

Los lugares que aparecen en la novela son reales y siguen existiendo en la actual Galicia, aunque en algunos momentos, su situación está conscientemente indeterminada, puesto que el ámbito mítico en el que a veces se desarrolla la historia así lo requiere. De todas maneras, para cualquier persona que conozca un poco Galicia, es seguro que los lugares descritos les sugerirán muchos lugares reales de la actualidad. El nombre de muchos de los lugares que aparecen es a veces una adaptación del nombre latino, dado que es éste con el que han pervivido o porque no se conocen en realidad sus nombre originales en lengua galaica. Así, se habla de Brigantia: la *Brigantium* romana, que debe identificarse con la actual ciudad de Betanzos, una de las siete ciudades del reino de Galicia de la Edad Media y cuya correspondencia con aquella ciudad se ha debatido largamente, pero que se decanta a su favor por parte de numerosos arqueólogos en detrimento de Coruña, que se identificaría con el denominado *Portus Magnus Artabrorum*, es decir, el gran puerto de mar de los ártabros, en el centro de gravedad de cuyo territorio se ubicaba esta localidad y en donde se han localizado en la actualidad numerosos restos de aquella época: el castro de Elviña, el barrio de los Castros, los restos romanos en Riego de Aguas y en los Cantones, etc.. Otros arqueólogos hablan de que este nombre se refería en general al territorio ártabro, y de ahí vendría el nombre de la actual comarca de Bergantiños. Se habla asimismo en la historia de *Lambre*, una pequeña aldea que sigue existiendo muy cerca de Betanzos a la orilla del río del mismo nombre, que nace en una zona boscosa aún en día casi impenetrable, y cuyo evocador nombre de evidente origen céltico (castreño) le hace escenario propicio para el desarrollo de los acontecimientos que se desarrollan en esta historia.

Los castros de los pueblos de esta cultura estaban unidos por una red de caminos prerromanos que articulan el territorio galaico, uniendo las zonas altas y los valles de los ríos. Los caminos se encuentran jalonados frecuentemente por túmulos o monumentos funerarios (las llamadas *mamoas* en el idioma gallego actual), a veces a modo de indicadores de encrucijadas como los posteriores *cruceiros*, lo cual es indicativo de la tremenda antigüedad de estas vías de comunicación, precedentes de muchas de las posteriores calzadas romanas.

También se habla del río *Leteo* (se ha adoptado el nombre adaptado de la mitología latina para el actual río Limia), así como del río *Minio* (el actual Miño) y de una población del mismo nombre, que se ha supuesto debía ser la fortificación que guardase el vado de este río y que podría haber sido una localidad entre las actuales Orense y Lugo. Otros nombres están tomados de voces de origen celta, como es el caso de *Lubre*, que hace referencia a los lugares en el interior de los bosques donde

se celebraban ceremonias mágicas y que ha pervivido hasta la actualidad como nombre de alguna aldea gallega. Se habla en otra ocasión de una localidad llamada Bar que se sitúa al norte, frente al mar que lleva a las lejanas islas, y al igual que *Cea*, la aldea junto al fin de las tierras, su nombre está inspirado en el de alguna localidad actual (ya se ha mencionado anteriormente el increíblemente antiguo puerto de la Estaca de Bares).

Finalmente, el nombre de algunas de las tribus galaicas que aparecen en la historia aparte de los propios ártabros, que eran los que poblaban la mayor parte del territorio de las actuales Rías Altas, como pueden ser los *arrones,* los *cilenos* o los *bedos*, son reales, y aunque sus papeles en la Historia pueden haber sido distintos, se les ha intentado enmarcar en el ámbito de las luchas internas de unos pueblos que estaban inmersos en pleno desarrollo de la cultura castreña durante el siglo II a.C. Entre estos pueblos había enfrentamientos constatados por la Arqueología, relacionados con el control de las riquezas mineras, base de su comercio, así como probablemente, con el choque social y poblacional que las invasiones de los pueblos de origen celta indujeron sobre el sustrato autóctono a partir de aproximadamente el siglo IV a.C. Hay que recordar que la última oleada de pueblos de origen celta que llegaron a *Gallaecia* se produjo durante el siglo III a.C., es decir, quizá solamente dos o tres generaciones antes de la campaña de Décimo Junio Bruto.

La aventura de estos personajes, y en concreto, la de Mario, puede ser la historia de cualquier ser humano enfrentado a las encrucijadas que le presenta la vida, un viaje al fin y al cabo, en las que siempre debe elegirse entre quedarse en una u otra orilla, y cuya decisión, tomada en el momento crucial que todos vivimos alguna vez, puede afectar de manera definitiva al resto de su vida. El que decida cruzar sin mirar atrás le hace al menos protagonista de su propia andadura. Por otra parte, el resto de las historias que aparecen en la novela, son en muchas ocasiones reales, o al menos, inspiradas en historias reales o en leyendas conocidas, que suelen también basarse en hechos reales, como es bien sabido. Es por ello que me atrevo a pensar que aquellos personajes y aquellos acontecimientos pueden ser reales en la medida en que la realidad se teje con los mismos mimbres con los que aquí se construye la historia que se cuenta. Todos sabemos que la realidad va mucho más allá de lo cotidiano y puede ser más fascinante que la fantasía. Nadie puede por tanto demostrar que todo ello en verdad no ocurrió.

[1] Año 659 desde la fundación de la ciudad de Roma, es decir, año 94 a.C.
[2] Sandalia romana de cuero que usaban los soldados, que se ataba al tobillo y estaba reforzada por clavos en la suela.
[3] Nombre que proviene de la ciudad de *Cales*, actual Oporto, en Portugal, en la desembocadura del río Duero. Los romanos llamaron así todos los pueblos situados al Norte de este punto *(callaeci)*, en contraposición a los lusitanos del sur.
[4] Año 616 desde la fundación de la ciudad de Roma, es decir, año 137 a.C.

[5] *Décimo Junio Bruto,* veterano general romano que arribó a *Gallaecia* sobre el año 139 a.C. y prolongó su campaña por estas tierras durante al menos tres años. Llegó a cónsul de Roma en el año 138 a.C. junto a Publio Cornelio Escipión Nasica Serapio, primo lejano de su amigo y aliado político el famoso Escipión Emiliano.

[6] *Marco Emilio Lépido Porcina*, fue cónsul de la República de Roma en el año 137 a.C. y fue asesorado en la campaña en Hispania contra los celtíberos a partir de ese año por el propio Décimo Junio Bruto, general de gran experiencia en este terreno.

[7] *Cónsul* era la más alta magistratura de la república romana. Se elegían dos cónsules cada año por parte del Senado cuya misión era ostentar el gobierno compartido del estado durante ese periodo. Su función en un principio fue la de sustituir la figura del rey dentro del Estado Romano. Esta organización se mantuvo vigente en Roma durante la duración del periodo republicano, del 509 a.C. hasta el 27 a.C, que comienza la época imperial con Octavio, cuando el Senado pierde su capacidad efectiva de gobierno.

[8] La ciudad de *Brácara* se corresponde con la actual Braga, en el norte de Portugal, y tomo su nombre de la tribu de los brácaros, que se enfrentaron a los romanos en una gran batalla a las orillas del *Durius*, el río Duero, en el año 138 a.C. La ciudad de *Brácara* se convirtió con el tiempo en la capital de la *Gallaecia* romana.

[9] El *signifer* era el portaestandarte, soldado veterano de alto rango portador de la enseña con un papel muy importante dentro de la legión, puesto que la enseña era sagrada y se le suponían propiedades mágicas, por lo que su pérdida era una tragedia, señal de que la campaña había fracasado.

[10] La antigua *Olisipo* se corresponde con la actual Lisboa. Ciudad principal en el territorio de los lusitanos, fue fortificada por Décimo Junio Bruto y utilizada como base de operaciones y de aprovisionamiento en sus campañas por Lusitania y Gallaecia.

[11] El *pilum* era una lanza de mano utilizada por el ejército romano y que solía arrojarse como una jabalina.

[12] Numancia, ciudad de los arévacos (o vacceos) que estableció una feroz resistencia al yugo de Roma desde el año 153 a.C. y que derrotó en varias ocasiones a sus legiones, hasta su completa destrucción en el año 133 a.C, después de un cruel asedio por parte de Escisión Emiliano *Menor*.

[13] El ejército romano estaba organizado en la antigüedad en cuatro líneas sucesivas por su orden de entrada en la batalla, de las que los *triatos* eran la última de ellas. Estaba formada por los soldados de mayor edad, y entraban en combate solo en último lugar.

[14] Galia más allá de los Alpes, es decir, la provincia gala que se identifica tradicionalmente con Francia.

[15] Fortificación, generalmente en un lugar en alto.

[16] *Pontus Euxinus*: el Mar Negro.

[17] Deidad tradicional romana, relacionada con la naturaleza, a la que se ofrecían ofrendas en el interior de los bosques.

[18] Fuente sagrada de Roma a la que acudían las vestales a por agua para realizar sus ritos.

[19] Espada celtibérica adoptada paulatinamente por los romanos en su colonización de Hispania. Se usaba para herir por tajo lateral de su filo en lugar de por punta. Su tamaño fue en algunos casos disminuyendo para ganar en maniobrabilidad.

[20] Las casas de la cultura castreña del Noroeste de la Península contaban por lo

general con una planta circular de piedra cubierto por un tejado cónico a base de ramas impermeabilizadas con arcilla que se sostenían sobre un madero central vertical. Se diferenciaban de muchos poblados celtíberos del interior, donde existían casas cuadradas que permitían una organización urbanística con calles y a veces plazas, elementos escasos en castros galaicos y astures.

[21] *Colonia Patricia Corduba*, la actual Córdoba, que nació de un campamento de Cayo Lucio Marcio en el año 206 a.C, durante la Segunda Guerra Púnica, y cuya fundación definitiva, hacia el año 169 a.C, se debe finalmente al pretor Marco Claudio Marcelo. Fue capital de la provincia Bética.

[22] Actual río Guadalquivir.

[23] Los turdetanos fueron un pueblo que se consideraba heredero de los antiguos tartesios, y por tanto, emparentado con la cultura clásica por la influencia griega sobre aquellos. Ocupaban prácticamente todo el valle del Guadalquivir y eran calificados por Estrabón como los más cultos de entre todos los íberos, ya que poseían idioma y alfabeto propios.

[24] Deidad relacionada con el hogar y con el fuego, era una de las más veneradas en Roma. El templo de Vesta se encontraba en el centro de la ciudad y en él se mantenía siempre viva una llama que guardaban las vestales, sacerdotisas vírgenes socialmente muy respetadas.

[25] Los *cilenos* eran un pueblo galaico que ocupaba los territorios costeros al sur de los ártabros. Junto con los *arrones*, los *bedos* y otras tribus vecinas, conformaban el conjunto de pueblos del ángulo noroeste de Gallaecia.

[26] Publio Cornelio Escipión Emiliano, conocido con el sobre nombre de *El Africano (Menor)* fue uno de los generales de mayor importancia a lo largo de la Historia de Roma. Derrotó a Cartago tras la Tercera Guerra Púnica en el 146 a.C. después de un asedio de tres años, y posteriormente conquistó Numancia tras un nuevo asedio de año y medio en el 133 a.C. Fue cónsul de la República en el año 147 a.C. Su abuelo fue Publio Cornelio Escipión el Africano (Mayor), que también se distinguió en la anterior Guerra Púnica contra Cartago.

[27] Barco de guerra formado por tres filas de remeros muy utilizado por los ejércitos romanos.

[28] Zona del Norte de Italia, entre el río Po y los Alpes con población de origen galo. Se denomina así a la Galia a este lado de los Alpes. Por su parte, Etruria, es otra región en el centro de la Península Itálica, es decir, justamente al sur de la anterior, cuya cultura puede considerarse precedente de la de Roma.

[29] Ingenieros romanos, constructores e inventores de máquinas de elevación o ingenios de guerra. Artífices.

[30] Deidad romana equivalente a Perséfone, esposa de Plutón y reina del Hades.

[31] Diosa romana de la fecundidad equivalente a la oriental Cibeles. Su templo situado en el palatino, es decir, en el mismo corazón de Roma, fue consagrado en el 191 a.C. por Marco Junio Bruto.

[32] Grado de autoridad de un magistrado de la República, al que no se podía contradecir en el ejercicio de su función.

[33] Joya en forma de herradura o anillo abierto muy utilizada por las culturas célticas con una simbología mágica y religiosa. En Galicia se han hallado ejemplares de tremenda importancia, que en ocasiones llegan a superar un peso de 1.000 gr. de oro de gran pureza.

[34] *Gladium:* espada tradicional romana de hoja ancha y corta (unos 50 cm) que hería por punta. Origen de *gladiador*

[35] *Lugh* era un dios pancéltico que adoptaba múltiples funciones. Aparece en prácticamente todas las culturas de origen celta y su nombre es el origen de muchos patronímicos en el norte de la Península (Lugo, Lugones…) y fuera de ella (Lyon, en Francia, cuyo nombre era *Lugdunum* en época romana).

[36] El *cursus honorum* era la carrera política que seguían los hijos de las familias más importantes de Roma, que comenzaba en su temprana juventud con su designación para magistraturas menores, como tribuno o edil, para posteriormente ir ascendiendo en la escala senatorial hasta alcanzar las magistraturas de más alto rango, como cónsul, la magistratura más importante, que suponía ostentar entre dos cónsules electos el gobierno compartido del Estado durante un año.